



# CAZA

Allison Brennan

Lectulandia

Doce años atrás, Miranda consiguió escapar milagrosamente de las manos del psicópata conocido como «El cazador», tras una dramática carrera que casi acaba con su vida. Durante todo este tiempo, se ha levantado cada día consumida por el deseo de venganza y, también, por el sentimiento de culpa por no haber podido ayudar a otras víctimas menos afortunadas.

Una obsesión que le ha impedido llevar una vida normal y que la ha alejado también del único hombre al que había amado, Quinn, precisamente el agente del FBI que la ayudó a superar su pesadilla. Ahora, el asesino vuelve a actuar. Miranda ya no es la presa: sabe que atrapar a «El cazador» es la única manera de volver a encontrar la paz. Pero para ello tendrá que reencontrarse con Quinn. Los dos se internan de nuevo en el bosque. En la oscuridad, les espera al acecho la más perversa mente criminal... pero también unos sentimientos que han intentado enterrar durante años.

**Lectulandia**

Allison Brennan

# **La caza**

**Trilogía Depredador-2**

ePub r1.0  
fenikz 10.03.14

Título original: *The Hunt*  
Allison Brennan, 2006  
Traducción: Alberto Magnet

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## AGRADECIMIENTOS

El entrenador de fútbol americano Ara Parseghian dijo en una ocasión: «Un buen entrenador es aquel que sabe enseñar a sus hombres el potencial de lo que pueden ser en lugar de conformarse con lo que son». Sería imperdonable de mi parte no dar las gracias en primer lugar a mi editora, Charlotte Herscher, que no sólo me mostró las posibilidades de esta historia sino que me dejó encontrar mi propio camino hasta llegar al *FIN*.

Agradezco a Kevin Brennan, biólogo experto en la fauna salvaje, asesor del Departamento de Caza y Pesca de California, la valiosa información que me proporcionó y todo lo que me enseñó sobre el halcón peregrino y las responsabilidades de un biólogo dedicado a la conservación de la fauna. Kevin suele llamar a sus aves con el nombre de su frecuencia de radio, no con un mote.

Una vez más, agradezco a Wally Lind, de Crime Scene Writers, su gran ayuda en la investigación de los hechos y en cuestiones de ciencia forense, sobre todo en lo relativo a las armas de fuego y a cómo se corrompen las pruebas biológicas. Si en algo me he equivocado, seguro que no es por culpa suya.

Además de mostrarse muy comprensivo con mis extraños horarios de trabajo, mi marido, Dan, también me ha explicado (en numerosas ocasiones) cómo funciona un motor de coche y cómo atascar el filtro del combustible. Si no he entendido bien el proceso, se debe a mi bloqueo mental con respecto a todo lo relacionado con la mecánica.

Dan estudió en la Universidad de Montana State-Bozeman y, a través de sus recuerdos y fotos, me ayudó a ambientar la historia en el condado de Gallatin.

Agradezco también a mis primeras lectoras. Kathia, Michele, Jan, Amy y Sharon. A mis correctores, Karin y Edie, que trabajaron con un celo extraordinario para darle forma a este libro. Y, por supuesto, a mis hijos, que ya no aprecian tanto la pizza como antes.



*No quiero morir.*

Respiraba en breves interludios y con la boca abierta, intentando tragar aire y soltarlo entre violentas arcadas. Tragar. Soltar. Concentrarse. ¡Corre, Miranda, corre! Pero en silencio. Pie izquierdo, pie derecho. Pie izquierdo. ¿No era ese el título de uno de esos libros infantiles del doctor Seuss? Casi se le escapó una risilla histérica, pero la reprimió. En silencio. Sobre todo, respirar en silencio.

Miranda hizo una mueca al oír el ruido a sus espaldas. Eran los sollozos de su amiga. *Sharon, ¡cállate!* Tenía ganas de gritar. *Te oiré. ¡Nos matará!*

Corrió más rápido, a pesar de que Sharon se iba quedando cada vez más rezagada. Empezaba a oscurecer. Quedarían unas dos horas, como máximo, para que cayera la noche.

Si no alcanzaban el río, él las encontraría.

*No quiero morir. Soy demasiado joven. Por favor, Dios mío. Sólo tengo veintiún años. ¡No moriré! Aquí, no, y no de esta manera.*

La vista se le nubló con el sudor que le bañaba la frente y le caía sobre los ojos. No se atrevía a secarse la cara por miedo a perder el equilibrio en aquel terreno rocoso. Los pies descalzos le dolían con cada pisada, pero estaban tan fríos que sólo las rocas más punzantes hacían mella en su entumecimiento. *¡Mira por donde pisas! Un solo paso en falso y te romperás la pierna y él te encontrará.*

Un eco distante pero familiar llegó a sus oídos. Quería detenerse y escuchar, pero no se atrevía a disminuir la marcha. Después de recorrer otros treinta metros, supo darle un nombre a aquel ruido.

¡Agua! ¡Agua que fluía!

Tenía que ser el río. Se lo había prometido a Sharon, que el río las conduciría a la libertad. Dio gracias en silencio al profesor Austin y a sus tediosas clases de geología. Sin ellas, no habría sabido hacia dónde correr, ni habría reconocido las señales que indicaban la cercanía de un río. Después de todos los kilómetros que ella y Sharon habían recorrido, seguro que ahora lo conseguirían.

De pronto, oyó un chillido a sus espaldas. Miranda se detuvo ante el grito de sorpresa de Sharon, y se giró con el corazón en un puño. En el suelo estaba su amiga, tendida, medio oculta por la maleza, sollozando de dolor.

—¡Levántate! —la urgió Miranda, atenzada por el pánico.

—No puedo —sollozó Sharon, con la cabeza enterrada en la hojarasca.

—Por favor —imploró Miranda, que no quería volver sobre sus pasos. Miró por encima del hombro hacia la libertad. El agua estaba a poca distancia.

Volvió a mirar a Sharon y se mordió los labios. *Él* seguía ahí, en alguna parte. Si ella se detenía a ayudar a su amiga, las mataría a las dos.

Dio un paso hacia el río. La culpa la detuvo, sintió que le escocía en la espalda. *Sabía* que sola podía salvarse.

—Sigue —dijo Sharon.

Miranda apenas oyó esa única palabra. Abrió los ojos, atónita ante lo que implicaba.

—No, sin ti, no. ¡Levántate!

Por un instante, Miranda no supo si Sharon no la había oído porque no quería o por la distancia. Y entonces la chica rubia se fue incorporando lentamente hasta quedar a cuatro patas. La mirada aterrorizada de Sharon se cruzó con la de Miranda. *Por favor, Sharon, por favor*, pensaba Miranda. *Se nos acaba el tiempo*.

Sharon se cogió de un árbol pequeño y se puso de pie.

—Vale —dijo—. Vale.

Miranda dejó escapar un suspiro de alivio y Sharon dio un tembloroso paso adelante. Se giró hacia el río, hacia la libertad.

*¡Tchac-tchac!*

El disparo dejó un eco en el bosque. El batir de alas y los graznidos de los pájaros espantados rompieron el silencio. Ante los ojos de Miranda, el pecho de Sharon quedó abierto y desgarrado. Un rojo intenso, oscurecido por las sombras del crepúsculo, se derramó sobre el blanco sucio de la blusa. En ese momento entre la vida y la muerte, Miranda vio cómo la expresión de sorpresa de Sharon se convertía en dicha. En alivio.

La muerte era preferible al sufrimiento.

—¡Sharon! —Miranda se tapó la boca, y en la mano le quedó el gusto y el olor de la tierra podrida. En el aire flotaba el olor cobrizo de la sangre. El pecho se le sacudió en un sollozo mudo al ver que Sharon se derrumbaba.

Corre.

*Aquella voz*. Se le heló la sangre al oír esa voz grave, seca y sin inflexiones. El mismo pulso carente de emociones que había demostrado cuando las alimentaba y les daba de latigazos, cuando las sometía a sus tocamientos o cuando las violaba.

Se echó a temblar incluso antes de reconocer su silueta. Vestía un pantalón de



camuflaje y un abrigo oscuro. Estaba de pie entre los árboles, el rostro semioculto por la gorra y el cielo que se oscurecía. ¿A cien metros? ¿A sesenta? ¿Más cerca? No conseguiría llegar. Y moriría.

El grito que el hombre lanzó resonó como un eco por toda la montaña. Dio un paso adelante y se acomodó el rifle. Apoyó la culata en el hombro.

Miranda echó a correr.



*Doce años más tarde.*

Nick Thomas observó la silueta del menudo cuerpo bajo la lona de color amarillo chillón. Se apretó el puente de la nariz y tragó con tanta rabia que le dejó un amargo sabor de boca. El hedor de la muerte estaba en el ambiente, y Nick se giró para apartarse.

Todavía conservaba en la mente la imagen del cuerpo inerte y descoyuntado de la chica de veinte años, Rebecca Douglas, tal como la había encontrado sólo una hora antes.

—¿Sheriff?

Nick alzó la vista y vio que se acercaba su ayudante Lance Booker, un tipo bien plantado, un buen poli, aunque todavía un poco inexperto. Se parecía mucho a él hacía doce años, cuando lo enviaron a inspeccionar la escena de su primer caso de asesinato.

—Dime.

—Jim dice que en la carretera hay un tipo que dice ser del FBI. Quiere que lo dejen pasar. Quincy Peterson.

Quinn. Nick llevaba años sin verlo. Diez años, para ser exactos. Pero mantenían una correspondencia por correo electrónico desde que a él lo habían elegido sheriff, hacía tres años. Después del episodio de las hermanas Croft.

Ahora ya eran siete las chicas muertas. Al menos eran siete los casos de los que ellos estaban al corriente.

—Que lo dejen pasar.

—Sí, señor. —Booker frunció el ceño, pero transmitió la orden por radio. En los asuntos que por regla general caían bajo su jurisdicción, los agentes de policía no miraban con buenos ojos las injerencias del exterior, y normalmente Nick

reaccionaba de la misma manera. No mencionó que la visita de Quinn se debía a la llamada que él mismo había hecho la semana anterior.

Nick se giró y se alejó del ayudante y de la lona amarilla, hasta el sendero donde habían encontrado las últimas huellas de Rebecca Douglas. Se agachó junto a una huella de pisada inservible, una huella informe en el lodo que empezaba a endurecerse. Quizá fuera la última pisada de Rebecca. O del asesino. Había llovido casi treinta centímetros en los últimos días, diluvio suficiente para saturar un terreno que acababa de recuperarse de un invierno frío y lluvioso típico de Montana. Las nubes se habían abierto esa mañana, y el cielo era de un azul tan intenso y el aire tan fresco que Nick habría salido a disfrutar del bello día si no lo hubieran llamado a la escena de un crimen.

Cerró los ojos y aspiró el aire limpio y chispeante del valle de Gallatin. A Nick le encantaba Montana, sus enormes espacios y la majestuosidad de sus montañas, sus rápidos y sus verdes valles, sus amplios cielos. La gente también era buena, con los pies bien plantados en la tierra. Se preocupaban por sus vecinos y cuidaban de los suyos. Al recibirse la denuncia de la desaparición de Rebecca Douglas, cientos de hombres y mujeres, incluidos muchos compañeros de la universidad donde había estudiado, se habían echado al bosque a peinar cada palmo de tierra entre Bozeman y Yellowstone.

Nick apretó la mandíbula con furia reprimida. Era gente buena, todos excepto uno. Uno que había matado a Rebecca y a otras seis mujeres en los últimos quince años. Y otras mujeres todavía figuraban como desaparecidas. ¿Encontrarían sus cuerpos algún día? ¿Quizás el feroz clima de Montana o los depredadores habían acabado con sus restos? Nunca olvidaría el día que encontraron los despojos de Penny Thompson; sólo un cráneo y unos cuantos huesos desperdigados. La identificaron por la dentadura.

Nick miró a su alrededor. Hacia abajo crecían sobre todo los enormes pinos. Más arriba en el monte, los árboles empezaban a ralearse. El camino antiguo por donde había venido estaba flanqueado por una maleza impenetrable y no figuraba en los mapas. Probablemente era un sendero antiguamente utilizado para bajar los troncos y, al parecer, acababa ahí, en un claro natural de unos pocos metros cuadrados. En el borde de aquel claro yacía el cuerpo de Rebecca.

Marcarían la zona con una trama y buscarían cualquier pista que pudiera conducirlos al asesino. Sin embargo, si se trataba del mismo cabrón de siempre, no encontrarían nada. Aquel individuo llevaba a cabo sus crímenes con una meticulosidad tan endemoniadamente elaborada que ni siquiera la única sobreviviente que había habido podía decirles gran cosa. La derrota era un peso difícil de sobrellevar para Nick, pero no se daba por vencido.

A veces, odiaba su trabajo.

Se giró al ver que un vehículo todoterreno se acercaba al claro, lanzando piedras y barro por las cuatro ruedas. El sol se reflejó en el parabrisas y Nick se protegió los ojos para ver llegar a Quinn.

El todoterreno se detuvo con un frenazo detrás de la camioneta verde oscura de la policía que conducía Nick. Se abrió la puerta del conductor y bajó Quincy Peterson. Dio un portazo y se acercó a Nick a grandes zancadas. Quinn no había cambiado demasiado desde la última vez que lo había visto, y todavía se parecía más a un joven supermodelo que a un veterano con quince años en el FBI. Nick se incorporó y se limpió el polvo de los vaqueros.

—¿Rebecca Douglas? —Quinn señaló el cuerpo tapado con un gesto de la cabeza. Su rostro era inexpresivo, pero en sus ojos ardía la misma rabia y tristeza que sentía Nick.

—Así es. Nos falta la identificación definitiva, pero... —No había dudas de que era la mujer desaparecida. Nick miró a Quinn y frunció el ceño al ver el parche que su amigo llevaba por encima de la ceja izquierda.

—¿Qué es eso? ¿Una pelea en el bar? —inquirió, en broma.

Quinn se tocó el parche como si se hubiera olvidado de que lo llevaba puesto.

—Los últimos días han sido muy movidos —dijo—. Te lo contaré más tarde. —Echó una mirada alrededor—. ¿Cuándo vas a procesar la escena?

—Quería que tú la vieras primero, pero tengo a mis hombres esperando en la carretera.

Nick no sabía bien por qué el federal lo hacía sentirse tan inferior. Quizá tuviera algo que ver con la sobria seguridad con que se desenvolvía, con su habilidad para descartar lo superfluo y siempre llegar al corazón del asunto. O quizá fuera porque él había vomitado hasta las tripas en su primera escena del crimen, y Quincy Peterson no.

O también porque la mujer que Nick amaba estaba enamorada de Quinn.

Fuera lo que fuera, no había nadie en quien Nick pudiera confiar más que en el Agente Especial Quincy Peterson.

Quinn se agachó, se puso los guantes de látex y levantó la lona. Apretó la mandíbula y, al mirar el cadáver, una vena le tembló en el cuello.

Rebecca había sido una chica bella. Ahora tenía el largo pelo rubio enmarañado y endurecido por el lodo seco. Aquella cara alegre, reproducida en miles de octavillas distribuidas por la ciudad, había desaparecido. Estaba hinchada, y su pobre cuerpo sembrado de hematomas tenía ese aspecto grotesco que da la muerte. Las lluvias de los últimos días habían limpiado parte de la suciedad de su cuerpo desnudo, ahora pálido y azulado.

Le habían cortado el cuello, abierto en un tajo profundo con un cuchillo muy afilado, aunque apenas quedaban rastros de sangre, ya que la lluvia los había

deslavado y filtrado en el suelo, junto con todo lo que pudiera utilizarse como prueba. El cuerpo mostraba señales de abusos y torturas, se adivinaba en el reguero de heridas de todo tipo y de manchas violáceas. Tenía los pechos como aplastados por una especie de enorme tornillo. Aquellas marcas extrañas habrían pasado desapercibidas para la mayoría de ojos expertos, pero tanto Nick como Quinn habían leído los informes del forense en los otros seis casos de mujeres asesinadas en ese bosque, y ya estaban familiarizados con el *modus operandi* del asesino.

Quinn retiró la lona para mirar las piernas y los pies de la víctima, algo que Nick también había hecho al llegar a la escena del crimen. La pierna izquierda estaba torcida y rota. Tenía los pies llenos de abrasiones y cortes profundos. De tanto correr descalza.

Era una chica delgada, y tan pálida y vacía. En términos clínicos, su piel demacrada decía a los forenses que Rebecca se había desangrado hasta la muerte. Había muerto rápidamente. Nadie podía sobrevivir mucho tiempo con la carótida abierta de un tajo. Era un triste consuelo después de la semana de terror que había vivido la chica.

Quinn tapó el cuerpo.

—¿Han llamado al forense?

—Llegará a mediodía —dijo Nick, asintiendo con la cabeza—. Estaba en medio de la autopsia de aquel escalador que encontramos en las montañas más al norte hace unos días.

—Y ¿quién encontró el cuerpo?

—Tres chicos... los hermanos McClain y Ryan Parker. Los Parker tienen una hacienda, a unos cinco o seis kilómetros de aquí. Los chicos salieron a caballo a disparar con sus rifles calibre veintidós, conejos, ya sabes. —Se encogió de hombros y añadió—: Es sábado.

—¿Dónde están ahora?

—Un ayudante del sheriff los ha llevado a casa. Les dijo que se quedaran donde los Parker y no se movieran hasta que yo llegara.

Quinn asintió, recorriendo con la mirada la escena que Nick había delimitado con la cinta negra de la policía. Observó el claro, el viejo sendero, los árboles.

—Parece que llegó a través de esos arbustos, más allá —dijo Nick, y señaló el lugar—. Le he echado un vistazo pero todavía no he bajado por el sendero.

—Si a eso se le puede llamar sendero —dijo Quinn, frunciendo el ceño ante la espesura de la vegetación—. Echaré una mirada rápida mientras llamas a tu equipo. ¿Cuántos hombres tienes?

—En este momento, tengo a una docena de mis hombres, y vendrán otros más tarde, además de un especialista en escenas de crimen. Necesitaré voluntarios, si queremos hacerlo bien.

—De acuerdo. Cuantos más ojos, mejor, pero nada de listillos. No queremos que nadie se dedique a hacer chapuzas.

Quinn le puso una mano en el hombro a Nick.

—Ya sé que esperabas que el muy cabrón la palmara después de que encontraron a Ellen y a Elaine Croft. Siento no haber venido personalmente en esa ocasión, pero la agente Thorne es buena. Habría encontrado alguna cosa.

Nick estaba de acuerdo, pero seguía sintiendo la misma impotencia. El Carnicero era el único cabrón que se había salido con la suya durante su mandato como sheriff.

—Han pasado tres puñeteros años. Tres años desde la última vez que mató. Y no teníamos nada en aquel momento, ni pistas, ni sospechosos.

—Y hay más chicas desaparecidas. —Quinn no tenía por qué recordárselo. Las chicas desaparecidas se le aparecían a Nick en sus sueños.

—Ha sido lento, pero estamos recogiendo pruebas —siguió Quinn—. Tenemos casquillos, balas, una huella digital parcial en el medallón de Elaine Croft. Lo cogeremos. —Quinn se giró y Nick lo vio alejarse por el sendero. Hablaba con tanta seguridad. ¿Por qué él no habría de sentirse igual?

Volvió a mirar por última vez el cuerpo de Rebecca Douglas. Al menos tendría un entierro decente. Para su familia, sería un punto final. Pero no para él.

Pensó en Miranda.

Se dirigió a su furgoneta. Ya había ordenado que todos los agentes disponibles se dirigieran a aquel lugar. Y entonces oyó el ruido familiar del jeep rebotando en los baches del accidentado camino. No tenía que mirar el vehículo para saber quién se acercaba.

—Maldita sea.

El jeep rojo se detuvo bruscamente detrás del coche de alquiler de Peterson. Casi antes de detenerse, Miranda Moore bajó de un salto y, sin que el lodo fuera obstáculo para sus pesadas botas, se acercó a grandes zancadas. El ayudante Booker fue hacia ella, pero Miranda le lanzó una mirada furiosa mientras, sin detenerse, se ponía un anorak rojo sobre su camisa negra de franela. En cualquier otra situación, Nick habría sonreído al ver cómo se apartaba Booker.

Miranda fijó sus penetrantes ojos azules en él.

A Nick se le aceleró el corazón y sintió un retortijón en el estómago. Ojalá hubiera tenido más tiempo para prepararse para su inminente llegada. De haber sabido que se dirigía hacia allí, se habría mentalizado para el enfrentamiento.

—Miranda —dijo, al ver que se acercaba—, yo...

—¡Maldito seas, Nick! —dijo ella, dándole con el índice en el pecho—. ¡Maldita sea! —Nada intimidaba a Miranda. Aunque era alta para ser mujer, al menos un metro setenta y cinco, él le sacaba quince centímetros y pesaba cuarenta y cinco kilos más. Lo normal sería que él la intimidara a ella, que cualquier hombre le diera miedo

después de lo que había vivido pero, al final, no había de qué sorprenderse. Miranda era una superviviente nata. No dejaba que se notara su miedo.

—Miranda, iba a llamarte. No estaba seguro de que fuera Rebecca. No quería que tuvieras que volver a pasar por lo mismo.

En sus ojos oscuros vio que no le creía.

—A la mierda con eso. ¡A la mierda contigo! Me prometiste que llamarías. — Pasó a su lado y se acercó a la lona. Se quedó mirando el cuerpo cubierto. Tenía los puños cerrados con fuerza y hasta los hombros le temblaban de la tensión.

Nick quería detenerla, protegerla de tener que ver otra chica muerta. Sobre todo quería protegerla de sí misma.

Y ella siempre había dejado claro que no quería la protección de Nick.

Miranda hizo un esfuerzo por controlar su ira. No debería haberle gritado a Nick, pero ¡joder! Él se lo había *prometido*. Hacía siete días que buscaban a Rebecca, mientras las pesadillas le impedían dormir las pocas horas de sueño que se concedía. Nick le había prometido que sería la primera en saberlo cuando la encontraran.

Ni ella ni Nick confiaban en encontrar a Rebecca con vida.

Se quedó mirando la lona amarilla en medio de los tonos marrones de la tierra y respiró hondo, con la garganta enardecida por la rabia y un miedo frío como el hielo. Tenía los puños tan apretados que las uñas llegaron a hincársele en las palmas de las manos. Sabía que era Rebecca Douglas, pero tenía que verlo con sus propios ojos, tenía que obligarse a ver a la última víctima del Carnicero. Para hacerse más fuerte, para tener valor.

Para la venganza.

Enfundó sus largos dedos en los guantes de látex, se arrodilló junto a la mujer muerta y tocó el borde de la lona.

—Rebecca —dijo, con un susurro de voz—. No estás sola. Te lo prometo, lo encontraré. Pagaré por lo que te ha hecho.

Tragó saliva, vaciló un momento y luego retiró la lona para ver a la chica en cuya búsqueda había invertido veinte horas al día durante la última semana.

Al principio, Miranda no vio la cara hinchada, el cuello rebanado o las múltiples heridas lavadas por la lluvia. La imagen de la chica de veinte años en el recuerdo de Miranda era bella, como lo había sido cuando estaba viva.

Candi, su mejor amiga, decía que Rebecca tenía una risa contagiosa. Se preocupaba por las personas que no tenían nada y, una noche a la semana, acudía como voluntaria para leer a los enfermos en el hospital de Deaconess, según había informado su tutor en la universidad, Ron Owens. Según Greg Marsh, su profesor de biología, Rebecca era una estudiante con excelentes notas en todas las asignaturas.

Rebecca no era una persona perfecta. Pero durante el tiempo que duró su desaparición nadie había hablado de las historias menos agradables.

Y nadie las repetiría ahora que había muerto.

Mientras la miraba, la imagen de Rebecca que había guardado tan cerca de su corazón durante las horas de búsqueda se fue transformando ante sus ojos hasta quedar convertida en un cuerpo descoyuntado.

—Eres libre —dijo—. Por fin libre.

*Sharon, lo siento tanto.*

—Ya nadie puede hacerte daño.

Se inclinó y le tocó el pelo, apartó un mechón a un lado y le cogió la mejilla en el cuenco de la mano.

*Conserva la calma.*

Repitió su mantra. ¿Cuántas veces tendría que pasar por lo mismo? ¿A cuántas chicas tendrían que enterrar? Había creído que con el tiempo sería más fácil. Pero si no lograba contener sus emociones en un reducto cerrado y protegido, temía que los interminables éxitos del Carnicero y su incapacidad para detenerlo acabarían pesándole hasta hundirla.

Muy a su pesar, Miranda volvió a cubrirle la cara con la lona. El gesto de cubrir el cuerpo le recordó a las otras chicas que habían encontrado. Le recordó a Sharon.

*La mañana en que Miranda los condujo hasta el cuerpo de Sharon era tan fría que ella no dejaba de tiritar bajo la media docena de capas que llevaba puestas. Quiso volver el día después de ser rescatada, pero no le permitieron salir del hospital. Al intentar caminar sin ayuda, sus pies heridos le fallaron.*

*Estaba demasiado atontada para llorar, demasiado cansada para discutir. Hizo un mapa del lugar recordando todo lo que pudo, pero el equipo de rescate no logró encontrar a Sharon.*

*Miranda no soportaba la idea de que el cuerpo de su amiga quedara expuesto a la intemperie una noche más. A merced de osos pardos, pumas y buitres. Por eso, a la mañana siguiente, a pesar del dolor de los pies, condujo al equipo de rescate y a la policía al lugar donde yacía Sharon. Tenía que verla por última vez.*

*Puede que todavía estuviera sumida en un estado de shock. Fue lo que dijo el médico. Pero caminaba con ayuda. Sabía dónde había caído Sharon, jamás lo olvidaría. Los condujo hasta el sitio, y ahí la encontraron. Tal como había caído abatida por el disparo del asesino.*

*El silencio llenaba el aire, como si las aves y otros animales lloraran la pérdida junto a los seres humanos. Ni siquiera soplaban el viento de la primavera. Ni una sola hoja del bosque se movió mientras los demás comprendían por fin lo que habían vivido Miranda y Sharon.*

*El repentino graznido de un águila rasgó el silencio y se levantó una suave ráfaga de viento.*

*El paramédico cubrió el cuerpo de Sharon con una lona de color verde chillón*



*mientras el equipo del sheriff comenzaba la búsqueda de pistas. Miranda no podía apartar la vista de la lona que cubría a Sharon, muerta, reducida a un bulto bajo un plástico. ¡Era aberrante e inhumano!*

*Sólo entonces Miranda se había derrumbado y llorado amargamente.*

*Un agente del FBI la acompañó los cinco kilómetros de vuelta al camino. Se llamaba Quincy Peterson.*



## CAPÍTULO 2

Cuando vio a Miranda, Quinn se paró en seco. Sintió que le faltaba el aliento y dio un paso al lado para ocultarse tras un tupido grupo de árboles.

Habían pasado diez años desde la última vez que la viera, pero el impacto era el mismo. Primero, una mezcla de asombro y respeto. Todavía no había conocido a ninguna mujer que fuera más osada y decidida que Miranda. También experimentaba un sentimiento de amor y orgullo, seguido rápidamente de rabia y frustración, fenómenos muy entrelazados. No podía cerrar el flujo de sus emociones como si manejara un grifo. ¿Cómo había podido Miranda desprenderse de él tan fácilmente? ¿Cómo había abandonado la relación con él sin siquiera darle una oportunidad de explicarse?

Quinn todavía albergaba la esperanza de que ella dejaría de lado su ciega obsesión por el Carnicero y que volvería. Sin embargo, esa esperanza iba menguando con el paso del tiempo. Ahora temía que Miranda acabara matándose por no haberse ocupado de sus propias necesidades.

Miranda estaba de espaldas a Nick. Sólo Quinn veía el dolor reflejado en sus facciones.

Mientras la miraba, ella cerró los ojos y sacudió la cabeza, como queriendo alejar una pesadilla. O un recuerdo. Se incorporó, se secó los ojos con el antebrazo y se acercó a los pies de la chica muerta. Se quedó mirando el cuerpo cubierto de Rebecca un largo rato antes de agacharse y levantar el borde de la lona.

No hacía falta que Quinn estuviera a su lado para saber qué miraba. Los pies y las piernas de Rebecca salpicados de barro a causa de la carrera. La pierna rota. Las señales de su huida.

—¿Hace cuánto?

Incluso desde su punto de observación a quince metros, Quinn percibió la rabia y el dolor en su voz. Miranda se giró y miró a Nick con rabia. Se le acentuó la rigidez de la mandíbula mientras hacía lo posible por controlar su dolor.

Como siempre, tenía que controlarse. Era un milagro que no hubiese sufrido un

ataque de nervios, tal era el peso que llevaba sobre los hombros.

—¿Unas ocho o diez horas?

Quinn no oyó la respuesta de Nick, pero el cálculo de Miranda le pareció correcto.

—¡Joder, Nick! La tuvo ocho días en su poder. Casi logró escapar. Estamos a unos pocos kilómetros de la carretera. A seis kilómetros, y se rompió la pierna. Y él, él... —balbuceó, y volvió a girarse.

Viendo el esfuerzo que hacía por controlarse, Quinn se sintió incómodo, como un mirón. Ansiaba acercarse a ella, cogerla en sus brazos como había hecho en el pasado, sólo estrecharla. Él no le había dicho que todo iría bien. Nunca le dijo que el dolor sería soportable. Quinn simplemente estuvo a su lado. Y, durante dos años, el sólo hecho de estar a su lado le ayudó a Miranda a recuperar su vitalidad y su fuerza. Él lo sabía como una certeza.

Pero no había sido suficiente.

—El doctor Abrams viene en camino —dijo Nick—. Él podrá decirnos algo más.

—Me lo habías prometido, Nick. —Miranda se quitó los guantes de látex y se los metió en un bolsillo. Se apretó la punta de la nariz y se acercó al sheriff.

Quinn no podía no saludar a Miranda, pero el encuentro le provocaba cierto desasosiego.

—No intentes protegerme, Nick —dijo Miranda, mientras Quinn se acercaba por detrás.

—No culpes a Nick, Miranda. Fui yo quien le dije que no te llamara.

Miranda oyó aquella voz familiar: grave, cálida y suave como la mantequilla derretida.

El ritmo del corazón se le aceleró el doble, y el triple. Por un momento, un momento que fue demasiado largo, fue incapaz de decir palabra. Había soñado con esa voz y con su dueño. Se giró bruscamente.

Quinn Peterson.

Por un instante, apenas un segundo, Miranda olvidó todo lo que había sucedido entre ellos diez años antes, y sintió sus brazos que la estrechaban, las palabras serenas que le susurraba al oído.

La única vez que se había sentido de verdad segura desde la pesadilla de la persecución fue en sus brazos.

Quinn había cambiado y, aun así, seguía siendo el mismo. Algunas mechass grises asomaban en su pelo rubio. Le caía un poco demasiado largo por delante, lo justo para cubrir un parche que llevaba por encima del ojo. Sus ojos oscuros lo seguían viendo todo, pero ahora de sus bordes nacían unas arrugas finas. Físicamente todavía estaba en forma, aunque iba vestido con un traje demasiado elegante para los bosques de Montana. Miranda todavía recordaba el sabor de sus labios, aunque habían pasado

diez años desde la última vez.

No soportaba todos esos recuerdos que se le vinieron encima y, todavía detestaba más que Quinn Peterson le recordara sus peores flaquezas, justo cuando más necesitaba su fuerza y su coraje.

—¡Cómo te has atrevido! —exclamó, irritada consigo misma por el temblor en su voz.

—Ya sé que te diviertes torturándote a ti misma, Miranda, pero no quería que lo vieras. —Quinn se acercó a unos pocos centímetros. Ella se resistió al impulso de retroceder. Esta vez no se echaría atrás.

A Quinn le tembló un nervio en la mandíbula. Miranda recordaba bien esa señal de su irritación. O preocupación.

—¿Qué haces tú aquí? —Ahora su voz era más fuerte, pero no confiaba en sí misma para seguir.

—Yo lo llamé —dijo Nick.

Ella se giró para mirar a su mejor amigo.

—¿Tú?

Nick se enderezó como para mostrar su incomodidad.

He mantenido a Quinn informado desde que fui nombrado sheriff —dijo Nick—. Lo necesito a él y a sus recursos.

¿Has trabajado con él durante...? —Miranda pensó en el tiempo que había pasado desde que Nick fuera elegido sheriff y lanzó las manos al aire—. *¡Tres años!* Y ¿nunca me has dicho nada? ¿Cómo has podido? Creía que si alguien me entendía, eras tú.

—Miranda, yo quiero encontrar a ese cabrón tanto como tú.

Quinn los interrumpió.

—He venido a buscar a un asesino. No tengo por qué decirte que el FBI cuenta con más recursos que el departamento de Nick. Y si tienes algún problema con eso, ya te puedes marchar.

Aquella mirada oscura e intensa de Quinn abrió una brecha en sus defensas con la precisión de un láser. Ella se sintió incómoda, escudriñada. Como si hicieran inventario de su miedo, de sus inseguridades. Esperando que se derrumbara, que se viniera abajo. Pero ella no lo dejaría ver sus puntos débiles. Ni que la viera cómo se derrumbaba. Había acudido a él demasiadas veces en el pasado, buscando fuerzas y apoyo. Había llorado en sus brazos y le había contado todo lo que pensaba, sentía y creía.

Él había usado todo eso contra ella cuando la habían rechazado en la Academia.

Ya tendría tiempo para derrumbarse más adelante. Cuando estuviera a solas.

—Conozco esta zona mejor que cualquier ayudante del departamento —dijo Miranda, y volvió a temblarle la voz, a pesar de sus esfuerzos por controlar su

carácter y sus emociones. Con una mirada profunda como una sonda, Quinn la había dejado reducida a un estado de nervios.

Volvió su atención hacia Nick y recuperó la compostura.

—Tendrás que empezar a buscar pruebas y a pedir voluntarios. Me necesitas, y para mí es una necesidad estar aquí. Tengo que mirar. Me fijaré en cosas que los demás no ven. Podré...

—Basta. —Quinn cerró la escasa distancia entre los dos y le puso una mano en el hombro. Ella la miró, sin saber si apartarla de un manotazo o perderse en sus brazos.

Lo miró con rabia y él dejó caer la mano.

—Tienes que dormir —siguió, con voz más tranquila—. Te has pasado la semana buscando a Rebecca. ¿Cuántas horas te has dado a ti misma? Estás viviendo a base de café y comida basura. Vete a casa.

—¡No! ¡No! —Miranda se apartó para que él no la viera, temiendo que las lágrimas que había reprimido durante toda la mañana ahora brotarían sin remedio.

*Ahora, no. Delante de Quinn, no.*

—Miranda, voy a llamar a un equipo —dijo Nick—. No habremos acabado hasta dentro de dos horas. El doctor Abrams tiene que certificar la muerte. Vuelve más tarde.

—Nick, no creo que... —empezó a decir Quinn, pero Miranda lo interrumpió.

—Se lo diré a los voluntarios. Dos horas, y volveré. —No quiso mirar a Quinn, no en ese momento, porque sus sentimientos eran demasiado transparentes.

Pasó junto a Nick y le tocó el brazo.

—Estoy bien. —No sabía si lo decía para tranquilizarlo a él, a sí misma o a Quinn, pero pronunciar esa frase le permitió ocultar el miedo que había aflorado. La presencia de Quinn la había perturbado casi tanto como el último crimen del Carnicero.

Quinn la vio alejarse en su jeep. La había manejado mal. Antes no era así. Antes de que ella decidiera convertirse en agente del FBI creyendo que eso le ayudaría a solucionar sus problemas, Quinn sabía exactamente qué decirle, cuándo tocarla, cuándo darle espacio.

Sin embargo, en cuanto llegó a Quantico, su obsesión por el Carnicero se apoderó de su vida. O quizá siempre había estado ahí y Quinn simplemente no se había dado cuenta.

¿Por qué no se daba cuenta ella?

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Quinn a Nick—. No está en condiciones de participar en la búsqueda de pruebas. ¿Te has fijado cuando miraba el cuerpo? Estaba a punto de perder los nervios.

Se le revolvían las tripas de ver el dolor en el rostro bello y demacrado de Miranda. Como si estuviera viviendo en carne propia los momentos finales de

Rebecca Douglas.

—Ahí es donde te equivocas, Quinn. Miranda es más fuerte de lo que crees.

—Se está castigando por haber sobrevivido.

—De eso no estoy tan seguro... —empezó a decir Nick.

—Yo sí. Miranda es el típico caso del superviviente con sentimiento de culpabilidad, y se ha agravado con el tiempo. Cada vez que secuestran a otra chica, ella se toma su muerte como si fuera culpa suya.

—Sé que se lo ha tomado como algo personal, pero es una ayuda para el equipo.

—Miranda no conoce el significado de la palabra «equipo».

—Tú no te has pasado los últimos diez años trabajando con ella. No se vendrá abajo. Es una mujer fuerte.

—¿No dejarás que tu relación personal con ella te quite el sentido común? —dijo Quinn. Hablaba como si estuviera celoso. Joder, la verdad es que estaba celoso. Enterarse de la relación entre Nick y Miranda, le dolió más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Después de tantos años separados, Quinn tendría que haberlo superado. Sin embargo, desde su ruptura con Miranda, las pocas relaciones que había entablado eran aventuras superficiales y breves. En el corazón de Quinn, Miranda siempre sería la única mujer.

Nick lo miró de reojo.

—No sabes de qué estás hablando. —El sheriff se dirigió hacia su camioneta.

—No te hagas el esquivo conmigo, Nick. Has estado demasiado tiempo con Miranda como para no darte cuenta. Está jugando contigo. Es algo que hace muy bien.

Nick se volvió para mirar a Quinn.

—Miranda y yo lo dejamos ya hace dos años.

Por la cara de Nick, Quinn se dio cuenta de que no estaba nada contento con el asunto, y le pareció que su voz sonaba casi acusatoria. Quinn estaba a la vez sorprendido y complacido de saber que Nick y Miranda ya no eran pareja. Y luego se enfadó consigo mismo por preocuparse. Bien mirado, Miranda jamás entablaría una relación con él.

—No me lo habías contado.

—¿Por qué habría de hacerlo? Volvería con ella sin dudarle un instante. Tampoco es que en este momento exista esa posibilidad —dijo, y se quedó mirando el camino por donde se había marchado Miranda—. Estando tú en la ciudad, no creo.

—Miranda me odia. —Odio quizá fuera una palabra demasiado suave. Aborrecer o despreciar serían palabras más adecuadas.

—Debería odiarte —dijo Nick, mirándolo de reojo—. Si a mí me hubieras expulsado de la Academia del FBI el día antes de graduarme, también te odiaría. Pero ella no te odia.

Quinn no estaba seguro de eso, pero guardó silencio.

—Si te odiara —agregó Nick—, ya se habría casado conmigo.



Miranda cometió todas las infracciones de tráfico posibles en el camino de vuelta a la Universidad de Montana State, en Bozeman. Detestaba la idea de tener que contar a los voluntarios que había encontrado a Rebecca muerta.

Nick tenía razón. Necesitaban los recursos del FBI si querían dar con el Carnicero. Sin embargo, de todos los agentes del FBI a lo largo y ancho del país, ¿por qué tenía que ser precisamente Quinn Peterson?

Miranda creía haber superado su traición, un episodio ocurrido hacía muchos años. Ahora le agradaba su trabajo, tenía una casa bonita, una familia que la quería y amigos fieles.

Y entonces lo vio a él. En su ser más íntimo, en algún recóndito pliegue de su corazón, que ella creía endurecido desde hacía tiempo contra el amor, supo que todavía lo añoraba.

¿Por qué no habría de portarse ella con la misma distancia y frialdad que él? Estaba decidida a demostrarle que no le importaba en lo más mínimo que hubiera arruinado su carrera, además de romperle el corazón.

Entró en uno de los muchos aparcamientos del campus. Se aferraba al volante con tanta fuerza que los nudillos habían perdido todo su color por el esfuerzo. Con un gesto brusco, dejó el cambio de marchas en punto muerto y apagó el motor. Quiso volver a relegar a Quinn al nicho mental donde había permanecido recluido todos esos años, pero él se le resistía.

Respiró hondo y observó a un grupo de chicas que se dirigía al cuartel general de los servicios de búsqueda en el edificio de la Asociación de Estudiantes. Las seguía un par de chicas. Y luego un grupo de profesores.

Nadie iba solo. Nadie se atrevía ahora que se les había advertido sobre el Carnicero. Sin embargo, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que volvieran a bajar la guardia? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Un año? Miranda no lo olvidaba nunca. El Carnicero vivía con ella cada minuto de cada día, empeñado en perseguirla y atormentarla.

El rector había autorizado el uso de una de las grandes salas de la Asociación



Estudiantil para que los voluntarios de los equipos de búsqueda montaran la coordinación de las actividades. Aunque Miranda trabajaba para el departamento del sheriff en la pequeña unidad de Búsqueda y Rescate, no tenían espacio suficiente para instalar a personal dedicado a llamar por teléfono, a fotocopiar octavillas y distribuir mapas. Como había ocurrido durante la desaparición de las otras estudiantes, la universidad les proporcionaba el espacio que necesitaban, cualquier cosa con tal de ayudar. En los momentos trágicos, los alumnos y los profesores estaban unidos.

¿Por qué era necesaria la muerte para que las personas entendieran el valor de la vida?

Habían pasado tres años desde el último asesinato. Desde el último asesinato *conocido*.

Miranda no podía olvidar a las otras chicas desaparecidas. En esas fechas, un año antes, había sido Corinne Atwell. Nadie había vuelto a verla desde que su coche fuera encontrado en una zanja en la Ruta 191, que daba a la Autopista de Gallatin. ¿Era una víctima del Carnicero? ¿O de otro asesino? O quizás había huido. A Miranda le atormentaba la posibilidad muy real de que Corinne hubiera sido una más de las víctimas del Carnicero y que ahora su cuerpo se estuviera pudriendo en algún lugar de las millones de hectáreas de bosque que había entre Bozeman y Yellowstone, el territorio de caza de este asesino.

Pensamientos como ese, que se apoderaban de su mente, le provocaban insomnio.

*¡Chas! ¡Chas!*

*El látigo restalló una vez, y luego otra, hiriéndola en la carne abierta. Intentó gritar, pero hacía tiempo que ya no le quedaba voz. Y luego quedó abandonada a sus lágrimas silenciosas y al eco de las imploraciones de Sharon.*

Sus ruegos no significaban nada para ese monstruo sin rostro que las torturaba. El alivio que sentían cuando él se iba, pronto se convirtió en terror. Se habían vuelto dependientes de él. Él las alimentaba, les daba agua. Si él se marchaba para no volver, ellas morirían, desnudas y encadenadas al suelo en medio de un lugar perdido.

Pero él volvió. Para soltarlas. Y así, ellas desempeñarían el papel de sendas presas en su juego desquiciado. El cazador y las presas.

Dar con el Carnicero era algo más que justicia. Sólo él podía contarles a quién había matado. A Miranda le pesaba que ejerciera un control tan palpable sobre el dolor de los vivos.

Rebecca había sobrevivido ocho días en manos de ese loco, de ese cabrón asesino. Casi había conseguido escapar. Casi.

Pero como había sucedido con Sharon, el «casi» no valía ni una mierda si estaba muerta.

Permaneció dentro del coche un rato, y respiró hondo. Cerró los ojos y hundió la cabeza en los brazos, apoyada en el volante.

Las lágrimas no tardaron en brotar, y la rabia y la frustración que la embargaban fluyeron en hilillos de lágrimas calientes, saladas, que le bañaron las mejillas. Tenía el cuerpo molido después de días de búsqueda incansable, y sentía la tensión tras el reencuentro con Quinn. Los sollozos la hicieron estremecerse en silencio, y de su boca brotaba sólo la respiración agitada y desgarrada. Tardó varios minutos en dominar el dolor. Incluso después de recuperar la compostura, le resultaba difícil conservar la calma. Cuando se miró en el espejo retrovisor vio la muerte.

Había visto a siete chicas muertas. Pero todavía quedaban otras nueve jóvenes desaparecidas, y sus restos no eran más que un puñado de huesos esparcidos por el bosque. A los osos y pumas no les importaba demasiado la dignidad humana, ni practicaban los ritos de entierro de la cultura judeocristiana.

*¿Por qué a mí?*

¿Por qué había sobrevivido ella de entre todas esas víctimas? ¿Por qué la había escogido a ella, para empezar? ¿Por qué Rebecca Douglas o las hermanas Croft? No tenía sentido. No lo había tenido entonces y no lo tenía ahora cuando, al cabo de doce años analizando una y otra vez todo lo que había conducido a su secuestro, todo lo vivido en aquella choza de la tortura de una sola infernal habitación y, después, todo lo ocurrido desde su huida.

Se lo debía a su padre, eso lo sabía con certeza. Si su padre no la hubiera llevado a aquellas expediciones de caza que ella detestaba, jamás habría aprendido a disimular sus huellas ni a engañar al cazador. Ella era la presa pero, a diferencia de los venados o los osos que cazaba su padre, ella era un ser dotado de inteligencia. Podía engañar a su perseguidor, ocultándose y corriendo, corriendo y ocultándose, hasta sumergirse en el río y... Aunque hubiese muerto en el agua gélida, habría vencido.

Él no la habría matado. Ella habría escapado, robándole con ello su trofeo, su premio.

No sólo había vencido sino también sobrevivido.

*Si Rebecca no hubiera tropezado y no se hubiera roto una pierna, ¿habría sobrevivido? ¿Habría tenido la fuerza necesaria para llegar al camino? Aunque Rebecca no era oriunda de Montana, se había criado en un pueblo de montaña, en Quincy, California. Era un territorio similar y... Los pensamientos de Miranda se perdieron y divagaron lejos de Rebecca.*

Quincy. Maldita sea. No podía escapar a él.

Se secó las lágrimas de la cara y volvió a mirarse en el retrovisor. No le extrañaba nada que Quinn la creyera incapaz de seguir participando en la búsqueda. Tenía un aspecto horrible. Había perdido más peso de lo que se podía permitir. No se había detenido ni un momento a pensar en el maquillaje, y su pelo oscuro, aunque estaba limpio, había perdido aquel lustre de antes.

¿En qué pensaba? ¿Por qué habría de importarle lo que pensara Quinn Peterson? Él había destruido el vínculo entre ellos años atrás cuando había dejado claro que, según su juicio, su cordura pendía de un hilo.

Ella le dijo que se equivocaba, pero él no le hizo caso. Y bien, el tiempo le había dado la razón a ella, ¿no? Era un ser humano sin problemas, llevaba una vida normal, y le iba perfectamente bien sin los comentarios de Quinn Peterson.

Ella tenía una responsabilidad, y en ese momento su deber era ordenar a los voluntarios que pusieran fin a la búsqueda. Detestaba tener que hacerlo, pero era una responsabilidad que asumía sola.

Después de un profundo suspiro, dejó la comodidad de su jeep y se dirigió al cuartel improvisado. Había varios estudiantes llamando por teléfono, recibiendo información o dando instrucciones detalladas para contribuir en la búsqueda. Un equipo de voluntarios acababa de entrar antes que Miranda para recoger una sección del mapa que ella misma había trazado.

Nada de eso importaba ya.

Las lágrimas que creía a buen recaudo volvieron a brotar y se apretó el puente de la nariz hasta que consiguió reprimirlas. *Ahora no era el momento.*

El grito ahogado de una de las chicas devolvió a Miranda a la realidad.

—¡No! ¡NO!

Judy Payne, la compañera que vivía con Rebecca, era la que había llamado a la policía al ver que esta no volvía al piso el viernes por la noche. Judy no había abandonado el centro de búsqueda desde el principio, contestando llamadas, enviando correos electrónicos, imprimiendo miles de octavillas. Ahora, dejó de plegar cartas y se quedó mirando fijamente a Miranda con el rostro desencajado.

—Judy. —Miranda cruzó la sala hasta donde la chica estaba sentada, temblando.

—No, por favor. —Judy buscó en su mirada algo que no fuera la verdad, y unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Miranda se agachó junto a la simpática compañera de Rebecca y le cogió las manos. Con cada año que pasaba, Miranda creía que sería más fácil. Las búsquedas estaban bien planeadas y ejecutadas, los voluntarios tenían formación y eran competentes, la policía era diligente y actuaba con determinación. Pero las cosas no hacían más que complicarse. Cada vez era más difícil. Cada una de las chicas desaparecidas se llevaba un trozo de su alma a la tumba.

—Lo siento. —¿Qué otra cosa podía decir? «Lo siento» parecía tan fuera de lugar, tan *vacío*.

Judy se dejó caer en los brazos de Miranda. Esta la abrazó, la meció y le murmuró cosas al oído, palabras que no significaban nada, pero que quizá traerían algún consuelo.

No hacía falta decir nada al resto de la gente en la sala. La reacción de Judy les

decía lo que tenían que saber. Las lágrimas brotaron de los ojos de hombres y mujeres que habían tenido la esperanza, por un tiempo, de encontrar a Rebecca con vida.

Karl Keen, un joven asistente, se les acercó. Miranda levantó la mirada y vio que él también tenía los ojos humedecidos. Quiso transmitirle confianza, a él y a Judy y a todos, pero no tenía palabras. El peso del dolor de Rebecca descansaba con toda su carga sobre los hombros de Miranda. ¿A propósito de qué quería transmitirles confianza? ¿De que esta vez la policía lo encontraría? ¿De que esta vez había cometido un error?

Tenía ganas de gritar ante aquella injusticia de ver a otra joven muerta sin que tuvieran ni un solo indicio sobre el asesino.

Se limitó a darle un apretón en el brazo a Karl.

—Yo me quedaré con ella —dijo el chico, y se agachó junto a Judy, que seguía sollozando.

Miranda pestañeó queriendo reprimir sus propias lágrimas mientras veía a Karl que abrazaba a Judy y la llevaba afuera. Por un instante, tuvo ganas de que alguien la abrazara a ella. Que alguien la consolara. Que le dijera que todo se iba a arreglar, aunque no fuera verdad. A veces necesitaba creer en las mentiras.

Pero Quinn había renunciado a ella y ella había dejado que Nick se marchara. No tenía a nadie.

Cuando los dos jóvenes salieron, Miranda se percató de que el resto de los que estaban en la sala la miraban. Se aclaró la garganta y habló, con voz ronca.

—El sheriff Thomas ha descubierto el cuerpo de Rebecca esta mañana a unos seis kilómetros al oeste de Cherry Creek Road y a unos quince kilómetros al sur de la carretera ochenta y cuatro. Los ayudantes del sheriff buscan pistas, pero...

—¿Es el Carnicero?

Miranda se giró para mirar a la persona que la había interrumpido y luego bajó la mirada. Era Greg Marsh, el profesor de biología de Rebecca, un hombre achaparrado y gordo que usaba gafas sin marco.

—No... no puedo afirmarlo, yo... —comenzó a decir.

—Sí que puedes. Tú estuviste ahí —dijo, señalando las botas de Miranda. Ella bajó la mirada y parpadeó. No se había dado cuenta del barro seco adherido a las botas.

—Greg, tú sabes que no puedo decir nada.

—No es necesario que lo hagas —dijo, y salió de la sala.

Los demás siguieron con la mirada fija en Miranda. Ella necesitaba estar a solas, pero tenía un deber para con los que quedaban en la sala. Aunque estuvieran vivos, ellos también eran víctimas del Carnicero. Sintió que la culpa le roía las entrañas cuando en momentos como ese deseaba fervientemente no sentirse responsable por las víctimas, estuvieran vivas o muertas. ¿Qué podía decir para consolar a Greg, a

Judy y a los demás?

Sabía lo que había vivido Rebecca. Y gracias a la prensa, que abundaba en detalles sobre las tragedias cada vez que el Carnicero salía a matar, también lo sabían los demás. No había nada que hacer. Todos sabían que Rebecca había sido torturada, violada y cazada como un animal.

Y todos sabían que a Miranda le había sucedido exactamente lo mismo.

Tuvo que ocultar toda su humillación, el dolor, la rabia contaminada por el miedo que bullía en su interior. Eran muy pocos los que todavía hablaban con ella sobre su secuestro y posterior fuga. Miranda sabía que murmuraban cosas a sus espaldas, pero los ignoraba. Tenía que ignorarlos. Pensar o saber lo que la gente decía de ella le hacía más difícil la tarea de lidiar con sus pesadillas.

Miranda suspiró, aliviada, al ver que los voluntarios, con expresión llorosa se reunían en un rincón, murmurando. No esperaban que ella les hablara, que aplacara su dolor. Que les dijera que todo iría bien cuando sabían que nada iría bien hasta que encontraran al Carnicero.

Miranda fue hasta el mapa que había dibujado de la zona de búsqueda. Había dividido el condado de Gallatin en cuatro cuadrantes, desiguales debido al terreno montañoso. Cada cuadrante estaba dividido en docenas de segmentos.

No habían llegado a cubrir ni dos cuadrantes desde el sábado pasado.

Seis puntos rojos, casi invisibles a simple vista, identificaban los lugares donde habían encontrado los otros seis cuerpos. Con mano temblorosa, sacó un bolígrafo rojo del bolsillo y dibujó un punto en el lugar donde había muerto Rebecca. La séptima víctima. La séptima víctima *conocida*, repitió para sí.

Miranda no necesitaba los puntos rojos para saber dónde habían encontrado los cuerpos. Tampoco necesitaba los puntos azules para saber dónde las habían visto por última vez. Tenía el mismo mapa, mucho más detallado, en la pared de su estudio en casa. Había pasado muchas noches, demasiadas, sentada en la cama estudiando la topografía, esperando que los puntos, líneas y tramas dibujadas le dijeran algo, cualquier cosa, a propósito de aquel cabrón que se divertía cazando a mujeres.

Sintió un sollozo atrapado en la garganta y se tapó la boca con ambas manos. Volvió su atención al punto situado al sudeste del de Rebecca. Era el punto de Sharon.

Tenía que volver al monte, pero había un problema: que Quinn estaba ahí.

Doce años antes, Quinn había sido su roca, su punto de apoyo. De alguna manera, la había salvado, algo que recordaba sólo cuando se lo permitía, cuando estaba sola en la cama, con sus lágrimas como única compañía.

Nunca olvidaría el día en que lo conoció en el hospital. Fue el día después de acompañar a la unidad de búsqueda del sheriff hasta el lugar donde Sharon había sido asesinada.

Aunque él la llevó a lo largo de cinco kilómetros el día antes, ella estaba demasiado perturbada para fijarse en presentaciones formales. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Y le agradeció que no mencionara su ataque de nervios cuando habló con ella, que seguía postrada en la cama del hospital.

No la mimaba como las enfermeras. No lloraba como su padre. No arrastraba los pies, presa de los nervios, como el sheriff Donaldson, que la había interrogado el día anterior.

Quinn Peterson era de granito, un tipo alto, fuerte y firme. Nunca flaqueaba, nunca mostraba compasión en su mirada.

*Le dolía todo el cuerpo. Las heridas de los pies le ardían a pesar de los antibióticos y calmantes. Tuvieron que coserle muchas heridas y cortes, y llevaría esas cicatrices hasta el final de sus días. Los médicos le habían salvado los pechos, aunque los cortes eran muy profundos.*

*Ella estaba viva. Sharon estaba muerta. Las cicatrices de su piel no eran nada comparadas con el dolor incisivo de la culpa destrozándole el corazón.*

—No tienes que hacerlo —le dijo el Agente Especial Quincy Peterson cuando Miranda insistió en acompañarlo al lugar donde las había tenido encerradas a ella y a Sharon.

—Sí, tengo que hacerlo, agente Peterson —dijo ella cuando salieron del hospital—. Tengo que acompañarlo.

*No podía pensar en su dolor. Ahora, no. Era capaz de cualquier cosa para encontrar al hombre que había asesinado a Sharon, porque su mejor amiga estaba muerta y ella estaba viva.*

*Si eso significaba volver al cuchitril asqueroso, húmedo e infestado de ratones donde había permanecido encadenada siete días infernales, lo haría.*

—Te entiendo —dijo él, y ella le creyó. Todos los que hablaban con ella daban la impresión de querer serenarla, pero aquel hombre no tenía esas intenciones—. ¿Crees que podrías llamarme Quinn? Agente Peterson suena demasiado formal.

—De acuerdo.

*Ella señaló la zona en el mapa y se adentraron en coche hasta donde pudieron, para luego seguir a pie, aunque quedaban casi cinco kilómetros.*

*¡Ojalá hubieran corrido en la otra dirección! Habrían llegado a un camino. Era sólo un sendero, pero lo era. ¿Acaso eso habría cambiado su destino? ¿Sharon estaría viva todavía?*

—Le dije que teníamos que separarnos —murmuró Miranda cuando se quedó a solas con el agente Peterson... Quinn.

—Fue una buena idea.

—Sharon se negó. Estábamos tan asustadas que no lo discutimos. Y... —dijo, y guardó silencio.

—Sigue.

—No entendíamos por qué nos soltaba. Hasta que vimos el arma. Entonces entendimos con toda claridad que quería cazarnos como a animales. Creo que ni siquiera pensamos en ello y, desde luego, no hablamos de ello. No teníamos tiempo. Nos dijo que echáramos a correr.

—¡Corred, corred!

—Y las dos sabíamos perfectamente lo que pretendía hacer. Éramos presas malheridas —dijo, riendo con una mueca amarga.

Durante el trayecto, Quinn permaneció a su lado. Le hizo preguntas discretas y certeras. Nunca dijo que lo sentía. Nunca intentó serenarla. Nunca le dijo que debería haber hecho algo diferente, como había hecho ella millones de veces, interrogándose sin parar durante las setenta y dos horas transcurridas desde que la encontraran en la orilla del río Gallatin.

Miranda los condujo directamente a la barraca destartalada perdida en medio del bosque, en Montana, diez kilómetros hacia el oeste del río donde ella había saltado para escapar. Se quedó mirando las tablas podridas que parecían demasiado débiles para aguantar el techo de aluminio corrugado. Miranda se había fijado en el exterior de la barraca sólo un momento breve, antes de que ella y Sharon echaran a correr. Sin embargo, el interior había quedado grabado en su memoria.

Miranda no pudo entrar. Se quedó sentada en el suelo, llorando.

Quinn entró. La gente del sheriff recogió las pruebas que él señalaba. El sheriff Donaldson estaba a punto de jubilarse, y quería coger al asesino de Sharon; que su detención fuera el broche de oro de su carrera, así que escuchó los consejos del agente del FBI llegado el día antes.

Después, Quinn se sentó en el suelo junto a ella.

—Te vas a ensuciar ese bonito pantalón —fue lo único que atinó a decir. Desde luego, Peterson no iba vestido como para salir a la montaña, pero no parecía importarle que sus elegantes zapatos quedaran rayados y sucios.

—Encontraré a ese tío. Te prometo que pagará por lo que os ha hecho, a ti y a Sharon.

Ella lo miró, buscando la pena en sus ojos, o el asco, o el desagrado. Lo único que vio fue fuerza, compasión y rabia.

—Haré todo lo que pueda para ayudar.

Al final, a pesar de la angustia que Miranda sintió al volver a la choza, a pesar de la búsqueda en el bosque, después de encontrar los restos de la que, según todas las sospechas, era la primera víctima del Carnicero, no lograron encontrar al asesino. No tenían pistas que los orientaran. Escasas pruebas, y ni un solo rastro. Ningún sospechoso.

Dos meses después, a Quinn lo llamaron de vuelta a la oficina de Seattle. Ella

pensó que no volvería a verlo, y eso le dolió, porque lo apreciaba mucho.  
Se equivocaba. Quinn volvió un mes más tarde, sólo para verla a ella.  
Fue entonces cuando comenzó a sanar de verdad.





Cuando Miranda tenía ocho años, su madre murió de cáncer de ovarios. Bill Moore quedó tan devastado por el inesperado diagnóstico, la brevedad de la enfermedad y la muerte, que renunció a su empleo como ejecutivo de marketing de alto nivel en Spokane y se mudó con Miranda al valle Gallatin, en Montana. Compró una vieja cabaña a treinta minutos de Bozeman, camino a West Yellowstone, cerca de Big Sky, y la restauró con dedicación y paciencia. A los diez años, Miranda ya había aprendido todo sobre desempapelar, lijar y barnizar. Ella sola había restaurado casi todos los suelos de la primera planta de la hostería.

Los profundos cañones, las vistas sobrecogedoras y los cielos infinitos fueron un consuelo para el dolor de aquella familia. Habían pasado veinticinco años, y ese mismo entorno fue lo que salvó a Miranda más tarde del Carnicero, y también, una vez más, de lo de Quantico. Y por eso, con el asesinato de Rebecca y el fantasma de Sharon pesando sobre su conciencia, era casi imperativo desviarse y pasar por la Hostería Gallatin. Se dijo que sería necesario llevar unas cuantas provisiones, pero la verdad era que sólo quería ver a su padre.

•••

Bill Moore estaba sentado detrás del mostrador de recepción rellenando los eternos formularios que detestaba. La enorme cabeza de alce, que Miranda había llamado Bruce la primera vez que la vio, hace veinticinco años, era la mascota de la hostería. Desde allá arriba, hacía guardia sobre la recepción y sobre su padre, a quien el alce siempre le arrancaba una sonrisa.

Excepto en días como ese.

Bill alzó la mirada cuando entró Miranda, y su rostro se transfiguró. Le pesaron cada uno de sus cincuenta y siete años. Su pelo, aunque todavía abundante, se había vuelto entrecano. Unas arrugas le surcaban el rostro curtido y su cuerpo, antaño lleno de fuerza, se había hundido imperceptiblemente. Miranda sintió que algo se le

retorcía en el interior. Ella era la causa del dolor que veía todos los días en sus ojos claros. Su amor de padre lo estaba matando, día a día. Y saber eso, y no ser capaz de torcer la dirección que tomaba su vida, le hacía sentirse todavía más culpable.

—Papá. —No tenía por qué añadir más.

—Randy —dijo él, con voz ronca.

Bill salió de detrás del mostrador y, cuando lo abrazó, Miranda se sintió reconfortada. Su padre nunca se hacía de rogar con los abrazos.

—Ha sido él —murmuró.

Su padre la estrechó con fuerza. Ella olió aquella mezcla única de loción de afeitado, succulentos granos de café y tabaco de pipa. Olía a hogar y a amor y a todo lo bueno que había en su vida.

—¿Vuelves a salir?

—Tengo que irme. —Miranda dio un paso atrás, respiró hondo y lo miró con una sonrisa que quería transmitir esperanza.

—Te prepararé unos bocadillos. ¿Cuántos sois los que estáis buscando?

—Quizás unos veinte, o veinticinco. Nick llamará a voluntarios para que colaboren con sus hombres. Hay que darles instrucciones. No tengo mucho tiempo.

—Ve a buscar tus cosas. Yo cogeré algo para que podáis comer.

—Te quiero, papá.

Él le acarició la mejilla, dio media vuelta y se dirigió a la cocina.

Miranda habría dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo y proteger a su padre de lo que había sufrido desde aquel día en que ella había vuelto a casa, destrozada y vacía. A veces pensaba que su padre todavía la veía medio ahogada y desnuda en la orilla del río. Golpeada, herida, más allá del agotamiento.

Pero viva.

Lo cual no podía decirse de Rebecca. O de Sharon. O de Penny, Susan, Karen, Ellen y Ellaine. Ni de las otras nueve chicas desaparecidas sin dejar rastro en la primavera de los últimos quince años.

En circunstancias normales, Miranda disfrutaba del apacible paseo por el sendero de gravilla hasta su propia cabaña. Su padre se la había construido hacía diez años, a su regreso de la Academia del FBI en Quantico.

—Randy, necesitas tu propia casa —dijo—, pero yo me sentiría muy solo si te fueras a vivir a la ciudad.

Bill Moore nunca estaría solo. Era un hombre apreciado y admirado por todos en el condado de Gallatin, y su hostería funcionaba bien con los turistas en verano y los esquiadores en invierno, además de los habitantes locales que venían a lo largo del año a comer o a tomar un aperitivo los domingos. La hostería tenía ocho suites en la primera planta. También había unas quince cabañas desperdigadas por las treinta y tantas hectáreas de la propiedad. Los amigos de toda la vida venían a menudo. Los

forasteros eran como de la familia. Era la vida de Bill.

Miranda ansiaba meterse en una bañera de agua caliente y mirar cómo pasaba el día a través de la ventana. Empaparse hasta quedar con la carne casi escaldada, sumergiéndose en un agua tan caliente que casi no la aguantara. Llorar hasta que no le quedaran lágrimas.

Pero se limitó a coger municiones para el 45 automático que llevaba y sacó su escopeta. Su padre le daría la comida pero ella se ocuparía de preparar el equipo de supervivencia.

Tres días de alimentos liofilizados y de botellas de agua, navaja, pistola de bengalas y cerillas en el fondo de la mochila. Añadió las balas y una chaqueta Gore Tex, una muda de ropa y una manta térmica.

Jamás la pillarían sin estar preparada.

Quince minutos más tarde, entró en la enorme cocina y observó cómo su padre y Ben «Gray» Grayhawk, el cocinero, factótum de la hostería y amigo, cargaban una nevera portátil con bocadillos envueltos uno por uno. Había al menos cuarenta raciones. Metieron seis termos en una caja, vasos de plástico y una bolsa verde para la basura.

Miranda dejó su mochila junto a la puerta y abrazó a su padre.

—Gracias, papá —dijo, y le sonrió a Gray para agradecerle también.

—Tu padre no quiere decirlo, así que lo diré yo —dijo Gray—. Tú, cuídate, jovencita. No te adentres en el bosque sin apoyo. No juegues a ser la heroína. Sé lista.

—Tendré cuidado. —Miranda adoraba a Gray, aunque él siempre anduviera preocupándose por ella. Era unos años mayor que su padre, y en su largo pelo plateado y trenzado se adivinaba su herencia india, aunque sus ojos verdes eran los de su madre europea. Había nacido en Bozeman, pero se había mudado cuando era apenas un adolescente. Y después de tres períodos de servicio en Vietnam decidió regresar a casa.

Gray también le había enseñado a usar armas de fuego.

Entre los tres llevaron la comida y las bebidas al jeep de Miranda. Cuando estaba a punto de subir, su padre la cogió por el brazo. Sus ojos azules, un pálido reflejo de los ojos de Miranda, brillaban con un fondo de inquietud y preocupación.

—Randy, ten cuidado.

Ella asintió, incapaz de decir palabra por miedo a que brotaran las lágrimas reprimidas desde aquel momento de debilidad en la universidad. Subió al jeep de un salto, saludó y partió.

Bill se quedó mirando el jeep hasta que desapareció en una curva, junto al cartel que rezaba: Siempre bienvenidos a la Hostería Gallatin. Sacó un pañuelo y se sonó.

Gray puso su mano enorme sobre el hombro de su amigo.

—Estará bien, Billy. Es una muchacha fuerte.

—Lo sé. Lo sé. —Respiró hondo el aire fresco de la montaña—. Se merece ser feliz. Yo la amo tanto que no soporto ver cómo revive una y otra vez la misma historia.

—Por eso está ahí. No la puedes obligar a ir por tu camino, así como Nick no pudo obligarla a ir por el suyo.

Bill miró a su amigo.

—Ha llamado Quinn Peterson para reservar una habitación. —Y ¿se la has dado?

—Sí.

—A Miranda no le gustará.

—Ya lo creo que no. —Pero él tenía que enmendar algo. Sólo esperaba que Miranda lo perdonara cuando se enterara de la verdad.

Elijah Banks le dio las gracias al Dios en el que ya no creía de que por fin su suerte estuviera cambiando.

Salió disparado por la puerta trasera de las oficinas de la *Gazette*, en Missoula y subió a su destartada camioneta. Una rápida mirada a su reloj le dijo que tenía el tiempo justo para pasar por su piso y coger una bolsa de viaje.

El Carnicero volvía a golpear. El cuerpo de Rebecca Douglas había sido descubierto hacía una hora, y aunque el *sheriff* se anduviera con secretos, Eli tenía un sexto sentido que le decía que se trataba del Carnicero.

Joven universitaria desaparecida una semana. Encontrada muerta. El Carnicero. Maldita sea, hubiera deseado estar ahí desde el principio, pero su editor no le daba la oportunidad. Al contrario, había pasado lunes y martes en Helena escribiendo sobre un caso más de soborno político, y los tres últimos días entrevistando a ancianos que habían sido víctimas del robo de sus datos de identidad.

Aburrido a más no poder.

Pero ahora que tenía que informar sobre la historia de un cadáver, el jefe le había dado la tarea. Su contacto en la policía le había proporcionado escasos detalles, sólo que habían encontrado el cuerpo de la mujer y que el *sheriff* Thomas había dado instrucciones por radio de guardar silencio. El forense estaba al corriente y se encontraba ahora en el monte cerca de Cherry Creek Road, al sur de la interestatal.

Si jugaba bien sus cartas, podría catapultarse para salir de aquel agujero infernal y conseguir un empleo de reportero de verdad en un periódico de verdad en una ciudad de verdad.

Su piso quedaba a menos de un kilómetro del periódico. Dejó la camioneta en marcha y subió corriendo a meter la ropa y su neceser en una mochila. Cogió su grabadora, lápices y papel, y su diario.

Doce años antes, Eli había creado ese periódico para documentar todo lo relacionado con la investigación sobre el Carnicero. Incluso después de mudarse a Missoula, siempre había seguido estando informado, cada vez que una chica era

secuestrada, cada vez que encontraban un cadáver.

*El Carnicero de Bozeman.* Le puso ese nombre al asesino en el primer artículo, cuando se supo lo de Moore. No fue su primera opción. Él quería llamarlo El Cazador de Mujeres, pero su jefe en el *Chronicle*, el imbécil de Brian Collie, no quería incomodar a los cazadores y le dijo que se inventara otra cosa. El «Carnicero» no era un apodo adecuado porque lo que el asesino hacía con sus víctimas no podía calificarse de «carnicería». No, el tipo las cazaba, y luego les disparaba o les cortaba el cuello. Sin embargo, el apodo se quedó así.

Collie seguía ahí, y nunca había llegado a gran cosa porque nunca había aspirado a ser más que director de un periódico del tres al cuarto, en Bozeman. Eli, al contrario, decidió abandonar la ciudad y llegó hasta Missoula. En ese momento, parecía la decisión perfecta. Primero Missoula, después Seattle y, finalmente, Nueva York.

El plan llegó hasta Missoula. Pero ahora Eli confiaba en que no se quedaría atrapado ahí el resto de sus miserables días.

Cinco minutos más tarde, ya había cogido la interestatal en dirección sur, hacia Bozeman, capital del comercio ganadero. Normalmente, detestaba hacer ese trayecto, pero en esta ocasión casi no podía contener la emoción.

Una historia candente era justo lo que necesitaba para encontrar un empleo de calidad en un gran periódico. Adiós, Missoula. Allá voy, Nueva York.



## CAPÍTULO 5

Quinn tamborileó sobre el salpicadero de la camioneta de la policía que conducía Nick. A Quinn no le agradaba viajar en el lado del pasajero. Parecía que tardaba el doble de tiempo en llegar a cualquier sitio.

—La semana pasada no me diste demasiados detalles por teléfono —le dijo a Nick—. ¿Rebecca Douglas fue secuestrada el viernes por la noche?

—Su compañera de piso llamó hacia la una de la madrugada del sábado. No había vuelto a casa después de su turno en la pizzería, que queda en la interestatal. El agente que hizo el informe encontró su coche en el aparcamiento, con las llaves en el asiento del pasajero.

—Y ¿Su bolso?

—No estaba.

No solían recuperar gran cosa de los efectos personales de las jóvenes víctimas, lo que llevó a Quinn a sospechar que el asesino los conservaba como objetos fetiche. Para recordar a sus víctimas.

—No hemos esperado a que se cumpla el tiempo habitual antes de declarar a una persona desaparecida, porque yo sabía intuitivamente que era el Carnicero.

—¿Su coche tenía algún desperfecto?

—No.

—Eso es un cambio. —A Quinn le intrigaba el motivo de ese cambio, porque, hasta entonces, todas las víctimas del Carnicero se habían quedado abandonadas en la carretera después de estropeárseles el coche. Los análisis descubrieron que en el tanque de gasolina había restos de melaza tapando el filtro de gasolina. Así, el coche se quedaba sin gasolina a cinco kilómetros de la última parada.

Cuando Penny Thompson desapareció hace quince años, se recuperó su coche de un barranco profundo. Encontraron sangre en el volante, pero no detectaron signos de violencia. En ese momento los investigadores pensaron que se había alejado del coche hasta perderse a causa de una lesión en la cabeza, pero el caso quedó abierto.

Tres años más tarde, cuando encontraron el coche de Miranda en la berma del

camino a medio trayecto entre la autopista de Gallatin y la hostería de su padre, la oficina del sheriff relacionó enseguida unos puntos con otros y llamó al FBI.

La vida de Quinn había cambiado irrevocablemente a partir de aquel día.

—Hay quienes insistían en que no era el Carnicero, pero...

—Tu intuición no se equivocó en lo del dinero.

—Por desgracia.

—Tenemos dos ventajas claras —dijo Quinn—. En primer lugar, un cambio en el modus operandi. No manipuló el coche. Quizá no tuvo tiempo. Quizás actuó sobre la marcha. O quizá Rebecca Douglas lo conocía y no se asustó cuando se le acercó.

—Ya he pensado en esa posibilidad pero, hasta ahora, los interrogatorios no han arrojado gran cosa.

—Quisiera revisar tus notas.

—Como quieras —dijo Nick—. Y ¿cuál es la otra ventaja?

—Haber encontrado el cuerpo tan rápidamente. No nos ayuda que lloviera anoche, pero puede que el forense encuentre algo que podamos relacionar con un sospechoso, un pelo, una fibra de su ropa, algo. —Después de ver el cadáver, Quinn no tenía grandes esperanzas de que encontrarán pruebas útiles, pero la ciencia no paraba de perfeccionar su instrumental. Si había algo que encontrar, él confiaba en que ellos lo encontrarían.

—Si conseguimos encontrar la barraca donde la tuvo recluida, tendremos mayores probabilidades de hallar pruebas útiles —dijo Nick.

—Es verdad. —Las veces que habían encontrado las ruinosas barracas donde el Carnicero ocultaba a sus víctimas antes de soltarlas en el bosque, todas las pruebas estaban estropeadas o destrozadas. La humedad, el moho y la podredumbre de las chozas destruían la mayor parte del material biológico. No tenían ni ADN ni huellas dactilares, con la excepción de un fragmento de huella que no arrojó resultados en la base de datos del FBI. Y tampoco había sospechosos.

El perfil elaborado por Quinn doce años antes había sido actualizado para que reflejara los rasgos del hombre, ahora más envejecido. Por aquel entonces, su razonamiento lo había llevado a concluir que se trataba de un hombre blanco de entre veinticinco y treinta y cinco años. Si le agregaban diez años, no podía tener menos de treinta y cinco años, más probablemente cuarenta. Físicamente era un hombre fuerte, una persona metódica. De hecho, era un planificador obsesivo, paciente y temerario. No le faltaba seguridad, y por eso nunca dudaba de que pudiera dar con las mujeres que soltaba. Tampoco era muy difícil seguirle el rastro en el bosque a una mujer desnuda y descalza.

Quinn abandonó la investigación al cabo de dos meses porque no tenían pistas y las pruebas eran escasas. Y cuando dejaron de desaparecer más mujeres, las autoridades decidieron que no valía la pena utilizar sus escasos recursos en la inútil

búsqueda del asesino de Sharon.

El Carnicero esperó tres años antes de secuestrar a otras dos chicas, pero los cuerpos nunca fueron recuperados. Pocos asesinos en serie eran capaces de esperar tanto tiempo entre una acción y otra, pero no se había informado de crímenes similares en otras partes del país.

La falta de continuidad y la naturaleza esporádica de las actuaciones del asesino no daban a la policía pistas concretas para seguir investigando.

Quinn dio un golpe contra el salpicadero.

—Quiero coger a ese cabrón.

Nick guardó silencio mientras giraba en un camino de gravilla debajo de un arco que rezaba: *Parker Ranch*.

Quinn se acordaba vagamente de Richard Parker de la época en que él se dedicaba al caso del Carnicero. Promotor y hombre influyente del estado de Montana, con conexiones políticas en Washington, y elegido para algún cargo local. Puede que fuera una especie de supervisor.

Nunca habían sospechado de Richard Parker. Quinn recordaba su arrogancia y su fanfarronería, aunque parecía de verdad interesado en encontrar recursos adicionales para la oficina del sheriff en una época en que los presupuestos estaban reducidos al mínimo.

La residencia de Parker le recordó a Quinn el rancho de La Ponderosa. Era como si en cualquier momento fuera a abrirles la puerta Ben Cartwright.

—Sheriff —dijo Richard Parker al abrir la ancha puerta. Quinn observó que Parker había envejecido bien. Tenía unos cincuenta años, pelo rubio, todavía sin canas, y apenas mostraba arrugas en torno a los ojos. Un metro ochenta y algo, delgado, hombros fuertes y músculos bien definidos, un hombre que se sentía a gusto con su trabajo en el rancho.

Parker se volvió hacia Quinn.

—Agente Especial Peterson, ¿correcto?

—Buena memoria, señor Parker —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Ahora soy el Juez Parker —dijo este, con una leve sonrisa—. Pero olvídense de las formalidades. Llámeme Richard.

Juez. Quinn miró a Nick, irritado porque su amigo no le había hablado de aquella situación, que era políticamente delicada. Quinn detestaba jugar a la política.

—Gracias.

Siguieron a Parker y cruzaron el amplio vestíbulo revestido de madera oscura hasta el salón, un rincón luminoso con ventanas orientadas al este y al sur e iluminado a la vez por dos tragaluces largos y angostos en el techo.

Todo era impecable y estaba perfectamente en su sitio, como si los Parker estuvieran esperando al equipo de rodaje de *House Beautiful*. Los trofeos de caza y



los grabados de escenas campestres adornaban las paredes de color claro. Los muebles de pino demasiado grandes eran sencillos y funcionales. Se adivinaba un toque femenino en las fundas floreadas de los cojines que se complementaban con los tonos oscuros de los sofás y de las sillas. Una vitrina de armas de fuego ocupaba una parte prominente de una pared y, por encima, un pez enorme con una placa: *Esturión blanco, 32 kilos, río Kootenai, 10 de junio de 1991.*

—He mandado a los niños al establo a ocuparse de los caballos —dijo Parker—. ¿Os puedo ofrecer algo de beber? ¿Café? ¿Un refresco? Es demasiado temprano para un whisky. —Con un gesto, los invitó a sentarse.

—No podemos quedarnos, Richard —dijo Nick—. He llamado a todos mis ayudantes y tenemos un grupo de voluntarios para peinar la zona. Va a ser un día largo.

—Ya entiendo. Los chavales están tocados. Espero que no les pidas demasiado.

—Claro que no —dijo Nick.

—¿Necesitas caballos? Le puedo decir a Jed que traiga seis o siete. Y si los necesitas, les daré la tarde libre a los hombres.

—Se agradece mucho, Richard —dijo Nick—. Tendremos que buscar a pie para no estropear posibles pruebas.

Parker asintió.

—Claro, sí. —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Creía que... supongo que creía que todo había acabado.

Yo no, pensó Quinn.

—Los asesinos en serie sólo se detienen cuando los meten en la cárcel o cuando se mueren.

—Pero han pasado tres años.

—Tenemos fundadas razones para creer que Corinne Atwell también fue una víctima del Carnicero, y ella desapareció el uno de mayo del año pasado. El bosque no perdona. Los animales, el tiempo, el terreno. Puede que nunca sepamos a cuántas chicas ha matado.

—¿A qué viene el interés del FBI ahora? —preguntó Parker, frunciendo el ceño—. Usted no vino cuando mataron a las gemelas.

—En realidad —lo corrigió Nick—, después del secuestro de las chicas Croft, estuvo aquí el agente especial Thorne y, en otra ocasión, cuando Corinne Atwell se dio por desaparecida. Llamé al agente Peterson la semana pasada porque él conoce el caso. No hace falta recordarle que los recursos del gobierno federal son muy superiores a los de nuestro condado.

Quinn ya no quería seguir hablando de nimiedades. A los menores había que interrogarlos lo más pronto posible si eran testigos de un crimen o si habían encontrado pruebas. A medida que pasaba el tiempo, tenían la tendencia a mezclar los

hechos con fantasías, en gran parte salidas de la televisión.

—¿Dónde están los chicos, señor?

—En el establo. —Parker le hizo un gesto a Quinn para que se sentara—. Los iré a buscar.

—No hace falta. Creo que estarán más cómodos si están haciendo algo con las manos. Asear los caballos parece una buena tarea.

—Lo acompañaré —dijo Parker.

Nick cogió a Quinn unos metros detrás de Parker para hablarle en privado.

—Quiero echarle un vistazo a las patas de los caballos —dijo, en voz baja. No es que pensara que los chicos tuvieran algún motivo para mentir, pero le gustaba contrastar las declaraciones con hechos sólidos.

El establo quedaba a unos cien metros detrás de la casa y Quinn oyó los murmullos de los chicos en el interior.

—¡Ryan! El sheriff Thomas ha venido a hablar contigo.

Ryan Parker tenía casi once años y era la viva imagen de su padre, con su pelo rubio y sus ojos color castaño. Tenía unos rasgos bellos poco habituales en un niño, y parecía mayor, casi más sofisticado que los hermanos McClain.

—Ryan —dijo Nick—. Te presento al agente especial Quincy Peterson. Trabaja para el FBI.

Ryan miró con los ojos muy abiertos.

—¿El FBI? ¿De verdad? ¿Puedo ver su placa?

—Ryan —dijo su padre, severo.

Quinn ignoró a Parker y se agachó junto al niño.

—Claro —dijo, mientras sacaba la cartera del bolsillo de la chaqueta. La abrió y enseñó la placa y su identificación al niño, que miraba ensimismado.

Ryan no la tocó, pero la miró con interés.

—¿Tienes que ir a una escuela especial para ser agente especial?

—Después de cuatro años en la universidad, pasé dieciséis semanas en un campo especial de entrenamiento llamado Quantico. También estudié un año para obtener un máster en criminología.

—¿Es difícil?

—Algunas cosas lo son. ¿Tú quieres ser agente federal? —Ryan miró a su padre y Quinn percibió un dejo de miedo en la mirada del niño. Quizá su padre esperaba que el niño sencillamente siguiera sus pasos, pensó Quinn. Él lo entendía. Para él, no ser el «Doctor Peterson» era algo que todavía pesaba en casa de sus padres—. Quizá —dijo Ryan, evasivo.

—¿Podemos el sheriff Thomas y yo haceros unas preguntas a ti y tus amigos?

—¿Sobre la chica muerta?

—Sí.

Sean y Timmy McClain estaban ocupados cepillando a un caballo, aunque lo escuchaban todo con interés, tanto que el hermano más pequeño no hacía más que cepillar el aire.

—Chicos, venid aquí —llamó Quinn.

Dejaron los cepillos en un cubo y se acercaron para presentarse. Sean era el hermano mayor, y se comportaba como si fuera un chico duro e importante. Timmy, el más pequeño, no paraba de moverse y tenía los ojos muy abiertos. Quinn observó que Ryan era el líder del grupo, con esa manera de pararse y con los otros dos chicos detrás de él, sentados en los montones de heno. A Quinn no le gustaba la idea de tener a Richard Parker formalmente a su lado, con su severo aspecto de juez. Sin embargo, teniendo en cuenta que se trataba de un encuentro informal con los menores, no podía pedirle al padre que se fuera. Sobre todo si el padre era abogado.

—Ryan, cuéntame con tus propias palabras lo que salisteis a hacer esta mañana. Timmy, Sean, podéis intervenir si creéis que hay que añadir algo. No hay respuestas correctas o incorrectas. Y nadie lo recuerda todo, así que puede que uno de vosotros recuerde cosas que los otros no recuerden. ¿De acuerdo?

Todos asintieron cuando Quinn y Nick sacaron sus libretas. Ryan habló.

—Sacamos los caballos a las siete de la mañana. Sean y Timmy se quedaron a dormir porque queríamos salir temprano, y ellos viven en la ciudad.

—Mamá trabaja los fines de semana —dijo Timmy, asintiendo con la cabeza—. Venimos mucho aquí.

—Seguro que es divertido salir a montar a caballo por la hacienda y otras cosas que están bien —dijo Quinn, sonriendo.

—Oh, sí —dijo Timmy—. Y a veces... —Su hermano le dio un golpe en el brazo.

—Cállate —dijo Sean—. Sólo quieren saber de la chica muerta.

Timmy adoptó un aire más tímido.

—No pasa nada —dijo Quinn al pequeño—. Uno nunca sabe lo que puede ser importante en una investigación.

Los chicos habían salido de la casa temprano en dirección a los prados, hacia el este. Cogieron un sendero casi borrado por la vegetación con la idea de encontrar un antiguo cementerio indio en el lado norte.

—Sabéis que no deberíais ir tan lejos —les riñó Parker—. Es un camino peligroso. Tenéis mucha suerte de que un caballo no se haya roto una pata.

—Lo siento, papá —dijo Ryan, con mirada huidiza.

—¿Qué más? —dijo Quinn. Era lo último que necesitaba, un chico asustado y un padre beligerante—. ¿Dónde está el cementerio indio que andabais buscando?

—No lo sabemos. Por eso lo buscábamos. Gray, ¿sabe?, el que trabaja allá en la hostería —dijo, y señaló vagamente hacia el sur—, dice que está allá en el lado norte, por encima de Mossy Creek. Ni siquiera él sabe dónde está, sólo que está ahí, y no

sabemos si lo hemos visto. Lo buscamos el verano pasado y no lo encontramos. Y como llovió toda la semana, este era el primer día bueno para salir a buscar.

Quinn se acordaba de Gray. ¿Cómo olvidar el tiempo pasado en la Hostería Gallatin cuando investigaba el asesinato de Sharon Lewis? ¿O los fines de semana que venía a ver a Miranda?

Sacudió la cabeza y apartó a Miranda de su pensamiento. Era más difícil ahora que se había colado sin previo aviso, pero él tenía que concentrarse en su trabajo.

Y su trabajo era detener al Carnicero.

—¿No llegasteis a Mossy Creek? —inquirió Nick.

—Los caballos empezaron a ponerse un poco raros —dijo Ryan, negando con la cabeza—, y luego oímos un animal grande. Fuimos hasta un claro y vimos un oso pardo que estaba oliendo algo. Yo disparé mi rifle para asustarlo. Y entonces la vimos.

Ryan y Timmy se quedaron donde estaban mientras Sean, el mayor de los tres, volvía al camino principal por el viejo sendero del aserradero y recorría cinco kilómetros a caballo antes de llegar a un teléfono.

—¿Tocasteis el cuerpo?

Todos negaron sacudiendo enérgicamente la cabeza.

—Yo me acerqué —dijo Ryan—. A unos metros. No parecía de verdad, ¿sabe? El oso podía volver y, bueno, yo no quería irme. —Se miró las manos que mantenía entrelazadas con fuerza.

Quinn se acercó y le dio a Ryan un apretón en el hombro hasta que el chico lo miró.

—Hicisteis lo correcto.

Se incorporó y le sonaron las articulaciones por la posición que había mantenido tanto rato, un recordatorio de que aquel otoño cumpliría cuarenta años.

—Gracias, juez —dijo Quinn, girándose para mirar a Richard Parker.

Una mujer rubia vestida impecablemente, de grandes ojos verdes, estaba junto a Parker y miraba con expresión vacía. ¿La mujer de Parker? Quinn estaba sorprendido porque no la había oído llegar.

—¿Señora Parker? —saludó, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó, con una fuerza sorprendente para una mujer de aspecto tan frágil. Tenía los dedos helados, aunque las temperaturas habían subido bastante desde que, por la mañana, él viera a la víctima.

—Delilah Parker —dijo, con una voz suave y serena.

—Señora. Agente Especial Peterson.

—He preparado limonada y una tarta de plátano en la cocina, si quieren pasar un momento.

Quinn estaba a punto de rechazar la invitación cuando intervino Nick.

—Gracias, señora Parker, le agradecemos mucho su hospitalidad.

Ella le sonrió a Nick.

—Disculpen. Voy a preparar una bandeja —avisó, y se alejó deprisa.

Quinn arrastraba los pies mientras caminaban de vuelta a la casa siguiendo al juez Parker.

—Tenemos que volver al monte —dijo.

—Hay cosas a las que no se puede decir que no. Y una invitación de la señora Parker a comer es una de ellas.

—Jugando a la política —murmuró Quinn, con tono sarcástico.

—Diez minutos me ahorran muchos meses de dolores de cabeza. Créeme. Yo también decliné la primera vez —dijo Nick, y entornó los ojos.

Quinn no sabía demasiado bien qué pensar de la familia Parker. Aunque el juez se reunió con ellos en el comedor, Quinn observó que él y su mujer prácticamente no se dirigían la palabra.

La improvisación de la señora Parker era un arreglo muy elaborado. Sirvió la limonada en copas de cristal y la tarta de plátano con nata fresca batida en platos de porcelana china. Quinn se sentía incómodo con tanta formalidad, pero daba la impresión de que Nick se lo tomaba con calma. Cuando Quinn la felicitó por su hermosa casa, ella sonrió, feliz.

La Mujer Perfecta de Montana, pensó él, ocultando una sonrisa.

Nick cumplió con su palabra. Diez minutos más tarde, ya volvían al establo para hacer moldes de las huellas de los caballos antes de irse.

—¿Qué pasa con la mujer de Parker? —preguntó Quinn mientras cerraba la puerta de la camioneta de Nick—. Un poco demasiado formal para un tentempié a mediodía, ¿no crees?

Nick se encogió de hombros mientras ponía el motor en marcha. Aceleró por el largo y sinuoso camino que iba de casa de los Parker hasta la carretera principal.

—Le gusta hacer de anfitriona. Decliné su invitación la primera vez que vine hace años porque les habían robado un par de cabezas de ganado. Después de que me eligieron *sheriff*, el juez Parker me explicó que su mujer se toma la hospitalidad muy en serio y dijo que me lo agradecería si en futuras ocasiones aceptaba sus invitaciones.

—Tendrías que haberme dicho que Parker es juez. No recordaba que fuera abogado.

—Por aquella época no ejercía. Estaba en la Junta de Supervisores del condado. Ahora es miembro del Tribunal Superior de Justicia del estado. Se dice que es uno de los candidatos al Tribunal de Apelaciones.

—Es un gran salto.

—Tiene amigos en lugares muy importantes —dijo Nick, encogiéndose de

hombros.

—Genial —dijo Quinn, con un dejo sardónico.

—No estarás pensando que el juez Parker tiene algo que ver con lo sucedido con estas chicas.

Quinn no dijo palabra durante un largo minuto.

—No lo sé —dijo, sinceramente—. No tenemos testigos, y Miranda sólo tiene impresiones vagas sobre la altura y los rasgos del asesino.

El Carnicero no sólo mantenía a sus víctimas encadenadas al suelo sino también les vendaba los ojos. Y Miranda juraba que lo reconocería por el olor, si bien el olor de un hombre distaría mucho de ser prueba suficiente para condenarlo. Necesitaban pruebas más sólidas.

Quinn no se había percatado de lo mucho que añoraba a Miranda hasta después de haberla visto aquella mañana. Habría querido tocarla, asegurarse de que todavía estaba ahí, en carne y hueso, que no era un sueño más.

—Nos llevó hasta la barraca donde estuvo secuestrada —siguió Nick—. Nos llevó hasta donde estuvieron las hermanas Croft. Miranda nos ha conducido hasta más pruebas de lo que tú o yo podríamos hacer solos.

Quinn lo sabía, y sabía por qué. Miranda habría sido una excelente agente del FBI, por las mismas razones que, muy probablemente, la habrían matado.

Algo impulsaba a Miranda, incansable, sin vacilaciones, en la búsqueda de un asesino. Pero estaba obsesionada con el Carnicero. Aquel caso la había corroído hasta consumir su existencia. Quinn no se lo reprochaba. Jo, ¿quién se atrevería a reprochárselo? Aquel cabrón le había destruido la vida. Miranda tenía que reconstruirla, pieza a pieza. Y, por asombroso que pareciera, aquel proceso la había convertido en una mujer sumamente fuerte. Ya no era una víctima sino alguien a quien Quinn admiraba por su capacidad para recuperarse.

A pesar de haber lidiado con la violación y las torturas mejor que cualquier víctima que él hubiera conocido, Miranda no había sabido sobreponerse a la culpa del superviviente. Se culpaba a sí misma por el asesinato de Sharon, y su decisión de ingresar en el FBI respondía más a una necesidad de vengar a Sharon que de convertirse en agente. Y, al final, su necesidad de venganza acabó por aparecer en las pruebas psicológicas. Quinn había dado la cara por ella una y otra vez, pero ante los resultados de varias sesiones con el psiquiatra, tuvo que reconocer que Miranda no estaba preparada.

Se pasó una mano por la cara y cerró los ojos. Había insistido en ser él quien le diera la noticia. Porque él la había amado y porque, de entrada, gracias a sus recomendaciones, además de sus cualificaciones, ella se había ganado la admisión en la Academia.

No había ido nada bien.

Nunca olvidaría su mirada al sentirse traicionada, en sus ojos azules, cuando él le comunicó que estaba fuera de la Academia. ¿Ya habían pasado diez años? Por Dios, cómo la añoraba.

—Mierda —farfulló Nick al frenar bruscamente. Quinn se sacudió en el asiento del pasajero y abrió los ojos.

Había al menos treinta jeeps, camiones y coches aparcados a lo largo de la Ruta 84. Quinn echó un vistazo a las inmediaciones.

—Por fin Miranda ha entrado en razón. Su jeep no está aquí.

Nick miró a Quinn mientras giraba suavemente hacia el viejo sendero del aserradero.

—¿No habrá entrado directamente?

—Tú dijiste que el personal no autorizado no podía usar el camino viejo —dijo Quinn—. Yo...

—Quinn, ella está autorizada. Es la coordinadora de la Unidad de Búsqueda y Rescate, de la oficina del Sheriff. —Nick hizo una pausa—. Miranda no quiere que la protejan, así que será mejor que renuncies.

—No tiene nada que ver con la protección y todo que ver con poner en jaque la investigación.

—Miranda conoce estos bosques mejor que nadie, incluyéndome a mí. Me sorprendería que no tuviera memorizado cada monte y cada zanja. Si hasta tiene un jodido mapa en la pared de su habitación. Se duerme y se despierta con esas chinchetas rojas mirándola, recordándole que ha sobrevivido. —Nick respiró hondo—. Ahora son siete. Siete chinchetas.

Quinn se había enterado de la relación entre Miranda y Nick por una compañera, Colleen Thorne, al volver de la investigación del asesinato de las hermanas Croft. Años después de que Miranda dejara de hablarle y se negara a verlo, todavía le dolía imaginársela con otro hombre. Aunque se tratara de un hombre que él apreciaba y respetaba.

Maldita sea, ¡cómo la había amado! Pocas mujeres se podían comparar con Miranda. Su intensidad, su risa, su fuerza, su acusado sentido del bien y del mal. Todo en Miranda era apasionado, desde cómo vivía su vida hasta su incansable lucha por la justicia.

Lo irritaba y le dolía que Miranda hubiera acudido a Nick cuando estuvo preparada para otra relación. Ella lo había obligado a darle espacio y, contra su propio juicio, él le hizo caso. Pero nunca más volvería a Quantico, nunca le devolvió las llamadas ni aceptó que él hubiera tomado la única decisión posible. Y entonces empezó a verse con Nick.

Quinn Peterson no quería saber nada de esa relación, pero no pudo dejar de preguntar.

—¿Qué sucedió?

—¿Qué?

—¿Por qué rompisteis?

Nick se encogió de hombros.

—Muchas cosas. Sobre todo porque yo no soportaba la idea de no poder protegerla.

—Hmm. —Miranda no necesitaba protección, excepto de sí misma. Lo que necesitaba era superar la culpa. Pero nunca reconoció su obsesión, y mucho menos hizo algo por ponerle fin.

—Creo que la gota que colmó el vaso fue que yo quería llevármela de Montana —dijo Nick—. Yo podía ser poli en cualquier lugar. Siempre he pensado que Texas sería un lugar agradable para vivir. Hace bastante más calor ahí que en el valle Gallatin.

—Ya te imagino con un sombrero blanco de esos de un metro de alto —dijo Quinn, con una media sonrisa.

—Miranda no quería irse. Está decidida a hacer lo que pueda para proteger a las mujeres de Bozeman. Da clases de defensa personal todas las semanas en la universidad. Coordina la Unidad de Búsqueda y Rescate, y eso no se limita a las universitarias desaparecidas sino que incluye a excursionistas perdidos, esquiadores atrapados por un alud, cualquier cosa. El año pasado, dos niñas pequeñas se alejaron un poco de su campamento justo de este lado de la frontera con Wyoming, en Yellowstone. Miranda las buscó, las encontró y las devolvió sanas y salvas.

Quinn no dijo palabra. ¿Qué podía decir? No podía reclamar nada de Miranda, ni tenía derecho a enterarse de su vida en la actualidad. Pero, joder, ganas no le faltaban. Quería saber todo lo que había vivido durante los diez años transcurridos desde la última vez.

—Gracias por venir, Quinn —dijo Nick, al cabo de un rato—. Sé que no es fácil para ti trabajar con ella.

Cuando Nick detuvo la camioneta detrás del jeep de Miranda, Quinn dijo:

—No tengo problemas para trabajar con Miranda, pero si se pasa de la raya tendremos que relevarla.

—De acuerdo.

Bajaron de la camioneta y la primera persona que vio Quinn fue a ella. Estaba de pie en una saliente, con las manos en las caderas.

—¿Dónde habéis estado? —Bajó de un salto por la pared y se detuvo ante los dos hombres. Tenía la mandíbula tensa—. Dijiste dos horas. ¡Han pasado casi tres!

Aunque estaba pálida y delgada, con su profunda mirada azul marcada por las ojeras, Miranda era una mujer bella. Un núcleo de pura energía y fuerza apenas contenida que Quinn siempre había admirado.



—Hemos ido a interrogar a los niños que encontraron el cadáver —dijo Nick.

Quinn quería preguntarle a Miranda qué diablos le importaba a ella, pero se mordió la lengua. Ella formaba parte de la investigación, al menos por ahora. Nick ya había definido su papel y Quinn no pensaba entrometerse.

Por el momento, no, al menos.

• • •

Así que el *sheriff* había vuelto a traer a los federales.

Era fácil identificar al urbanita, todo arreglado con sus vaqueros nuevos, las botas rígidas y la cazadora recién estrenada. Cada vez que venían los señores importantes del gobierno, no encontraban pistas.

Porque él era más listo que todos ellos. A este lo recordaba de antes, de hacía mucho tiempo. Había demostrado ser un digno rival en aquel episodio... Había llegado muy cerca, pero los árboles le impidieron ver el bosque.

Le dieron ganas de reír con su juego de palabras. Eran todos unos necios. Todos. Excepto ella. La que había escapado.

Se puso tenso, y el caballo que montaba se agitó, nervioso, en el sendero del monte, mucho más arriba de donde se apiñaban los policías. Se obligó a relajarse, le dio unas palmaditas al caballo hasta tranquilizarlo. Acariciando al animal conseguía contener su rabia.

Tenía tantas ganas de matar a Miranda Moore que ya sentía su cuerpo aplastado bajo el suyo. Se imaginaba a sólo centímetros de su cara. Cogiéndola del pelo y tirando de la cabeza hacia atrás. Dejando al desnudo su blanco cuello. Sintiendo cómo temblaba entera cuando él desenvainaba el cuchillo y se lo acercaba a la garganta.

Un corte rápido y su sangre cálida se derramaría sobre él y sobre la tierra.

Pero había escapado. Y él había perdido. Su fracaso lo atormentaba, le recordaba que no era perfecto. Nunca debería haber buscado una víctima de la localidad. En cualquier caso, no era ella a quien deseaba. Era la rubia que la acompañaba. No tuvo más remedio. Si quería a la rubia, tenía que llevarse a su amiga.

Todavía tenía ganas de matarla, pero no podía.

Al final, había ganado ella.

Doce años antes, su mayor temor había sido que lo atraparán gracias a Miranda Moore. ¿Habría visto o escuchado algo que pondría a la policía sobre su pista? Había actuado con tanta cautela que creyó que ella no sobreviviría. Se sintió timado al verla saltar desde lo alto del barranco hasta el río Gallatin, aunque también estaba seguro de que no sobreviviría.

Al ver las noticias al día siguiente, le sorprendió descubrir que seguía con vida.

Sin embargo, pasó el tiempo y se fue relajando. La mujer no sabía nada, o no lo

recordaba, o nunca lo había visto.

No, ahora no podía matarla. Pero si se acercaba demasiado, eso cambiaría.

Miró su reloj y frunció el ceño. No tenía previsto andar por ahí a esas horas. Espoleó suavemente al caballo y siguió por el estrecho sendero en dirección al sur.



—¿Todo el mundo entiende lo que tiene que hacer? —preguntó Nick, después de detallar las responsabilidades del equipo de búsqueda. Las parejas estaban formadas por un ayudante jurado del sheriff del condado de Gallatin o un policía de Bozeman, y un voluntario. Tres de los cuatro polis en activo estaban presentes, algunos preocupados, otros excitados, casi todos tomando a sorbos el café que había enviado el padre de Miranda.

Miranda miró a los hombres y mujeres que componían el equipo de búsqueda. Buscarían pruebas. Casquillos de bala, huellas de pisadas, jirones de ropa. Cualquier cosa que pudiera conducirlos hasta el asesino.

Sorprendió al ayudante del sheriff, Sam Harris, mirándola, y giró la cabeza. No le gustaba aquel hombre que había perdido contra Nick en las elecciones a sheriff hacía más de tres años, seis meses antes de que murieran asesinadas las hermanas Croft. Cuando Nick nombró al ayudante de cincuenta años primer alguacil, Miranda le advirtió que cometía un error. Harris intentaría sabotear todas sus oportunidades. Nick no estaba de acuerdo, y Miranda se guardó sus opiniones.

Era la una y media de la tarde. Les quedaban menos de cinco horas de luz.

Miranda formaría pareja con Cliff Sanderson, un poli de Bozeman que respetaba y que le ayudaba a dar las clases de defensa personal en la universidad. Lo saludó desde lejos al cruzar el claro y él le sonrió, con esos hoyuelos que le quitaban diez años de los treinta que tenía.

—Nick —dijo, cuando se acercó a recibir sus instrucciones— quiero los cuadrantes ce uno hasta ce diez. Sanderson y yo podemos cubrirlos y creo que...

—Tú deberías quedarte aquí —dijo Quinn, cruzándose de brazos.

Ella le lanzó una mirada furiosa, sintiendo que él, con sus ojos oscuros e intensos, intentaba ordenarle que hiciera lo que le mandaba. Miranda no pudo evitar pensar en las muchas veces que había admirado esa intensidad, como si una sola mirada pudiera derretirla como mantequilla en una plancha caliente.

Pero esta vez lo ignoró.

—De la ce uno a la ce diez —repitió. Se cargó la mochila a los hombros y se apretó el cinturón. Llevaba el 45 ajustado a la riñonera para mayor comodidad.

—Llevas un arma —dijo Quinn, con los dientes apretados.

—Tú también —replicó ella sin vacilar, y se arrepintió enseguida de mostrarse ofendida—. ¿Tienes algún problema? —Vaya, ahora recurría al sarcasmo, una señal inequívoca de inseguridad.

Miró a su alrededor. Los polis y voluntarios habían bajado el volumen de la conversación, y su interés se volcaba sobre aquella discusión. Sin embargo, no deseaba ser el centro de atención.

—Nick —dijo, en voz baja.

—Tú vas con Peterson —dijo este, también en voz baja y con mirada esquiva.

—¿Qué? —exclamó ella, olvidándose del público.

—Vas con Peterson o no vas. Puedes coger el cuadrante ce.

Tenía el cuadrante que quería, pero no el compañero. Estuvo a punto de decir que no iría.

Pero eso era precisamente lo que quería Quinn Peterson.

—De acuerdo —dijo, con la mandíbula tensa.

Se dio media vuelta y lo vio. Era él. Elijah Banks. Pelo largo y sucio atado con una tira de cuero, gafas de marco metálico, una cara delgada sobre un esqueleto enclenque. Nunca olvidaría a ese presunto periodista que había convertido su vida en un infierno justo cuando ella creía que su infierno quedaba atrás.

Endureció la mandíbula y se acercó al borde del claro donde estaba Eli, con la cámara al cuello, escribiendo rápidamente quién sabe qué basura en una de sus famosas libretas.

—¡Banks! —Este levantó la vista y sonrió. Miranda se paró justo frente a él, las botas casi tocándose, y le cogió la libreta de las manos. Sin mirar lo que había escrito, rasgó las páginas y tiró la libreta al barro, después de lo cual rompió las páginas en pequeños trozos.

Miranda veía puntos rojos cada vez que pensaba en Banks. Cada vez que veía su patético nombre en el periódico. Cada vez que recordaba los secretos, sus secretos, de los que él había escrito para que todos los leyeran y la compadecieran.

Eli alzó las manos y dio un paso atrás.

—Oiga, eso que acaba de destruir es de mi propiedad. —Esa maldita sonrisa falsa nunca se le borraba de la cara.

—¿Quién ha sido el imbécil que te ha dejado entrar? La escena del crimen tiene el acceso prohibido. —Miró a su alrededor, molesta con el revuelo que estaba causando, pero incapaz de reprimirse—. Has llegado y has entrado como si estuvieras en casa, ¿eh?

Nick le tocó el codo, como pidiéndole que lo dejara, y luego se situó entre ella y

el reportero y dijo:

—Eli, tienes que irte.

—Sheriff —replicó este, con un tono burlón y condescendiente que Miranda despreciaba—, ¿admites que esta mañana el hijo del juez Parker ha encontrado el cuerpo de Rebecca Douglas?

—Sabes que no puedo admitir nada hasta que se haya identificado el cuerpo. —Nick sentía la tensión junto a Miranda. Joder, ¿cómo era posible que la prensa se enterara tan rápido?

—Entonces, ¿han encontrado un cuerpo?

Miranda tenía ganas de gritarle a Eli Banks, decirle que Rebecca no era un *cuerpo* sino una *persona*. Pero eso era lo que él quería. Una reacción. Miranda se tragó la rabia y se giró bruscamente, sólo para encontrarse cara a cara con Quinn. Él la cogió por el codo para que no tropezara.

Ella lo miró, sorprendida.

—No vale la pena —murmuró Quinn.

Miranda no dijo palabra. Tampoco habría podido. Encontrarse tan cerca de Quinn la desconcertaba. Cuando él la miró, fijamente, con la familiaridad de un amante, ella no pudo evitar recordar que, hacía mucho tiempo, ella lo había amado, y que él la había amado a ella.

Al menos eso era lo que le había dicho.

—Vamos —dijo finalmente, y pasó a su lado. Ahora respiraba más tranquila.

Nick vio que Miranda se marchaba con Quinn y se volvió hacia Eli.

—Es mi investigación, Eli —dijo—. Estás violando la prohibición de pisar la escena del crimen. Haré una declaración esta noche.

—Genial. Después de que el periódico haya cerrado los titulares. Buen plan. —Sacó otra libreta de su pequeña mochila y la abrió—. ¿Por qué no me ahorras el lío de tener que escribir acerca de tu escasa cooperación y me das la información que sabes que tendrás que compartir conmigo más tarde?

Nick se mordió el interior de la boca para abstenerse de decir algo que de ninguna manera querría ver reproducido en letra de imprenta.

—No puedo confirmar que el cuerpo de una mujer joven encontrado esta mañana sea, efectivamente, Rebecca Douglas. El cuerpo no ha sido identificado todavía, y ahora esperamos la llegada del forense para un análisis y posterior identificación.

—Pero ha sido el Carnicero, ¿correcto?

—El informe del forense debería ser concluyente para la confirmación de esa posibilidad.

—Venga, Nick. Seamos francos. Tú sabes que el Carnicero tenía a Rebecca Douglas en su poder.

—No me presiones, Eli. Recuerdo que los padres de las hermanas Croft se

enteraron de la muerte de sus hijas por los malditos periódicos.

Eli tuvo el acierto de mostrarse avergonzado.

—Vale, oficiosamente. Te juro que no escribiré nada hasta que el forense lo confirme.

—No conseguirás nada, Eli. Ya conoces el viejo dicho. A quien te engaña una vez... —Tres años antes, Nick le había proporcionado un retazo de información, cuando encontraron a las hermanas Croft. Nunca volvería a confiar en ese capullo después de haber visto su declaración confidencial en el periódico.

—Venga, Nick —insistió Eli—. Una cita. Una cita para el periódico y esperaré como un niño bueno hasta que hagas la declaración esta noche.

—Agente —dijo Nick mirando a Booker—. Saque a este hombre de mi escena del crimen.

Elijan Banks le había frotado con sal cada una de sus heridas, empezando por la publicación de una foto del momento en que la subían a un helicóptero, doce años antes, después de sobrevivir a duras penas de su salto al río Gallatin. Lo que para ella había sido una experiencia aterradora, humillante y destructiva, a él le había hecho merecedor de un premio en algún innoble concurso periodístico. Peor aún, la foto fue publicada en los grandes periódicos de todo el país.

No soportaba a ese hombre. Sin embargo, a veces sospechaba que no lo detestaba porque llevara a cabo su trabajo de la manera más repugnante posible, sino porque con sólo verlo le recordaba el día más horrible de su vida, que él había inmortalizado en una instantánea.

*El sol se había puesto tras las cumbres del Gallatin.*

*Miranda estaba entumecida, pero la repentina zambullida en esas aguas heladas le recordó que tenía frío. Mucho frío.*

*Sharon estaba muerta. Él le había disparado en la espalda. Y ahora iba tras ella.  
¡Corre, Miranda, corre!*

*Rodó monte abajo hasta que pudo cogerse de un pequeño árbol. El río estaba ahora más cerca. El ruido de los rápidos se percibía como un zumbido ininterrumpido que dejaba un eco en el flanco de la quebrada.*

*¿Dónde estaba él? ¿Estaba cerca? ¿La tenía en la mira de su rifle?*

*No se atrevía a mirar atrás. Si lo veía, temía quedarse paralizada, como un ciervo encandilado por los faros de un coche. Y a él no le importaría que se detuviera. La mataría y dejaría su cuerpo allí tirado para que se lo comieran las bestias carroñeras, picoteada por buitres, carne de pumas...*

*¡No! ¡Basta!*

*Sharon.*

*No quería dejar atrás a Sharon, pero Sharon estaba muerta, y el asesino la habría matado también a ella si se hubiera quedado a su lado.*

*Cuando le quitó las cadenas que la mantenían clavada al suelo, pensó que sin duda la mataría. Estaba muy débil. Él les traía agua y pan duro para comer, las alimentaba después de violarlas. Primero a Sharon.*

*Luego a ella.*

*¡Basta!*

*Pero no podía parar. El cúmulo de imágenes la perseguía mientras corría, tropezando en su carrera monte abajo, siguiendo la llamada del río.*

*Si sobrevivía, volvería a donde estaba Sharon. Tenía que volver. No podía abandonarla a la intemperie, en medio del bosque. Sharon se merecía más que eso.*

*Era su mejor amiga.*

*De pronto, la pendiente se hizo más pronunciada. Miranda intentó parar, pero el impulso que llevaba la empujó hacia delante. Cayó de rodillas y comenzó a rodar. El río y la humedad, el rugido del agua. Y luego empezó a caer... y caer...*

*Fue una pura cuestión de suerte que acabara en el agua y no sobre las rocas. Sentía frío mientras corría montaña abajo. Nada la había preparado para el agua helada del río. Tocó las rocas y el fondo arenoso.*

*Estaba a punto de ahogarse.*

*Después de todo lo que había vivido, iba a ahogarse en el río, el río que, según le había dicho a Sharon, debía llevarlas a la salvación.*

*Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, se impulsó hacia arriba desde el fondo y la corriente la lanzó violentamente hacia delante, como a una muñeca de trapo.*

*Alcanzó la superficie, buscó aire. Se dejó flotar, dejando que el agua la transportara corriente abajo, luchando para evitar que la engulleran los violentos rápidos.*

*Acércate a la orilla. Te bastará con llegar a la orilla opuesta, lejos de él, y asirte a algo. A cualquier cosa.*

*Un recodo del río le dio una oportunidad. Se cogió de las raíces de unos árboles que le arañaron la cara. Sus manos resbalaron, y las raíces quedaron atrás.*

*Estaba tan débil. Quizá morir ahí sería lo mejor. No quería recordar. ¿Cuánto tiempo las había tenido cautivas? Al menos seis días. ¿Siete? ¿Ocho? Había perdido la noción del tiempo, de los días y las noches.*

*¿Quién los llevaría hasta donde Sharon?*

*Chocó contra una roca y gritó de dolor, pero enseguida se percató de que ya no se movía. La corriente seguía queriendo empujarla, llevársela río abajo. Pero ella se cogió con fuerza de la roca y, finalmente, pudo ver dónde estaba.*

*A un metro a su izquierda vio un álamo caído con una parte del tronco en el agua. Las ramas actuaban como recogedores de desechos y convertían la orilla en un dique natural.*

*A un metro de la orilla.*

*Había corrido kilómetros por el bosque, bajando el monte y la había arrastrado el río. Ahora podía moverse un metro más.*

*Tenía que hacerlo. Por Sharon.*

*Miranda respiró hondo y reunió sus fuerzas. Se inclinó hacia el dique. Uno, dos. Tres.*

*Pataleó y ahogó el grito que quiso escapar de su garganta al creer que había perdido el asidero en las ramas.*

*Lo consiguió. Chocó contra el dique y no lo soltó. Lentamente, salió del río. Tan lentamente que creía que moriría de hipotermia. En la luz muriente del día tenía la piel de color azul. Quizás era azul.*

*No supo cuánto tardó en salir del agua.*

*Dos horas después, la encontró el equipo de rescate.*

Miranda se secó la cara humedecida por las lágrimas, recriminándose por dejar que le afectara la frívola actitud del reportero, por hacerla recordar el día en que ella vivió y Sharon murió.

—Miranda, ¿quieres hablar? —le preguntó Quinn.

Casi había olvidado que le seguía los pasos.

—No.

Por Rebecca, Miranda estaba dispuesta a soportar la compañía de Quinn. Los muertos se merecían justicia y, por mucho que le pesara, tenía que reconocer que Quinn era un tipo muy eficiente en su trabajo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, con tono preocupado.

—Estoy bien. —Miranda tuvo que recordarse que a él no le importaba.

Hubo un tiempo en que sí le importaba. Al menos eso creía ella.

No recordaba en qué momento el respeto y el aprecio que le tenía por su actitud decidida se convirtieron en sentimiento amoroso. No había sucedido de la noche a la mañana.

Él la escuchaba sin tratar de tranquilizarla. Al contrario, la estimulaba y, a pesar de que pasaban los días sin que dieran con el asesino de Sharon, Miranda tenía la sensación de haber logrado algo.

Tuvo que pasar un mes después de que retiraran a Quinn de la investigación por falta de pistas y sin que él pudiera hacer nada más, para que Miranda empezara a sospechar que albergaba sentimientos románticos hacia el agente del FBI. En realidad, no se había dado cuenta de que lo añoraba hasta que él apareció por la hostería. Era un sábado por la mañana y habían pasado tres meses desde el secuestro.

—Hola.

*Nada la habría sorprendido más que ver a Quinn Peterson entrar en el salón donde estaba ella sentada a solas, mirando por la ventana hacia el gigantesco cañón*



más abajo.

—Agente Peterson... quiero decir, Quinn. No sabía que vendrías —dijo, y el corazón le latía con fuerza—. ¿Tenéis información? ¿Lo habéis encontrado?

Él negó con la cabeza.

—No hay nada nuevo. No teníamos gran cosa con que trabajar.

—Lo sé. Sólo que esperaba... —dijo Miranda, y suspiró—. Y, entonces, ¿por qué has venido?

Él no paraba de moverse, y parecía menos seguro de lo habitual.

—Quería... quería verte a ti.

A ella se le aceleró el corazón. Pam-pam. Pam-pam. Le martilleaba en los oídos, y Miranda estaba segura de que le había entendido mal.

—¿A mí?

—No he parado de pensar en ti.

—Oh. —Aquello sonaba como una estupidez.

—Sé que esto es inapropiado. Sólo dime que me vaya y no volveré a molestarte.

No quiero que te vayas.

No sabía qué hacía, pero en ese momento tuvo la certeza de que si el agente Peterson salía de su vida lo lamentaría para siempre.

—No quiero presionarte, Miranda. —Se sentó frente a ella e hizo ademán de cogerle la mano, pero no la cogió.

—No te tengo miedo —dijo ella, mirando su mano. Quizás estuviera asustada. Sólo un poco.

Y entonces lo miró a los ojos y vio empatía, preocupación y afecto, pero no vio compasión.

Compasión, nunca. Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Iremos poco a poco.

—De acuerdo.

Por primera vez desde el secuestro, Miranda tuvo la sensación de que se pondría bien. Con el tiempo, lo conseguiría.

Y lo había conseguido, a pesar de Quinn Peterson.

Ahora debía concentrarse en lo importante, seguir los últimos pasos de Rebecca Douglas. Su pasado con Quinn Peterson era precisamente eso, pasado.

La tarea exigía observar a su alrededor en busca de ramas o plantas quebradas recientemente, jirones de ropa, cualquier cosa que ayudara a recrear la huida de Rebecca. Cualquier cosa que los llevara hasta el hombre que la había cazado como un animal para luego degollarla.

Aunque debido a la lluvia de la noche anterior y al terreno escarpado, casi se daba por sentado que aquel día no tendrían éxito la esperanza era algo que Miranda nunca perdía. Gracias a la esperanza podía seguir, día a día, año tras año, cada vez que se

producía un secuestro o un asesinato. La esperanza de que encontrarían al Carnicero y de que, al final, triunfaría la justicia.

Si perdía la esperanza, también perdería el juicio. Entonces Quinn sacudiría la cabeza con gesto de suficiencia y diría:

—Tenía razón.

—Yo iré por la izquierda —avisó Miranda, librándose de sus cavilaciones—. Tú ve por ahí. —Señaló el lado opuesto del estrecho sendero.

—Para —ordenó él.

Ella se volvió a mirarlo. Habían recorrido un trecho bastante largo del monte, y ya no había nadie cerca; las voces se perdían a sus espaldas.

Maldita sea, qué guapo era con su pelo trigueño y su mandíbula fuerte y angulosa. Hasta la curvatura ligeramente torcida de su nariz era sexy. Pero no iba a dejar que su atractivo físico torciera su decisión.

—¿Qué? —preguntó, con los dientes apretados.

—Tú no das las órdenes, Miranda. Yo estoy aquí, se supone que oficialmente, para ayudar al sheriff en su investigación. No puedo permitir que empieces a dar órdenes.

—A ver si aclaramos una cosa, agente Peterson —dijo ella, con rostro inexpresivo—. Puede que seas el gran agente federal que ha venido a salvar a los imbéciles del campo, pero no cometas el error de pensar que aquí tienes algún poder real. Yo he vivido y trabajado aquí, y aquí tengo mi hogar. Esta gente de aquí me obedece a mí. Confían en mí. No me echés encima tu rango porque convertirás tu vida en un infierno.

Una expresión de rabia le cruzó el rostro y apareció aquel tic familiar en su mandíbula. Pero Miranda vio en sus ojos que él sabía que tenía razón. Bien. Iba a volver al rastreo cuando una mano la cogió y la hizo girarse.

Ella lo obligó a soltarla con un movimiento del brazo.

—No me toques —dijo, con la voz enronquecida. El corazón le latía demasiado fuerte. Recordaba cómo era tocarse con Quinn. Sus caricias atrevidas y sus largos besos. Se sentía arder con el recuerdo de lo explosivos que eran cuando estaban juntos. De cuánto lo había amado. De cómo él hizo añicos su confianza, su esperanza y su corazón.

Tardó mucho tiempo en dejar que alguien la tocara. Volvió a sentirse cómoda con el contacto físico pero, aunque hubieran pasado doce años, si alguien la tocaba cuando no se lo esperaba, su miedo era palpable.

Odiaba al Carnicero, que le había robado tantas cosas.

Quinn la miró con cara de sorprendido y retrocedió un paso.

—No hagas amenazas que no estás dispuesta a cumplir —dijo, y su tono de voz se parecía al de ella—. No te pelearás conmigo, porque deseas que se haga justicia

tanto como yo. Quizás incluso más.

Se quedaron mirándose. Ella detestaba su manera de escudriñarla con su mirada inteligente, como si pudiera leerle el pensamiento, ver directamente en su alma herida. Se enderezó y no rehuyó la mirada.

—Como profesional de la búsqueda y rescate, tu ayuda es muy valiosa —siguió él—, por ahora. Pero si creo, aunque no sea más que por un momento, que tu comportamiento no es profesional o que podría poner en peligro esta investigación, pediré que te releven.

A Miranda le tembló la mandíbula. Ardía de ganas de responder pero se dio media vuelta para controlar su agitación. No era su amenaza lo que la molestaba sino, más bien, el hecho de que él siguiera pensando que ella se derrumbaría. Durante años, Miranda había experimentado ese mismo miedo casi paralizante en el momento de despertarse. Tuvo una imagen de sí misma desmoronándose cada noche cuando cerraba los ojos.

Pero perseveró. Había vivido diez años sin hundirse bajo el peso de sus miedos. No podía dejar que las dudas de Quinn debilitaran su determinación.

Miranda quería compartir sus luchas, pero temía que él utilizara sus confidencias como excusa para apartarla de la investigación. Él había utilizado en su contra todo lo que le había contado antes de lo sucedido en Quantico, todos sus miedos e inseguridades, y se había visto obligado a expulsarla de la Academia por su necesidad imperiosa de querer hacer justicia. Miranda había aprendido la lección. No le daría a Quinn más argumentos que pudiera utilizar en su contra más tarde.

Prefirió guardar silencio. No se había venido abajo hace doce años y no tenía intención de venirse abajo ahora.

—De acuerdo, agente Peterson —dijo, con voz neutra. Se alejó por el sendero, concentrada en el suelo y en la vegetación, concentrada en Rebecca. Oyó que Quinn le seguía los pasos por la derecha. Lo oyó farfullar algo pero no lo entendió.

Ojalá se haya mosqueado, pensó.

Avanzaron con cuidado. Miranda llevaba el mapa. Sólo hablaban para señalar alguna prueba potencial, y Quinn fotografiaba y etiquetaba cualquier cosa que fuera remotamente relevante.

A casi un kilómetro de donde habían encontrado a Rebecca, Quinn señaló cuatro huellas profundas en el lodo.

—Aquí se debió caer —dijo, y tomó una foto del lugar.

Miranda miró las huellas e imaginó a Rebecca desnuda, temblando de frío y pánico. Y de esperanza. Porque sin esperanza, no habría intentado escapar.

Miranda cerró los ojos. Si estuviera sola en ese momento, habría retrocedido en el tiempo y recordado las veces que se cayó ella. Cada vez se decía que no podía seguir. Cada vez volvía a levantarse porque tenía la esperanza de salvarse.

—Miranda —dijo Quinn, con voz queda.

Abrió los ojos enseguida. De todas las personas imaginables, Quinn no debía ser testigo de cómo ella revivía el pasado. Sabía demasiadas cosas acerca de ella, de lo que había vivido. Con el tiempo, llegó a creer que por eso la había expulsado de la Academia. Quinn temía que perdiera la chaveta en medio de una operación y pusiera en peligro al equipo y a sí misma, si de pronto se quedaba atrapada en una de sus pesadillas.

Tenía que guardarse sus temores.

—Estaba lloviendo —siguió Miranda, antes de que Quinn interrumpiera su reflexión—, y él tenía que seguirla por detrás. El ruido de la tormenta le dificultaría oírlo, así que no se alejaría mucho de ella. —A diferencia de cuando la perseguía a Sharon y a ella, pensó. En esa ocasión él corría en una trayectoria paralela a la suya.

—Es probable que tengas razón —dijo Quinn, mirándola con una expresión rara.

Ella no quiso ver en esa expresión nada bueno ni malo, y volvió su atención al mapa. Trazó una pequeña marca roja ahí donde Rebecca había caído.

—Mira este terreno —dijo, y se notaba excitada, a pesar de la presencia de Quinn.

Quinn miró por encima de su hombro y ella trató de no respirar junto a ese olor demasiado masculino que todavía le era familiar.

—¿Este punto? Esto es una montaña.

—Sí, pero aquí —dijo ella, señalando—, hay un claro. Esta zona fue talada hace muchos años, pero volvieron a plantar. Hará unos ocho o diez años. Estos árboles todavía son pequeños. Este sendero desemboca en el claro, así que creo que venía desde aquí. Pero dio vueltas y vueltas y no corrió en línea recta. Estaba demasiado asustada, y no pensaba con claridad. —Sacudió la cabeza, queriendo librarse mentalmente del miedo de Rebecca—. Pero nosotros podemos coger un atajo y llegar al claro en menos de treinta minutos.

—No —dijo Quinn, sacudiendo la cabeza—. Nos quedamos en el camino que siguió Rebecca. Estamos buscando pruebas.

Ella apretó los puños, frustrada, y se giró para encararlo.

—Podemos volver por el camino que tomó ella, pero estoy convencida de que cruzó el claro. Por eso él sabía dónde estaba. Con la lluvia y la escasa visibilidad, no podía arriesgarse a darle demasiada ventaja. Y el terreno habría sido más un obstáculo para ella que para él, puesto que iba descalza.

La emoción de Miranda iba en aumento a medida que todo se aclaraba en su cabeza.

—No corrió mucho rato. No podía. Él no se habría arriesgado a ello, porque estaba oscureciendo y la lluvia arreciaba. Lo cual significa que la barraca está cerca. ¡Tiene que estar cerca!

Quinn se la quedó mirando un rato largo. ¿Acaso se mostraría contrario a su

hipótesis? Miranda no podía creerlo. Conocía esas tierras como la palma de su mano; sabía cómo pensaba el Carnicero. Sabía que vivía para la caza más que para la violación. Sin embargo, a ninguna de ellas les había dado una gran ventaja. Dos minutos. Les había dicho a Sharon y a ella. Dos minutos, y se convirtieron en presas a abatir.

Estaba a punto de exigirle a Quinn que demostrara que su plan era mejor. Confiaba en su propia experiencia y formación para fundamentar su punto de vista. Y él dijo:

—De acuerdo.

Antes de que cambiara de parecer, ella sonrió.

—Sígueme —dijo. Se apartó del estrecho sendero y cortó a través de árboles y malezas.

Por experiencia, Quinn sabía que era probable que Miranda tuviera razón. Era un razonamiento válido y confirmaba que, al menos en lo que se refería a la búsqueda, ella sería más una ayuda que un estorbo.

El aire estaba más frío, húmedo y oscuro en medio del bosque. El olor a humedad que manaba de la tierra después de la tormenta hizo pensar a Quinn en la vida y la muerte, como si el bosque hubiera renacido, lavado por la lluvia.

Si encontraban la cabaña donde el Carnicero había encerrado a Rebecca, puede que encontraran pistas que los condujeran hasta él. Durante años había sido muy escurridizo; no se podía deducir que siguiera un patrón en sus secuestros, pero sí que actuaba en primavera. Abril, mayo y junio.

Doce años antes no habían detectado un patrón de comportamiento. Cuando Miranda y Sharon fueron raptadas, el mes del año no tuvo una relevancia especial. Sin embargo, en su investigación del secuestro de las hermanas Denver, la compañera de Quinn, Colleen Thorne, se dio cuenta de que el dato de que actuaba en la primavera era evidente. Todas las víctimas del Carnicero habían desaparecido en primavera.

Habían consultado con Hans Vigo, el principal experto del FBI en perfiles psicológicos, y este declaró que la estación tenía una importancia especial para el asesino, o que algo en su trabajo o vida personal le impedía matar el resto del año.

Quizá fuera simplemente una cuestión de conveniencia. La temporada de caza en Montana se abría sobre todo en los meses de otoño. En primavera sería menos probable un encuentro accidental con alguien porque los cazadores autorizados no salían en busca de presas. Sin embargo, la clave de la psicología de este asesino en concreto, dijo Vigo, era que necesitaba ejercer un control total. Cuando Quinn preguntó por qué renunciaba a ese control dando a las víctimas tiempo para escapar, Vigo le recordó que las mujeres no controlaban en absoluto su situación. Estaban desnudas, heridas, debilitadas por una dieta a base de pan y agua, y la ventaja de dos

minutos no era más que una treta. Podía alcanzarlas con facilidad, guardando una distancia suficiente para que la víctima pensara que podía escapar y, cuando se cansaba de la cacería, entraba a matar.

*—Es el único aspecto de la vida que puede controlar —sentenció Vigo—. Recordadlo. Cuando lo encontréis, veréis que no controla en absoluto su vida ni su trabajo.*

Eso quería decir que de pequeño el asesino habría estado sometido a un padre o madre dominante y maltratador. Los malos tratos eran a la vez físicos y mentales, y si él se resistía, el castigo por su desobediencia era severo. Era probable que en algún momento de la infancia lo hubieran encerrado, quizás en un cuarto pequeño, o que lo hubieran maniatado.

Tendría un empleo donde no mantendría demasiado contacto con las personas. Superficialmente, funcionaría con normalidad y no habría señales del severo trastorno que sufría, pero no le iría bien en situaciones en que tuviera que estar en contacto constante con personas.

El Carnicero no controlaría demasiado la orientación de su profesión, pero eso sería sobre todo culpa suya. Se vería relegado a trabajos de menor categoría debido a su incapacidad para relacionarse con las personas en un contexto cotidiano. Quizá tuviera una tarea repetitiva, en una fábrica, donde se repetían las tareas, lo cual le provocaría una gran frustración, puesto que aquel hombre poseía una inteligencia superior a la media. Era posible que trabajara al aire libre, por ejemplo, en la construcción, moviéndose de obra en obra sin establecer vínculos estrechos con los compañeros de trabajo.

Nunca habían encontrado un sospechoso. Cada vez que desaparecía una estudiante de la Universidad de Montana State, interrogaban a sus novios, ex novios y profesores de facultad, para luego descartarlos como sospechosos. El asesino era un hombre dotado de una fuerza física superior a la normal, una gran paciencia y un conocimiento exhaustivo del territorio entre Bozeman y la frontera norte del Parque Nacional de Yellowstone. Sabía dónde se encontraba cada cabaña en el bosque, cada barraca abandonada, todos los lugares donde podría tener cautivas a una o dos mujeres durante una semana para torturarlas y violarlas cuando le viniera en gana.

Ninguno de los hombres que habían interrogado mostraban ese perfil.

Quinn admiraba a Miranda por su manera de procesar mentalmente la información. Y, desde luego, nunca había dudado de su inteligencia. Lo suyo era una combinación de sentido común, conocimientos e intuición que, la mayoría de las veces, la orientaba en la dirección correcta.

Se mordió la lengua. No quería reconocer que aún sentía algo por Miranda. Joder, si pensaba en ella sin parar. En sus momentos más flojos, entre la medianoche y el amanecer, era cuando su decisión de no pensar en ella flaqueaba y entonces la

recordaba como era, su sabor, cómo le sonreía cuando él la estrechaba.

No sabía cuándo se había enamorado de ella. Cuando la visitó aquel primer sábado después de que la investigación sobre el Carnicero se suspendiera por falta de pruebas, sabía que volvería a Montana cada vez que tuviera un momento libre. Pasaba con ella al menos un fin de semana al mes. No la presionaba, no podía hacerlo, pero juntos tejieron un vínculo que él jamás había soñado encontrar.

Incluso ahora, diez años más tarde, se daba cuenta de que nunca había cortado lo que los unía. Todavía se sentía atraído por Miranda. ¿Por qué la había recomendado a la Academia, de entrada? Si le hubiera aconsejado que esperara, que se diera un tiempo para definir sus opciones profesionales, que pensara en lo que quería de verdad, todo lo que vino después se podría haber evitado.

Y quizá todavía estarían juntos.

Había creído durante mucho tiempo que ella volvería a él. Su amor, pensaba, era indestructible.

Se equivocaba. Ella nunca lo buscó, ni quiso escuchar sus motivos y, en cambio, había acudido a Nick.

Quinn decidió no pensar en sus frustraciones. No tenía sentido pensar en lo «que-habría-pasado-si...». Había tomado la decisión más difícil de su vida, hacía diez años y ahora tenía que vivir con las consecuencias.

Dejó que Miranda abriera la marcha. Aunque le costara reconocerlo, se sentía un poco incómodo con el hecho de no ver el cielo. Estaban rodeados por sombras y resultaba difícil saber en qué dirección iban. Él estaba casi seguro de que avanzaban en dirección noreste. Pero ese «casi» podía hacer que se perdieran.

Tenía que confiar en que Miranda sabría cómo sacarlo de aquel laberinto.

Pasaron cuarenta minutos, y Quinn estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando, de pronto, llegaron a un claro inundado por la luz del sol, lo cual era alentador.

Hasta donde llegaba la vista, crecían los pinos ponderosa, de diez a quince metros de altura, a intervalos regulares. La excitación de Miranda era palpable.

—Sígueme —dijo, con gesto de impaciencia—. Encontremos el lugar donde desemboca el sendero y regresemos.

Siguieron por los bordes del claro y encontraron el sendero a unos cincuenta metros.

Quinn se inclinó para examinar unas huellas profundas en la tierra. La marca alargada en el suelo indicaba que Rebecca se había caído de rodillas. Un pequeño árbol había quedado doblado. ¿Habría conseguido incorporarse?

Ahora Quinn sabía que el asesino había pasado por ahí. El bosque era demasiado espeso para seguir a su víctima, a menos que hubiera seguido por el mismo sendero que ella. Tomó fotos de las pruebas y luego alzó la mirada.

Miranda había desaparecido.





## CAPÍTULO 7

A Quinn se le erizaron los pelos de la nuca. ¿Dónde estaba Miranda?

La llamó. Se incorporó y la buscó con la mirada, mientras desfundaba su Sig Sauer, preparado para lo que pudiera ocurrir.

¿Habría vuelto el asesino? ¿A observar la marcha de la investigación? Sintió que el corazón se le aceleraba. Si ese cabrón llegaba a tocarla... Hizo un esfuerzo por calmar sus emociones y se concentró en buscar a Miranda. Estaba preparado para llamar pidiendo refuerzos.

—¡Miranda! —volvió a llamar, más fuerte. Era una orden para que respondiera.

—Aquí. —La voz sonaba lejos. La vio de pronto, a unos noventa metros más abajo, en medio del claro.

Suspiró, aliviado. Tenerla controlada parecía una tarea imposible. Esperaba que Nick supiera lo que hacía al contar con ella.

Miranda esperó a que llegara.

—No te vayas sola por ahí —dijo él, seco.

Ella no le hizo caso y señaló:

—Mira esto.

Quinn miró al suelo. Medio oculto en el lodo asomaba un casquillo de bala dorado.

Quinn tomó una foto del casquillo, se inclinó y, con la mano enguantada, lo metió en una bolsa de plástico.

Era un hallazgo increíble. Sólo había dos casquillos recuperados que se podían identificar positivamente como del Carnicero, él los recogía después de disparar o los equipos de búsqueda no conseguían verlos en medio del bosque. Los casquillos no tenían huellas dactilares, por lo que era probable que cargara el rifle con los guantes puestos, si bien siempre existía la esperanza de que el asesino cometiera un error.

Era un rifle de calibre 270. Por desgracia, era un arma muy común utilizada para cazar todo tipo de animales, de modo que sólo les serviría si tenían un sospechoso y contaban con una autorización para inspeccionar sus armas. Un experto en balística

podía determinar, a partir de los casquillos y las balas, si se había utilizado un arma en concreto. Encontrar esa arma era como la proverbial aguja en el pajar. Se podía decir que en los territorios de Montana casi todos los varones mayores de catorce años eran dueños de un arma como esa.

Las pruebas que recogieran no les servirían de nada hasta que dieran con un sospechoso, pero algo era mejor que nada.

—Casi consiguió salvarse —dijo Miranda, con voz temblorosa.

Quinn esperaba ver lágrimas o dolor en los ojos de Miranda, pero lo que vio, en cambio, fue rabia. Una rabia viva, palpable, sus ojos azul oscuro mirando más allá de él hacia donde Rebecca había muerto.

Él se incorporó lentamente y miró hacia la estrecha abertura en el sendero donde había tropezado Rebecca.

—Le disparó desde aquí —dijo Quinn, aunque no fuera necesario.

—Porque ella iba a desaparecer en la maleza —dijo Miranda, asintiendo—. Sabía que el camino está a sólo unos kilómetros. Disparó, aunque no fuera lo ideal.

Miranda paseó lentamente la mirada alrededor, observando atentamente la escena.

Al final lo miró con una expresión rara, una combinación de alivio y miedo. Tragó saliva, y la mirada desapareció. Todo volvía a estar bajo control.

—Tienes razón —dijo, con voz cortante.

Quinn llamó a Nick para informarle de lo que habían descubierto.

—Son casi las cinco, Quinn —dijo Nick por el walkie-talkie—. Para cuando llegue un equipo a ese lugar estará oscuro. No podemos llevar luces lo bastante potentes hasta allá arriba. Márcalo. Volveremos a primera hora de la mañana.

—¡Maldita sea! —exclamó Miranda, tirándose de la coleta para expresar su frustración.

—Tiene razón —dijo Quinn.

—Lo sé —reconoció ella, y se apoyó en un árbol. Suspiró y su voz se hizo más pausada.

—Eso no quita que el retraso sea igual de frustrante.

Tenían varias balas, todas extraídas de las víctimas del Carnicero. Quinn no esperaba que en este caso las balas perdidas revelaran gran cosa, excepto que había una relación entre el asesinato de Rebecca y los demás.

—Disponemos de una hora antes de tener que volver —dijo Quinn—. Echemos una mirada por los alrededores.

En un silencio roto sólo por el graznido de las aves y las carrerillas de pequeños animales, o por la de un ciervo asustado al ser sorprendido pastando, siguieron la huella del asesino. El claro se extendía a lo largo de varios kilómetros, y eran casi las cinco y media cuando Quinn dijo:

—Tenemos que volver.

—Diez minutos más —dijo Miranda, sin parar, y sin dejar de barrer el suelo con la mirada.

—Miranda, mañana.

—Pero...

—No —dijo Quinn. Iba a cogerla por el brazo, pero se detuvo, recordando el temor en su mirada cuando antes la había sorprendido, un temor que disimuló rápidamente.

Era evidente que Miranda no quería nada con él. Ni servía de nada intentar reavivar el fuego de antaño.

Ella se giró para mirarlo y, por su expresión, se notaba que se debatía entre discutir u obedecer. Quinn ocultó una sonrisa. Apreciaba la pasión que Miranda ponía en su trabajo.

Antes de que ella pudiera decir nada, él estiró el brazo, le apoyó la mano en el hombro y se lo apretó. Ella no lo esquivó. El contacto era agradable.

—Miranda, la frustración que siento se parece mucho a la tuya. Hay pruebas aquí que bien podríamos llevarnos hasta el asesino de Rebecca. Pero no nos servirá de nada buscar en la oscuridad si no podemos ver las pistas. Mañana por la mañana volveremos y empezaremos por aquí. El equipo de balística buscará la bala, y habrá más gente concentrada en la búsqueda.

—Estamos cerca —murmuró ella—. Puedo sentirlo.

Quinn no dijo palabra, y Miranda se preguntó si acaso pensaba que estaba loca. A veces, cuando estaba sola y se sentía impotente, dudaba de su cordura. Cada día que pasaba, pensaba en las chicas desaparecidas. Y en él.

En el Carnicero.

Puede que hubiera escapado viva, pero él le había robado su vida.

—Tienes razón —dijo, con desgana—. Volvamos.

Quinn dejó caer su mano y ella sintió frío, como si hubiera perdido una conexión importante. Frunció el ceño. Llevaba mucho tiempo viviendo sola. Cualquier contacto físico humano, incluso un gesto tan inocuo como una palmadita en el hombro, la confundía.

Sobre todo viniendo de Quinn.

Abrió la marcha hasta el monte, agradecida de no tener que seguir mirando a Quinn. Verlo de nuevo significaba hurgar en demasiados sentimientos encontrados, demasiados pensamientos que había enterrado durante esos diez años desde que él la traicionara y le arrebatará lo que más le importaba.

No su carrera, sino su confianza.

Miranda estaba despierta a medianoche, sola, físicamente abatida y agotada. Había llegado a duras penas hasta su cabaña después de haber comido una cena frugal, no porque tuviera hambre, sino para complacer a su padre, y puso al máximo

la temperatura y las burbujas de su bañera. Entró con cautela porque el agua casi la quemaba de lo caliente que estaba. Cuando acostumbró un pie a la temperatura, metió el otro. Al cabo de cinco minutos, se reclinó contra el respaldo de la bañera y tomó un trago de vino.

No podía dejar de pensar en Quinn.

—Vete —le murmuró al vacío.

Hubo un tiempo en que ella contaba los días que faltaban para su próxima visita. Escuchaba su voz por teléfono y sentía como un aleteo de mariposas en el vientre que la hacía sonreír.

Cuando él empezó a visitarla regularmente tras cerrarse la investigación sobre el Carnicero por falta de pruebas, ella no sabía qué pensar ni sentir, ni cómo reaccionar. Quinn le agradaba, le gustaba mucho, pero Miranda temía que en el fondo nunca sería capaz de amar a un hombre, nunca dejaría que un hombre la tocara íntimamente. Estaba herida, tenía el cuerpo tan permanentemente marcado que la cirugía no podía remediarlo todo. Nunca sería una mujer normal, ni por dentro ni por fuera.

Con Quinn, se sentía como una princesa.

Daban largos paseos y él le tomaba la mano.

Hablaban durante horas de cualquier cosa, de la familia de él, de su carrera, sus sueños. De la familia de ella, de su pasado, de lo que esperaba del futuro. Y hablaban también del Carnicero.

Un día Miranda sintió ganas de que él la besara. Pero él nunca tomaba la iniciativa. Ella se preguntaba cómo reaccionaría si él se decidía por fin a besarla.

En una ocasión, al atardecer, estaban sentados en el columpio del porche.

—¿Quinn? —preguntó ella, mirando sus dedos entrelazados.

—¿Mmm?

Ella miró su atractivo perfil, casi cincelado. Tenía los ojos cerrados y parecía estar en paz, con una media sonrisa en los labios. La luz del sol poniente daba a su piel un tono más cobrizo, y ella pensó que le apreciaba mucho más de lo que quería reconocer.

Había pasado un año desde el ataque. Su vida pendía de una especie de hilo. Había vuelto a la universidad, pero no era lo mismo. No encontró nada de interesante en sus estudios de empresariales, ni siquiera en las asignaturas optativas como literatura inglesa.

Estaba cansada de tanta inmovilidad. Quería y necesitaba seguir adelante.

Y quería que Quinn estuviera con ella a cada paso del camino.

—¿Quieres besarme?

Sintió que Quinn se ponía tenso. ¿Se habría extralimitado en su sugerencia?

—Lo siento —dijo, y desvió la mirada.

Él le cogió el mentón con el dedo y la hizo volverse hacia él. Sus ojos marrones

se oscurecieron, parecían negros. Miraba con expresión seria, y ella estuvo a punto de quedar sin aliento ante la pura belleza de su rostro.

—He tenido ganas de besarte desde que volví en septiembre a verte. He querido besarte cada día que hemos pasado juntos, y cada día que hemos estado separados.

Miranda sintió un afecto cálido, profundo y reconfortante que se adueñaba de ella, como si la sinceridad de sus palabras le acariciara el alma. Se inclinó apenas hacia delante.

—Bésame —dijo.

El ligero roce de sus labios la hizo temblar. Ella le puso lentamente los brazos alrededor del cuello. Él la besó con más urgencia y ella se inclinó hacia él. Quinn la estrechó y la atrajo con fuerza, sus manos perdidas bajo el pelo en la nuca, sosteniéndola con fuerza, aunque no demasiada. A cada movimiento que ella hacía, él se plegaba, cada caricia en la cara, los brazos y el pecho, todo lo aceptaba.

Ella quería algo más que un beso.

—Quédate conmigo esta noche —le murmuró al oído.

Él se movió para que pudieran mirarse a los ojos.

—Miranda, quiero quedarme contigo. Quiero hacerte el amor. Pero esta noche no. No nos precipitemos.

Ella parpadeó, y un velo de frialdad le cubrió el rostro.

Durante dos minutos, había olvidado al Carnicero. Durante dos minutos gloriosos, lo había borrado de su mente.

—Ha pasado un año —dijo ella, con voz neutra, y se giró para apartarse de él—. No me he precipitado en nada.

—Lo sé, cariño, no te enfades. Quiero estar seguro de que deseas lo mismo que yo.

Ella se mordió el labio para no llorar. No por Quinn, sino porque su vida era tan diferente de lo que deseaba. Habría querido crear su propio negocio, algo relacionado con la vida al aire libre y el ocio. Organizar salidas en balsa por el río en verano, enseñar a los chicos a esquiar en invierno y ayudar a su padre en la hostería.

—Nada volverá jamás a ser lo mismo —murmuró.

Él le acarició la mejilla hasta que ella se giró. La emoción en sus ojos era un reflejo de su confusión interior.

—No, nada volverá a ser lo mismo. Pero tú eres la mujer más fuerte que jamás he conocido. Tu voluntad de sobrevivir, no sólo a lo que ocurrió hace un año, sino también para reclamar tu vida, es algo que me da una lección de humildad.

—No soy nada especial —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Él estuvo a punto de echarse a reír.

—Miranda, eres increíble —dijo, y la besó suavemente.

—Sé que el hecho de que el asesino de Sharon ande suelto es como una herida

abierta. Que no se cierra nunca. Quisiera haber hecho algo más —dijo, con voz ronca, y se mesó el pelo con gesto de arrepentimiento.

—Hiciste todo lo posible. —A ella le había impresionado el FBI y la policía durante la investigación. Pero ahora su caso quedaba cerrado. A menos que el Carnicero atacara a otra mujer, nunca lo capturarían. No era justo que otra mujer tuviera que ser agredida, que tuviera que morir, para encontrar al asesino de Sharon.

Miranda deseaba contribuir en algo. No sólo para detener al Carnicero sino para encontrar a otros asesinos. Hombres que acechaban a las mujeres, que las maltrataban para satisfacer su alma torcida y enferma.

¿Por qué no podría? ¿Por qué no podía convertirse en un agente activo de esa idea? Llevaba un año sin hacer nada en la hostería Y... ¿qué había hecho? ¿Ir a la universidad? ¿Ayudar a su padre con los clientes? Lo que en realidad hacía era compadecerse de sí misma y no hacer nada productivo con su vida.

Si quería aprender a vivir con lo que le había ocurrido, aquello tenía que cambiar.

—¿Qué pensarías si te dijera que quiero ser policía? Podría trabajar en la oficina del sheriff. —Antes de que Quinn pudiera responder, siguió, más ilusionada a medida que le venían ideas—. ¡O quizá podría ser agente del FBI! Soy lista, casi he terminado mi licenciatura, vuelvo a estar en forma y no me importa trabajar duro. Por fin podría hacer algo trascendente, para variar, y no quedarme aquí sentada sin hacer nada. Estoy cansada de ser una víctima.

Él no dijo palabra.

—No crees que sea buena idea.

—Yo no he dicho eso.

—No tienes por qué decirlo. —Miranda quería su aprobación. Necesitaba su apoyo.

—Miranda, quiero que hagas lo que tengas ganas de hacer. Pero no tenía ni idea de que te atraía la idea de ser policía. Nunca lo habías mencionado.

—Es algo que siempre he pensado, para mí, pero ha cobrado cuerpo cuando estaba aquí sentada mientras pensaba que nada volvería a ser lo mismo y que yo tengo que hacerme cargo de mi propia vida.

—Tienes que tener veintitrés años para que te acepten en la Academia —dijo Quinn.

—Sólo falta un año.

—Tienes que terminar tu licenciatura. Hay muchos agentes que después sacan un máster en otro campo, como criminología o psicología.

—Soy buena alumna. No me importaría tener que estudiar un año más.

—La Academia no es fácil. Es física y mentalmente demoledora.

—Yo me puedo manejar. ¿No crees?

Él respondió al cabo de un rato.

—Sí, creo que respondes bien cuando te ves sometida a presión.

—Quinn, me siento como si tuviera que ayudar a la gente. No tengo otra manera de explicarlo —dijo, y frunció el ceño. A duras penas conseguía explicarse a sí misma ese torbellino de ideas y elucubraciones que giraba en su cabeza. Sin embargo, una cosa sí estaba clara. Ahora tenía una dirección y no pensaba perder el rumbo. Tener un objetivo favorecía su determinación.

El Carnicero había escapado a la justicia. Ella tenía que hacer algo para que otros desequilibrados no hicieran lo mismo.

—Yo te ayudaré, si puedo —dijo Quinn—. Si eso es lo que quieres.

—Es lo que quiero —dijo ella, sintiéndose más segura ahora que contaba con su apoyo.

Él la estrechó en sus brazos y se quedaron un rato así. Cuando el sol acabó de ponerse tras las montañas, la noche se volvió fría y las criaturas de la oscuridad empezaron a merodear. Se quedaron sentados en el columpio, meciéndose contentos y abrazados.

Esa noche Miranda jamás habría creído que Quinn podía traicionarla.

Una hora de agua y chorros calientes la alivió de la mayor parte de la tensión en los músculos, y cuando salió del baño la piel le ardía, irritada y recalentada, incluso le dolía un poco.

Rebecca estaba muerta. Sharon estaba muerta. Pero ella estaba viva.

La culpa y la confusión le minaban la moral, y casi deseaba creer en Dios, como su padre. De alguna manera, la fe le consolaba a él como nunca la había consolado a ella. Cuando maldecía a aquel Dios creador del monstruo que la había cazado a ella y torturado a otras mujeres, no conseguía imaginar que se trataba del mismo Dios benefactor y generoso al que su padre alababa y dirigía sus plegarias. Era el Dios bondadoso quien la había traído de vuelta a casa, decía su padre. Que le dio la fuerza para sobrevivir, la voluntad para vivir y el río en que zambullirse.

Sin embargo, alegaba Miranda, según ese razonamiento, era el mismo Dios que había creado a un hombre que satisfacía sus deseos enfermizos matando a mujeres como pasatiempo. Atormentándolas y violándolas y haciéndoles daño. Miranda no podía reconciliar los dos dioses. Era mucho más fácil creer en el diablo.

Sí, porque el mal era real. Estaba vivo. Ardiendo.

Permaneció despierta, agotada, la mente demasiado activa para apagarse. Imaginó a Rebecca corriendo desnuda por el claro, mientras la lluvia caía con fuerza, sabiendo que un loco seguía sus pasos. La sonora detonación del rifle al disparar, ella tensándose entera segura de que le daría. Pero el disparo erró y seguía viva.

Y corriendo.

Bajó corriendo por el sendero, tropezando, los pies descalzos lacerados, intentando no llorar al herirse con el filo de alguna piedra, levantándose, rápido, cada

vez que caía, sabiendo que él se acercaba. Sabiendo que la mataría. Con un placer profundo, sin el más mínimo remordimiento.

Corriendo, corriendo... hasta que tropezó y cayó mal y se rompió la pierna.

Se arrastraba, intentaba ocultarse, pero ya era demasiado tarde.

Él se acercaba a ella. En lugar de disparar al animal herido, lo degollaba.

Y su sangre teñía la tierra.

Miranda se llevó la mano a la garganta. Sintió el filo del acero frío rasgándole la delicada piel por debajo del mentón. Tragó con dificultad cuando se imaginó los momentos finales de la vida de Rebecca.

Había estado a punto de conseguirlo. Y ahora estaba muerta.

Cerró los ojos y se recostó, hundiendo la cabeza en las almohadas suaves. La tensión de la que se había desprendido en la bañera caliente volvió a apoderarse de su cuerpo.

¿Cuándo pararía? ¿Algún día capturarían a ese cabrón y le harían pagar por las vidas que había usurpado?

No era justo que aquella bestia anónima y asesina anduviera suelta mientras Rebecca Douglas yacía en un compartimento frío de la morgue.

Simplemente no era justo.





Los pájaros dejaron de cantar.

Se hizo una quietud repentina en las grietas y en los árboles de la quebrada, un silencio que realzaba sus instintos. Empezó a contar. Uno. Dos. Tres.

Allá, hacia el sudeste del campo, el halcón peregrino asomó volando, raudo como un avión de combate, el perfil impecable y elegante, una huella solitaria de vida en un cielo ancho de color azul intenso.

Tragó aire en silencio y con ello sintió el aroma penetrante y tangible de los piñones y las grosellas. Su hogar. Deseaba quedarse allí para siempre, en ese cañón, con sus depredadores.

Theron navegó las corrientes de aire, combinando largas batidas de alas con planeos. Dibujó una curva y aterrizó en el borde del barranco donde tenía oculto su nido, en un nicho natural de la pared de roca sedimentaria rojiza.

Hacía tres semanas, ver a Theron había sido toda una fiesta de bienvenida, y decidió quedarse más tiempo del que debía para observar a su pájaro.

Los machos del halcón peregrino son territoriales y realizan unas acrobacias aéreas impresionantes para seducir a la hembra. Es una especie de trampa, por así decir. Cuando el macho convence a una hembra de que es el halcón peregrino más elegante que haya conocido, ella permanece en la saliente rocallosa del precipicio un día sí y otro también, y abandona el nido una sola vez al día para cazar.

Theron tenía una compañera. Estarían juntos hasta que ella muriera. Era un bello ejemplar, y él la había bautizado como *Aglaia. Esplendorosa*. Nada igualaba la magnificencia de una hembra de halcón apostada en lo alto del precipicio, enseñando el pecho. Ella quería estar ahí, se entregaba a su encierro. Theron defendía el precipicio; *Aglaia* acudía de buen grado para que la protegiera.

El halcón peregrino es el ave más veloz del reino animal. Él nunca se cansaba de verlos rasgando los aires, y era capaz de esperar sentado desde el amanecer hasta la noche para ver cazar a aquellas aves majestuosas. Con la cabeza erguida, observaban a su presa con un ojo, luego plegaban las alas y se lanzaban en picado. Justo antes de

llegar, el peregrino frenaba su caída y le propinaba un golpe a la presa con sus garras afiladas. ¡*Chac!* Muerto con el impacto.

También podían coger a un pájaro en pleno vuelo, coincidiendo con su trayectoria para cortarlo en un plano recto. Todas las aves eran presas potenciales. Ninguna podía ganarle al cazador en maniobras.

*Caaaaaac-cac-cac. Caaaaaac-cac-cac.*

Theron era libre de verdad. Algo que él nunca lograría. Atrapado y solo, su necesidad de poseer lo inalcanzable, de cazar a los impostores, era mucho más grande que su búsqueda de la libertad.

Aun así, él tenía mucho en común con el halcón peregrino. Cuando empezó a estudiar al halcón peregrino, hace dieciséis años, este era una especie casi extinguida. Estaban derrotados, pero no aniquilados. Y un día volvieron en toda su gloria, y él siempre estuvo presente, en cada paso del camino, para escribir la crónica de su victoria.

Siempre le irritó que muy pocos de sus colegas quisieran documentar la vida del peregrino. Cumplían con los horarios establecidos, un solo semestre, el exigido, para luego salir disparados a buscar trabajo en alguna gran empresa o en una organización sin fines de lucro, o en un organismo público. Decían que le seguían la pista al halcón peregrino, que les importaba, pero en realidad les daba igual.

Hablar no costaba nada.

Sacudió la cabeza, sintiendo que la rabia se desbocaba. Concéntrate.

Miró con los prismáticos hacia la pared del precipicio donde Theron y Aglaia habían construido su nido. Al dejarlos, hace diez días, habían puesto fin a los juegos de cortejo, pero ignoraba si ya había huevos.

Así que se dedicó a observar. Durante horas. El sol derramaba sus rayos por toda la campiña, convirtiendo el bosque oscuro de la mañana en un glorioso abanico de colores. Empezó a hacer calor, y él se quitó la cazadora. Comió el bocadillo insípido, más por costumbre que por hambre.

Cuando el sol cruzó el ecuador del mediodía, Aglaia asomó la cabeza. Luego apareció Theron, y los dos permanecieron en el borde de la saliente, el rey y su reina, mirando hacia sus dominios.

*Caaaaaac-cac-cac. Cooo-cooo.*

*Caaaaaac-cac-cac. Caaaaaac-cac-cac.*

Sentía el corazón henchido al oír cómo se comunicaban ambos cazadores. Si Aglaia dejaba el nido, significaba que había huevos. Esperó y observó, paciente, totalmente quieto entre los árboles y arbustos.

Desplegando sus poderosas alas, Aglaia dio un salto y bajó como una bala hacia la quebrada que se abría más abajo, antes de dibujar una curva hacia arriba y alrededor del precipicio. El silencio volvió a hacerse en el bosque. La caza había

comenzado.

Theron vio desaparecer a su compañera y volvió al nicho de la roca. Intercambio para la incubación. Theron protegía los huevos mientras su compañera cazaba.

Nada podía darle más placer. Añoraba escalar la pared y ver a Theron de cerca. Lo había hecho varias veces antes. Aquel trabajo, que exigía una gran forma física para seguir, documentar y escribir sobre la vida de los peregrinos, culminaba cuando les cogía los huevos para incubarlos en cautividad.

Pero no había pasado la noche caminando por el lecho frío del río, luchando contra la maleza, cruzando los lodazales de arcilla roja que abundaban en la zona del noroeste de Colorado sólo para traer los huevos de vuelta a la universidad e incubarlos. Había vuelto para observar y escribir y resistir la tentación de volver a cazar.

Hace quince años sólo había querido encontrar su compañera la que sería la mujer perfecta para él.

Pero no había mujeres perfectas.

Todas mentían, todas manipulaban. Incluso la dulce, la dulcísima Penny... ¿Por qué le había dicho que ya no se veía con el deportista? ¿Por qué le había dicho que el tipo ni siquiera le caía bien?

Él sabía. Cuando la vio besándose con el otro.

Penny era una mentirosa, como todas las mujeres en este mundo. Decían una cosa y hacían algo completamente diferente. Decían que te amaban, prometían que no te harían daño, pero ellas no amaban a nadie y siempre hacían daño.

Como su madre.

Su madre, con palabras melosas que eran peor que la picada de una avispa. Su manera de tocarlo, de lograr que hiciera cosas por ella.

Tócame ahí. No, no, no, ahí. Sí. No pares.

Si no hacía lo que ella quería, el castigo era aún peor.

Cariño, es por tu propio bien. Tienes que aprender.

Le cogía el pene hasta hacerlo llorar. Él le rogaba que lo soltara. Haría lo que ella quisiera, sólo para que no le hiciera daño.

Y luego, su hermana, siempre montada encima de él, diciéndole que le ayudaría. Y lo ayudó, durante un tiempo. Lo ayudó hasta que él confió en ella. Y ella volvió a hacerle daño y todo volvió a comenzar...

Todo empezó cuando tenía seis años. Cuando su padre se marchó sin decir palabra. Él creía que su madre lo había matado, pero la verdad era aún peor.

Su propio padre no lo amaba.

¿Acaso su padre no sabía que su madre le hacía daño? ¿No veía la verdad? ¿Acaso no le importaba?

Cerró los puños sobre su diario de anotaciones sobre el halcón, y un sollozo

amargo escapó de su garganta. ¿Qué importaba?

Se apoyó en el árbol más cercano y cerró los ojos, respirando la fragancia penetrante del pino, la savia agri dulce y pegajosa, la tierra húmeda, las hojas y plantas pudriéndose.

Volvió a vivir la cacería.

Su presa era buena, pero él era mejor. Ella corría, pero él nunca la perdía de vista.

La vio caer, oyó el crujido del hueso por encima de la lluvia que caía y, en el último momento, decidió usar el cuchillo.

No tenía ninguna gracia disparar sobre una presa caída. Era un gesto muy poco deportivo.

Estaba oscuro, casi era medianoche, pero la piel blanquiazul de la chica se destacaba como un fulgor en la oscuridad.

Le tiró del pelo mojado hacia atrás con la mano izquierda y, sin vacilar, bajó el cuchillo y le rebanó el cuello blanquecino. El calor de su sangre lo sorprendió.

Saboreó unas gotas que le salpicaron los labios.

La dejó caer ahí donde estaba y miró.

La caza había terminado, pero ya lo corroía el impulso de encontrar otra presa. El corazón le latía con fuerza y la sangre fluía por su cuerpo como un torrente mientras se abandonaba a los recuerdos. Aquel poder intoxicante que sentía cuando la tenía para él solo. La sensación de victoria que, desgraciadamente, disminuía día a día hasta que no quedaba más alternativa que volver a cazar. La emoción de la caza era como un breve subidón, y ya volvía a hacerle falta. Añoraba tener ese poder en sus manos.

Sin embargo, antes tenía algo importante que hacer. Ahí, con Theron y Aglaia y sus huevos. Observando, esperando, escribiendo.

Sus pájaros lo necesitaban.

*Tenía que resistir al impulso.*



Mucho antes de que el sol asomara entre los montes, Quinn se despertó, presa de cierta agitación, todavía atrapado en sueños donde aparecía Miranda.

Los que saben repiten el mantra: *El tiempo todo lo sana*.

Era una mentira. Algunas heridas nunca sanaban, sobre todo cuando el herido no paraba de arrancarse las costras.

Miranda vivía y respiraba para el Carnicero. Para la justicia. Había vivido los últimos diez años en un limbo, entre el cielo y el infierno, esperando. Esperando a que el Carnicero cometiera un error. Buscando en el bosque los restos de sus víctimas. Como penitencia por haber sobrevivido.

Quinn había visto a demasiados colegas obsesionarse tanto con un caso concreto, especialmente difícil y angustioso, que todos los demás aspectos de su vida se resentían. Los matrimonios solían acabar en divorcio. Olvidaban a los amigos y, con el tiempo, los perdían. La búsqueda de la justicia para vivos y muertos podía consumir hasta al profesional más emocionalmente estable. Miranda era a la vez una víctima y una defensora, y no había nadie que conociera tan de cerca como ella la investigación sobre el Carnicero.

Miranda era una bomba de relojería a punto de implosionar. El hecho de que hubiera sobrevivido tanto tiempo sin una grave crisis de nervios era una incógnita sin explicación para él.

Eso no era del todo verdad, pensó, mientras se obligaba a dejar la cama. Miranda era, sin duda, la mujer más fuerte que había conocido. Después de soportar torturas que habrían matado a cualquiera, hombre o mujer, había visto a su mejor amiga caer con una bala en la espalda, y aún tuvo fuerzas para seguir huyendo. Llevó a los investigadores al lugar donde yacía el cuerpo, y luego a la choza donde todo había empezado.

Quinn amaba y admiraba a Miranda por ese núcleo indestructible que la animaba, por esa espalda suya dura como el acero.

Y ¿qué había de las necesidades de Miranda? ¿Quién cuidaba de ella para

asegurar que no fuera demasiado lejos? Alguien que se tomara el tiempo para sacarla de ese entorno asfixiante de manera que pudiera recomponerse y recuperar su orientación. Quinn temía que, sin tener a nadie que cuidara de ella, Miranda fuera dejando que la investigación la consumiera por entero sacrificando su felicidad personal y su paz interior en nombre de la justicia.

Si pensaba en su propia carrera, no tenía derecho a criticarla. Él llevaba casi diecisiete años como agente del FBI. La única ocasión en que se había tomado unas vacaciones fue gracias a la insistencia de su jefe. Con la excepción de los dos años compartidos con Miranda. Era el único período en que se había ausentado voluntariamente del trabajo.

Se desnudó y entró en la ducha. Abrió el grifo y el chorro frío lo bañó antes de que el agua se calentara. Pero él necesitaba el frío. Después de enterarse de lo que había tenido que vivir Miranda, se había quedado bajo el chorro de agua fría todo lo que pudo aguantar. Quería experimentar aunque no fuera más que una parte leve de su dolor.

Su récord eran diecinueve minutos. Pero el agua del río era aún más fría que la de la ducha, y ella había sobrevivido.

Salió de la Hostería Gallatin antes de que nadie se despertara. No quería encontrarse con Miranda, todavía no. La noche anterior, ella no se había enterado de que él se alojaba ahí, y Quinn ignoraba si su padre se lo había dicho.

Creía que no.

Nick se encontró con él en lo de McKay, una cafetería situada en la esquina de la calle de la comisaría de policía. Aquello no había cambiado tanto desde su partida. Mantel de plástico a cuadros blanquiazules, los condimentos en medio de la mesa, paredes grises flores de plástico de color rojo con aspecto de mustias en jarrones entre las ventanas con vidrios a medio limpiar. Los altavoces instalados en dos rincones de la sala emitían música country, a ratos mezclada con un programa matinal de radio de un par de cómicos aficionados.

Quinn le pidió a Fran, la camarera, que le llenara el termo, pero no tenía demasiadas ganas de comer antes de la autopsia. Pidió tostadas, más para mojarlas en cafeína que por hambre.

Nick no tenía aspecto de haber dormido más que Quinn. También había envejecido. Doce años antes, la primera vez que vino a Bozeman, Nick era un chico de veintitrés años, lozano como un cachorro. Ahora las arrugas le surcaban el rostro y en sus ojos se adivinaba el brillo de la experiencia.

Los asesinatos hacían envejecer.

—¿Qué planes tenemos? —preguntó Quinn.

—Tengo a un agente forestal que se dirige al lugar para talar cualquier árbol que necesitemos como prueba, y veintiséis efectivos de la policía, dos de ellos expertos en

escenas del crimen. —Nick miró su reloj—. Nos quedan dos horas antes de la cita.

—¿Si encontramos la cabaña?

—Procesamos la escena y mandamos las pruebas al laboratorio estatal de criminología en Helena.

—La semana pasada comentaste que Rebecca fue raptada lejos de donde trabajaba. ¿Hay testigos?

—Nadie vio nada —dijo Nick, negando con un gesto de la cabeza.

—Rebecca Douglas se encontraba en un aparcamiento, no con el coche averiado a la orilla del camino. ¿Nadie vio ni oyó nada?

—Interrogué a todos los que estaban en la pizzería esa noche, aunque se hubieran ido antes de que secuestraran a Rebecca. Si alguien vio algo, no les debió parecer sospechoso.

—Me pregunto si lo conocía —se preguntó Quinn, en voz alta.

—Siempre hemos barajado la posibilidad de que el Carnicero conozca a las chicas de la universidad.

—¿Habéis hecho una búsqueda del personal que trabaja en la universidad y de los alumnos que han pasado por ahí en los últimos quince años?

—Hemos cruzado los rasgos de los empleados que coinciden con el perfil de la base de datos de la policía, pero no hemos obtenido resultados. Lo más serio que tenemos es un profesor de sociología que fue detenido en los años setenta por desobediencia civil, y un conserje detenido por conducir bajo los efectos del alcohol hace ocho años.

—Vuelve a procesar los datos —dijo Quinn. Nick frunció el ceño y Quinn se retuvo. No quería que Nick pensara que él tomaba el mando—. Quiero decir, que deberíamos centrarnos en todos los hombres blancos solteros que pasaron por la universidad, sean alumnos, empleados o profesores que tuvieran menos de treinta y cinco años el año que Penny desapareció.

—¿Treinta y cinco?

—El perfil original —explicó Quinn— señalaba que el Carnicero era un hombre blanco soltero entre veinticinco y treinta y cinco años, y que conocía al menos a una de sus víctimas.

—Al principio creímos que conocía a Miranda o a Sharon, ya fuera del campus, la hostería, o de donde trabajaba Sharon —siguió—. Pero cuando llegamos a la conclusión de que Penny Thompson fue su primera víctima, pensamos que lo más probable es que Penny conociera a su agresor y que Miranda y Sharon fueran desconocidas.

—Sin embargo, había cientos de posibles sospechosos —observó Nick—. Recuerdo haber hecho docenas de interrogatorios sin llegar a ninguna parte.

Quinn lo recordaba. Eran demasiadas las personas que habían tenido contacto con

Penny, y al reducir el número hasta tener una lista final de quienes la conocían bien, entre ellos el novio, los profesores, los tutores de sus asignaturas, nadie encajaba en el perfil.

Tampoco facilitaba las cosas el hecho de que Penny hubiera desaparecido tres años antes del secuestro de Miranda y Sharon.

Quinn no habló al ver que la camarera se acercaba con sus tostadas. Bozeman era una ciudad pequeña, a pesar de los doce mil alumnos de la universidad situada en las afueras. Las paredes tenían oídos. Las lenguas se soltaban fácilmente.

—El sheriff Donaldson estaba convencido de que a Penny la mató su novio —dijo Nick—. Pero eso nunca fue más allá. No había pruebas que lo relacionaran con su desaparición. Al final, sospechamos que Penny había sido la primera víctima del Carnicero, pero a esas alturas su padre ya se había deshecho del coche.

Nick acabó su café y dejó la taza en la mesa con un golpe.

—Nos estamos perdiendo, Quinn. El cabrón se ha cobrado otra víctima y nosotros no tenemos pruebas, testigos ni sospechosos. La prensa se lo va a pasar en grande.

—La hemos encontrado rápido. Eso siempre es una buena noticia. ¿A qué hora comenzarán la autopsia?

Nick miró su reloj.

—En diez minutos. Deberíamos irnos —dijo, y acabó el café.

Quinn detestaba las autopsias. No sabía qué temía más: si ver el cuerpo de Rebecca Douglas sobre la mesa o imaginar a Miranda bajo ese mismo bisturí.

Fran se acercó a la mesa con un termo de café recién hecho y un periódico.

—Lo acaban de dejar —dijo, y dejó el periódico frente a Nick—. Si no te importa que lo diga, Elijah Banks es un capullo y todos lo saben. Su madre estará revolviéndose en su tumba, pobrecita.

## **CADÁVER ENCONTRADO EN EL BOSQUE**

***La oficina del sheriff  
no ha confirmado la identidad.***

*Elijah Banks  
Corresponsal especial del Chronicle.*

*BOZEMAN, MONTANA. —El sheriff del condado de Gallatin, Nick Thomas, no ha querido confirmar ni negar que el cuerpo de la mujer encontrado ayer por la mañana fuera el de la estudiante de Bozeman, Rebecca Douglas.*

*«Todo indica que ha sido el Carnicero», señaló una fuente de la oficina del sheriff que ha querido permanecer anónima.*



*El sheriff Thomas ha reconocido a regañadientes que cuenta con la ayuda de un agente especial, Quincy Peterson, de la oficina del FBI en Seattle. El agente Peterson, más experimentado, participó hace doce años en la investigación sobre la desaparición de dos estudiantes universitarias, Sharon Lewis y Miranda Moore. Lewis fue encontrada muerta y Moore escapó, pero no pudo identificar al asesino.*

*El cuerpo de la mujer sin identificar fue descubierto a primera hora de la mañana del sábado por Ryan Parker y dos amigos. Ryan, de once años, es hijo del juez del Tribunal Superior, Richard Parker. Hacia mediodía, más de cuarenta alguaciles del sheriff y voluntarios peinaban la zona situada a seis kilómetros al este de Creek Road y quince kilómetros al sur de la Ruta 84. Nadie ha podido confirmar concretamente qué tipo de pruebas buscaban.*

*«Cuando la encontramos, pensamos que podía ser la chica desaparecida —dijo Parker—. Estaba desnuda».*

*Una fuente de la oficina del alcalde ha dicho «Ya era hora», al saber que el FBI vuelve a participar en la investigación. «Necesitamos un equipo de profesionales competentes para dar con este asesino de una vez por todas. Las mujeres de Bozeman tienen miedo, y con razón».*

*La noche del viernes pasado, la señorita Douglas salió del Salón Hannon de la Universidad de Montana State en su propio coche para acudir a su trabajo en la pizzería de la Interestatal 191. No volvió al campus. Su compañera de habitación comunicó a la seguridad del campus que la señorita Douglas estaba desaparecida y posteriormente llamó a la oficina del sheriff del condado de Gallatin. La policía no tardó en encontrar su coche en el aparcamiento de la pizzería.*

*La primera víctima conocida del Carnicero...*

Nick dejó el periódico sobre la mesa de un golpe, y el café se derramó por el borde de la taza.

Quinn también opinaba que la entrevista de Eli a Ryan Parker era inaceptable. ¿Dónde estaba el juez Parker ahora? ¿Por qué no le había parado los pies?

No era sólo la entrevista de Ryan. A Quinn no le agradaron las provocaciones de Eli contra la oficina del sheriff. Lo último que necesitaba en ese momento era una guerra de feudos que enlodara la investigación. Los hombres de Nick ya lo miraban como a un extraño. Si sospechaban que intentaba minar la influencia de Nick, nadie querría ayudarle.

Tenía que ganarse la confianza de esa gente.

—Haré una declaración oficial —dijo Quinn, y dejó unos dólares sobre la mesa.

Nick le lanzó una mirada al salir de la cafetería. Se detuvieron junto a su

camioneta.

—No sé de qué servirá eso.

—Es tu investigación, Nick. Yo no estaría aquí si no me hubieras invitado. Eso lo sabes.

—¿Estoy haciendo las cosas bien? ¿He pasado algo por alto? Quinn alzó las manos.

—Para. No te sirve de nada ponerte a especular. Has puesto todos los puntos sobre las «íes», has cumplido cabalmente con tu deber, y no creas que yo no sería el primero en decir algo si no hubiera sido así. Pero jamás iría primero a ver a los de la prensa, sino a ti. Espero que eso lo tengas claro.

Nick cerró los ojos.

—Lo sé, lo sé. Lo que pasa es que Eli me rompe los huevos, ¿sabes?

—Sí, es un capullo.

Caminaron una manzana hasta el centro público, donde el forense tenía su despacho y laboratorio.

—¿Cómo se ha tomado Miranda lo de que te alojes en la hostería? —preguntó Nick.

—Todavía no lo sabe —dijo Quinn, con una mueca.

—No le gustará nada.

—Sabrá encajarlo.

Nick no estaba seguro de que Miranda supiera encajarlo. Ya estaba enfadada con él por haber llamado a Quinn sin consultarla. No era necesario, pero Nick solía pedirle su opinión en diferentes cuestiones relacionadas con la investigación del Carnicero, sobre todo cuando se trataba de la búsqueda inicial. Con el tiempo, se había acostumbrado a su relación de trabajo. Había sido un paso fácil convertir esa amistad en una relación más íntima.

El hecho de que él se hubiera marchado dos años antes porque Miranda no respondía a sus sentimientos no mitigaba su desagrado porque Quinn estuviera prácticamente compartiendo techo con ella. En el fondo de su corazón, sabía que Miranda no volvería con él. Si volvía, sería porque era la segunda opción, después de Quinn.

No le parecía una perspectiva particularmente agradable.

Quinn le caía bien. Pero él amaba a Miranda, y pensar en los dos juntos...

No, eso no sucedería. Miranda vio como su vida se venía abajo cuando Quinn la expulsó de la Academia. Después de tantos años alimentando ese dolor y esa rabia, seguro que no se le pasaría ahora, en las pocas semanas que Quinn estuviera en la ciudad.

De modo que todavía quedaba una oportunidad, pensó Nick al entrar en la sala de espera del forense. En realidad, pensó, quizá Miranda lo buscaría a él precisamente

porque Quinn estaba en la ciudad. Él le ofrecería su comprensión, su simpatía, su hombro.

No, él no se iba a conformar con un segundo puesto. Miranda tenía que amarlo a él en lugar de verse empujada a sus brazos por la intervención de otro hombre.

Ryan Parker estaba sentado en lo alto del monte, seguro de que nadie podía verlo, y observaba a la gente que se reunía más abajo. Pero su mirada no seguía el ajetreo de los agentes del sheriff.

Le atraía la escena del crimen, aislado por la cinta de plástico de la policía. Le hacía pensar en la chica que habían encontrado. Jamás olvidaría el cuerpo azulado y desnudo. El tajo profundo, de color rojo oscuro, casi negro, en el cuello. Los cortes y magulladuras por todo el cuerpo.

Sin embargo, ahora sentía que sus ojos lo perseguían.

No había dormido gran cosa la noche anterior. Cada vez que intentaba quedarse dormido, Rebecca Douglas lo estaba mirando con sus ojos azules abiertos y congelados por la muerte.

Ryan había visto a docenas de animales muertos en sus once años. En una ocasión, mató a un ciervo con su rifle del 22, un disparo certero en la nuca, y su padre se mostró muy orgulloso de él. Pero él mismo no se sintió tan orgulloso.

La caza no estaba mal. A él no le gustaba especialmente, no como a su padre y a su tío, pero no estaba mal.

La pesca, por el contrario, era el paraíso. Si sus padres lo dejaran iría a pescar todos los días. Se sentía libre e independiente allá el lago, o sentado a la orilla de los remolinos en el recodo del río que quedaba más al sur de su casa, o en el muelle del lago. Aquello lo hacía más feliz que cualquier otra cosa en la vida. Más que los caballos. Desde luego, más que la caza.

En general, Ryan se encontraba más a gusto solo que acompañado de sus padres.

Quizá tuviera que ver con la quietud. O con la espera. Sean y Timmy no tenían paciencia para pescar. Timmy guardaba silencio, pero se movía demasiado. Sean ya ni siquiera iba porque Ryan se negaba a guardar la caña si no picaban al cabo de veinte minutos. A veces, su padre pescaba con él durante un par de horas, y eso le agradaba.

Pero ahora su padre estaba demasiado ocupado para acompañarlo en sus excursiones al lago.

A veces tardaba todo un día en pescar una trucha o un róbalo de tamaño decente. A veces no pescaba nada, pero no le importaba. Porque lo que más le hacía disfrutar era sencillamente lanzar la línea, la espera y la libertad, no la captura en sí.

Sean y Timmy no lo entendían.

Tampoco lo entendía su padre, aunque lo intentara.

Ryan observaba a las personas moviéndose allá abajo. Eran tan pequeñas que

parecían hormigas. Cerró un ojo y alzó dos dedos. Así de grandes, menos de un centímetro.

Ni siquiera sabían que él estaba allí.

Ryan tenía curiosidad de ver qué encontraban. Por algún motivo, creía que si encontraban al tipo que mató a esa mujer, él dormiría más tranquilo. La chica parecía un ciervo, con los ojos abiertos y mirando sin enfocar.

A Ryan no le gustaba eso. Las personas eran personas y los animales eran animales, pero alguien había tratado a esa chica como si fuera un animal. Eso no estaba bien.

Cuando la mayoría de los hombres de la partida comenzaron a subir por el camino del aserradero, él se incorporó y se limpió la tierra de los vaqueros desgastados. Ya era hora de volver. Había dejado a Ranger en el establo y aún tardaría una hora en llegar a casa. Y no quería que su madre se preocupara. Ella no solía hacerle muchas preguntas, pero sabía cuándo mentía.

En realidad, Ryan nunca mentía. Pero, a veces, no quería decir la verdad. Evitar las conversaciones era la mejor manera de no tener problemas con su madre.

Siguió por el pequeño arroyo que en primavera bajaba por la ladera, hacia el camino más ancho que conducía a los límites de la propiedad. Ryan vio huellas de caballo y frunció el ceño. Parecían frescas, pero no había visto a ninguno de los hombres llegar tan arriba. Quien quiera que fuese, tendría que echarle un vistazo a las herraduras de su caballo. La pata derecha trasera había perdido un par de clavos y seguro que la tierra y las piedras se meterían por debajo de la herradura hasta alojarse en la pezuña del animal.

Perdido en sus pensamientos, casi no lo vio.

De pronto, el sol se reflejó en un objeto tirado en el camino y Ryan se detuvo y se agachó para mirarlo.

Al principio, pensó que eran los ojos de una serpiente que lo miraba, a punto de asestar un golpe, y retrocedió de un salto. Pero enseguida recuperó el equilibrio y miró el objeto más detenidamente.

Desde luego, no era una serpiente. Los dos ojos eran dos pequeñas gemas oscuras. Verde oscuro, como el color de los pinos al atardecer. Las dos piedras estaban engastadas en una rústica hebilla de plata cincelada que parecía un ave. Parecida a un águila. Y las piedras eran los ojos.

Se agachó y lo recogió. Se sorprendió al ver que tenía un trozo de cuero todavía adherido a la hebilla. Al mirarla de cerca, vio que estaba desgastada y probablemente se habría roto cuando el dueño, un cazador, o un excursionista, se detuvo allá en la cumbre a orinar.

Ryan vaciló mientras miraba la hebilla. ¿Debería llevársela al agente del FBI? Quizá fuera importante para la investigación. El corazón le latía con fuerza. Los

Intocables, era una de sus películas preferidas, y nunca se perdía un programa llamado Quién Sabe Dónde, que trataba de la búsqueda de personas desaparecidas.

Ahora su emoción se convirtió en inquietud. Su padre le había insistido que no molestara al sheriff. Y él le había mentado a su madre acerca del lugar adonde iba. Ella perdería la paciencia. No le gritaría ni le pegaría, pero tendría esa mirada que daba más miedo que cualquier castigo.

Tiritó de frío y se abrigó con la cazadora, aunque a esas horas comenzaba a hacer un calor agradable. Se metió la hebilla en el bolsillo y siguió por el estrecho sendero rumbo a casa. Si volvía a ver al sheriff Thomas, le mostraría la hebilla.

Lo más probable es que no tuviera importancia. Sólo un tipo que se había parado a orinar en el bosque.



Miranda sentía la tensión en todos los músculos mientras caminaba detrás de Quinn, Nick y los demás por el sendero hasta el claro que habían descubierto el día anterior.

Nick llamó a Pete Knudson, un agente forestal con quien había trabajado a menudo en otras búsquedas. Si encontraban una bala alojada en el tronco de un árbol, cortaba un trozo o talaba todo el árbol con el fin de guardar la bala como prueba.

Tanta tensión le provocaba un dolor de cabeza que le abotargaba el cerebro. Intentó combatirlo tomando tres aspirinas con un trago de su cantimplora. Era fácil achacar el dolor de cabeza a la falta de sueño, a su escaso apetito o a la tensión que significaba un secuestro más del Carnicero. Sin embargo, ella tenía a Quinn por responsable de la mayor parte de su malestar. Su presencia la desconcertaba de manera inesperada.

Durante años se había engañado a sí misma diciéndose que la traición de Quinn en la Academia no importaba. Llegó a la conclusión de que, aunque en ese momento se sentía herida, volvería a Bozeman y llevaría una vida apacible. Después de cuatro años en la Unidad de Búsqueda y Rescate, aceptó el puesto de coordinadora cuando su jefe, Manny Rodríguez, obtuvo un empleo en Colorado. Contaba con un equipo de dos miembros contratados por la unidad y más de una veintena de voluntarios, hombres que confiaban en ella.

—¿Miranda? —dijo Nick, que caminaba a su lado. En su rostro atractivo y curtido, asomó una expresión de preocupación.

—Estoy bien —dijo ella, antes de que él le preguntara.

—Sí —dijo Nick, y lanzó una mirada a Quinn, que iba a la cabeza del grupo.

—¿Qué ha pasado en la autopsia? —Intentó que la pregunta sonara profesional, pero no pudo evitar que le temblara la voz.

—Me he ido antes de que el doctor Abrams acabara, pero ha sido lo mismo de siempre.

—Eso lo sabíamos.

—Siento no haberte contado lo de Quinn —dijo Nick. Habló en voz baja para que

nadie más pudiera oírlo.

—Siento haberte gritado ayer. No te lo merecías después de ver a Rebecca en ese estado.

Nick todavía intentaba protegerla del recuerdo de sus siete días en el infierno. No entendía que, aunque ella no pudiera escapar al pasado, el hecho de ayudar en la búsqueda de esas chicas le diera cierto sosiego. Miranda hacía todo lo posible por encontrar al Carnicero. Y, algún día, llegaría el momento de pararle los pies.

Ella quería estar presente cuando llegara aquel día de su captura. Tenía que estar, como si ayudar a atraparlo la fuera a liberar de sus fantasmas y pesadillas.

Nick dejó escapar un largo suspiro.

—¿Pactamos una tregua?

—Nunca me dura demasiado el enfado contigo —dijo ella, y le sonrió. Quería a Nick, pero no como a él le habría gustado.

Lo había intentado. Durante tres años había querido darle su corazón. Quería de verdad amarlo. Pero cuanto más lo intentaba, más difícil era. Con su ex amante tenían una relación libre de amistad, lealtad y apoyo mutuo. Sin embargo, Miranda todavía tenía el corazón roto, y Nick no podía recomponer las piezas.

Miranda miró al único hombre que sí podía.

Quinn se sintió observado. Se detuvo en los límites del claro para orientarse, miró hacia atrás y se encontró con la mirada de ella. Durante una fracción de segundo, creyó ver algo diferente de la rabia en su rostro largo y delgado. Por un momento, vio un destello de deseo en sus ojos oscuros, una necesidad física y una añoranza emocional que él recordaba bien del pasado. Si le hubiera caído un rayo encima no lo habría sacudido con más fuerza. Hizo una mueca y parpadeó.

Aquello que había creído ver ya no estaba. Miranda tenía la boca cerrada, los labios convertidos en una línea rígida, el rostro impassible y la mirada dura, llena de sospechas y desconfianza.

Quinn se volvió hacia los hombres, se deshizo de la mochila y se quitó la chaqueta. Tomó un trago largo de agua fría de la cantimplora para combatir el calor que la embargaba con sólo pensar que Miranda todavía albergara algún sentimiento por él.

La temperatura había alcanzado apenas los siete grados por la mañana, pero el sol ahora tendía un manto cálido sobre aquel campo de árboles nuevos. En circunstancias normales, el tramo que acababan de cubrir sería un paseo estimulante y agradable.

Los agentes de Nick lo miraban con una mezcla de arrogancia y cautela. Obedecer órdenes de un federal era algo que no figuraba en sus manuales, pero él no dejaría que la hostilidad entre los diferentes cuerpos interfiriera con la investigación.

Se aclaró la garganta.

—Veréis los banderines naranjas donde la señorita Moore y yo encontramos las

pruebas ayer. Quisiera encontrar la bala que fue disparada, si es posible. —Se volvió para mirar al agente Booker—. El sheriff Thomas dice que usted es el que mejor dispara de todo el departamento.

El agente se enderezó aún más.

—Gané la competición del condado, señor, pero...

—Booker —lo interrumpió Nick—, quiero que vayas hasta ese banderín de allá. —Señaló un punto a unos sesenta metros—, y te sitúes como si estuvieras disparando un rifle de grueso calibre a un blanco en movimiento del tamaño de una mujer de un metro sesenta que va por ese sendero —dijo, y le indicó otro banderín a unos siete metros.

Booker tragó saliva, se ajustó la gorra y miró a Miranda como si estuviera nervioso.

—Eh, sí, sheriff —dijo.

—Luego le cuentas al agente forestal Knudson la trayectoria y encuentras las malditas balas. —Nick se volvió hacia el resto de sus hombres—. Separaos. Ya sabéis qué buscamos. Y si encontráis cualquier cosa, llamad al agente Peterson o a mí. Nada de charlar por walkie-talkie; tenéis que ser minuciosos. La lluvia ha echado a perder nuestras posibilidades de conservar las pruebas, pero puede que tengamos suerte.

*Dios sabe cuánta suerte necesitamos ahora*, pensó Quinn, mirando el cielo despejado.

Se dirigió hacia donde esperaban Miranda y Nick, al comienzo del sendero.

—... la barraca —decía Miranda cuando se acercó.

—¿Qué?

Ella casi ni le prestó atención.

—Iré en esa dirección para encontrar la barraca —dijo, señalando montaña abajo, más allá de los banderines donde el agente Booker se preparaba con el guardia forestal.

—No sin mí —dijo Quinn. ¿En qué estaría pensando Miranda?

—Nick y yo nos las podemos arreglar sin problemas.

—Yo me quedaré aquí —avisó Nick—. Tengo que estar accesible.

Quinn vio que Miranda se debatía ante la perspectiva de ir de pareja con él nuevamente. Y a él le importaba un comino. Miranda no se alejaría sola. Y si tenía razón al pensar que la cabaña estaba situada cerca del claro, él tenía que acompañarla. Por seguridad y para recoger pruebas.

—De acuerdo —dijo ella, con voz seca, como cansada. Era probable que no hubiera dormido demasiado anoche, como le venía sucediendo desde la desaparición de Rebecca.

Él, desde luego, apenas había dormido en toda la maldita noche, pensando en lo que Miranda había hecho durante los últimos diez años. En cómo había cambiado su



vida, y cómo no había cambiado. Preguntándose si había hecho lo correcto en la Academia. No, era lo correcto, pero todo le había salido mal.

Por aquel entonces no supo cómo remediarlo, y ahora la brecha entre ambos parecía mucho más profunda. Quiso darle a Miranda tiempo y espacio mientras intentaba ponerse en contacto con ella, hablar con ella y explicarse. Confiaba en que Miranda acabaría entendiendo que en aquel momento dejar la Academia era la decisión correcta. Pero ella nunca respondió a sus llamadas y le devolvió sin abrir la única carta que él le mandó con un *Devolver al remitente*.

Aquello dolía.

No hizo caso de los recuerdos y volvió a sacar su cantimplora. Bebió un trago largo y dijo:

—Vamos.

Caminaron en silencio, mirando el suelo en busca de pruebas. Cada ciertos pasos verificaban que fueran por el buen camino, gracias a alguna rama rota o a huellas muy marcadas. En un punto, vieron que Rebecca se había caído, no había duda. La prueba era un largo mechón de pelo rubio prendido de una rama, arrancado de cuajo de la cabellera. Quinn colocó un banderín naranja sin decir nada, la fotografió. Cortó la rama y la metió en una bolsa de pruebas con el mechón de pelo.

Cuando acabó, se dio cuenta de que Miranda se había detenido y lo estaba mirando. No, no lo miraba a él sino a algo que estaba más allá. Como si viera algo que no estaba ahí.

El corazón se le aceleró. Le dolía ver que Miranda se ponía en situaciones que la obligaban a revivir lo que le había sucedido. Su angustia era visible. Recordó el momento en que encontró el cuerpo de Sharon, su dolor, su evidente desazón. Miranda era fuerte pero no indestructible.

Le dieron ganas de acercarse a ella y tocarla, estrecharla.

—Miranda —dijo, con voz suave—. ¿Te encuentras bien?

Ella volvió rápidamente su atención a él.

—Estoy pensando —dijo—. Cayó aquí. ¿Por qué? No hay ramas que la hicieran tropezar. Está en el claro. Y él le disparó.

—No se sabe... —dijo él, y se detuvo. Podría ser. Siguió la dirección de su mirada mientras ella caminaba dibujando un lento círculo—. Quizá —dijo—, pero dónde está la prueba.

—Aquí cambió de dirección —murmuró, como si estuviera hablando sola.

—¿Qué?

—No habría seguido en línea recta después de que le disparara. Habría cambiado de dirección, se habría girado, habría hecho algo diferente para que él no pudiera seguirle la pista. —Miranda empezó a caminar dibujando un arco, hacia atrás y hacia adelante, hasta detenerse, a unos quince metros monte abajo, en un ángulo de

cuarenta grados en relación con el sendero por donde avanzaban.

—¡Aquí! —dijo, con la voz teñida por la emoción.

Quinn se reunió con ella más abajo. Había otros dos casquillos. Quinn plantó un banderín.

—Tenemos que bajar —dijo ella, señalando hacia una pendiente muy acusada.

—Es muy empinado.

—Sí, pero vinieron por aquí.

Tenía razón. Había un árbol pequeño pisado y roto en la dirección que señalaba Miranda. El límite del claro acababa bruscamente unos quince metros más allá. Quinn detuvo a Miranda cuando llegaron al perímetro.

Doce años antes habían caminado juntos por una pendiente similar para llegar a la cabaña donde Miranda y Sharon habían estado encerradas. Quinn nunca olvidaría el valor de Miranda aquel día.

—¿Estás preparada para lo que podamos encontrar? —preguntó con voz queda.

—Desde luego que sí —dijo ella. Pero cuando Quinn la miró no era rabia lo que brillaba en sus ojos oscuros sino los recuerdos.

¿También ella pensaba en ese día?

Él estiró la mano, queriendo conectar con ella, pero Miranda lo rechazó con un movimiento casi imperceptible de la cabeza. Él dejó caer el brazo, molesto consigo mismo por haberlo intentado, pero deseando que Miranda no insistiera en llevar sola sobre sus hombros todo el peso del dolor de Rebecca.

Caminaron siguiendo el límite del claro y se detuvieron al cabo de un momento. A Quinn le llamó la atención algo que parecía fuera de lugar.

—Aquí —dijo, y se agachó para examinar las huellas de pisadas en el suelo.

—Vamos.

Quinn desenfundó su pistola y asintió cuando ella lo imitó con una Beretta de nueve milímetros un poco más pequeña. Nunca olvidaría que Miranda había obtenido el tercer puesto en la competición de la Academia. Era un buen resultado si se tenía en cuenta que habían participado cien personas más.

Pero ella se había enfadado consigo misma por no obtener el primer puesto. La competencia en la Academia era cosa seria, pero nadie la sometía a tanta presión como ella misma.

Miranda respiró hondo y reunió todo el valor posible a medida que se internaban en el bosque. La vegetación se volvió más espesa cuando abandonaron el claro inundado de luz, y el aire, frío y húmedo. El frío le mantenía alto el nivel de adrenalina mientras barría el monte silenciosamente con la mirada en busca de cualquier indicio de movimiento.

En busca del Carnicero.

A medida que se internaban en la espesura, los animales que se escabullían, el

graznido de las aves y las botas que aplastaban el suelo cubierto de hojas eran los únicos ruidos. El aire estaba fresco y limpio después de la lluvia, la tierra renovada. Sin embargo, al mismo tiempo, a Miranda le llegó el olor penetrante y desagradable de la podredumbre. Le recordó su propia caída, cuando estaba sucia y tenía frío y le dolía todo.

Quinn se detuvo para mirar el sendero. La ladera del monte era más suave, muy distinta del terreno rocoso de más arriba por donde había escapado Miranda. A Rebecca la habían tenido más cerca de la civilización, a sólo unos diez kilómetros a vuelo de pájaro.

Miranda cerró los ojos y respiró hondo para serenarse. Cuando volvió a abrirlos al cabo de un minuto, todo parecía más vivo y brillante. El verde era más verde, el marrón más marrón. Unos potentes rayos cortaban la sombra entre los árboles e inundaban el suelo con manchas de luz. A Miranda le fascinaban los días como ese, después de la lluvia de primavera que dejaba el aire limpio, cuando todo quedaba fresco y nuevo y la culpa que ella sentía por estar viva se desvanecía.

De pronto, un destello llamó su atención.

Un leve reflejo en un techo de zinc medio oxidado. Se quedó mirando, tan concentrada en su descubrimiento que los ruidos del bosque pasaron a un segundo plano. No oía más que los latidos de su corazón. La madera combada y vieja que sostenía el frágil techo no habría podido aguantar la reciente tormenta, pero las apariencias engañan. Aquella cabaña había soportado los duros inviernos de Montana, golpeada por la lluvia y sepultada a medias por la nieve.

—Miranda.

—Allá —dijo ella, saliendo de su ensimismamiento.

Él miró con expresión inescrutable. Sacó el walkie-talkie y apretó la tecla para hablar.

—Sheriff, hemos encontrado una choza. A unos... —dijo, y miró hacia lo alto del monte empinado—, seiscientos metros del borde del claro. Hay una bandera naranja que marca el punto donde nos hemos apartado del campo.

Sonó la estática.

—Entendido. —La voz de Nick, distorsionada por la comunicación, rompió el silencio—. Enviaré un equipo.

—Entendido. Cambio y fuera. —Quinn se metió el aparato en el bolsillo y se volvió hacia Miranda.

Ella alzó el mentón, sabiendo que podía enfrentarse a lo que fuera.

—Vamos.

Miranda siguió a Quinn, lo bastante cerca como para no pasar nada por alto. Los dos se pusieron los guantes de látex para preservar lo que probablemente sería la escena del crimen.

Donde Rebecca había sido violada y torturada.

Miranda cerró brevemente los ojos y luego pestañeó, sorprendida. Tenía lágrimas en los ojos. *Ahora, no*, se recriminó a sí misma, con su severa voz interior.

Quinn le hizo una seña para que se apartara mientras él inspeccionaba el perímetro de la barraca. Ella obedeció sin rechistar.

Aquella barraca destartalada probablemente llevaba décadas ahí. La madera estaba desgastada, casi negra. De hecho, debería estar convertida en un montón de troncos, pudriéndose bajo capas de hojas en descomposición y cubierta de musgo. Pero aunque no parecía muy sólida, estaba bien construida. Una vieja barraca abandonada, como tantas otras.

Hasta que la encontró el Carnicero.

Con una mano, Miranda sacó el mapa topográfico y localizó su posición aproximada así como el camino que había seguido Rebecca.

Sintió que se le revolvían las tripas al imaginar a la pobre chica huyendo por el bosque. No porque su huida acabara en una ejecución, sino porque si Rebecca hubiera escapado unos seis kilómetros en la dirección opuesta habría llegado a un camino de tierra que conducía a una pequeña represa. Quizás habría muerto de todas maneras, pero al llegar al camino habría tenido más posibilidades.

*¡Corre! Tienes dos minutos. ¡Corre!*

La voz venía de la nada, y Miranda apretó la culata de su arma mientras miraba a su alrededor, luchando contra el pánico con el cuerpo inundado de adrenalina.

Nadie. No había nadie. Su maldita voz, ronca, sádica, la perseguía. Maldito fuera.

Rebecca no había tenido la posibilidad de escoger por donde huir, como le sucedió a Sharon y a ella. Ellas corrían para alejarse en dirección contraria a su secuestrador. Si él estuviera allí, justo al otro lado de esa puerta estrecha, apuntándole al corazón con un rifle, Rebecca habría corrido cerro arriba. *Alejándose*.

—¿Miranda?

La voz de Quinn era suave pero firme, y ella volvió a recordar que él había sido su apoyo más firme durante los peores días después del ataque. Recordó al joven y prometedor agente del FBI de quien se había enamorado, un hombre entusiasmado con la vida y con su trabajo, combatiendo a los malos. Y durante todo ese tiempo, él le ayudó a recuperar el equilibrio, le dio la fuerza que tanto necesitaba.

Miranda se obligó a mirar con rostro inexpresivo (tenía mucha experiencia fingiendo un interés neutro), y se giró hacia él.

Quinn había madurado. Tenía casi cuarenta años. Ya no se movía de un lado a otro compulsivamente, como si se hubiera obligado a controlar esa mala costumbre, la única que reconocía como tal.

Se mantenía alto y erguido, todavía seguro de sí mismo, inteligente, pero más sabio. Más curtido.

Ya no era el hombre del que se había enamorado. Ella tampoco era la mujer que él había dicho amar. Él había madurado hasta convertirse en el hombre que ella había imaginado.

Sin embargo, seguía siendo el hombre que la había traicionado.

—Estoy lista —avisó, con voz suave.

Él abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. En cambio, asintió con la cabeza y se acercó a la barraca. Aliviada, ella reprimió un suspiro y lo siguió.

Unas rascadas recientes en la madera indicaban que hasta hacía poco la puerta se cerraba con un candado. Quinn tenía su arma lista. Ella también.

Jamás volverían a sorprenderla con la guardia baja.

Quinn empujó la puerta y esta se abrió. Sin llave. La empujó hacia adentro con cuidado, lentamente, mientras se echaba a un lado por sí el asesino estuviera dentro.

Estaba vacía. Miranda sintió un alivio relativo. Tenía unas ganas desesperadas de atrapar a ese tipo, pero temía encontrarse cara a cara con él. ¿Era alguien que conocía? ¿Alguien con quien había ido al colegio? ¿Un cliente habitual de la hostería? ¿Un habitante local? ¿Un extraño?

¿Sería capaz de reconocerlo? ¿Era alguien a quien veía todos los días?

Aquella idea no paraba de rondarle la cabeza. Quizás el Carnicero fuera alguien que ella veía como un amigo.

—¿Miranda?

—¿Qué? —dijo, sobresaltándose. Enseguida se arrepintió de su tono de voz. No tenía por qué comunicarle su agitación a Quinn. Esos demonios que ella combatía eran estrictamente personales.

Él iba a decir algo, pero calló. Empezó a examinar minuciosamente el interior.

En la barraca, de una sola habitación de dos metros y medio por cuatro, sólo había un colchón manchado y mugriento en medio del suelo de madera ennegrecida. Sangre seca mezclada con tierra. El techo era de madera y zinc, inclinado para impedir que lo destruyera la nieve. La ropa de Rebecca estaba en un rincón. Los vaqueros, el jersey amarillo y el anorak azul con que la habían visto por última vez.

No estaban ni el sostén ni las bragas.

Miranda se fijó en el olor. Era el olor del miedo pegado a las paredes, como si el terror de Rebecca hubiera quedado impreso para siempre en la madera oscura y musgosa.

No, el miedo no olía. Era el sudor seco, el olor vago y metálico de la sangre, lo que empapaba su olfato al respirar, desplazándose hasta su lengua, haciéndole sentir el sabor cobrizo del terror, antes de que sus pulmones y su corazón se llenaran de penosos recuerdos.

El sexo. El sexo brutal y doloroso.

*Tengo mucho frío, Randy.*

Miranda miró a su alrededor, segura de haber oído a Sharon que le hablaba.

No era Sharon, sino su fantasma.

La habitación sin ventanas se encogió. Era como si las paredes latieran, como si respiraran. Como si reptaran hacia ella, cada vez más cerca... y el miedo sí olía. El aroma empalagoso de su propio terror, su mortalidad, tiraban de ella hacia abajo, la estrangulaban.

*Randy, tengo frío. Vamos a morir.*

*No vamos a morir. No te des por vencida. Encontraremos una manera de escapar. Nos matará.*

*¡Basta! Deja de hablar de esa manera.*

Rebecca estuvo sola. Sin alguien que la apoyara. Nadie con quien hablar, con quien llorar, a quien hacer promesas. Sola. Sin saber cuándo volvería él, cuándo la volvería a montar. Cuando cogería las tenazas frías como el hielo para apretarle los pezones hasta que ella gritara.

*¡Aaaayy!*

Los gritos de Sharon le resonaban en los oídos, le golpeaban como un martilleo en la cabeza.

Ella sería la siguiente.

Las paredes respiraban y se combaban. Se acercaban, poco a poco, cada vez más...

*Empezó a temblar descontroladamente cuando oyó los gritos y sollozos de Sharon. Él guardaba silencio. Un silencio enfermizo. Pero Miranda sabía que volvía a violar a Sharon, oía el golpeteo asqueroso de su carne contra la de ella, chas, chas, chas, sobre su piel. El grito cuando él le retorció los pezones con las tenazas...*

*Sí, ella sería la siguiente.*

Las paredes se le echaron encima, como si quisieran chuparle la vida. Miranda se llevó la mano a la boca y salió corriendo de la choza, tropezó entre las ramas, hasta que encontró un árbol. Se apoyó en el tronco, intentando reprimir el terror que amenazaba con volverla loca.

*Quinn tenía razón. Te vas a hundir.*

No. No. ¡No!

Respirar hondo. Respirar para limpiarse. Los olores del sudor, de la violación infame y de la sangre se fueron desvaneciendo, reemplazados por la fragancia fresca de los pinos, la tierra húmeda y las hojas podridas. La savia pegajosa.

Inspirar. Espirar.

El corazón se le calmó y los latidos en el cuello perdieron su frenética pulsación. Abrió los ojos y se quedó mirando el árbol en que se había apoyado.

*Abrazadora de árboles*, pensó, y se dio cuenta de que reprimía una sonrisa.

Se separó del árbol, se secó las manos en los vaqueros e hizo acopio de coraje,

recuperando la compostura.

*Respira, Miranda. Respira.*

Se incorporó y volvió a la choza, dispuesta a intentarlo una vez más. Lucharía contra la claustrofobia que se había convertido en su rémora desde aquella semana en el infierno, hacía doce años.

Quinn se la quedó mirando y ella aguantó la respiración.



Quinn observaba a Miranda desde el umbral de la puerta.

Se estaba viniendo abajo, pálida como un fantasma, y era evidente que estaba tocada. Si la prensa se enteraba de que uno de los miembros del equipo no las tenía todas consigo, toda la investigación podría venirse abajo.

Miranda se aferraba al árbol como si fuera un salvavidas. Él dio un paso adelante, pensando en lo que tenía que decir. *Miranda, vete a casa. Cuídate. No puedes ayudarnos si tienes una crisis nerviosa.*

Mientras él observaba, ella empezó a recuperar la compostura. Miranda dejó de temblar y se apartó del árbol. Acabaron los sollozos mudos que la sacudían. Se inclinó, respiró hondo y volvió a erguirse.

Y lo miró directamente a los ojos.

Miedo. Se le veía el miedo pintado en la cara, pero no era el terror del que había escapado en la choza. Era miedo de él.

En su interior se debatían la furia y la empatía. Que tuviera miedo de *él* era inquietante, pero él lo entendía. Después de advertirle sin rodeos que estaba a punto de tener una crisis, no tenía nada de extraño que la relevara de la investigación.

En cuanto él entendió sus miedos, ella los disimuló tras un rostro de piedra.

A Quinn le sorprendió la rapidez con que Miranda volvía tan rápidamente a ser dueña de sí misma. Había visto a veteranos impresionados ante la escena de un crimen especialmente brutal, que tardaban más de cinco minutos en recomponerse. Otros tardaban varios días.

Sin embargo, también era cierto que Miranda había tenido doce años para ocultar sus miedos.

—¿Claustrofobia? —se oyó decir.

Ella asintió, visiblemente más relajada. Inclinó a un lado la cabeza y se encogió de hombros.

—A veces todavía me sucede. No hay ventanas —añadió, al cabo de un instante, en voz tan baja que casi no se oyó.



Aunque parecía tranquila, seguía mirando con ojos vigilantes. Esperando más. Esperando que él le saltara a la garganta. ¿Tanto desconfiaba de él? ¿Qué hiciera algo así mientras ella estuviera indefensa?

—Miranda —dijo él, y se acercó. ¿Qué podía decir para darle seguridad?— Yo...

El ruido de hombres que bajaban por la ladera del monte lo interrumpió. Vieron a Nick que se acercaba a la barraca con cinco agentes.

—Hemos encontrado tres balas en dos árboles —dijo Nick, mirando de Quinn a Miranda y de nuevo a Quinn. Si se había dado cuenta de la tensión, su expresión no lo delataba.

—El agente forestal está trabajando con mis hombres para cortar los trozos de troncos; los mandaremos al laboratorio en Helena. —Nick se volvió hacia sus hombres—. Dispersaos por el monte hacia abajo a partir de la barraca y tratad de averiguar cómo la trajo hasta aquí. Atentos a donde pisáis, hay que vigilar por si veis cualquier cosa rara. Huellas de ruedas, basura...

—Sí, señor. —Los hombres se separaron.

—Necesitamos un equipo para buscar pruebas —dijo Quinn.

—Así que es aquí —dijo Nick, frunciendo el ceño al mirar hacia la barraca, como si una nube negra pasara por su pensamiento.

—Sin duda, tendremos que coger muestras de sangre y otras. —En las otras barracas encontradas, había recogido algunas pruebas forenses, aunque las muestras de ADN estaban contaminadas por la exposición al aire libre. El asesino no dejaba rastro de semen en las víctimas, ni pelo ni sangre. Utilizaba un condón, aunque no siempre las violaba penetrándolas con el pene.

Quinn miró a su compañera y tuvo ganas de estrangular al cabrón que le había hecho eso. Era un impulso diferente a sus habituales reacciones de ira ante los criminales violentos. Era más fuerte y poderoso.

Era personal.

Ella lo sorprendió mirándola y le sostuvo la mirada. Su rostro pálido era inexpresivo, pero sus ojos estaban llenos de interrogantes.

—Creo que estamos preparados para seguir. ¿Miranda? —preguntó Quinn, queriendo darle la opción de no seguir, aunque dudaba que ella fuera a abandonar ahora.

—Seguid vosotros —dijo ella, lo cual fue una sorpresa—. Yo me vuelvo.

Nick parecía tan sorprendido como Quinn.

—Espera a que llame a uno de mis hombres para que te acompañe —dijo él.

—Maldita sea, Nick. No me voy a perder.

—Miranda —dijo él—. Nadie de mi equipo puede ir solo mientras dure la búsqueda. Deberías saberlo mejor que nadie, puesto que también es una regla tuya.

—Tienes razón. Lo siento —dijo, suspirando—. Es que estoy cansada.

Nick le tocó el hombro y asintió.

—Descansa un poco, Randy. Mañana tendremos mucho trabajo y de aquí a un par de horas habrá que suspender la búsqueda.

—Eso haré. —Esperó a que Nick llamara al agente Booker para que volviera con ella. Miró a Quinn.

—Gracias —dijo, y le tocó levemente el brazo. Un contacto ligero que transmitía más emoción real que cualquier cosa que hubieran compartido desde su regreso a Montana. Y no era rabia. Se sostuvieron la mirada, sólo un momento, una tregua mutua. Y algo más. Algo más profundo. ¿Era perdón?

No, él no tenía tanta suerte.

La observó mientras se alejaba con el agente. Mientras barruntaba.

El sol se puso mucho después de la hora de cenar, y ya caía la noche cuando Miranda se dirigió hacia el sudeste, en dirección a la Hostería Gallatin.

No podía dejar de pensar en la reacción de Quinn.

Estaba segura de que él convertiría todo aquello en un escándalo, y que le soltaría frases como «ya te lo advertí». Maldita sea, esperaba que no sintiera lástima por ella. Eso casi sería peor. Miranda no necesitaba ni quería inspirar lástima a nadie. Lo único que quería era un poco de espacio para respirar, un poco de comprensión sin compasión.

Y él se lo había dado. Eso le brindaba una perspectiva nueva de todo.

No quería pensar en Quincy Peterson ni en sus motivaciones. Ahora, no. Al ser expulsada de la Academia, había entendido perfectamente lo que ella era para él. Una carga, un problema, una persona dispensable. Hacer algo inesperado y amable ahora no cambiaba el hecho de que él pensara que ella no podía manejar la investigación sobre el Carnicero.

A pesar de su decisión de olvidar el pasado, este la acosaba con sus recuerdos.

Era el día antes de la graduación y Quinn fue a verla a su habitación. Miranda acababa de recibir los resultados de su examen final y no podía contener su entusiasmo. Se lanzó a sus brazos y lo besó.

¡Dios mío, cómo amaba a aquel hombre!

Él le enredó los dedos en el pelo, despeinándola y le sostuvo la cara muy cerca. Sus labios eran cálidos, firmes, seguros.

*Suyos.*

No habían hablado de matrimonio, no con esas palabras. La única conversación sobre el tema la había introducido Quinn. Fue antes de que ella se marchara de Montana, justo después de que la admitieran en la Academia, y justo después de que sus esgarces románticos se convirtieran en una relación en toda regla. Habían acordado aplazar la conversación hasta después de que ella se graduara de Quantico.

Miranda nunca había dudado de que aprobaría. Sus resultados le daban la razón.

Tenía una carrera en la que sabía tendría éxito. Un hombre al que amaba con todo su corazón. Alguien que la entendía, que cuidaba de ella y la amaba sin condiciones. Que no la consideraba una mujer estropeada. Alguien que la estrechaba en sus noches de pesadillas, que calmaba su ansiedad con sus manos cálidas y sus tiernos besos. Que le hacía el amor sin reprimirse.

Ahora estaba a punto de graduarse. Su vida volvía a ser suya. Una nueva vida. Entera, completa. Se sentía renacer.

Él la estrechó con fuerza, le besó el pelo. El aroma de Quinn era tan particular: jabón normal y corriente y una pizca de loción para después del afeitado. Algo picante, pero no le embargaba los sentidos. Quinn era guapo, sexy, inteligente y comprensivo.

Y era todo suyo.

—¡Mira! —exclamó ella, con una sonrisa de oreja a oreja, alzando el examen escrito con una puntuación casi óptima.

Él abrió sus ojos de color chocolate.

—Vaya. Has sacado un punto más que mi nota final.

Ella volvió a besarlo y casi dejó escapar una risilla. *Casi*. Todavía no había aprendido a reír como solía hacerlo, y esas risillas eran tan... inmaduras. Sin embargo, no se había sentido tan feliz en años, desde antes del secuestro.

Nada podía detenerla ahora.

Quinn la cogió de la mano y caminaron por el patio al exterior de las habitaciones. Se cruzaron con un grupo de futuros agentes charlando en corro, gozando de diversos estados de éxtasis y orgullo. Era una bella tarde de otoño en Virginia. El día siguiente prometía un tiempo despejado y una temperatura cercana a los veinte grados. Ideal para una ceremonia de graduación.

Pero aunque cayera un diluvio, Miranda conocería la gloria cuando recibiera su diploma de Quantico, y le asignaran su primera tarea.

Había vencido al Carnicero, y eso parecía una hazaña.

—He hablado con el agente Clark —dijo Quinn, cuando pasaron más allá del patio y siguieron caminando tranquilamente por los senderos alrededor del edificio.

—Ya te lo he dicho, Quinn, nada de tratos especiales en la asignación de tareas. Si me dan lo que yo prefiero, mejor. Si no, ya haré méritos. —Miranda había pedido trabajar en casos de asesinos en serie y ser admitida en el programa de elaboración de perfiles. Su máster en criminología y su licenciatura en psicología eran puntos a su favor, pero nada era seguro.

Ella quería hacerse merecedora de su tarea. No quería que su relación con Quinn influyera en la decisión.

—Lo sé. —Él guardó silencio un momento largo y Miranda sintió un cosquilleo en el cuero cabelludo. Algo estaba pasando. Quinn no era un gran hablador, pero

tampoco le costaba tanto comunicarse. Decía lo que creía y creía en lo que decía. Era la gran diferencia en su relación, puesto que Miranda tenía dificultades para hablar sobre cómo se sentía, o para encontrar las palabras adecuadas.

—¿Qué pasa? No me digas que Rowan o Liv no han aprobado. —No era posible. Las dos estaban tan centradas en los estudios y ponían la misma dedicación que ella. Eran sus primeras amigas desde la muerte de Sharon. Y al cabo de la primera semana, su relación se volvió más de hermanas que de compañeras de habitación.

Quinn negó con un gesto de la cabeza.

—Hablamos de ti.

—Oh, ¿tú y el agente Clark habéis hablado de mí? —Intentó que su voz sonara ligera y despreocupada, pero sintió que la tensión le agarrotaba la espalda y las mariposas le aleteaban en el vientre. Algo muy malo estaba pasando.

—El doctor Garrett se reunió con Clark ayer por la mañana. Estaba... eh... un poco preocupado por tu segunda prueba psicológica.

—Garrett es un capullo arrogante —dijo Miranda, y se metió el pelo detrás de las orejas. La mano le temblaba y quiso disimularlo.

—Sí, bueno. Clark le escuchó. Están preocupados por ti. Creen que necesitas un poco más de tiempo.

Los dos sabían a qué se refería. *El tiempo*. El tiempo se había convertido en un enemigo.

—Hace dos años que ocurrió aquello, Quinn. ¿Qué decía, concretamente, el puto perfil?

Miranda se detuvo y lo miró. Cuando él rehuyó su mirada, ella supo, *supo* que estaba jodida.

—Que tienes una personalidad obsesiva, y eso podría nublarle el juicio y poner en peligro las vidas de tus compañeros agentes.

—¡Eso es mentira! Y tú lo sabes. No pueden... ¿Qué dices? La cara de preocupación de Quinn le arrancó toda esperanza del corazón y entonces Miranda se dio cabalmente cuenta de lo que ocurría. Su vida volvía a acabar.

—¿Qué ha pasado? Maldita sea, Quinn, ¿qué ha pasado? Él habló con voz neutra.

—Clark me preguntó qué pensaba. Le dije que necesitabas un año más.

Ella odió las lágrimas que brotaron en sus ojos. No pudo hacer nada por impedir que le bañaran las mejillas. Sentía un peso como un plomo en el corazón y le faltó la respiración.

—¿Qué?

Él intentó cogerle la mano pero ella se apartó.

—Randy...

—¡No me llames así! —Enfadada con su propia debilidad, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, pero enseguida cayeron más.

Quinn dio un paso atrás.

—Tienes el ingreso asegurado en Quantico el año que viene. Y aprobarás con todos los honores, ya verás...

—¡Ya he aprobado con todos los honores! —dijo, mirándolo a través de sus lágrimas—. A ti... te ha preguntado a ti. ¿Por qué no me has defendido?

—Necesitas más tiempo. —Quinn hablaba en voz baja y la miraba fijamente—. Miranda, has pasado por la universidad y has hecho tu máster a toda velocidad, no has hecho nada por ti misma. Tienes que saldar cuentas con el pasado para poder enfrentarte al futuro. No estoy seguro de que los motivos que tienes para ser agente del FBI sean los correctos.

—Ahórrate la jodida psicología barata. Eres tú... tú eres el que piensa que me vendré abajo. Que... que no puedo hacer mi trabajo. Que te jodan. Yo creía que... que tú precisamente me entendías...

Y echó a correr.

Miranda sacudió la cabeza y se frotó la sien, devolviendo el recuerdo al lugar que le correspondía. Enterrado. No se había percatado de que aquellos pensamientos estuvieran tan a flor de piel hasta que sintió la humedad en los ojos. Pero ¿por qué se sorprendía? En cuanto había visto a Quinn el día anterior los años se desvanecieron.

Durante un año luchó consigo misma por la idea de volver a Quantico. Ignoró a Quinn, segura de que no haría más que recurrir a lugares comunes inútiles para explicarle hasta el cansancio por qué necesitaba darse un tiempo. Ella no quería oír sus razones. Quinn no la había apoyado en el momento de la verdad. Él había cuestionado sus motivaciones, y luego había insistido en decirle que no era nada personal.

Al contrario, no podía ser sino personal.

Quería volver a Quantico, pero una cosa la retenía.

El miedo. Un miedo profundo que le helaba los huesos con sólo pensar que el psiquiatra pudiera tener razón, no sólo en que estuviera obsesionada con el Carnicero sino que, si algún día lo encontraba, sufriría de verdad una crisis nerviosa.

La caza del Carnicero la mantenía centrada y cuerda. Pero cuando la caza llegara a su fin, ¿dónde estaría ella? Cuando al asesino lo atraparan y lo castigaran, ¿qué haría ella? No tenía nada más.

El vacío de su vida la sacudió como un golpe en el bajo vientre.

Parpadeó. De pronto se dio cuenta de que había llegado a la hostería. El jeep estaba aparcado, pero el motor seguía en marcha. Lo apagó y respiró hondo. Estaba turbada.

Había olvidado lo mucho que amaba a Quinn. Después de haber dedicado tanto tiempo a pensar en su traición, se había olvidado que un día había querido —y planeado— pasar el resto de sus días con él.



Quinn envió el informe a su jefe desde el ordenador de Nick, que en ese momento volvía con un vaso de café de la cafetería situada en la misma calle.

—Solo, con una gota.

Quinn frunció una ceja.

—¿Una gota?

Nick sonrió.

—*Espresso*. Una gota más de cafeína.

Quinn se echó a reír y aceptó el café, sintiendo que parte de la tensión en su espalda se desvanecía.

Nick se sentó en la silla para las visitas, al otro lado de su mesa, y le hizo una seña para que se quedara en su asiento.

—He acabado de registrar todas las pruebas —dijo Nick—, y el agente Booker las llevará a Helena mañana por la mañana.

—Bien. —Quinn tomó un sorbo de café. Se dio cuenta de que no paraba de tamborilear con el dedo índice sobre el vaso, y se obligó a parar. El caso que tenían entre manos era difícil, pero su frustración tenía más que ver con Miranda que con la investigación.

—¿El doctor Abrams confirmó que la sangre era de Rebecca? —preguntó.

—El mismo tipo sanguíneo. Mandará una muestra al laboratorio para un análisis de ADN, pero tú y yo sabemos que es de ella. —Nick guardó silencio un momento y luego dijo—: Joder, Quinn, el moho que hay en ese sitio habrá destruido todas las pruebas.

—Quizás, o puede que la hayamos encontrado a tiempo. —Era probable que en el colchón aplastado y mugriento en el suelo de la barraca no hubiera nada útil, pero el experto criminólogo había aspirado todo lo que había dentro de ese lugar, y luego analizarían hasta el último grano de tierra. Quinn velaría por ello.

—He llamado a una amiga para que venga a ayudarnos —dijo Quinn.

—¿Otro super agente del FBI? —preguntó Nick en son de broma, aunque Quinn

percibió el asomo de algo más, quizás una pizca de amargura. Esperaba que Nick no siguiera enfadado a causa del artículo de Eli Banks en el *Chronicle* de esa mañana. Banks había dejado a Nick en segundo plano porque este no le había dado la cita que quería, y no había más. Sin embargo, la alusión a la presencia del FBI para encarrilar la investigación tenía que haberle afectado de algún modo.

Desde luego, conociendo a Eli Banks, ese no era más que el primero de una seguidilla de artículos negativos.

—No exactamente. Es una técnico de laboratorio, y amiga personal. Se llama Olivia St. Martin.

—Ese nombre me suena. ¿No es amiga de Miranda?

Quinn asintió con la cabeza.

—Eran compañeras de habitación en Quantico.

—¿Crees que servirá de algo?

—Olivia haría cualquier cosa para ayudar a Miranda. Vendrá. Sólo tengo que pedirselo. Era demasiado tarde para llamar anoche cuando se me ocurrió. Hay pocos técnicos de laboratorio tan dedicados a su trabajo como Olivia, y su especialidad es el análisis de pruebas.

—Lo que sea, si crees que nos ayudará a atrapar a ese cabrón.

—Si hay algo en las pruebas, Olivia lo encontrará. Luego, sólo necesitamos un sospechoso. —No costaba nada decirlo, pero no tenían sospechosos. Ni siquiera una pista.

Nueve chicas desaparecidas, siete de ellas muertas. Se suponía que las chicas no encontradas habían sido víctimas del Carnicero porque habían encontrado sus coches averiados en un radio de entre tres y seis kilómetros después de su última parada.

Después de la desaparición de Miranda y Sharon, la investigación conjunta de la oficina del sheriff y el FBI llegó a la conclusión de que el *modus operandi* era muy limitado. El secuestrador averiaba los coches de sus víctimas vertiendo melaza en el tanque de gasolina cuando ellas se paraban a comer, a repostar gasolina o para ir al lavabo. Él las seguía hasta que se les detenía el coche y entonces probablemente se ofrecía a repararlo o a llevarlas en el suyo.

Quinn sospechaba que el secuestrador tendría un aspecto inofensivo, y que las víctimas lo conocían o bien las pillaba desprevenidas cuando bajaban del coche para pedir ayuda.

Aunque Miranda fuera su único testigo, Quinn no creía que su caso fuera similar a los demás secuestros. En realidad, sospechaba que el Carnicero pensaba que Sharon estaba sola o no creía que Miranda volvería tan rápido después de conseguir ayuda.

Una vez que Miranda llevó a los investigadores hasta la barraca, le contó a Quinn lo que había sucedido esa noche.

A él todavía se le ponían los pelos de punta con sólo pensarlo.

—Sharon y yo fuimos a Missoula de compras. A pasar el día. Decidimos ir a ver una película.

Miranda hizo una pausa y su padre le alcanzó un vaso de agua. Ella bebió con una cañita.

—Papá, ¿te importaría traerme un refresco? Me encantaría tomar una coca.

—Claro que sí. —Bill Moore le acarició la mejilla y salió de la habitación.

Cuando cerró la puerta, Miranda miró a Quinn.

—Ha sufrido tanto con todo esto que no quería que escuchara lo que voy a contarte.

Quinn disimuló su sorpresa, pero Miranda no dejaba de impresionarlo. Después de lo que había vivido, el hecho de pensar en los sentimientos de su padre demostraba la solidez de su carácter tanto, o incluso más que su voluntad de sobrevivir.

Estaba en la cama del hospital, y su pelo negro lacio pero limpio contrastaba con el blanco de las sábanas. Su rostro pálido estaba lleno de moretones, tenía una venda en la cabeza, y los ojos hinchados y enrojecidos. Por todo el cuerpo tenía cortes, grandes y pequeños curados y vendados.

Supo por los informes del médico que la habían violado repetidas veces. Que había necesitado docenas de puntos de sutura en las piernas, vientre y pechos debido a heridas con un objeto punzante. Que la habían torturado con un tornillo metálico.

Que hubiera sobrevivido y escapado cuando todo jugaba en su contra era un hecho asombroso.

Que estuviera dispuesta a hablar de lo sucedido y ayudarles a encontrar al cabrón que le había hecho eso y luego matado a su mejor amiga demostraba que Miranda tenía más entereza que la mayoría de los agentes con que había trabajado Quinn.

—La peli acabó después de las nueve —dijo—, y cuando emprendimos el regreso, ya eran las diez. Íbamos en el coche de Sharon, un Volkswagen escarabajo. Yo siempre me reía por lo de su coche. —En sus ojos brotaron lágrimas, pero siguió—: Quiero decir, estaba ahí sin poder salir en invierno porque no podía conducirlo si había nieve o hielo, y tenía la batería totalmente muerta para cuando las nieves se derretían... —farfulló al final, y luego tragó saliva—. Pero Sharon adoraba a su Herbie, ya sabes, bautizado como el escarabajo enamorado.

Quinn no la presionaba, ni siquiera cuando cerraba los ojos. Ver las lágrimas bañándole las mejillas lo destrozaba. Había trabajado con numerosas víctimas, en diferentes estados de histeria, pero algo en el dolor de Miranda le llegó al fondo. Se dio cuenta de que deseaba consolarla con algo más que palabras.

Ella siguió y él se concentró en tomar nota.

—Paramos en Three Forks porque a Herbie se le acababa la gasolina, y yo creía



que no llegaríamos a la hostería, aunque estuviéramos a menos de cincuenta kilómetros. Sharon hacía eso a menudo, conducir con el depósito casi vacío. Desde que la conocía me había llamado tres veces para pedirme que le llevara gasolina —dijo, y sonrió con ese recuerdo agrídulce.

—Teníamos hambre y había un local de comida rápida, así que entramos a comprar patatas fritas y unas coca-colas. Comimos en el local porque a Sharon no le gustaba comer dentro del coche.

Volvió a hacer una pausa, esta vez con la mirada absorta en el techo. ¿Qué estaba mirando? ¿Recordando? ¿Intentando olvidar?

—Salimos al cabo de un rato. Al cabo de unos cinco minutos, Herbie empezó a dar sacudidas y un kilómetro después de Manhattan, se paró sin más. Echó un poco de humo y murió. —Miranda guardó silencio—. Jamás debí decirle que parara. Seguro que teníamos suficiente gasolina para llegar a casa. Si sólo...

—Basta, Miranda —dijo Quinn, y enseguida carraspeó—. Perdón, señorita Moore.

—No pasa nada. Me llamo Miranda.

—No debes pensar en lo que habrías hecho de manera diferente. Nada de esto ha sido culpa tuya. Todo es culpa de él. Y lo sabes.

—La prensa lo llama el Carnicero de Bozeman.

—Odio la prensa —dijo Quinn, con una mueca.

—Yo estoy empezando a odiarla —dijo ella, con voz queda. Quinn se preguntaba si habría visto la foto de cuando la sacaban del valle con una cuerda de salvamento. Confiaba en que el personal del hospital le ahorrara las noticias de la tele o la lectura de periódicos. Quinn ya le había gritado al sheriff un par de cosas por algunos de los detalles revelados, no sólo sobre la condición de Miranda sino también sobre la investigación.

Sin embargo, no era el momento más indicado para pensar en eso.

—¿Qué pasó cuando se estropeó el coche? —preguntó.

—Yo empecé a hacer bromas. Acerca de Herbie y de cómo ella lo amaba demasiado.

Miranda respiró hondo antes de seguir.

—Yo conozco la zona y sabía que había una cabina de teléfono en una pequeña gasolinera que cierra por la noche. Iba a llamar a mi padre para pedirle que nos viniera a buscar.

—¿Por qué no lo llamaste?

—A eso iba. Estaba casi en la curva, por lo demás, a unos doscientos o trescientos metros, cuando llegó un coche por detrás. Eran dos ancianos y se ofrecieron a llevarme. Les dije lo que había ocurrido, y ellos tenían un teléfono en el coche. Quiero decir, no conozco a nadie que tenga un teléfono en el coche excepto el

alcalde. Me dejaron usarlo para llamar a mi padre. Él dijo que nos pasaría a buscar en veinte minutos.

*Miranda le lanzó una mirada agónica.*

—¿Por qué no fui con ellos? Quizás al verlos hubiera huido y Sharon todavía estaría viva —dijo, y calló, ahogada por la emoción—. Les dije que vendría mi padre, que siguieran y que yo esperaría con Sharon.

—Miranda, tenías sobrados motivos para sentirte segura.

—Aquí nunca pasa nada malo. Nunca pensé —balbuceó, reprimió un sollozo y siguió—: Volví y Sharon no estaba. Quiero decir, no estaba en el coche. La llamé y ella gritó pidiendo ayuda.

—¿Dónde estaba?

—En la zanja al lado del camino. Pensé en un animal, un oso, o algo. No tenía un arma, quiero decir, tengo una pero no la llevo encima, ¿sabes? Empecé a gritar para ahuyentar esa cosa que tenía a Sharon aterrorizada, y, y... —dijo, y calló.

—¿Y?

—Nada. Oí un ruido a mis espaldas, me giré y... —Hizo una pausa, como si pensara—. Olí algo dulce. Dulce y empalagoso. Sentí un dolor de cabeza, y luego nada.

*Miranda volvió a mirarlo, con los ojos inundados por el dolor de sus emociones.*

—Nada, hasta que me desperté encadenada al suelo. No sabía por qué tenía tanto frío, hasta que me di cuenta de que estaba desnuda.

El despacho de Nick era la segunda sala destinada a la investigación del Carnicero. Un mapa de la región al sur de la interestatal hasta West Yellowstone cubría casi toda una pared. Las chinchetas de color señalaban los puntos donde habían desaparecido las mujeres, dónde se habían encontrado los cuerpos, y dónde se situaba el lugar de su cautiverio. Con los datos aportados por las pruebas, habían trazado una línea fina de la ruta que habían seguido en su intento de escape.

Con la excepción de Sharon, ninguna de las siete víctimas había recorrido más de tres kilómetros. A Sharon la había matado a seis kilómetros de la choza. Miranda había caído al río unos ochocientos metros más allá.

El mapa de la pared incluía una línea temporal, con fotos e información balística, escrita con la menuda letra mayúscula de Nick.

Quinn se acercó al tablero y revisó la información que conocía de memoria, esperando que algún nuevo detalle de pronto le llamara la atención.

*Penny Thompson. Desaparecida: 14/05/91.*

*Coche abandonado en zanja junto a Interestatal 191, a cuatro kilómetros de Super Joe's Stop-n-Go.*

*Penny llenó el depósito de gasolina en el Stop-n-Go a las 22:46. Fue al lavabo. Compró una Pepsi light y galletas. Salió aproximadamente a las 22:55.*

No había cámara de seguridad en el surtidor donde Penny había dejado el coche.

Por aquel entonces, la policía trató el caso de Penny como el de una persona desaparecida y una probable agresión. Cuando encontraron huellas de sangre en el volante, pensaron que Penny se había estrellado contra la zanja, y nunca descartaron una muerte accidental. No sabían que se enfrentaban a un asesino en serie. El sheriff Donaldson creía que el ex novio de Penny la había matado y que luego había chocado el coche para confundir a la policía, pero no encontró pruebas que sustentaran su acusación. Tuvieron que pasar tres años para que se reconociera a Penny como la primera víctima del Carnicero.

Dos años más tarde, desapareció Dora Feliciano. No tenía vehículo, y volvía a casa caminando de su trabajo en el centro de Bozeman. Todavía había dudas de si el Carnicero era el culpable de su desaparición. La oficina del sheriff miraba con malos ojos a su novio y compañero de piso, pero no había pruebas claras que lo relacionaran con su desaparición.

Entonces, cuando tras la desaparición de las hermanas Croft, llegó a Montana Colleen Thorne, la colaboradora de Quinn, pusieron a Dora en el tablero. El episodio databa de hacía tres años. El razonamiento de Colleen era que el Carnicero todavía estaba fraguando una estrategia. Dora había sido un blanco fácil, caminando sola por la noche. Bozeman era una ciudad con bajos índices de criminalidad. La mayoría de las mujeres se sentían seguras.

*Miranda Moore y Sharon Lewis. Desaparecidas el 27/05/94. Sharon asesinada el 02/06. Miranda encontrada por el equipo de búsqueda del sheriff.*

Quinn se estremeció al recordar lo cerca que había estado Miranda de morir. Lo que había sufrido a manos del Carnicero, su voluntad de vivir, su huida.

La información sobre Miranda era más larga y detallada. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que el secuestro era premeditado. Y supieron que se trataba de un asesino en serie. Volvieron al caso de Penny Thompson, pero su padre ya hacía tiempo que se había deshecho del coche. Cuando la policía lo encontró, el nuevo propietario explicó que el carburador estaba tan inutilizado que lo había tenido que reemplazar por otro. El anterior lo había tirado a la basura.

En junio de 1997, desaparecieron Susan Kramer y su compañera de habitación, Jenny Williams. Se les consideró inmediatamente víctimas del Carnicero porque sus coches abandonados tenían melaza en el depósito de gasolina. Cuatro meses después, unos cazadores encontraron el cuerpo de Susan. No estaba en buenas condiciones pero la identificaron en la autopsia. Le habían disparado en una pierna y en el pecho.

Nunca encontraron el cuerpo de Jenny.

El año 1999 fue un año estrella para el Carnicero, pensó Quinn, asqueado. Tres chicas universitarias desaparecidas, todas secuestradas por separado, con una diferencia de tres semanas, empezando el 28 de abril. Ninguno de los cuerpos fue

recuperado. En 2001 desapareció otra mujer, una alumna de biología, originaria de Florida, después de abandonar el coche a unos cinco kilómetros de su última parada.

El caso de Karen Papadopoulis era diferente, porque encontraron el cuerpo antes que el vehículo, que estaba oculto en un pequeño camino secundario al oeste de Old Norris, en el condado vecino de Madison. Le habían disparado en el muslo con un rifle de alta velocidad, aunque no era eso lo que la había matado.

Había muerto degollada.

Quinn se apartó del tablero con esa rabia contenida que conocía bien. Sabía que el Carnicero era listo e ingenioso, y que seguiría matando hasta que cometiera un error. Pero todavía no había cometido error alguno.

—Así que sabemos que este sujeto no identificado tiene un vehículo —señaló Quinn, mientras se paseaba de arriba abajo—. Pero no puede llegar con él hasta la choza. Todas las mujeres eran menudas, pesaban menos de sesenta kilos. Un hombre en forma podría cargar con ellas.

—O arrastrarlas en una especie de trineo.

—Es verdad, pero no hemos visto ese tipo de huellas, ¿no?

Nick negó sacudiendo la cabeza y se apretó el puente de la nariz.

—Vale, así que cargaba con las chicas hasta allá arriba. A veces eran dos.

—¿Una cada vez?

—Es lo más probable.

El Carnicero era un hombre paciente. Metódico. Planeaba sus movidas. Tenía que planear su itinerario antes de los secuestros. La barraca estaría preparada con las cadenas y un candado en la puerta. Era lo bastante fuerte para cargar con una mujer por el monte, y probablemente conducía un todoterreno hasta un punto cercano antes de seguir a pie.

No habían encontrado pruebas que indicaran que montaba a caballo, pero Quinn no podía descartarlo. Ya que se trataba de un hombre metódico, quizá se tomara el tiempo para borrar las huellas.

Quinn volvió a concentrarse en el mapa, con la barbilla apoyada en una mano.

—Todas las barracas se encuentran relativamente cerca, entre cinco a diez kilómetros, de algún tipo de camino, o de senderos que ya no se usan, tapados por la vegetación —dijo. No era ninguna revelación, simplemente intentaba pensar en la investigación desde otra perspectiva—. Ya lo hemos definido como un hombre fuerte pero, además de los músculos, tiene que estar acostumbrado a trabajos manuales largos y duros.

—La búsqueda en los registros de propiedad no ha arrojado resultados —siguió Quinn. Habían buscado en los registros de las zonas donde estuvieron encerradas las otras mujeres y descubrieron que había tantos propietarios como cabañas—. Y ¿qué hay del lugar donde encontraron a Rebecca?

—Es propiedad privada, unas cuatrocientas hectáreas, pertenecen a un tipo de Hollywood. Viene una o dos veces al año. Es probable que ni sepa que la barraca está en sus tierras. Su rancho está en el otro extremo.

—¿Lo has comprobado?

—No —dijo Nick, después de una pausa.

—Y ¿qué hay de su casa? —preguntó Quinn, frunciendo el ceño.

—Tiene un cuidador.

—Iré a verlo.

Nick apretó la mandíbula, y Quinn sospechó que su amigo temía haber pasado algo por alto. Si bien era un filón importante de la investigación, a Quinn le preocupaba que Nick se sintiera amenazado, sobre todo después de la luz negativa que la prensa había arrojado sobre la actuación de la oficina del sheriff.

—Es un tiro al aire —dijo Quinn. Nick no pareció más tranquilo.

—Voy a buscar el registro de la propiedad. Ahora vuelvo —dijo Nick, y salió.

Quinn lo vio cerrar la puerta y frunció el ceño. Nick estaba dejando que la prensa lo afectara, y eso no era buena señal. Cuando Colleen realizó una búsqueda, había visto que la oficina bajo su mando estaba calificada como «muy competente», pero señalaba que el anterior sheriff había sido muy laxo en su tratamiento de los informes e investigaciones, sobre todo con las chicas desaparecidas. Quinn tomó nota para llamar a Colleen por la mañana y averiguar si tenía más información.

Se volvió al tablero. Los principales rasgos del perfil del Carnicero estaban recogidos en una lista a la derecha.

*Hombre blanco, 35-45 años.*

*Nacido o criado en Montana. Conocimiento exhaustivo de la región.*

*Familiaridad con la Universidad de Montana State: ex alumno, profesor o miembro del personal.*

*Melaza en el depósito de gasolina para averiar el coche. ¿Hay algún motivo para utilizar siempre el mismo procedimiento, o es sólo una cuestión de conveniencia y efectividad?*

Durante la Segunda Guerra Mundial, las tropas de Estados Unidos saboteaban los tanques alemanes con azúcar. Era una táctica bien conocida, ampliamente publicitada en las páginas *web* relacionadas con el tema de la venganza. El experto en perfiles del FBI, Vigo, creía que el Carnicero podía haber servido en el ejército, pero acabó por descartarlo.

*—No se habría presentado como voluntario, y es demasiado joven para que lo hayan llamado a filas —le había dicho a Quinn doce años antes.*

Tenían un listado de todos los alumnos, profesores y miembros del personal que coincidían con el perfil en la época en que Miranda fue secuestrada. Eran cientos de nombres.

Cuando supieron que era probable que Penny fuera la primera víctima, ya habían pasado tres años. Volvieron a revisar las listas, y elaboraron una lista con cientos de hombres blancos de menos de treinta y cinco años que hubieron conocido a Penny, aunque sólo fuera de forma casual.

Nick entró y le pasó a Quinn una nota.

—Es la información sobre el rancho, el cuidador y el dueño.

—Gracias —dijo Quinn, y se guardó el trozo de papel—. ¿Dónde están las carpetas de la investigación del caso Penny Thompson?

—En los archivos.

—Incluyendo los papeles de la universidad.

—¿Los de ella o de los sospechosos?

—De todos los hombres que la habían conocido.

Eran cientos de nombres.

Lo sé.

—Fueron devueltos a la universidad.

Mierda. Tendría que conseguir una orden judicial para cumplir con una de las exigencias de la Ley de privacidad de datos.

Quinn se pasó la mano por el pelo.

—Tendremos que volver a pedirlos. Ya se ha establecido que Penny fue la primera víctima. Después de quince años, podremos descartar la mayoría de los hombres de la lista, pero tenemos que verlos uno por uno. Tachar a los que están casados, muertos o que se han ido a vivir a otro lugar lejos de la región. Al menos nos dará un punto de partida.

—Parece una posibilidad muy remota.

—No sé si sacaremos algo en claro —dijo Quinn, y su voz sonó sorprendentemente amarga—. Odio a los asesinos en serie. Son más listos, más agudos y difíciles de identificar. Sus errores suelen ser menores. Pero es lo único que tenemos.

Quinn no quería volver a pasar por encima de Nick. Ya había dejado claro que era decisivo llevar a cabo un seguimiento del secuestro de Penny.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué el asesino no se propuso acabar con Miranda después de que consiguió escapar?

Nick parecía sorprendido.

—En realidad, no.

—Yo sí. He pensado mucho en ello. Toda mi formación me dice que el asesino debe odiarla por haber escapado, por cometer un error, por su chapuza. Se considera superior a las mujeres, o siente una necesidad irreprimible de demostrar su superioridad porque se sintió inferior de pequeño. Odia a las mujeres. Es algo que tiene que ver con el control. Con la dominación. Pero a Miranda no la pudo controlar.

—El hecho de que Miranda haya escapado debería enfurecerlo —siguió Quinn—. Sin embargo, nunca ha intentado ir a por ella. Lo cual me lleva a pensar que, por algún motivo, se siente orgulloso de ella. O que la deja vivir porque le recuerda algo. La caza, o el hecho de haber perdido su premio.

—¿Cómo si lo hubiera vencido en la caza?

Quinn se frotó la frente.

—Sencillamente no tiene sentido. Debería querer vengarse. Tendría que haber ido a por ella. Pero, en cambio, es como si la respetara lo bastante para mantenerse a distancia.

—Y eso, Nick, es una contradicción, y me hace pensar que hemos estado buscando en el lugar equivocado.



Cuando Quinn se detuvo junto al jeep de Miranda en la hostería, era casi medianoche y estaba agotado. Sin embargo, su mente iba por otros derroteros y barajaba todo tipo de ideas.

Las luces del restaurante estaban encendidas, y vio al padre de Miranda con su amigo de toda la vida, Ben Grayhawk, sentados a la barra. Bill lo invitó a acercarse con un gesto y Quinn se sentó en el taburete a su lado.

—Bill. Gray. Me alegro de volver a veros.

Gray levantó el vaso con el líquido ámbar y alzó una ceja, como preguntando.

—Es del bueno —dijo.

—Gracias —dijo Quinn. Un whisky doble quizá le calmaría lo bastante la cabeza como para dormir un par de horas.

Bill se inclinó por encima de la barra, sacó una copa y le sirvió a Quinn un trago largo de una botella medio vacía de Glenlivet.

—*Saint* —dijo Bill.

Quinn alzó su vaso y tomó un trago. El whisky se deslizó por su garganta como vidrio líquido y él hizo un gesto de aprobación.

Se quedaron sentados en silencio varios minutos.

—No le has dicho a Miranda que estoy aquí —dijo Quinn.

Bill sacudió la cabeza.

—No quería que discutiéramos. Randy puede ser muy testaruda.

—No quiero entrometerme en vuestra relación —dijo Quinn.

—No te preocupes.

—Te agradezco la hospitalidad.

Bill acabó su whisky y se sirvió otro poco.

—Randy me ha dicho que habéis encontrado la barraca donde estuvo secuestrada la pobre Rebecca Douglas.

—Sí, es muy buena siguiendo pistas. —Más que buena, pensó Quinn.

—Eso está claro. Es una chica lista —dijo Gray.



Quinn recordó su entrevista con Ryan Parker y sus amigos.

—Gray, quería preguntarte. ¿Tú le has hablado a Ryan Parker acerca de un viejo cementerio indio que queda al norte del monte? ¿A unos cuantos kilómetros al este del río?

Gray lo miró sonriendo y mostrando sus dientes blancos y torcidos.

—Sí, yo se lo conté. Los chicos a veces vienen a caballo hasta aquí. Tenemos buenos senderos para explorar. Ellos ya habían oído hablar, desde luego. Los niños en el cole dicen que está embrujado y que sólo se puede encontrar de noche y con luna llena. —Rio con una especie de graznido y se puso a toser.

—¿Has estado allí?

—No. Ni siquiera sé si existe de verdad —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Sospecho que sí existe. He oído hablar de ese lugar desde que era niño. Pero mi madre nunca me dijo dónde estaba. Eso sí, siempre estábamos buscándolo. Así no nos metíamos en otros problemas. ¿Tiene algo que ver con el asesinato? —preguntó, después de una pausa.

—Lo dudo. Sólo quería comprobar la historia del chico —dijo Quinn, sacudiendo la cabeza.

—Ryan es un buen chico —dijo Gray.

—¿Conoces bien a los Parker?

—En realidad, no. Pero doy un curso de seguridad sobre el uso de armas de fuego. El año pasado se apuntó Ryan con el mayor de los chicos McClain. Y, como he dicho, ya que andan por nuestros caminos, quiero estar seguro de que conozcan bien las reglas.

Bill se incorporó.

—Puedes quedarte el rato que quieras, o llevarte la botella a tu habitación. Yo tengo que levantarme temprano, así que será mejor que me vaya a dormir.

Quinn acabó su vaso y dijo que no con la cabeza.

—Gracias por la conversación. —Les dio las buenas noches y subió a su habitación.

Una hora más tarde, todavía estaba despierto. No podía dejar de pensar en los motivos que tendría el Carnicero para no buscar a Miranda. Creía que, por alguna razón, era importante saberlo, pero no conseguía imaginar por qué.

Encendió las luces y se sentó a la mesa. Apuntó unas notas crípticas que sólo él podía descifrar.

*Vigo.* Hans Vigo era el experto del departamento en perfiles de asesinos, y un buen amigo. Quizá tuviera alguna información relevante.

*Antiguos casos.* Tenía que volver a mirar las carpetas de las víctimas. Quizás había algo en común, más allá del sexo y la edad, que concernía a todas las víctimas. O quizá Miranda era única. ¿Por qué? ¿Por qué la había dejado vivir? Sí, había

escapado, pero para el Carnicero ella sería un estorbo.

*Penny Thompson.*

Lo primero que haría por la mañana era ir a la universidad y usar todas las influencias que tuviera para conseguir los viejos archivos.

*Olivia.*

Eran las dos de la mañana en Virginia, demasiado tarde para llamar a Olivia, aunque él sabía que a ella no le importaría. La llamaría por la mañana y le preguntaría si disponía de un poco de tiempo para colaborar con las pruebas en el laboratorio estatal en Helena. Debería actuar con mucha diplomacia si quería conseguir que un técnico criminólogo del FBI entrara en el laboratorio del estado, pero confiaba en su habilidad para negociar y en la capacidad que tenía Olivia para entablar relaciones cordiales.

Al final, entendió por qué no podía conciliar el sueño. Tenía hambre. Con Nick, habían parado a comer algo rápido y él se había dejado media hamburguesa sin acabar en la oficina.

Sabiendo que a Bill no le importaría que mirara en la cocina, bajó a hacerse un bocadillo.

*Sharon dormía y Miranda pensaba en un plan.*

*Tenía que haber una manera de escapar. Alguna manera. Como fuera.*

*Aunque tenía los ojos vendados, sabía que era de día. No por la luz sino por la diferencia de temperatura.*

*Pensaba que nunca volvería a recuperar el calor. Por la noche, pensaba que se moriría de frío. Pero nunca hacía tanto frío, sólo lo necesario para que ella no dejara de tiritar. Sólo lo suficiente para que ella no pudiera sentir los dedos de pies y manos.*

*Ya había dejado de desear tener a mano su edredón de plumón o un café caliente. A esas alturas, el calor era un lujo. La supervivencia era lo único que ocupaba su pensamiento.*

*Dos cosas la mortificaban.*

*¿Las tendría ahí para siempre? ¿Alimentándolas a pan y agua y obligándolas a revolverse en su propia suciedad?*

*¿O acaso las mataría en cuanto se cansara de hacerles daño?*

*La libertad no era una de las opciones. Intuía, sin que él hubiera dicho nada, que nunca las dejaría libres. Durante los tres primeros días, le había suplicado. Pero ahora lo sabía con certeza. Su muda respuesta le decía que no tenía intención alguna de dejarlas en libertad.*

*Tenía que haberse dormido, porque el ruido del metal contra el metal la*

sobresaltó.

*Clic. Clic.*

*El hombre estaba abriendo la puerta del cuarto donde las tenía encerradas. Miranda se retorció, con todos los instintos puestos en la idea de escapar, pero estaba encadenada a la madera basta y fría.*

*Dios quiera que no vuelva a comenzar.*

*El ruido de las cadenas despertó a Sharon.*

*—¡No! —exclamó esta, con un grito ronco que escapó de su garganta herida—. No, no, por favor —balbuceó entre sollozos. Miranda guardó silencio.*

*Ya no le quedaban lágrimas, ni le quedaban súplicas. Había venido a violarlas o a matarlas. Iban a morir.*

*Papá, te quiero. Te quiero y lo siento mucho. Espero que nunca sepas lo que me ocurrió, porque te destrozaría.*

*Añoraba a su padre, añoraba verlo y dejar que le acariciara el pelo, como hacía cuando era una niña y su madre había muerto.*

*—Está en el cielo, cariño —solía decirle, y luego le murmuraba palabras dulces acerca de lo maravilloso y bello que era el cielo, donde el dolor no existía.*

*Miranda ignoraba qué le esperaba. ¿Vería a la madre que apenas recordaba? ¿Era un paraíso como el que le describía su padre?*

*¿O acaso era la nada? La nada sería preferible a lo vivido durante esos últimos cinco días. ¿Cinco? ¿O eran seis días? Intentaba llevar la cuenta, pero no lo sabía. Quizás había pasado más tiempo.*

*Era un cuarto pequeño. Un paso. Dos pasos. Sharon gritó.*

*—¡No me toques! ¡No me toques!*

*Al oír el ruido de las cadenas, Miranda tuvo que reprimir su propio terror. Oír que le hacían daño a Sharon realzaba su propio espanto, porque lo que le hiciera a Sharon se lo haría más tarde a ella.*

*—¿Qué? —Sharon parecía confundida.*

*Y entonces Miranda sintió que le levantaba los brazos. Tras el sonido metálico, de pronto se vio libre.*

*Un leve asomo de esperanza le hinchó el corazón.*

*Las había tenido con los ojos vendados, ¿no? No podían identificarlo. ¿Acaso las soltaría?*

*¿Estaban libres?*

*Ahora le tocaba a los pies.*

*—De pie.*

*Una orden de sólo dos palabras. Miranda intentó levantarse, pero tropezó y cayó.*

*—No... no puedo.*

*Había procurado mantener los músculos en forma con ejercicios, pero llevaba*

tanto tiempo tendida de espaldas que sus extremidades ya no estaban conectadas con su cuerpo. Tenía toda la columna magullada. Los cortes habían sangrado y ahora estaban secos.

—Una hora. Aprovechadla bien.

Un paso, y la puerta se cerró. Con llave. Cuatro palabras, lo máximo que les había hablado de un tirón. Sin embargo, la voz sonaba siempre tan extraña, un tono neutro y seco. Hueco.

—¡Nos ha soltado! —exclamó Sharon.

Miranda olió algo por encima de su propia suciedad corporal. Se arrastró hasta la puerta, palpó a su alrededor.

Pan. Agua.

—Sharon —dijo—. Es comida.

Sharon topó con ella y las dos comieron en el suelo, acurrucadas en torno a su solitaria rebanada de pan, bebiendo de una pequeña taza de agua.

Miranda levantó una mano y se tocó el vendaje. Casi había olvidado que lo llevaba puesto, ya casi formaba parte de ella.

El nudo estaba apretado y ella se sentía débil, pero lo soltó. Sharon hizo lo mismo.

Estaba ciega.

No, estaba oscuro.

Miranda tardó varios minutos en distinguir las débiles estrías de luz que penetraban por los nudos de la madera de la barraca sin ventanas donde habían permanecido atadas durante días. Sharon cogió una camisa abandonada en un rincón. No era suya. Tampoco era de Miranda.

Dios mío, ¿acaso alguien había pasado por ahí antes que ellas?

Sharon se la puso.

—Lo siento, Randy. Lo siento, tengo tanto frío.

—Está bien —dijo ella.

Miranda se estiró todo lo que pudo y, como un bebé que aprende a caminar, se incorporó apoyándose en la pared.

Lentamente, fue recuperando la sensibilidad. Al principio, un cosquilleo, después, un dolor agudo.

—Mueve los músculos, Sharon.

—Pero nos va a soltar.

—Eso no lo sabemos. Tenemos que estar preparadas.

—No puedo.

Sharon se acurrucó en un rincón, con los brazos alrededor de las piernas, meciéndose.

—¡Levántate! —ordenó Miranda. No quería gritarle a su amiga pero no tardó en

*darse cuenta de que ella tendría que ser la más firme y asumir el control de la situación. Era su oportunidad para escapar. Ignoraba por qué su secuestrador las había desatado, pero lucharía hasta la muerte antes de verse encadenada al suelo una vez más.*

*Sharon la miró enfadada, pero se incorporó y caminó por la habitación, que no medía más de tres metros por tres. Miranda probó la puerta y la sacudió con la poca fuerza que tenía.*

*Cerrada por afuera.*

*Aprovecharon bien la hora para estirarse. Caminando. Y, lentamente, aunque fuera difícil de creer, recuperando parte de su fuerza.*

*Clink, clink.*

*La puerta se abrió y entró la luz a raudales.*

*Venid aquí.*

*Ellas obedecieron y salieron a rastras de la barraca. Miranda tropezó y cayó al suelo.*

*La libertad.*

*Oyó el sonido distintivo de un cargador acoplado a un rifle.*

*—Corred.*

*Miranda miró por encima del hombro. El hombre permanecía en la sombra, encapuchado, y la luz del final de la tarde se reflejaba en el cañón de su rifle.*

*Cuando Miranda comprendió lo que estaba pasando, sintió como un golpe en el bajo vientre. El hombre quería cazarlas.*

*—Corred. Tenéis dos minutos —dijo, y calló—. ¡Corred!*

*Y Miranda corrió.*

Miranda se despertó con un sobresalto.

*Corred.*

Tenía el cuerpo bañado en sudor. Se sentó y se restregó los ojos. Había estado a punto de gritar, y se sorprendió al ver que tenía su pistola en la mano. ¿En qué momento la había empuñado? ¿En su sueño?

Su voz.

No, era su pesadilla. La maldita pesadilla. Él seguía en su cabeza, persiguiéndola. Ella había escapado. Estaba viva. Pero Sharon estaba muerta. De un disparo en la espalda. Y Rebecca, cazada y degollada como un animal.

Volvió a parpadear. Las manos le temblaban cuando se obligó a dejar el revólver. La luz de la luna caía como una cascada por los tragaluces, proyectando sombras gris azuladas por la habitación.

Tenía la cama deshecha, las sábanas retorcidas y húmedas, las mantas en el suelo. Su pijama de franela estaba empapado de sudor, con el olor tangible de sus recuerdos

en la piel.

No eran ni siquiera las dos de la madrugada. Cuatro horas de sueño. Miranda estaba sorprendida de haberse dormido tan rápido. Pero dudaba de que esa noche fuera a dormir ni un minuto más.

Se duchó para lavarse el sudor del miedo, se puso unos vaqueros, un jersey de cuello alto y su grueso anorak, ya que las noches de mayo todavía eran frías. Y se dirigió a la hostería, pensando en la tarta de pacana que había preparado Gray.

Entró por la puerta lateral, iluminada por una luz en el techo. La puerta estaba cerrada, pero ella tenía una llave maestra. Cruzó el comedor y cuando estaba a punto de entrar en la cocina oyó algo.

Se detuvo, con el corazón latiéndole tan fuerte como al despertar de la pesadilla.

*Rasca, rasca, rasca.*

*Tap, tap, tap.*

Silencio.

Había alguien en la cocina. Aunque la luz de la luna iluminaba la hostería a través de los ventanales, no se veían luces encendidas. Si fuera un cliente, su padre o un empleado, habrían encendido las luces.

Un intruso.

Buscó el arma que llevaba en el bolso. Nunca salía de casa desarmada desde hacía doce años. Cautelosa, pero decidida, se acercó a la puerta grande de la cocina.

*Tap, tap, rac.*

Se apretó contra la puerta, palpó buscando el interruptor con la mano izquierda, mientras sostenía el brazo derecho, con el arma, extendido al frente.

Contó mentalmente hasta tres, le dio al interruptor y apuntó con el revólver.

Un hombre alto, medio desnudo, se giró y el tenedor que tenía en el plato cayó al suelo.

—¡Joder, Miranda! Baja esa pistola.

Ella obedeció, mirándolo boquiabierta. Muda.

La última persona que esperaba ver por la noche a hurtadillas en su cocina era, Quincy Peterson.



Miranda se guardó el arma en la cintura y miró a Quinn.

—¿Qué haces tú aquí?

—Llamé a tu padre cuando venía de camino por si tenía una habitación libre. No pensé que nos encontraríamos. Calculé que estaría aquí cuatro o cinco horas al día, para dormir —dijo él, y dejó su plato sobre la mesa. Tarta de pacana. *Su tarta.*

—Más te vale que ese no sea el último trozo de tarta —farfulló Miranda. ¿Por qué había dicho eso? Tenía toda la intención de decirle que se largara de su propiedad.

Él sonrió. Y Miranda pestañeó. Siempre olvidaba lo atractivo que era Quinn. Al verlo el día anterior, se sintió tan embargada por la rabia y la tristeza y las emociones encontradas que no se fijó en su aspecto. Al verlo ahora, con el torso delgado y bronceado al desnudo, con sus músculos definidos con nitidez, aunque estuviera relajado, la cicatriz en su hombro derecho, recuerdo de un disparo de escopeta recibido al empezar su carrera... Todo aquello le trajo recuerdos. Buenos recuerdos. Despertarse junto a Quinn y besarle el pecho duro. Y sus manos... Quinn tenía unas manos increíbles. Unas manos grandes, con las palmas endurecidas y dedos sorprendentemente elegantes. Dedos con mucho talento...

Su mirada siguió hasta donde una estrecha franja de vello rubio oscuro desaparecía bajo la cintura del pantalón gris del chándal. Desvió rápidamente la mirada, sintiendo que ya se había sonrojado lo suficiente con el subidón de adrenalina al creer que había un intruso.

Estar con Quinn ahí, en su cocina, sin la seguridad protectora del trabajo, era como si le hubieran arrancado la alfombra bajo los pies. Quinn había invadido su ciudad, su investigación y, ahora, su casa. Hacía años que no pensaba en ese día en Quantico. Y, de repente... la presa se había roto y ella era incapaz de pensar en otra cosa.

Miranda no tenía ni idea de lo que Quinn había hecho durante esos diez años. Por lo que sabía, hasta podía estar casado. Esa idea la perturbó, y frunció el ceño. Pasó a su lado y fue hasta el armario donde Gray guardaba las tartas.

Todavía quedaba media tarta de pacana, esperándola. No pudo dejar de sonreír.

Se tomó su tiempo para cortarse una porción, sintiendo que Quinn le tenía clavada la mirada en la espalda. En realidad, no tenía ganas de sentarse a hablar con él. Fuera de la hostería, en el monte, con Nick y los otros alrededor, era otra cosa. Pero ¿aquí, sola? No. Le recordaba su antigua intimidad. Le recordaba cuánto lo había amado. Le recordaba aquello que habría podido ser.

Sin embargo, no podía quedarse ahí todo el rato dándole la espalda. Dejó su tarta en la mesa, fue hasta la nevera y sacó una caja de leche. La dejó en la mesa con dos vasos. Uno para ella y otro para Quinn y se sentó frente a él.

—Gracias —dijo él. Sus ojos oscuros eran impenetrables. ¿En qué pensaba? ¿En ella? ¿En ellos?

Tomó un trago de leche y atacó la tarta. Si mantenía la boca llena no tendría que hablar, y así no diría ninguna estupidez.

Él seguía observándola.

Tuvo que resistir las ganas de retorcerse. Durante los últimos años, había recuperado el control de su vida y elaborado una noción de paz relativa. Le gustaba su trabajo, un trabajo que procuraba el bien para los demás, aunque no hubiera podido encontrar a Rebecca antes de que la mataran.

Tenía unos cuantos buenos amigos. Nick. Seguía en contacto con Rowan y Olivia, aunque no las hubiera visto en años. Se escribían correos electrónicos y hablaban por teléfono, pero para Miranda era difícil salir de ahí. Por no decir imposible. No podía ausentarse de Montana cuando *él* todavía andaba suelto por ahí.

Miranda quería a Rowan y a Olivia como si fueran hermanas, pero ¿cómo podía abandonar a aquellos que la necesitaban? Sobre todo a las chicas que habían muerto. Rowan y Liv lo entendían, y quizás eran las únicas.

—Tendría que haberte dicho que me iba a quedar aquí —dijo Quinn, rompiendo el silencio.

Ella alzó la vista. Vio que Quinn se había quitado la tirita de la frente. Quedaba una costra delgada y oscura, un recordatorio de su última misión. Quería preguntarle por ello, pero no lo hizo. No quería que le importara.

Su mandíbula firme le recordó a Miranda su fuerza. Quinn trabajaba incansablemente cuando ella lo conoció. Decidido a encontrar al asesino de Sharon. Ella lo ayudó porque necesitaba hacer algo para encontrar al cabrón que le había hecho tanto daño y que había matado a su amiga. Y al cabo de un tiempo se enamoró.

No sucedió de la noche a la mañana. Tiempo para sanar, para superar el dolor. Quinn le dio todo lo que necesitaba, y más.

Y luego fue y lo estropeó todo de arriba abajo.

—Los técnicos han recogido todo lo que han podido en la barraca, y mañana lo enviarán a Helena. He decidido llamar a Olivia y pedirle que supervise las pruebas de



laboratorio.

—¿Liv? ¿Vendrá por aquí?

—A Helena, si puede escaparse —dijo él, y sonrió—. A veces, la amenaza de asumir la dirección de una investigación despierta ciertas reservas. Ellos preferirían ocuparse de las pruebas sin interferencias, aunque tuvieran a un federal vigilando por encima del hombro, que tener que enviarlo todo a Virginia.

—Lo que sea necesario —dijo Miranda, con cara poco esperanzada. Ni siquiera Olivia, que amaba su trabajo y destacaba en él, podía encontrar una pista ahí donde no había ninguna. El clima y las condiciones a la intemperie estropeaban cualquier prueba que fuera aprovechable.

—En algún momento, cometerá un error —dijo Quinn, seguro.

—Ya. —Ella no lo creía.

—Puede que ya lo haya cometido.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó ella, sintiendo que se le aceleraba el corazón.

—Penny Thompson.

—¿Por qué hablar de ella ahora? Encontramos el cuerpo tres años después de que la asesinara.

—Voy a revisar todos los archivos de la universidad. ¿Te acuerdas de Vigo, el experto en perfiles? Insiste en que el asesino conocía a su primera víctima personalmente. Dedicamos tanto tiempo hace doce años a investigar las pistas tuyas y las de Sharon que cuando supimos que Penny era la primera víctima y volvimos a sus pistas, estas no nos dijeron nada. Su novio, el tipo que el sheriff creía culpable de la desaparición, tenía una coartada a prueba de fuego para el asesinato de Sharon.

—Nos centraremos en las partes del perfil de Vigo que nos ayuden a reducir la lista, después de tantos años. Que el asesino siga soltero, que tenga ahora más de treinta y cinco años, que viva de un empleo con horarios flexibles, que esté físicamente en forma. Que tenga familia en la región, o que todavía viva por aquí. Merece la pena.

—Es un tiro al aire —dijo ella, aunque la perspectiva la entusiasmaba. Habría cientos de antecedentes por investigar, cientos de hombres que superficialmente encajaban en el perfil. Sin embargo, el tiempo habría descartado a muchos posibles sospechosos, que se habrían casado, que se habrían ido, o que ahora tendrían un empleo de alto perfil y de horarios rígidos. Si reducían la lista podrían investigar en profundidad a los sospechosos y, con suerte, acabarían con un puñado de hombres a los que tendrían que interrogar. Quizás incluso conseguir una orden judicial para registrar una casa o un coche, sobre todo si alguno de los sospechosos no tenía coartada para la fecha de la muerte de Rebecca.

Quizás había una esperanza de que triunfara la justicia. Y aunque fuera pequeña, Miranda se aferraría a ella con fuerza.

—Por ahora, es lo único que tenemos —dijo Quinn y, tras una pausa, preguntó—: ¿Miranda?

Ella lo miró a los ojos, a esos ojos que podían derretirla o irritarla, que podían reflejar amor o frustración.

Había pasado tanto tiempo que ella ya no sabía cómo interpretar a Quinn. Él había cambiado, y ella también.

La mirada de Quinn era cálida. Bajó los párpados casi imperceptiblemente. Su rostro se relajó y se inclinó hacia delante, apenas un centímetro.

—Estás más delgada —dijo, con voz grave.

—Lo sé. —Miranda ni pensaba en comer cuando estaba en una misión de búsqueda.

—Sigues siendo una mujer bella.

Ella se quedó sin aliento. ¿Era su corazón lo que aleteaba de esa manera? ¿Cómo era posible que todavía la afectara tan profundamente? Después de todos esos años, Quinn seguía siendo parte de ella. Una parte importante. Él había contribuido a hacer de ella lo que era, en lo bueno y en lo malo. Sin él, ella no sabía si hubiera sido capaz de superar los días, semanas y meses más negros después del secuestro. Él había sido la roca en que apoyarse, su salvación. Firme y seguro. Ella se había enamorado de él por quien era, pero también por lo que hacía por ella.

Que hubiera tenido tan poca fe en ella después de conocerla tan íntimamente era algo que la desgarraba por dentro.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Quinn preguntó:

—¿Por qué no volviste a Quantico?

¿Qué podía contestar a eso? Ni siquiera ella lo sabía cabalmente. Salvo que su falta de fe y de confianza en ella le dolió más que el test psicológico que la tildaba de obsesiva.

—Si era una obsesiva, un año no iba a cambiar nada —dijo finalmente.

—En un año las cosas pueden cambiar mucho.

—Habían pasado dos años, Quinn. —Dos años desde que su vida quedó irrevocablemente unida a la de un asesino.

—Ya lo sé —dijo él, y se reclinó en el respaldo de la silla, mientras jugaba con el tenedor.

Se quedaron mirando. Quinn parecía tan perdido y confundido como ella.

—Siento mucho haberte herido —dijo, de sopetón.

Ella se tragó unas lágrimas. ¿Cómo era posible que una simple confesión la afectara tanto?

Porque sabía que no era sólo Quinn. Era verdad que ella era una obsesiva. Prueba de ello era su intensa concentración en la búsqueda. Su vida entera había quedado en suspenso mientras buscaba a Rebecca. Sus amigos y su familia pasaban a segundo

plano, ya se tratara de una mujer secuestrada por el Carnicero o de un niño perdido que se había alejado de su campamento. Nada le importaba más que la búsqueda.

Miranda quería *rescatar* a alguien. Si bien había tenido éxito encontrando a montañeros perdidos, cualquier mujer secuestrada por el Carnicero ya se podía dar por muerta. Ella añoraba desesperadamente un final feliz, pero ahí donde mirara sólo veía dolor y angustia. Quizá no era más que un reflejo de su propia culpa.

Si su reacción en la barraca servía de ejemplo, era evidente que nunca se había recuperado plenamente del ataque sufrido hacía doce años. Siempre sentiría claustrofobia en las habitaciones pequeñas o sin ventanas. Por eso había tragaluces por todas partes en su casa, y directamente encima de su cama. Tenía que ver el cielo, mirara donde mirara.

Pero ni siquiera el cielo con toda su inmensidad podía acallar los gritos de Sharon, ni la voz cruel y hueca del asesino sin rostro cada vez que Miranda cerraba los ojos.

—Debería haber vuelto a Quantico. —Nunca había dicho eso en voz alta, y se sorprendió a sí misma. Se pasó la lengua por los labios—. Estaba tan he... —Iba a decir herida. No. No estaba preparada para contarle eso a Quinn. No podía contárselo —... Enfadada —se corrigió—. Cegada por la rabia, supongo. Y cuando el año se cumplió, ya estaba trabajando en la Unidad de Búsqueda y Rescate, y me gustaba. Me había adaptado. Supongo que estoy hecha para eso.

—Habrías sido una agente muy buena —dijo él, con voz grave.

El corazón le dio un vuelco. Se preguntó qué haría él si ella lo besara.

Aquel pensamiento fugaz la desconcertó y se echó hacia atrás. Tenía las manos húmedas. ¿Una buena agente? Sí, eso lo sabía. Una agente *muy* buena.

Un año. ¡Un año! Había esperado más de *dos años* después de que el Carnicero matara a Sharon, presa del desasosiego, asistiendo a clases suplementarias, trabajando en la hostería, aprendiendo defensa personal. Todo y cualquier cosa con tal de no volver a sentirse vulnerable.

Al salir de Quantico, diez años antes, nunca se había sentido tan perdida. Entonces supo que jamás volvería.

—Gracias. —La voz se le quebró. Quería gritarle, mostrar su rabia por la injusticia que había cometido, más allá de las razones. Quizás hubiera un asomo de verdad en lo que decía Quinn, algo en su actitud que daba a entender que quizá no fuera capaz de manejarse en una misión.

Concentró la mirada en su vaso de leche y en su tarta. Quinn hizo lo mismo. El silencio era a la vez agradable y extraño. Ella deseaba saber qué pensaba él, pero no se atrevía a preguntar. Tenía ganas de decirle que nunca lo perdonaría y, aun así, quería ofrecerle una rama de olivo. Las emociones encontradas le pesaban en el corazón y el pensamiento.

Ella y Quinn se levantaron de la mesa al mismo tiempo y llevaron sus platos al fregadero. Ella los puso en remojo, esperando que el agua se calentara. Él estaba detrás, tan cerca que su aliento teñido de pacana le acariciaba el cuello. Miranda tragó saliva, sabiendo que no confiaba lo bastante en sí misma como para darse la vuelta. No estaba segura de que no lo tocaría, que no lo besaría y que no le pediría que pasara la noche con ella.

Quería que él la tomara en sus brazos para que pudiera dormir. Amarla para que pudiera recordar lo que había sido la época más feliz de su vida.

Quinn apoyó las manos en sus hombros, tan suavemente que ella no se movió. Cerró los ojos. Él le apartó el pelo de la nuca y su dedo largo dibujó un arco candente entre su oreja y su cuello. Con la otra mano, la giró para que lo mirara.

Cuando Miranda abrió los ojos, separó los labios. Quinn estaba tan cerca, su torso desnudo a sólo unos centímetros. Sintió el calor entre ambos cuerpos, como si él tuviera su propio termostato. Tragó saliva, quiso decirle que retrocediera, pero no le salió la voz.

Los labios de él tocaron los suyos con una tierna suavidad. Tan suave que si Miranda no hubiera sentido la descarga de deseo que la embargó de pies a cabeza, habría dudado que la había besado.

Y entonces él volvió a besarla, más firmemente, moviendo la mano desde el hombro hasta su nuca, acariciándole los músculos sosteniéndole la cabeza. Con la lengua le abrió dulcemente los labios hasta que las dos lenguas se trabaron en un ligero duelo, hacia atrás y hacia adelante. Ella se apoyó en él, al principio tímidamente, y luego puso los brazos en torno a su cuello, sosteniéndolo cerca.

Los besos de Quinn siguieron, desde los labios hasta el mentón y el cuello. Ella tembló de deseo, deseo de él. Una añoranza profunda que daba fe de diez años de ausencia. Sin el hombre que sabía exactamente dónde besarla, dónde tocarla.

Quinn la besó tiernamente detrás de la oreja.

—Te he echado de menos, Miranda.

Ella tragó aire. ¿De verdad la había echado de menos? Durante diez años ella había tenido que recluir a Quinn en un rincón de su corazón y de su mente. No quería pensar en él porque no quería echarlo de menos.

Pero ahora la presa se rompía y sus sentimientos reprimidos se derramaban por las compuertas. Durante diez años había sido mucho más fácil fingir que Quinn no llegó a ser una persona importante en su vida en el poco tiempo que lo conoció. Ahora era como si el tiempo transcurrido no existiera. Todavía lo amaba, lo deseaba, pero el dolor brutal que se había hecho fuerte en su vida desde la declaración de Quinn en Quantico era como una espina clavada en el corazón.

Miranda dio un paso atrás y topó con el aparador de la cocina.

—Quinn... No sé qué se supone que debo decir.

—¿Por qué me esquivabas en esa época? —Quinn le apretó los hombros, con los ojos igual de encendidos de deseo que ella.

Miranda sacudió la cabeza. No podía tener esa conversación en ese momento, cuando sentía las emociones tan a flor de piel. El afecto de Quinn la confundía. Era mucho más fácil recordar la rígida postura que había tenido al oponerse a su graduación, sus enfáticas declaraciones acerca de sus habilidades cuando se vieron justo después de la muerte de Rebecca.

—Tengo que irme.

—Miranda, no te vayas otra vez. Tenemos que hablar.

Ella sacudió la cabeza y se liberó de su abrazo. Tenía que pensar, y eso era imposible si estaba junto a Quinn. Tenía la impresión de que la sangre le hervía y burbujeaba por debajo de la piel, que se le revolvió el estómago de tanta confusión. Sentía su corazón roto, pero todo mezclado con el amor. Nada tenía sentido. Era mucho más fácil existir y controlar sus emociones antes de que Quinn volviera a entrar en su vida.

Se lo quedó mirando un momento y vio que una expresión de frustración le cruzaba fugazmente el rostro. Se giró y echó a correr hacia su cabaña, sintiéndose como una cobarde pero sin saber qué otra cosa hacer.

Quinn vio cómo se alejaba y sintió que algo se le encogía en el pecho. Al volverse hacia el fregadero se dio cuenta de que el grifo seguía abierto. ¿Había estado abierto todo el rato? Lo cerró de un manotazo.

¿Qué acababa de ocurrir?

Creía que Miranda empezaba a abrirse con él. Había matizado sus sentimientos hacia él. Pensó que quizás hubiera una esperanza...

Y ese beso. El tiempo o la distancia lo hacía aún más dulce. Y él quería más.

¿En qué estaba pensando? ¿Acaso creía que podrían retomar su relación donde la habían dejado? ¿Qué él le podía decir que todavía la amaba y que enseguida se pondrían a hablar de matrimonio?

Quinn nunca había dejado de amar a Miranda. Ella lo irritaba, lo contrariaba, lo enfurecía, pero la había amado casi desde el principio. Estaba orgulloso de ella, admiraba su inteligencia, su fuerza y su perseverancia. Era una mujer muy bella. Verla ahí sentada frente a él comiendo tarta de pacana le traía recuerdos de hacía diez años, de aquella vez que pasó dos semanas de vacaciones en la hostería. En la cabaña de ella. Cuando se metían a hurtadillas en la cocina para comer tarta de pacana y apenas alcanzaban a volver a la cabaña de las ganas que tenían de hacer el amor.

Quinn no tenía tiempo para relaciones duraderas. Había tenido relaciones con unas cuantas mujeres a lo largo de los años, pero eran episodios breves. Ninguna podía compararse con Miranda. Algunas eran más guapas, otras más inteligentes, pero ninguna era *Miranda*. Su chispa. Su fuerza. Ella.

¿Qué habría pensado ella? ¿Por qué no podía responder a su pregunta? Él había esperado a que Miranda le saltara a la garganta que le gritara por haber tomado esa decisión en Quantico. No esperaba ver una emoción tan abierta y llena de deseo en sus ojos insondables.

¡Maldita sea! Quería seguirla, quería explicarle una vez más las razones de haberla apartado de la Academia. Ella quería centrarse en opinión del psiquiatra, en su obsesión con el Carnicero, pero eso era sólo una parte de su razonamiento. Si hubiera sido sólo por el psiquiatra, Quinn nunca se habría mostrado de acuerdo para que la apartaran del programa.

Lo que Miranda nunca había entendido, y era evidente que él tampoco conseguía hacerle entender, era que los motivos por los que aspiraba a ser agente del FBI estaban mal planteados. Trabajar para el FBI no le daría lo que ella esperaba, y Quinn temía que entonces Miranda se sintiera fatal.

Quizás hubiera sido preferible dejar que se sintiera así. Pero la amaba demasiado, y Miranda era una persona demasiado leal; no podía abandonarla cuando se diera cuenta de que idealizaba la profesión de agente del FBI.

Para decirlo alto y claro, Miranda quería ser agente del FBI para tener la autoridad de perseguir al Carnicero. No se habría sentido satisfecha trabajando en Florida, por ejemplo, o en Maine o en California, a menos que el Carnicero comenzara a cazar en uno de esos estados. Y era muy probable que la hubieran asignado al escuadrón de robos o al de corrupción política, experiencias que no le ayudarían en lo más mínimo a enfrentarse con sus demonios.

Quinn albergaba la esperanza de que, al cabo de un año, Miranda se habría dado cuenta de que no deseaba en absoluto convertirse en agente, o que habría superado la obsesión con el Carnicero y aceptaría cualquier tarea que le asignara la oficina.

Cerró los ojos, sin saber bien cómo pensar en el dolor y la rabia de Miranda hacia él. Durante unos minutos, casi habían llegado a ese punto de confianza en que podría haber dicho cualquier cosa, y ella se habría abierto. Pero no habían llegado ahí, y él no sabía si algún día lo conseguirían. En cuanto él se acercaba demasiado, ella levantaba una barrera invisible.

A veces le daban ganas de sacudirla para que escuchara lo que tenía que decirle, para obligarla a no cuestionar todos sus motivos. Pero esa noche sólo había deseado llevarla a la cama y estrecharla en sus brazos.

Si no se abría y hablaba con él, si ella no escuchaba lo que tenía que decir, quedaban pocas esperanzas de restaurar esa relación rota con la única mujer que había amado en toda su vida.



## CAPÍTULO 15

Como sucede con ciertos sueños, él no paraba de pulsar en su imaginación la tecla de «Rebobinar». Quería ver a Theron surcando el cielo, volando a más de trescientos kilómetros por hora, batiendo poderosamente las alas, seguro en el veloz tramo final hasta llegar al vencejo y dejarlo aturdido en el aire con un certero golpe de sus garras.

Repetía el mismo sueño una y otra vez, a voluntad. En alguna parte de su subconsciente le preocupaba el lugar dónde se encontraba, y a quién esperaba, pero por ahora se entretenía en rebobinar el vuelo de su depredador en un ejercicio de caza.

No se despertó hasta que el frío metal de las esposas se giró en su muñeca.

Ella había vuelto.

Se revolvió entre las sábanas empapadas de sudor y ella se rio. La risa en sordina que él conocía muy bien.

—¿Qué? —preguntó él, con la voz espesa por el sueño. Theron desapareció y recordó dónde estaba.

De vuelta en Montana.

—Te deseo.

—No, estoy cansado.

Silencio. Se despertó del todo.

*Nunca me digas que no.*

La luna en cuarto creciente brillaba con fuerza a través de las grandes ventanas, proyectando sombras grises en el loft. Destacaba su cama, una cómoda solitaria y su rifle de caza.

*Y ella.*

Iba vestida de negro, con el pelo rubio recogido atrás en un moño compacto. Su mentón delicado y su piel pálida eran sólo una ilusión, porque no había nada suave en aquella mujer.

Ella frunció el ceño ante su rechazo.

—Vengo aquí en medio de la noche a darte placer, ¿y tú me dices que no?

¿Placer? Quizá para ella. Siempre para *ella*. Le daba rabia reaccionar así. Intentaba una y otra vez que su cuerpo no lo delatara. Pero ella sabía qué hacer.

¿Por qué había vuelto? Porque el impulso era muy fuerte, y él no podía resistirse. El castigo por ceder al impulso de cazar era tener que ver a La Puta.

Ella le quitó la sábana de encima y volvió a fruncir el ceño.

—¡Estás vestido!

Se dejó caer sobre su vientre y le quitó los calzoncillos. Le dio una fuerte palmada en las nalgas. ¡*Chac!*

¡*Chac!* ¡*Chac!*

—Lo siento —dijo, con una voz que parecía sincera—. Sabes que detesto hacer eso —dijo, y besó el lugar en cuestión, donde le había pegado.

*Le fascina.* Hizo una mueca cuando ella buscó entre sus piernas y le cogió la polla. Ya estaba casi duro. Maldito fuera su cuerpo. Ojalá se pudriera en el infierno. ¿Por qué reaccionaba ante ella? Siempre. Un día se la cortaría por despecho. Se la enviaría por correo en un bonito paquete. Ya que tanto le gustaba, podía quedársela.

Ahora se iba endureciendo en sus manos, y gemía, intentando sepultar el ruido bajo la almohada. Pero ella lo oía todo, y él sentía su sonrisa fría a sus espaldas.

—Venga, venga, cariño —murmuró ella, soltándolo y trepando sobre su espalda. Le giró levemente el cuerpo para poder besarlo—. Ha pasado mucho tiempo.

*No lo bastante.*

—Sí —dijo.

—¿Me has echado de menos?

*Joder, no.*

—Claro que sí.

—Ya me lo pensaba. Me ha costado mucho escaparme.

*Ya, ¿esperas que me lo crea?*

Durante años, su marido había sospechado que ella tenía un amante. Sin embargo, el muy imbécil jamás se imaginó que fuera con él.

—Tengo algo especial para ti.

*No, no.*

Se giró y la vio sacar un consolador largo del bolsillo de su chaqueta. Un extremo era grueso, el otro delgado. No lo había visto en mucho tiempo.

*No.*

Lo obligó a tenderse de espaldas y empezó a desnudarse. Tenía el cuerpo en plena forma. A punto de cumplir los cuarenta años, conservaba una figura delgada, firme y elegante. El cuerpo de una bailarina, el rostro de un ángel y el alma de un demonio.

Se montó a horcajadas sobre él. No sobre su pene sino sobre su cara. Le restregó su maldito coño en la boca.

—Haz que me corra, cariño.



Él no se podía negar. Sabía lo que pasaba cuando protestaba. De modo que le comió el coño como a ella le gustaba. Quizá, si conseguía satisfacerla, no usaría ese maldito aparato.

Ella empujaba con tanta fuerza contra su cara que no podía respirar. Y ella lo sabía perfectamente. Pero si él la rechazaba, ella le haría mucho daño.

Se levantó apenas para que él pudiera respirar, y luego se agitó sobre su cara al correrse, cogiéndose de la cabecera de la cama y gimiendo.

—Ah, sí —dijo, mientras se deslizaba por su cuerpo y lamía sus propios jugos de la cara de él—. Ha sido muy agradable. Te mereces una recompensa.

*No.*

Ella le abrió las piernas y sonrió ante su erección palpitante. La luna le iluminó el cuerpo con sus sombras azules, dándole a su placer un tinte siniestro. Perverso.

Ella era pura perversión.

Le acarició el pene con gesto casi amoroso. Cogió el consolador de la mesilla de noche y se metió el lado grueso en el coño humedecido, gimiendo de placer. Tenía un cinturón, y se lo ajustó.

—No —chilló él. Odiaba aquello, y ella lo sabía.

—¿Has dicho no?

Mierda, él no quería decir que no. Se le había escapado.

—No he dicho nada.

—No mientas. —Le dio una bofetada y él se mordió la lengua.

*Maldita puta.*

Él no podía hacer nada. Si protestaba... ella conocía sus secretos. Cada uno de sus oscuros secretos. Sabía lo de las chicas. Lo sabía y se burlaba de él. Disfrutaba de su rabia, de su enardecimiento.

Se alimentaba de ello.

Le tocó suavemente la cara, jadeando de placer. El placer que sentía haciéndole daño.

—Lo siento, cariño, pero deberías saber que a mí no se me dice que no.

Llevaba quince años jugando con él y si no hacía exactamente lo que ella quería, cuando lo quería, ella lo amenazaba con arrancarle lo que más valoraba.

Su libertad.

*Te odio.*

¿La odiaba de verdad? ¡Sí! Pero hubo un tiempo... recordaba un tiempo en que la buscaba y la tocaba y ella lo consolaba. Le lamía las heridas. Lo abrazaba y le murmuraba palabras suaves. Lo tocaba con cariño.

Eso había ocurrido hacía mucho tiempo, pero el pasado lo tenía cogido en un puño de hierro, indestructible. Como ella.

Así que se quedó tendido y no se movió. Él era su puto y nada podía hacer para

remediarlo. Le dolía, pero tenía la polla dura como una piedra. El placer y el dolor, tan entrelazados. No podía tener uno sin el otro.

Ella gemía y se retorció, a punto de volver a correrse. Si se corría pararía, y él no tendría su alivio. A ella nunca le importaba él. Todo era para *ella*. Siempre para ella.

Imaginó que lanzaba a La Puta al suelo y luego le metía el consolador por el culo. Se imaginó golpeándola hasta dejarla sin sentido o hasta que le suplicara que parara. No le costaba imaginársela con dos tornillos en las tetas, las tetas que nunca le dejaba tocar.

La imagen lo llevó al orgasmo y gimió con el alivio.

Ella empujó con tanta fuerza que su gemido de placer se convirtió en grito de dolor. Cuando le hizo daño, ella se corrió, toda ella caliente y húmeda. Se dejó ir contra él y le besó las lágrimas.

—Eso, cariño, ha sido por decir que no.

*Te odio.*

Se salió bruscamente y le sacó el consolador. Se vistió, le dio un beso, un beso casi tierno, y le abrió las esposas.

—Volveré —dijo, con una gran sonrisa.

Bajo esa ternura falsa, era una puta malvada. Él la siguió con la mirada hasta que salió.

La odiaba. Pero estaba atrapado de por vida. Si intentaba matarla, fracasaría. Quería desesperadamente cazarla y cortarle el cuello. Ver como su falsa sonrisa se convertía en un gesto grotesco de dolor. Verla darse cuenta de que su creación era su pérdida.

Si él se iba, ella lo encontraría. Si no podía encontrarlo, contaría sus secretos. Él sabía lo que ocurriría si ella iba a ver al sheriff. Todo lágrimas y ternura. Todo una mentira.

—*No lo sabía, sheriff, hasta que encontré los carnés de conducir...*

Una mentira. Siempre mentiras. Pero ellos creerían a La Puta. Con sus lágrimas de cocodrilo y sus ojos enormes.

Nadie le creería a él. Siempre le creían a *ella*.

Era demasiado pronto, pero tenía mucha rabia acumulada. El miedo lo enfurecía todavía más.

Demasiado pronto, pero ¿qué podía hacer? La Puta había empezado. Siempre tenía ese aire como si estuviera al mando. Como si él tuviera que escucharle y hacer todo lo que ella ordenara. Cuando ella echó a volar a Penny de su nido de amor, lo había obligado a cazar. A matar.

No era su intención matar a Penny. Sólo la encerró en la cabaña para hacerle entender que la amaba, que el tipo con que estaba saliendo la iba a traicionar. Quería saber por qué le había mentado.

Nunca quiso matarla. Pero a veces la única manera de llegar a la verdad era haciéndole daño a la gente. Así lo hacía su madre, y él siempre decía la verdad.

Estuvo a punto de convencer a Penny. Todo lo que él había aprendido funcionaba. Ella decía lo que él quería que dijera. Dejaba que la tocara sin gritar. Habrían sido felices juntos para siempre, si él hubiera tenido un poco más de tiempo para hacerla entrar en razón.

Pero La Puta no quería que él fuera feliz. Una noche lo siguió y le arrebató la única mujer que amaba. Y soltó a Penny.

Penny echó a correr. Corrió para alejarse de él cuando él le rogaba que se quedara. Él no quiso matar a Penny. Sólo quería que se quedara con él.

Cuando la alcanzó, supo que todo lo que le había dicho era mentira. Ella no lo amaba, ni quería quedarse con él. ¡Mentiras y más mentiras!

Murió de la manera más indolora posible. Él nunca había querido hacerle daño. Sin embargo, no pudo evitarlo; el impulso fue más fuerte que él. Y ella le había mentado. Era un justo castigo. Pero no quería que sufriera.

La Puta lo obligó a matar esa primera vez. Pero cuando vio el cuerpo inerte de Penny, se sintió envalentonado. Poderoso. Había algo divino en él: la capacidad de quitar una vida, o de darla.

Con la mujer pequeña de pelo negro (no sabía que se llamaba Dora hasta que lo leyó en los periódicos), le picó el gusanillo. Se la follaba cuando *él* quería, no cuando quería *ella*. La alimentaba cuando *él* quería, no cuando ella tenía hambre. La soltó cuando él quiso, y ella echó a correr.

La emoción de la caza quedaba en segundo plano frente a la facultad de poder disponer de una vida.

Él siempre ganaba, con la excepción de aquella que había escapado...

Se levantó de la cama cogiendo la sábana y enrollándosela por el cuerpo. Fue hasta su escritorio y abrió un cajón de un tirón tan violento que el contenido se desparramó por el suelo. Furioso consigo mismo, pero sobre todo con La Puta, encendió la lámpara y se puso de rodillas en el suelo para recoger sus tesoros.

Hizo un montón con los carnés de conducir de su colección (veintiuno en total) y los dejó a un lado, con el de Rebecca encima del todo. Tocó la foto y se puso a pensar, no en el ritual de la muerte sino en la vida, en la vida que ella le daba al correr. La vida que le daba cuando le suplicaba piedad. Por cualquier cosa. Él mandaba. Él tomaba todas las decisiones y ella no tenía nada que decir.

Rara vez hablaba con las mujeres. Ellas no eran nada.

Cogió la libreta de tapas de cuero desgastado que contenía su vida. Respiró sobre la tapa ajada, y se sintió extrañamente en paz. Cuando empezaba a planear algo, le ocurría eso. La preparación requería tiempo, concentración, inteligencia.

Y él tenía las tres cosas. Había llegado el momento de planear la próxima cacería.

Cuanto antes, mejor.

Los huevos de Theron estarían a punto de romperse. Y, desde luego, no quería perdérselo.



## ENCONTRADA LA GUARIDA DEL CARNICERO

*La joven muerta ha sido identificada como la alumna desaparecida de la Universidad de Montana State.*

*Enviado Especial, Elijah Banks.*

Miranda tenía cogido el periódico con tanta fuerza que no podía ni leer las palabras. Pero las fotos eran inequívocas.

Por debajo del titular, una foto de la barraca donde Rebecca había estado cautiva. Al lado, una foto de Rebecca copiada de la ficha universitaria, la misma que aparecía en las octavillas distribuidas por toda la ciudad.

—¡Maldito sea!

Estaba a punto de tirar el periódico a un lado cuando algo familiar más abajo del pliego le llamó la atención.

El breve desayuno que había tomado se le revolvió en el estómago. Tragó bilis y murmuró:

—¡Qué cabrón!

En la parte de abajo había otra foto. Una foto de ella. Apoyada contra el árbol fuera de la barraca. Destacaba la palidez de su rostro, incluso en el grano grueso del papel. El pie de foto decía:

*Miranda Moore, jefa de la Unidad de Búsqueda y Rescate y única superviviente del Carnicero de Bozeman, ayuda al FBI en la localización de la vieja cabaña.*

—Lo siento.

Ella dio un salto al oír la voz.

—Quinn.

Había llegado por el sendero de la hostería, pero ella estaba tan concentrada en el

periódico que no lo oyó.

—Te lo habría ahorrado si pudiera.

Ella sacudió la cabeza y alzó el mentón.

—Estoy bien —insistió, aunque la foto la había desconcertado.

—Cuando uno reacciona enfadándose con estos montajes de Elijah Banks, se le concede todavía más poder.

—No estoy enfadada. —Mentía. Y era evidente, por su expresión, que Quinn lo sabía.

—Vale, estoy enfadada, pero se me pasará. —Guardó silencio y se lo quedó mirando detenidamente—. ¿Por qué estás aquí?

—Esta mañana he hablado con Olivia.

—¿Y?

—Estará en Helena esta noche.

—¿De verdad? Quizá pueda venir hasta aquí. No queda muy lejos. Me encantaría verla.

—Tienes el número de su celular. Llámala.

—Eso haré —dijo Miranda, y se propuso llamarla al día siguiente.

—Voy a la universidad —dijo Quinn—, pero quería contarte lo de Olivia. Si hay algo en las pruebas...

—Ella lo encontrará —dijo Miranda, terminando su frase.

—Eso. —Quinn subió las escaleras y se detuvo en el borde del porche donde estaba Miranda. A ella se le aceleró el corazón al ver que él se acercaba tanto, aunque sin llegar a tocarla.

—Miranda, tenemos que hablar. Acerca de lo de anoche. De lo que pasó en Quantico.

Ella tragó saliva. Tenía tantas ganas de olvidar y perdonar, pero era incapaz de dejar de lado el nudo de la traición que llevaba en el alma.

—No hay nada de qué hablar.

Él la miró un rato largo, hasta que ella bajó la mirada.

—Miranda —murmuró. Y la besó.

Un beso intenso, duro y rápido, y luego se echó atrás. El beso la dejó sin aliento. Era incapaz de hablar.

—Hablaremos —dijo él, firme—. Ve con cuidado cuando salgas hoy.

No esperó su respuesta, y se fue por donde había venido.

Tener una placa de agente federal abría algunas puertas y cerraba otras. La nueva Ley de Privacidad de Datos exigía que Quinn consiguiera una orden judicial antes de que la universidad le entregara la información que quería. Tardó toda la mañana en conseguirla.

No volvió al campus hasta después de la hora de comer. Por suerte, el rector ya le

había pedido a su secretaria que buscara los archivos necesarios. Estaban dentro de una caja y listos para que se los llevara.

Cuatro cajas. Ciento ochenta y nueve hombres.

Volviendo a la oficina del sheriff, pensó en algunas maneras de acortar la lista. Sólo necesitaba a unos cuantos colaboradores.

Nick le dejó a los agentes Booker y Janssen. Entre los seleccionados, había alumnos que ponían los estados de Montana o Idaho o Wyoming como lugar de residencia antes de venir a la universidad. El asesino tenía un conocimiento exhaustivo de la zona, de modo que era lógico pensar que viviría en o cerca del condado de Gallatin.

Quinn asignó a los agentes la tarea de revisar los nombres y eliminar a cualquiera que estuviera casado, se hubiera marchado del país o estuviera muerto.

Se quedó mirando el tablero de los asesinatos en el despacho de Nick e intentó pensar como si él fuera el asesino.

¿Por qué violaba? Control. Rabia.

¿Por qué necesitaba tener ese control? Porque no controlaba su propia vida, sobre todo de joven. ¿Habría pasado parte de su infancia en un hogar para niños? ¿Sería huérfano? ¿Víctima de abusos sexuales? ¿Saldrían los dos padres en la foto? ¿Alguno de ellos quizás habría abusado de él de pequeño?

En general, los asesinos en serie han sido víctimas de abusos sexuales en su etapa preadolescente. Ese rasgo en común era utilizado por los abogados de la defensa para adular el sentido de la pena de muerte o para culpar a otros de los horribles crímenes cometidos por sus clientes.

Pero la triste verdad era que aunque muchos niños sufrían abusos sexuales, físicos y emocionales, la mayoría no llegaban a convertirse en asesinos en serie. Quinn sentía compasión por los niños maltratados que, con el tiempo, se convertirían en asesinos, pero no albergaba el mismo tipo de sentimiento hacia ellos como adultos.

El Carnicero experimentaba un placer enfermizo torturando a sus víctimas antes de matarlas. Sin embargo, dos rasgos característicos lo distinguían de la mayoría de asesinos sádicos. Por eso, conseguía comprender el razonamiento del Carnicero, podría penetrar más profundamente en su pensamiento y, quizás, ayudar a identificar a algún sospechoso. Era una tarea difícil. Los asesinos en serie eran seres lógicos dentro de sus propios cálculos, pero entender esa lógica era casi imposible si no se tenían todas las piezas.

Por desgracia, a ellos todavía les faltaban varias piezas cruciales.

El primer rasgo distintivo del Carnicero era que encerraba a sus víctimas. Eso indicaba una necesidad de control. Les hacía daño y, a la vez, cuidaba de ellas, si al hecho de alimentarlas con pan y agua se le podía llamar «cuidar». Era un hombre parco en palabras y, cuando les hablaba, su tono era de desprecio. Las mujeres eran

posesiones, objetos con los que podía hacer lo que le viniera en gana. Sus gritos no lo excitaban ni lo molestaban, eran irrelevantes. El solo hecho de tenerlas cautivas lo excitaba.

El segundo (y quizás único) rasgo distintivo era que soltaba a las mujeres para cazarlas. Siempre existía una posibilidad de que escaparan. Daba la impresión de que aquel juego era para él un verdadero deleite, aun cuando les diera un tiempo de huida antes de perseguirlas. Eso sí, no les daba demasiado. Y las mujeres ya estaban heridas y desmoralizadas antes de empezar.

A Quinn le extrañaba que el Carnicero no hubiera intentado atrapar a Miranda, pero también le sorprendía que siguiera soltando y cazando a otras víctimas después de su huida.

Quizá ya no les diera tanto tiempo antes de empezar la cacería. Quizá las debilitaba. O quizá pensara que Miranda era una anomalía y hubiera optado por demostrarse constantemente a sí mismo que todavía podía cazar y triunfar, y que era capaz de un dominio y control absolutos. Quizá dejaba que Miranda siguiera viva como recordatorio de su único fracaso.

Quinn sacudió la cabeza. Estaba dándole vueltas a lo mismo. No tenía ni idea de por qué el asesino no había perseguido a Miranda. Si él fuera un violador sádico que disfrutara cazando a mujeres como deporte, seguro que no dejaría que se le escapara una. De alguna manera, no encajaba con el resto del personaje, y eso molestaba a Quinn.

A las cinco, salió a encontrarse con Olivia en el aeropuerto, y dejó a los dos agentes con la criba de los sospechosos de la lista universitaria. Cuando volviera por la mañana, confiaba en tener una lista reducida de nombres.

Su instinto le decía que el Carnicero estaría entre esos nombres.

Esa noche mientras cenaba en el comedor de la hostería, Miranda estuvo muy pendiente de que llegara Quinn, comiendo sin ganas de un plato que su padre le había preparado. No quería que Bill se preocupara, pero la verdad era que no tenía hambre.

En cambio, tenía unas extrañas ganas de comer tarta de pacana.

Le dijo a su padre que ya podía retirarse a sus habitaciones a descansar, que ella se ocuparía de los platos y cerraría la cocina. Necesitaba tener algo que hacer para dejar de pensar en el Carnicero.

Aunque no fuera más que una simple excusa para ver a Quinn cuando volviera.

Cuando acabó de limpiar los mostradores, oyó voces en el vestíbulo. Quinn. Salió enseguida y se sorprendió al ver a Nick que estaba hablando con Gray.

—Nick. ¿Pasa algo?

—No —dijo él—. Pasaba por aquí y se me ocurrió venir a saludaros.

—Haré un poco de café —dijo ella.

—No hace falta. Francamente, ya he ingerido suficiente cafeína por hoy. ¿Qué tal



una copa?

Beber con Nick era lo último que quería hacer. No porque no le agradara su compañía, sino porque resultaba raro estar ahí con un ex novio mientras el otro — Quinn— podía entrar en cualquier momento. En realidad, no se había puesto a pensar en la relación íntima que había tenido con esos dos hombres, y ahora se sentía confundida.

Pero Nick era sobre todo un amigo, así que sonrió.

—Claro. Gray, ¿quieres tomar una copa con nosotros?

—Yo estoy reventado —dijo este, negando con la cabeza. Mañana tengo que levantarme temprano para ir a buscar a unos jubilados que vienen de Los Ángeles. Se quedarán unos cuantos días.

Gray les dio las buenas noches y se marchó.

Miranda llevó a Nick a la barra y le señaló un taburete. Pasó por debajo del mostrador y cogió una botella de la cerveza preferida de Nick. También abrió una para ella.

—Gracias.

—Salud. —Miranda inclinó la botella hacia él y tomó un trago largo.

Siempre se había divertido cuando salía con Nick. Antes de ser amantes, habían sido amigos. Ella confiaba en que todavía sería así, aunque las relaciones parecían un poco tensas últimamente. Se había sentido satisfecha con la relación, hasta que Nick le pidió que se fuera a vivir con él. Le dijo que no. Y él se marchó.

A ella le bastaba con que fueran amigos y amantes. Nick quería más.

Algo más parecido a lo que había entre ella y Quinn.

Aun así, lo suyo había sido una cálida amistad, una buena relación de trabajo. ¿Por qué había tenido tantas reticencias a irse a vivir con él?

En pocas palabras, porque no lo amaba. Y cuando él sugirió que sería conveniente que no siguieran teniendo relaciones sexuales, le dijo que de acuerdo. Ahora, pensando en ello retrospectivamente, se preguntaba si Nick no había esperado una protesta de su parte.

Al final, la ruptura fue un alivio.

—¿Cómo te ha ido con Quinn?

A Miranda le sorprendió la pregunta.

—Bien —dijo, de manera mecánica.

Él frunció el ceño.

Ella se sentía incómoda bajo esa mirada que la escudriñaba. Casi como si le debiera una explicación.

—En serio, él hace su trabajo y yo hago el mío, y no hay más que eso.

Miranda no quería entrar en el tema. ¿Por qué tenía que explicar su relación de trabajo con Quinn? Quizá fuera porque llevaba años quejándose ante Nick de que

Quinn le había robado su carrera y estropeado sus planes de futuro.

Nunca le había contado lo mucho que sufría.

—Tiene a un par de mis hombres revisando los archivos de la universidad —dijo Nick—. Todavía estaban en el despacho cuando he llamado hace media hora.

—Me dijo que estaba revisando los archivos de los años de Penny en Bozeman. Pero en aquella época había cientos de posibles sospechosos. No sé cómo podremos reducir la lista si no tenemos más pruebas que nos digan por dónde seguir.

Quinn está seguro de que este tipo todavía es soltero y lleva una vida solitaria.

—Por cierto, ¿dónde está Quinn? —Quiso que su pregunta sonara despreocupada, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

—En Helena. Ha ido al aeropuerto a buscar a esa amiga tuya, la técnico de laboratorio.

—¿Olivia? —Casi olvidaba que Quinn la había llamado para pedirle su colaboración.

Nick asintió y tomó un trago de su cerveza.

—Volverá tarde o por la mañana —dijo, y guardó silencio. Luego añadió—: Os deseo a ti y a Quinn toda la suerte del mundo.

—No sé a qué te refieres.

—¿No?

—No.

Nick suspiró y empezó a quitarle la etiqueta a la botella de cerveza.

—Es evidente que todavía estás enamorada de él. Siempre has estado enamorada.

—Eso no es verdad. —¿Estaba protestando demasiado? Intentó explicarse—. Ya sabes cómo era todo por aquel entonces. Pero con todo lo que sucedió, yo... y bah, ya ha acabado. Acabó hace mucho tiempo.

—El amor no se abre y cierra como un grifo, Miranda —dijo Nick, y sonaba irritado.

—Yo no he dicho eso. Yo... —dijo ella, y calló—. Nick, lo siento. —¿Qué otra cosa podía decir? Sabía que Nick todavía sentía algo por ella, sentimientos que ella no podía corresponder. Lo último que quería era hacerle daño a su mejor amigo.

Él despachó su disculpa y se incorporó.

—Sólo quería ver cómo te encontrabas, ya que estoy libre, como quien dice. —El sheriff nunca estaba de verdad «libre». Cuando lo eligieron para el cargo, decir aquello se había convertido en una broma entre ellos.

—No hay nada entre Quinn y yo —dijo ella, y se mordió la lengua. ¿Por qué era tan importante convencer a Nick de aquello?

¿O quizá lo único que pretendía con sus protestas era convencerse a sí misma?

Él la miró con una sonrisa irónica.

—Puedes creer lo que quieras, Miranda, pero la verdad es que tu corazón siempre

ha estado con Quinn. Yo nunca tuve una oportunidad. Pero me acabo de dar cuenta ahora.

—Tú me importas. Eres mi mejor amigo.

Él asintió y ella supo que había dicho lo que no debía. Nick estaba enamorado de ella y ella le decía que lo consideraba su mejor amigo.

¿Por qué siempre tenía que meter la pata?

—Ya sé que me aprecias, Randy. Siempre has sido una buena amiga. Pero una novia malísima. Buenas noches.

Ella se lo quedó mirando, preguntándose por qué diablos habría pasado por la hostería esa noche. ¿Para ver si ella y Quinn estaban juntos? ¿Para convencerse de algo? Sacudió la cabeza mientras acababa la cerveza y dejaba las botellas en el contenedor debajo del fregadero.

Nunca acabaría de entender a los hombres.



—Eres un imbécil.

La Puta estaba furiosa, pero ahora mismo a él no le importaba. Ella le haría pagar más tarde por haber roto las reglas. Después de la cacería. Pero ahora no podía hacer nada.

Él vio el brillo de la excitación en sus ojos.

Seguía odiándola, pero la odiaba menos las noches que salían a cazar juntos.

Sin embargo, su falta de paciencia lo irritaba.

—¿Por qué no esa? —gimió ella, señalando a una chica de pelo castaño que acababa de llegar a la gasolinera.

—No.

—¿Por qué no?

—Esta vez quiero a una rubia.

—Acabas de tener una rubia.

—No me importa. Quiero otra.

Ella suspiró y tamborileó sobre el volante.

—No quiero pasarme toda la noche aquí.

—Nunca he tardado más de un par de horas. Maldita sea, ¡ten un poco de paciencia! —La Puta nunca tenía paciencia. A él lo consideraba un tipo raro porque era capaz de quedarse en medio del bosque durante días escribiendo cosas sobre sus pájaros.

A él no le importaba lo que ella pensara de él. Ahora mismo era una ayuda. Aunque la mayor parte del tiempo sólo pensaba en estrangularla.

No se atrevía ni a tocarle el cuello.

La chica arrancó después de poner gasolina. Eran casi las once de la noche. Llevaban dos horas esperando. El tráfico había disminuido considerablemente después de las diez.

Dejó los prismáticos sobre sus rodillas y esperó a que llegara el próximo coche al centro comercial junto a la autopista. Estaban situados en un buen punto de

observación, bien oculto, en el camino que daba a la gasolinera, estacionados en una entrada privada. Conocía a la dueña de la casa, una anciana sorda como una tapia que se acostaba al ponerse el sol.

Había elegido ese lugar porque era una parada habitual de las alumnas de la universidad. Entre la gasolinera, la pizzería y el pequeño bar, sabía que encontraría a la persona adecuada.

No es que fuera un capricho. Simplemente quería otra rubia.

En una ocasión, había comenzado la caza en ese mismo lugar. Como regla, nunca utilizaba dos veces el mismo lugar. Por si acaso. Sin embargo, ya hacía tiempo de eso. En ese lugar había raptado a otra rubia, unos doce años antes.

Ojalá no hubiera viajado con esa amiga suya.

La Puta nunca lo había dejado ir a por Miranda Moore. A él la idea lo perseguía constantemente. Pero La Puta creía que Moore se merecía vivir porque había escapado. Siempre pensaba en ella, le restregaba su fracaso en toda la cara. La odiaba. La odiaba a las dos.

Algún día les haría pagar. Eran como dos perras de una misma camada, lo provocaban, lo ridiculizaban.

Sin embargo, por ahora no podía tocar a Miranda Moore. La Puta le había dicho que lo delataría. Y él le creía.

—Mataremos a Miranda Moore si se convierte en una amenaza, pero ahora no lo es —decía La Puta una y otra vez—. Ella te venció, cariño, y quiero que siempre lo recuerdes.

Como si con sus constantes comentarios él pudiera olvidarlo.

Por la entrada principal entró un Honda Civic. Pasó sin parar por la gasolinera y fue directo hacia la pizzería. Él cogió los prismáticos.

Del lado del conductor bajó una rubia. Sintió que se le hinchaba el corazón y empezaba a latirle con fuerza.

Era ella.

Lo supo de inmediato, como lo sabía cada vez que salía a cazar mujeres. Ella era la llamada, y él la tendría.

—Me voy —dijo.

—Espera.

—Y ahora, ¿qué?

—Mira.

Él miro con desgana. Se abrió la puerta del pasajero y bajó una pelirroja. Juntas, la rubia y ella entraron en la pizzería.

—Espera —dijo La Puta.

—No.

—He dicho que se acabaron las parejas. Es demasiado arriesgado.

—De acuerdo.

Ella se relajó y él abrió la puerta de su lado.

—¿A dónde vas? —preguntó ella, y casi dio un salto en el asiento para cogerlo.

Él se echó atrás y se metió la botella de melaza en el bolsillo.

—Voy a ocuparme del coche.

—Has dicho que estabas de acuerdo.

—Nada de parejas, confía en mí. Sólo me ocuparé de una.

Ella no le creyó, pero no le importaba. No tenía nada que hacer con la pelirroja.

Esta vez, sólo quería a la rubia.

Primero tendría que matar a la pelirroja.



Al acercarse, las luces de la camioneta de Nick iluminaron el Honda Civic azul por detrás, a unos diez metros de la hipotética escena del crimen. Dejó los faros encendidos y bajó. Se acercó al agente que estaba a cargo, Brad Jessup.

—¿Cómo está la chica?

—El médico de urgencias dice que su estado es crítico. Ya se la han llevado al hospital. —Jessup miró sus notas—. Según el carné de conducir, se trata de JoBeth Anderson. Tenía un carné de la Universidad de Montana State en la cartera y veintitrés dólares.

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha dado otro coche y ha huido? —inquirió Nick.

—No parece que el vehículo haya sufrido daños, señor.

—¿Quién llamó para dar el aviso?

—Red Tucker, señor.

Todos conocían al viejo Red. Era el dueño del bar que quedaba a quince minutos por el camino del cruce de la 191/85 y se decía de él que era el habitante más viejo del condado de Gallatin.

—¿Dónde está ahora?

—Lo tengo ahí sentado en mi todoterreno, señor.

Red estaba sentado de lado en el asiento del pasajero del coche Patrulla de Jessup, con la puerta abierta y los pies colgando hacia fuera. Su abundante cabellera blanca necesitaba un buen corte de pelo, y en su cara curtida se cruzaban tantas arrugas que hacía pensar en un mapa de los senderos de Yellowstone.

—¿Cómo te va, Red? —preguntó Nick, al acercarse.

—He estado mejor. ¿Cómo está la chica?

—En estado crítico. Si consigue salir, te lo deberá a ti. —Nick agachó junto a él y sacó su libreta—. ¿Te importaría contarme qué pasó?

—Últimamente cierro el bar más o menos a las once. Necesito dormir más que antes. Vi el coche al lado del camino y pasé despacio, pensando que quizás alguien tenía problemas, que se había quedado sin gasolina o algo así. No vi a nadie, así que

pensé que se habría averiado y que los ocupantes habrían partido a pie hasta el cruce, o seguido por el camino unos cuantos kilómetros. Iba a pasar de largo cuando vi algo delante del coche. Pensé que podía ser un animal, que quizás el conductor había atropellado a un oseño, o algo por el estilo. Así que paré.

Red sacudió la cabeza.

—No podía creer que fuera una chica. Estaba tendida ahí, con medio cuerpo en el camino. Es un milagro que no le pasara por encima uno de esos grandes remolques.

—¿Viste alguna otra cosa? ¿Alguna otra persona?

—No, todo estaba en silencio. No tengo teléfono móvil, pero no quería dejarla ahí, así que decidí esperar a que pasara alguien. Y entonces vi un teléfono cerca de ella, como si lo hubiera querido usar antes de que la atropellaran. Así que lo usé. ¿Cree que está bien que hiciera eso?

—Has hecho lo correcto. ¿Has tocado algo dentro del coche? ¿El contacto? ¿El capó? ¿Algo?

—Hmmm, quizá el techo cuando me incliné para mirar dentro. Quería ver si había alguien más en el vehículo. Tú no crees que ha sido un accidente, ¿no? ¿Alguien que haya chocado y huido? ¿Crees que podría ser ese asesino de nuevo?

Nick sintió que el mundo daba un vuelco. Aunque quería creer que las heridas de JoBeth Anderson se debían a algo más inofensivo que un asesino en serie, en cuanto los faros de su camioneta iluminaron la escena, se sintió transportado doce años hacia el pasado.

Encontraron el pequeño escarabajo Volkswagen de Sharon Lewis a unos tres kilómetros de ahí. En el mismo camino.

—Lo averiguaré —dijo Nick. Se incorporó y sintió que le crujían las rodillas—. ¿Puede esperar aquí unos minutos?

—No podría dormir ni aunque quisiera —dijo Red, asintiendo con la cabeza.

Nick se subió el cuello del anorak, ahora que el viento soplaba con más fuerza. Era casi medianoche y la temperatura había bajado bruscamente. Esa noche haría menos de diez grados.

Nick rogaba que no se tratara del Carnicero. A Rebecca la habían encontrado hacía sólo tres días. Nick no recordaba que el asesino hubiera vuelto a atacar tras un intervalo tan breve.

Había una manera muy fácil de saberlo.

Los pies le pesaban como el plomo y tenía el corazón encogido cuando se acercó al coche.

—¡Jessup! —llamó.

—Sí, señor.

—¿Tenemos los datos del coche y la matrícula?

—El coche pertenece a Ashley van Auden, veintiún años. Aquí dice que su lugar



de residencia está en San Diego, California, y su dirección postal corresponde al campus de la universidad.

—¿Dónde estaba Ashley?

Nick fue a la parte trasera del coche y buscó el depósito de gasolina. Sacó una linterna e iluminó la tapa. El coche tenía un mecanismo de apertura en el suelo, junto al asiento del conductor, para abrir el depósito. Sin embargo, en general la gente no cerraba el coche con llave cuando se detenía a poner gasolina o a comer, ni siquiera cuando aparcaban frente a su propia casa.

Y aunque cerraran el coche, era fácil abrir una puerta si uno sabía lo que hacía.

Se inclinó para mirar más de cerca y la luz de la linterna iluminó una leve huella de algo espeso junto a la tapa de la gasolina. Aspiró. El aroma dulzón de la melaza se volvió amargo en cuanto supo que el Carnicero había vuelto a golpear.

Nick tuvo ganas de darle una patada a algo.

—¡Jessup! —gritó—. ¡Llama a los técnicos del laboratorio! ¡Quiero a todo el mundo aquí, completamente equipados, sin excepciones!

—¿Señor?

Ignorando la pregunta implícita de Jessup, Nick sacó su teléfono móvil y tecleó un número.

—Aquí Peterson.

—Quinn, el Carnicero ha cogido a otra mujer. ¿A qué hora piensas volver?

—Ya estoy en camino. ¿Dónde estás tú? Tardaré menos de una hora en llegar.

Ashley van Auden tenía resaca, como aquella vez que se había pasado bebiendo champán en la boda de su tía Sherry. Tenía la cabeza espesa, pesada, le martilleaba en los oídos.

Tiritó y se dio cuenta de que se había despertado a causa del frío. Nunca se había acostumbrado al clima frío de Montana. En su soleado San Diego, lo normal era el calor, la diversión y las playas bonitas. No le gustaba Montana, pero la universidad de Montana State contaba con un excelente programa de biología de la fauna salvaje. A ella le venía bien, ya que quería trabajar con las cabras monteses en peligro de extinción en el sur de California.

Pero ese frío era peor que el frío. Estaba helada hasta la médula de los huesos. Sentía la piel desnuda y expuesta. Ninguna manta para cubrirse, ni una estufa para calentarse. Y aquel cuarto olía que apestaba. A podrido y moho. Olía como un animal muerto, como si una familia de ratas se hubiera metido en un rincón y llevaran muertos una semana.

Aquello no era su habitación en el campus.

Un miedo horrible se apoderó de ella en cuanto se despertó del todo. No fue un aumento de las pulsaciones cardíacas ni una inquietud paulatina sino un terror inmediato y profundo. Cuando sintió ese pánico que le llegaba a la médula, intentó

sentarse, pero se dio cuenta de que algo se lo impedía. Se quemó la piel de las muñecas intentando liberarse. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba JoBeth?

Lo último que recordaba era que el coche se paraba. Sin más. Tras un par de estertores, moría del todo. Tuvo suerte de poder conducirlo a un lado del camino.

Jo le dijo que llamaría a la grúa y bajó del coche porque su móvil no tenía buena cobertura. Otra cosa que Ashley detestaba de las montañas. Nunca tenía problemas con su móvil en San Diego.

Se inclinó para mirar el reproductor de CD y ver si tenían batería para escuchar música. Cuando volvió a mirar, Jo había desaparecido.

Bajó del coche y percibió la figura de una mujer que caminaba hacia los árboles al otro lado del camino. ¿Por qué Jo cruzaba la carretera?

—Jo, ¿qué haces allá al otro lado?

Y luego, nada. No recordaba nada más. ¿Por qué no podía recordar? ¿Qué había ocurrido?

Estaba desnuda. Y atada. Algo le tapaba los ojos, algo ajustado. Muy apretado. No oía nada excepto el pánico como un martillo en los oídos. Le temblaron los labios y dejó escapar un sollozo. Tragó saliva, intentando que el miedo no la dominara.

*Crac.*

¿Qué era eso? ¿Alguien venía? Dios, ¿qué iba a hacerle?

*Rebecca Douglas.*

Sintió que el pánico la atenazaba, y que se desvanecía de su alma hasta el último gramo de esperanza. Acababan de encontrar a esa chica de la universidad, Rebecca. El periódico decía que había sido el Carnicero de Bozeman. El hombre que torturaba a las mujeres en el bosque y luego las cazaba como a animales. El Carnicero.

*¡No! ¡NO! ¡NO! ¡NO!*

*Dios mío, por favor, no dejes que me haga daño.*

Sintió la garganta apretada, el pecho tenso, y empezó a respirar desbocadamente, mientras luchaba contra sus ataduras. Lanzando patadas, tirando y empujando. No quería morir. ¡No podía morir! Tenía toda la vida por delante. Sus amigos. Su familia. Su querido padre le había dicho que tuviera cuidado. Que vigilara. Que tomara las debidas precauciones. Le decía que era demasiado amable, demasiado ingenua.

Ella creía que hacía caso de sus advertencias. ¿Qué había hecho mal?

Más que nada en el mundo, quería ahorrarle el dolor a su padre. Ella era su princesa. ¿Qué haría él cuando se enterara de que había desaparecido? ¿Cuándo la encontrarán muerta? Torturada y... y *violada*.

No. No. ¡NO! Aquello no podía estar ocurriendo.

¿Dónde estaba JoBeth?

—Jo —murmuró en medio de aquella oscuridad. Se quedó escuchando,

intentando tranquilizar su corazón galopante.

Nada.

Al cabo de un rato, volvió a escuchar el mismo ruido. Algo. Afuera. Eran voces, susurrando en la oscuridad. Aguzó el oído y captó algunas palabras.

—¡Te dije que era demasiado pronto! —Era una voz grave, pero parecía una voz de mujer.

—Vete. Vuelve la semana que viene. —La voz de un hombre. Una voz ronca.

*Chas.*

—Tengo que volver a casa. Es tarde. Volveré mañana.

Murmullos, algo que no pudo escuchar. *Crac.* Nada.

El silencio realzaba su miedo, con sus ruidos negros como la noche de sus ojos vendados. Y luego un crujido. El grito de una lechuza. Los ruidos de la noche estaban presentes desde el principio, pero hasta ese momento su terror le había impedido oírlos. Algo que se arrastraba, luego un chirrido, y silencio. Algo que se escabullía por el tejado. De zinc. Era el ruido del zinc. Estaba en una especie de cabaña, y hacía mucho frío.

Ashley supo que la puerta se abría, no por el ruido sino por el soplo de aire frío.

Y luego un ligero *crac*, dos trozos de madera que se rozaban. Una respiración. Estaba ahí dentro. Él estaba ahí dentro y ella también, salvo que ella nada podía hacer.

Un restallido sordo y repentino recorrió la habitación, y Ashley enseguida sintió un dolor penetrante en el interior del muslo que la hizo chillar. Un látigo.

Y luego él estaba encima de ella. Un dolor intenso y agudo en la entrepierna le arrebató lo que le quedaba de compostura y gritó hasta sentir que la garganta le quemaba.

Creó oír una risa distante. Y luego el silencio.



Miranda se paseó de una punta a otra de la sala de espera de urgencias durante dos horas hasta que, finalmente, decidió sentarse en una de las sillas de plástico verde alineadas junto a las paredes. No sabía casi nada del estado de JoBeth Anderson. El hospital no conseguía localizar a su familia en Minnesota, y por eso habían llamado a la universidad. Un administrativo se encargaba de encontrar a sus padres pero, dado que se trataba de una cuestión de vida o muerte, decidieron trasladar a JoBeth a cirugía para intervenirla.

Cuando el teléfono de Miranda sonó a las dos de la madrugada, la sacó violentamente de una pesadilla, y se sintió agradecida por la interrupción.

Era Nick. El Carnicero tenía a otra víctima.

En ese momento, Miranda no se preguntó por qué el Carnicero habría dejado atrás a JoBeth. Pero ahora no podía quitárselo de la cabeza.

¿Por qué no se la había llevado con Ashley?

¿Por qué el Carnicero había intentado matarla para luego dejarla tirada a la orilla del camino?

Y ¿por qué actuaba tan rápidamente después del asesinato de Rebecca Douglas? El interludio más breve que tenían era de dos semanas. A Ashley se la había llevado sólo tres días después.

Tenía que hablar con Quinn y desentrañar el significado de aquello. ¿Se iban acercando a él? ¿Había algo en la investigación que le indicara algo? ¿O quizá fuera obra de un imitador? Sin embargo, Nick y Quinn no estaban para que pudiera preguntarles. Estaban interrogando a posibles testigos en el Cruce, donde JoBeth y Ashley habían parado a comer.

Por la enfermera de turno, Miranda se enteró de que JoBeth había recibido un golpe en la nuca que podía ser mortal. La habían golpeado tres veces lo bastante fuerte para romperle el cráneo. Los médicos procuraban salvarle la vida pero aunque eso sucediera era probable que tuviera la columna rota. Las heridas eran graves. Los golpes asestados iban destinados a matar.

Es una superviviente. *Igual que yo.*

JoBeth no se lo merecía. Ahora yacía casi inerte en la mesa de operaciones mientras los médicos luchaban por parar la hemorragia del cerebro.

Dentro de ese cerebro quizás hubiera algo que los condujera hasta el asesino. Quizá JoBeth hubiera visto al Carnicero, quizá lo conociera, ¡algo que les ayudara! Tenían que encontrar una pista. Necesitaban que el asesino cometiera un error.

Miranda rogaba que JoBeth sobreviviera. Que recuperara la conciencia. Que dijera: «Sí, lo vi, es...».

*Por favor, JoBeth, tú puedes conseguirlo.*

Miranda seguía sentada en la silla del hospital. Cuando asomó el alba, cerró los ojos para descansar un momento.

JoBeth seguía en la sala de operaciones cuando Quinn llegó una hora después.

No le sorprendió ver a Miranda en la sala de espera de urgencias. Pero no se esperaba encontrarla estirada sobre un sillón, durmiendo, con la mochila de almohada. Una manta de lana le cubría su cuerpo menudo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con la manta cogida muy cerca de la cara. Como una niña. Inocente.

Su piel pálida estaba relajada por el sueño, al contrario de la tensión que se adivinaba en todo su cuerpo. Quinn se acercó sin hacer ruido, dejando que la imagen le llegara al corazón. Bella, fuerte, vibrante, lista.

Apasionada. Inteligente. Aunque a veces era como una patada en la entrepierna de lo testaruda que se ponía.

Se humedeció los labios. Nunca volvería a comer tarta de pacana sin acordarse de Miranda. De sus labios dulces, azucarados, al fundirse con los suyos. Sintiendo cómo se amoldaban sus cuerpos, cómo encajaban a la perfección.

No pudo resistir la tentación de inclinarse para apartarle un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

Miranda abrió los ojos y se incorporó de un salto. La manta cayó al suelo y, en el instante antes de reconocerlo, su rostro quedó paralizado por el miedo. Él se sintió mal por haberla asustado. Se sentó junto a ella y le tocó la mejilla. Tenía una piel muy suave.

Ella no se apartó, pero tampoco se inclinó hacia él para recibir su caricia. A esas alturas, él se contentaba con lo que ella le diera. Desde luego, no quería poner en peligro lo poco que había avanzado para conseguir que volviera a confiar en él.

Como si no fuera un error haberla besado. Aunque en aquel momento no habría dicho que se trataba de un error.

—Lo siento, Miranda, no quería despertarte.

—Sentí que alguien me observaba —dijo, con la voz todavía ronca del sueño, o por la falta de sueño. Miranda se aclaró la garganta, y ocultó el miedo en su mirada detrás de sus tupidas pestañas. Respiró hondo y lo miró—. ¿Qué ha pasado? ¿JoBeth?

—Se incorporó y, al sentarse, se tambaleó levemente. Él la cogió por el codo para estabilizarla y ella no le apartó la mano.

Otro pequeño paso.

—Acabo de llegar —dijo él.

Ella miró hacia la sala de enfermeras.

—Prometieron despertarme si había alguna novedad. —Se giró hacia la enfermera que estaba sola detrás del mostrador.

¿Se sabe algo? —preguntó—. JoBeth Anderson, estaba en...

Lo sé —asintió con la cabeza la enfermera—. Ya ha salido de cirugía y la han trasladado a la UCI hace treinta minutos.

¿Cómo está?

Lo siento, señorita Moore, no se lo puedo decir si no es familia de la paciente.

Miranda se puso tensa junto a Quinn y se mordió el labio. Él la entendía. Entendió que Miranda se sintiera mal por Ashley y preocupada por JoBeth.

Quinn sacó la cartera y le enseñó la placa.

—Agente Especial Quincy Peterson, del FBI. Si fuera tan amable de buscar al médico de la señorita Anderson, tengo que hablar con él.

—Sí, señor. —La enfermera cogió el teléfono y Quinn volvió con Miranda a la sala de espera, acompañándola con la mano en el codo.

Ella suspiró y se llevó una mano a la cabeza, ocultando sus ojos inyectados en sangre.

—Maldita sea, Quinn. ¿Por qué?

No hacía falta que le preguntara a qué se refería.

—Hemos llevado el coche a la oficina del sheriff y lo están revisando con lupa. Buscan huellas dactilares, cabellos, cualquier cosa. Los técnicos de criminología siguen allí, tomando muestras de todo lo que hay en las inmediaciones, hasta la última piedra, la tierra y las hojas. Si hay algún desperdicio al borde del camino, lo enviarán inmediatamente a Helena. Si ha cometido un solo error, Miranda, lo encontraremos.

Le cogió el mentón para obligarla a mirarlo de frente. El corazón se le encogió de la pena de ver el dolor en sus grandes ojos azules.

—Lo prometo. No pienso irme hasta que obtengamos respuestas concretas.

Ella asintió con un gesto casi imperceptible y luego se hundió en una silla de plástico con la cabeza entre las manos. Él se sentó a su lado y le tocó el hombro. Era tan agradable poder tocar de nuevo a Miranda sin que ella hiciera muecas. Quinn se frotó los músculos.

—¿Tenemos alguna posibilidad de encontrarlo antes de que Ashley muera?

¿Qué podía decir él a eso?

—Siempre hay una posibilidad.

Ella se volvió para mirarlo. Irradiaba tensión en ondas invisibles, con todos los tendones del cuello estirados. Debía tener una jaqueca horrible y, conociendo a Miranda, se limitaría a sufrirla en silencio. En una ocasión le había contado que el dolor le recordaba que estaba viva. Él pensó que era un castigo que ella misma se infligía por la culpa de haber sobrevivido, mientras que Sharon moría.

—Es como si pudiera verla, Quinn —murmuró Miranda, con voz temblorosa—. Ashley. En la oscuridad. Con frío, desnuda y asustada. Aterrada. Peor de lo que estaba yo.

—Miranda, no hagas eso...

Ella sacudió la cabeza y se inclinó hacia él, como rogándole que comprendiera. Quinn le rodeó el hombro con un brazo y la apretó con ternura.

—No, no, tengo que centrarme en ella. Tengo que recordar. ¿No ves que para ella es peor? Ella lo sabe. Ella sabe que ha sido el Carnicero. A Rebecca la mataron hace pocos días. Ashley estará pensando que ella será la próxima. —Su voz se quebró, como en un sollozo, pero no brotaron las lágrimas.

Él la estrechó en sus brazos y la abrazó suavemente. Le temblaba todo el cuerpo a pesar del esfuerzo para contener la emoción. Era un gran paso que dejara que la consolara, un paso que le daba esperanzas.

Y saber que había esperanza lo impulsaba a abrir aún más el corazón.

Ella respiró hondo y murmuró contra su pecho:

—He llamado a Charlie y al equipo de búsqueda —siguió ella—. Comenzamos a las ocho.

—Tienes que dormir —dijo él, frotándole la espalda.

Ella se echó hacia atrás y sacudió la cabeza.

—No puedo dormir. Pensando que Ashley está allá, perdida. Pero... maldita sea, no sé qué hacer. Recorremos hectáreas y más hectáreas y nunca encontramos a las mujeres vivas. Pero no sé qué otra cosa hacer. No puedo hacer nada.

Miranda nunca había sido de las que se desentendían del trabajo para dejárselo a otros. Desde el comienzo, se lanzaba de cabeza a la tarea.

Antes de que él pudiera decir alguna banalidad para intentar distraerla, vio que se acercaba un médico alto y delgado, de pelo entrecano.

—¿Agente Peterson? —dijo, tendiéndole la mano y clavando en ella sus ojos negros. Luego lo miró nuevamente a él—. Doctor Sean O'Neal.

—Gracias por venir —dijo Quinn, estrechándole la mano—, ¿cómo se encuentra la señorita Anderson?

—¿Se pondrá bien? —preguntó Miranda.

El doctor O'Neal suspiró, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Volvió a ponerse las gafas.

—No lo sé. Lo tenía todo en contra cuando la trajeron, pero ha aguantado. Ahora

que ha sobrevivido a la operación, tiene un cincuenta por ciento de probabilidades. El sheriff Thomas se ha puesto en contacto con sus padres, que viven en otro estado, y yo acabo de hablar con ellos. Los golpes en la cabeza han sido fuertes. Por suerte, no le ha afectado la columna. Temíamos que tuviera el nervio seccionado, pero está en buen estado. Por otro lado, aunque se despierte, no se puede decir si el daño cerebral será permanente... En pocas palabras —dijo el médico—, está en coma.

*En coma.* Su mejor testigo, su único testigo, estaba en coma. La suerte era una mierda.

Ryan Parker se despertó de golpe. El corazón le latía con fuerza en medio de la luz gris de su habitación. Estaba mojado, y por un momento creyó que se había orinado en la cama y luego se dio cuenta de que era sudor; un sudor que le daba frío.

Pero le daba todavía más frío su pesadilla.

Miró su reloj digital y vio que eran las 05:46.

Tragó saliva varias veces, con dificultad, porque tenía la boca muy seca. Había tenido pesadillas antes, pero ninguna le había provocado miedo ni le había parecido tan real como esa. Porque esa pesadilla había ocurrido en la realidad. A esa chica la habían matado de verdad, y él había visto su mirada vacía en medio del bosque, acusándolo a él. Estaba a punto de cerrarle los ojos debido a esa mirada, pero no quiso tocar el cadáver.

Sin embargo, su pesadilla combinaba la realidad con lo imaginario. Ella no quería agarrarla en el bosque, se dijo una y otra vez.

Eso era un sueño, algo que fabricaba su mente. Ryan tardó varios minutos en distinguir entre lo que había visto de verdad la semana anterior y lo que había soñado.

Pero la mirada vacía de Rebecca Douglas lo perseguía, aunque no durmiera.

Se levantó en silencio de la cama y cruzó hasta su cómoda. Abrió con cuidado el último cajón. Ahí dentro guardaba sus objetos especiales, uno de los pocos lugares de su habitación donde no se metía su madre. Piedras raras, el fósil de un pez encontrado en Yellowstone, un trozo de madera petrificada, los cromos de béisbol, los envoltorios de chicle con divertidas tiras cómicas.

Y la hebilla de cinturón.

No recordaba toda la pesadilla, pero justo antes de que se despertara, se había imaginado la hebilla, el ave con los ojos verdes que brillaban.

No encendió las luces y buscó en el fondo del cajón hasta que notó la textura fría del metal. Se quedó paralizado, sintiendo que algo pasaba, pero sin saber qué era.

Debería habérselo enseñado al tipo del FBI. Pero ahora era demasiado tarde.

Lo más probable es que no fuera nada, sólo algún tipo meando en el bosque.

*No, no era eso.*

Apretó los dedos en torno al pájaro de metal como si tuvieran voluntad propia. Y, en ese momento, supo lo que tenía que hacer, a quién tenía que enseñarle la hebilla.



Su padre no era la persona con que menos le costara hablar, pero era la persona más inteligente que conocía. Él era juez y sabría exactamente qué hacer con la hebilla y quién debería quedársela.

Cuando se dirigía a la habitación de sus padres, le llegó el olor a café desde abajo. Dio una vuelta por la cocina, esperando encontrarse con su padre.

Ahí estaba.

Hola papá.

Qué temprano te has levantado.

Él se encogió de hombros, y jugó con la hebilla en una mano.

—Estaba pensando... porque... he encontrado algo y no sé muy bien qué es. Se me ha ocurrido que quizá tú puedas... —Qué estupidez. Él sabía que se trataba de una hebilla, pero no quería contarle a su padre dónde la había encontrado.

—Claro, muéstramelo.

—Aquí lo tienes.

Ryan se sobresaltó al ver entrar a su madre, con la bata puesta. Ella frunció el ceño al verlo ahí.

—Delilah —dijo su padre—. Creía que estabas durmiendo.

—Me he despertado y no estabas en la cama. He ido a ver a Ryan y él tampoco estaba.

—He ido a ver los caballos, que parecían asustados y, como no podía volver a dormir, he preparado un poco de café. ¿Quieres una taza?

—Yo misma la cogeré —dijo su madre.

Ryan no quería hablar estando su madre delante. Seguro que lo castigarían por volver al lugar donde habían encontrado a la chica muerta. Por lo general, los castigos de su padre eran menos duros que los de su madre. Esa noche hablaría con él.

—Me voy a vestir para ir al cole —dijo.

—¿No querías enseñarme algo? —preguntó su padre.

—No es nada importante. Te lo enseñaré esta noche.

—De acuerdo.

Su madre se inclinó para besarlo, y él apenas le rozó las mejillas con los labios, luego hizo lo mismo con su padre y subió corriendo las escaleras.

*Le preguntaré a Papá por la hebilla esta noche.*



Antes de abandonar el hospital, Miranda tenía que ver a JoBeth Anderson. No tuvo problemas para convencer al guardia. A veces, tenía sus ventajas ser la ex novia de Nick.

JoBeth era una superviviente. No era Rebecca ni era ninguna de las otras chicas. Estaba viva. Más que nada, Miranda quería que supiera que era una chica fuerte, que tenía que luchar. Luchar para dar con el miserable que había secuestrado a su amiga.

Puede que oculta en su mente hubiera alguna clave para averiguar la identidad del Carnicero. Una clave que ahora estaría enterrada en su inconsciente.

JoBeth yacía reclinada en una cama de hospital, tapada casi hasta el cuello con una sábana blanca. Los monitores emitían unos suaves pitidos siguiendo el ritmo de su corazón. Otros aparatos controlaban su respiración. Su actividad cerebral. Su vida.

Estaba viva y respiraba por sus propios medios. Tenía un gota a gota en el brazo para hidratarla. El recuerdo de la semana que ella misma había pasado en ese hospital permanecía muy vivo en Miranda. Entonces, llegó a ansiar la hora de abandonarlo, y tampoco en ese momento quería estar ahí.

—Despiértate —murmuró. Si existía alguna posibilidad real de salvar a Ashley, JoBeth tenía que recuperar la conciencia lo antes posible.

Tenía gran parte de la cabeza vendada con una tira gruesa y blanca, que contrastaba con su pelo rojo y lacio. Su piel blanquecina parecía casi traslúcida, y Miranda se preguntó si el tono de su cutis se debía al ataque sufrido o si era su color natural.

—JoBeth —dijo Miranda, con la voz enronquecida por las lágrimas que quería derramar. Estaba sentada en una silla junto a la chica. Tragó saliva. No quería que JoBeth percibiera, más allá de su estado inconsciente, que ella misma estaba asustada y preocupada. Quería que la chica se contagiara de su fuerza.

—Jo —dijo, con voz más firme—. Me llamo Miranda Moore. Creo que no nos conocemos.

¿Qué decir? No había estado nunca con una víctima viva. Aunque eso, claro está,

no era del todo verdad. Había conversado con víctimas de violaciones, o ayudado a excursionistas perdidos a recuperar la calma. También trataba con padres histéricos y niños desconcertados.

Pero nunca lo había hecho con una víctima del Carnicero. Excepto cuando se miraba en el espejo.

Ella podía conseguirlo. Tenía que conseguirlo. Si JoBeth guardaba en su memoria un recuerdo cualquiera, algo que pudiera conducirlos hasta el hombre que le había hecho daño, Miranda tenía que encontrar una manera de llegar a ella. Para salvar a Ashley.

—Tú has sobrevivido, JoBeth. He oído que las personas que están en coma pueden escuchar a quienes los rodean. Concéntrate en mí, JoBeth. Concéntrate. Si quieres salvar la vida de Ashley, concéntrate en lo que te digo.

¿Era el enfoque correcto? ¿Quizá no debería ni siquiera contarle que Ashley estaba en peligro? Y ¿si eso empeoraba las cosas? ¿Qué pasaría si la matara la culpa?

*Yo sobreviví. Sharon murió.*

Miranda cerró los ojos con fuerza y respiró hondo.

—No sé por qué no se te habrá llevado a ti también —dijo Miranda, sin quitarle los ojos de encima a la chica inconsciente—. Pero tú has tenido la suerte. Tú has sobrevivido. Has llegado hasta aquí y volverás a estar entre nosotros. Tienes que hacerlo. Por Ashley. Porque en alguna parte de tu mente adormecida se encuentra la clave de la identidad del hombre que la ha secuestrado.

Miranda no se perdonaba por no recordar más cosas de sus días en cautiverio. Por no haber sido capaz de identificar a su agresor. Al hombre que mató a Sharon. Pero recordaba su voz de las pocas veces en que le había hablado.

*Putá.*

*¿Qué te parece esto?*

*Quédate.*

*Corre. Tienes dos minutos.*

Ella repitió esas palabras para los investigadores. Para el experto en perfiles del FBI. Para el psiquiatra que tuvo que visitar por obligación. Aquellas palabras crueles, dichas con voz apagada, incluso neutra, no significaban nada para ella. El experto en perfiles, claro está, había dado que hablar con la versión de que el agresor había sido víctima de los abusos sexuales de una mujer de pequeño, y que ahora «castigaba» a su verdugo, pero ¿de qué servía eso a la investigación? Miranda no lo sabía. Desde luego, si tuvieran un sospechoso, sería de alguna utilidad. Pero la policía no tenía pistas. El FBI tampoco.

Ella no les había servido de nada.

Pero quizá JoBeth sí podría servirles.

Miranda respiró trabajosamente.

—JoBeth, yo soy la que escapó —murmuró—. El Carnicero de Bozeman. Yo escapé. Pero mi mejor amiga murió. Se llamaba Sharon y yo la quería. Como a una hermana. Lo compartía todo con ella. Jamás pensé... bueno, jamás pensé que nos podía suceder algo malo. Pero el Carnicero nos secuestró.

¿Por qué el Carnicero no se había llevado a JoBeth? Miranda no lo sabía y Quinn y Nick sólo podían especular. Quizá no tuvo tiempo para meterla en su coche. Quizá le vio la cara y tal vez lo conociera. Una especulación que sólo podía confirmar JoBeth Anderson.

—Jo, tienes que salir de esa nebulosa en que estás metida. Sé que te duele. Y sé que te dolerá. Pero si no te despiertas pronto, el Carnicero matará a Ashley —dijo, y tragó saliva—. Nada de esto es culpa tuya. Tienes que saberlo. Pero también tienes que despertarte y ayudarnos. Ayudar a la policía a encontrar al hombre que se llevó a Ashley. Antes de que le haga daño. Antes de que la cace.

Nada. Ningún movimiento, nada que le indicara a Miranda que JoBeth hubiera escuchado una sola de sus palabras. Miranda le apretó la mano y apoyó la frente sobre la cama, respirando profundamente.

Tenía una misión que cumplir. Tenía que encontrar a una mujer. Antes de que fuera demasiado tarde.

Al cabo de un momento, se incorporó, sintiéndose más fuerte y decidida. Le tocó el hombro a JoBeth y dijo:

—Espero que te pongas bien, Jo. Prométeme que te pondrás bien. Volveré para hablar contigo. Quizá vuelva esta noche y, si no, vendré sin falta mañana por la mañana, ¿vale?

No esperaba una respuesta. Y no la tuvo.

Quinn no pudo aparcar frente a la oficina del sheriff debido a que media docena de vehículos de distintos medios de comunicación ocupaban todo el espacio disponible. Frunció el ceño, aparcó a la vuelta de la esquina y caminó hasta el edificio, justo a tiempo para oír a Nick que hablaba desde lo alto de la escalera.

—No tengo tiempo para más preguntas. Tengo que ocuparme de la investigación.

Nick se volvió para entrar en el edificio mientras los reporteros lanzaban todo tipo de preguntas.

Quinn se metió por un callejón para evitar a los reporteros y le mostró su placa al agente que hacía guardia en la entrada de atrás. Se fue directo al despacho de Nick.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sirviéndose una taza de café de la cafetera en el aparador.

—Joder, no tengo ni idea, pero hay uno de la CNN que está llamando al responsable de relaciones públicas para pedir una entrevista, y el tipo ese del programa de *Los más buscados* quiere venir este fin de semana a filmar unas secuencias sobre el Carnicero.

—No nos podría perjudicar. Esos programas los ve mucha gente. —Aunque dentro de una semana o diez días, Ashley ya estará muerta.

—¿Has visto el periódico de esta mañana? —preguntó Nick, mirándolo fijo.

—No.

Nick le lanzó la sección principal. Los titulares en la portada llamaban la atención: *El Carnicero vuelve a golpear*.

—¿Cómo ha conseguido meter esa noticia?

—Habrà parado las rotativas. Yo qué sé. La mayor parte del reportaje se podría haber escrito antes del secuestro de Ashley van Auden. Sólo en el primero y el último párrafo se refieren a ella. —Nick hizo una pausa y tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¿Tú has hablado con Banks?

Quinn leyó el artículo por encima.

—No, la verdad es que no. Me lo encontré ayer en la Universidad de Montana State, donde andaba metiendo las narices.

—¿Qué le dijiste?

—Nada importante. ¿Por qué? —preguntó Quinn, alzando la mirada.

—Sigue leyendo.

Quinn siguió leyendo. Un resumen del secuestro y muerte de Rebecca... Ryan Parker que encontraba el cuerpo... un refrito tras otro de noticias ya publicadas... Banks hablaba también de la llegada de una especialista del laboratorio de criminología del FBI y añadía la información de que el rectorado le había entregado a Quinn 189 carpetas con antecedentes de estudiantes de la universidad. Señalaba el artículo: *Los expedientes de los sospechosos de la desaparición de Penny Thompson habían sido devueltos a la universidad, lo que constituye un ejemplo evidente de la incompetencia y desorganización que caracterizan la investigación*.

Banks también se ensañaba con la oficina del sheriff y con Nick en particular: *Una fuente anónima cercana a la investigación ha declarado: «La oficina del sheriff lo ha manejado todo mal desde el principio. Ya es hora de que alguien competente tome cartas en el asunto. Vivimos en un estado de miedo permanente y esto tiene que acabar»*.

El artículo insinuaba que Quinn había dicho que Nick era un incompetente sin citarlo abiertamente.

¡Qué coñazo!

—Yo no le conté nada acerca de Olivia ni de los expedientes —dijo Quinn, lanzándole el periódico de vuelta a Nick—. Sólo intenta sacarte de tus casillas. Es una cita anónima, Nick. No te lo tomes personalmente.

Por la expresión de su cara, Quinn supo que su amigo se había tomado muy mal la crítica.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —dijo Quinn—. Tenemos a los

mejores de los mejores examinando las pruebas. Estamos buscando en todas las cabañas y barracas conocidas. Estamos desmontando el coche de Ashley y el de Rebecca también. Y he reducido la lista de hombres que habrían conocido a Penny a unas cuantas docenas. Es bastante más abordable que los cientos de nombres que teníamos hace doce años, y los casi doscientos de ayer. Sigamos con ello.

—Tengo unas cuantas cosas que hacer —dijo Nick, incorporándose.

—¿Qué?

—Nada importante. Sólo unas cuantas ideas.

—Aquí estoy yo si quieres que nos pongamos con una tormenta de ideas. Barajemos las ideas que tengamos. —Nick tenía aspecto de derrotado, algo que Quinn nunca habría esperado de su amigo.

—En serio, no es nada. Pero si sale algo de ello, te llamaré. Sigue con los amigos de Penny. Es probable que yo sólo esté persiguiendo sombras.

Salió antes de que Quinn pudiera hacerle más preguntas.

Quinn frunció el ceño. Nick estaba preocupado por algo, aunque quizá sólo fuera ese artículo. Aun así, quizá debería acompañarlo y ayudarle con lo que tuviera entre manos.

Miró el enorme montón de carpetas que había traído de la universidad el día anterior. Habían eliminado las de aquellos que ya no calzaban con el perfil. Quedaban cincuenta y dos posibles sospechosos. Tenía que reducir aún más la lista.

Cogió el teléfono y empezó a hacer llamadas.

• • •

Se sentía relajada, como si no estuviera dentro de su propio cuerpo, como si sólo estuviera mirando cómo evolucionaba la escena, como en una película, sobre el suelo mugriento. Había visto la escena muchas veces y nunca dejaba de excitarla y repelerle a la vez.

Él jadeaba encima de la chica, follándola como si fuera una muñeca. La chica estaba ahí sólo porque estaba atada a una estaca en el suelo. Él nunca había sido capaz de despertar el interés de una chica. Era como si, después de una única cita, la posible novia hubiera percibido que él albergaba oscuras fantasías en las que ella no quería tomar parte. Nunca tuvo más citas después de esa chica en Portland. Cuando ella le dijo que no, perdió los estribos. Entró en su casa y la violó. La muy tonta.

Sólo ella entendía sus necesidades. Un apetito insaciable de poder hervía bajo su piel, quemándola desde adentro hacia fuera, buscando alivio. Verlo a él satisfacer sus ansias le procuraba cierto grado de alivio. Pero él era muy tonto. Cuando violaba a esas chicas, ellas seguían teniendo poder. Porque él las deseaba, las necesitaba, y ellas lo controlaban.

La chica había llorado hasta el cansancio.

Era algo que, con el tiempo, acababa. Tardaba una hora. Un día. A veces más. Pero, finalmente, la chica se resignaba a su suerte y se quedaba quieta, sin resistirse ni gritar. Sólo unas lágrimas silenciosas que le corrían por las mejillas.

Le dieron ganas de reír ante todo ese absurdo. Él se portaba como una perra en celo, necesitaba que las mujeres saciaran su voraz apetito. Sin embargo, le costaba cada vez más sentir la misma satisfacción; ella lo constataba en sus abusos, cada vez más crueles. A la última chica, antes de Rebecca Douglas, la había golpeado hasta la muerte, sin siquiera darle la oportunidad de huir.

Él le daba de bofetadas a la chica, intentando que ella respondiera. El ruido de la piel contra la piel, agitándose, solía excitarla, pero ese día no estaba teniendo el efecto habitual.

Por primera vez en su vida adulta, sintió el miedo como un estremecimiento que le recorría la espalda. Salió de la barraca y respiró el aire frío y fresco de la mañana.

No temía tanto por ella como por él. Él era responsabilidad suya, y su decisión precipitada de secuestrar a otra chica al cabo de tan poco tiempo de raptar a la anterior era una insensatez. Ella intentó disuadirlo, manipularlo para que abandonara la idea, pero él se mostró inflexible. Estaba decidido a coger a la chica con o sin ella.

No podía permitir que lo hiciera solo. Él la necesitaba. Para vigilar. Para borrar sus huellas. Para protegerlo.

Las otras razones por las que decidió quedarse con él esta vez eran un poco más difíciles de discernir, incluso para ella. Sentía la compulsión de mirar, aunque no soportara la idea de verlo a él copulando con otra mujer sin participar. Si él creía obtener la máxima y más completa satisfacción cuando ella no estaba, empezaría a buscar a otras mujeres solo. Cada vez que secuestraba a una, el riesgo de que los descubrieran aumentaba. Si él se empeñaba en salir a buscarlas solo, darían con él. Era sólo cuestión de tiempo.

Así que lo protegía. Y no era que esas mujeres tuvieran algo que ella no tenía. Claro que no. Lo único que ella hacía era cuidar de él, como siempre había hecho.

Él podía tener a esas mujeres, pero sólo si ella participaba en el asunto.

Él se paseaba por la vida atado a una correa invisible, y todas las mujeres en su vida habían tenido esa correa en la mano. Ella. Las chicas que violaba y mataba. Y, sobre todo, la que había escapado.

Ella no lo dejó matar a Miranda Moore porque si Miranda vivía, ella lo mantenía bajo su poder. Imbécil. Era un imbécil. Pero la necesitaba.

Ahora era como si las cosas se le escaparan de las manos. Tendrían que dejar ese lugar y buscar otros parajes en donde cazar. Para protegerlo.

En cuanto acabaran con Ashley van Auden.



## CAPÍTULO 21

Sentado en un rincón de la Oficina de Administración y Registro de la Propiedad, una planta por encima de los despachos del juzgado, Nick estaba enfrascado en la revisión de casi un millar de mapas de las parcelas de la región del condado donde cazaba el Carnicero.

Le había dicho a Quinn que tenía una idea, que en realidad sólo era una corazonada. Nick sospechaba que, por algún motivo concreto, el Carnicero había elegido esa región del territorio para cazar. Quizás encontraría alguna pista revisando las transacciones de propiedades de los últimos quince años.

Podría haber asignado aquella tediosa tarea a un agente, pero después del artículo de Banks donde se cuestionaba su competencia y después del desastre de la conferencia de prensa, era preferible no hacerse notar demasiado.

No podía creer que Quinn hubiese dicho que la oficina del sheriff era «incompetente». Sin embargo, Nick se había sentido herido en su amor propio al enterarse de que toda la ciudad estaba informada de la incapacidad del sheriff del condado de Gallatin en su búsqueda del Carnicero. Su mandato terminaba al año siguiente y, a estas alturas, ya no quería volver a presentarse. Sentía cómo lo vigilaba Sam Harris, criticando cada una de sus decisiones, y con Eli Banks en la ciudad, siguiéndole cada paso, la presión empezaba a afectarle.

Nick se mostraba muy crítico con todas las decisiones que había tomado en los últimos tres años. Aquello no le servía de nada. Sin embargo, la noche anterior, había elaborado un inventario de los grandes giros de la investigación sobre el Carnicero desde que él era sheriff. No habría modificado ninguna de sus actuaciones. Todas las pistas investigadas eran lógicas y seguían el rastro de los pocos indicios que tenían. Sin embargo, todas las pistas conducían a un callejón sin salida y, en ese momento, él no veía cambios.

Se alegraba de haber llamado a Quinn. Aunque algunos de sus agentes se mostraban reacios a aceptar la presencia de los federales en su jurisdicción, Nick estaba decidido a usar todos los recursos posibles para dar con el Carnicero. Y Quinn



era un hombre discretamente seguro de sí mismo, ejercía un liderazgo natural y representaba la autoridad.

Nick no podía evitar sentirse como un poli de provincias, como un palurdo, junto al elegante agente de la gran ciudad.

Y luego estaba Miranda.

Había ido a la hostería la noche anterior sólo para confirmar lo que ya sospechaba. Que Quinn reclamaba el corazón de Miranda. Que no había esperanza de que él recuperara un lugar en su vida. Más allá de lo que dijera Miranda, Nick la conocía bien. Su corazón siempre había pertenecido a Quinn, y el tiempo que Miranda había pasado con él tenía una importancia menor.

Le dolía porque la amaba, pero ya lo superaría. Lo único que de verdad quería era su felicidad y su tranquilidad. Si Quinn podía darle eso, él estaba dispuesto a aceptarlo.

Tenía que concentrarse en algo útil, algo que marcara un punto de inflexión en la investigación. Estaba harto de aparecer en la prensa como un tonto. De cuestionar sus propias decisiones, no sólo las tomadas desde que lo habían elegido sheriff sino desde que era policía.

Sabía que era un buen poli. Sin embargo, los crímenes horripilantes del Carnicero superaban todos los límites de su experiencia.

Había mirado los registros de las propiedades en el pasado, pero sólo para averiguar quién eran los actuales dueños. Las siete víctimas, incluida Rebecca, habían sido encontradas en tierras que pertenecían a diferentes personas. A tres las localizaron en tierras de propiedad federal. ¿Cuál sería la situación diez años antes? ¿Veinte años antes? ¿Había algún denominador común en los territorios de caza del Carnicero?

Nick llevaba consigo el mapa que él mismo había configurado y ahora se propuso dibujar una trama de los registros de propiedad. Buscó personalmente el historial de cada parcela porque no se fiaba de que los funcionarios de la oficina del Registro guardaran el secreto de sus pesquisas.

Y si aquello no arrojaba resultados, no quería volver a ver titulares redactados por Eli Banks aludiendo a uno más de sus fracasos.

Quinn quería saber qué pensaba Miranda.

Se encontraron en la oficina central de la Unidad de Búsqueda después de la hora de cenar. No habían cenado y Quinn sugirió que fueran a comer algo juntos. Ella estuvo a punto de decir que sí. Él lo percibió en su mirada.

Pero ella le dijo que la esperaba su padre con alguna cosa que le habría preparado. Los dos pensaban ir a la universidad a primera hora de la mañana, y Quinn le preguntó si quería volver a la hostería con él. Se llevó una sorpresa cuando ella dijo que sí y subió al coche.

Intentó hablar con Nick, pero no lo encontró ni en su teléfono móvil ni en el busca. Aquello no le extrañó. Al hablar con él por la tarde, Nick parecía seco e irritado. Aunque la presión de los medios de comunicación era intensa, Quinn confiaba en que supiera ignorarla. En estas situaciones era el mejor remedio.

La prioridad era encontrar a Ashley van Auden.

Quinn consiguió reducir a cuarenta y tres individuos la lista de los hombres de la época universitaria de Penny. Los agentes Booker y Janssen trabajaban en comprobaciones preliminares de los antecedentes de todos y cada uno de ellos. Confiaba que por la mañana reducirían aún más la lista, a menos de treinta nombres. En cualquier caso, se repartirían la lista entre él, Nick y sus principales investigadores para el laborioso proceso de interrogar a cada hombre.

Aquello no llevaba a ninguna parte. Pero en ese momento de la coyuntura, a menos que Olivia encontrara algo en las pruebas que mostrara otra alternativa, carecía de ideas.

No podía contar con que JoBeth Anderson saliera del coma. Y si se recuperaba, quizá no fuera capaz de describir a su agresor. Quinn albergaba la esperanza de que sí podría, pero sabía que los testigos que despiertan de un coma en el momento preciso para señalar al asesino sólo existían en el cine barato.

Aun así, esperaba que se recuperara del todo y pudiera darles información útil para localizar a un sospechoso. Antes de que muriera Ashley van Auden.

Le lanzó una mirada a Miranda al girar y seguir por el largo camino pavimentado que llevaba a la hostería.

¿Estás bien?

Han pasado veinticuatro horas desde que ha cogido a Ashley. Me siento como si estuviéramos en una cuenta atrás. El tiempo corre en contra nuestro. No podemos cubrir todos los puntos del mapa.

A él no le gustaba oír ese tono de derrota en su voz.

—Miranda, no hables así. No empieces a imaginarte lo peor.

—Cuesta no imaginárselo, Quinn —murmuró ella—. Cuando estoy con el equipo de búsqueda, con Nick... y contigo... consigo mantener el tipo, pero cada vez que cierro los ojos, me imagino a Ashley encadenada y pasando frío.

Quinn se detuvo en el aparcamiento reservado para los empleados detrás de la hostería y apagó el motor. Una luz de seguridad en la entrada de la cocina iluminaba el área circundante, pero tenían un poco de intimidad.

Él la tocó. Miranda estaba rígida.

—Miranda, quisiera que pudieras librarte de esas imágenes y sentimientos. Haría cualquier cosa por borrar el dolor de tu corazón. Lo sabes, ¿no?

Ella lo miró. La luz artificial se reflejó en sus ojos, dándoles un aire insondable. Quinn quería besarla, estrecharla, decirle que todo se arreglaría, quería llevarla a la

cama y protegerla de sus pesadillas.

Alargó la mano y le tocó la mejilla.

—Nunca he dejado de amarte.

Miranda se quedó con los ojos clavados en él, sintiendo que se le aceleraba el corazón. Sus palabras parecían sinceras. Ella no sabía qué pensar. Su lado racional le decía que lo perdonara, que en muchos sentidos tenía razón al haber actuado como lo hizo. Por otro lado, en el fondo de su corazón, sentía que él nunca había confiado de verdad en ella, que su fe en ella era frágil.

—Quinn, no veo que podamos volver al pasado.

Él parpadeó, y una expresión de dolor le transformó el semblante. Ella no quería herirlo, pero tampoco sabía qué hacer.

Quinn le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo recogió detrás de la oreja. El gesto era tan íntimo que ella bajó la mirada. Era exactamente el mismo gesto que Quinn solía hacer cuando eran pareja. Con ese simple contacto, se sintió embargada por el recuerdo de lo mucho que lo había amado, y luego llena de un sentimiento de calidez y, al final, de aprehensión.

Ahora no podían volver atrás. Ella era una persona diferente de lo que había sido diez años antes, cuando era una joven e ingenua aspirante al FBI.

Su leve caricia la sacudió con un estremecimiento eléctrico que no había experimentado en mucho, mucho tiempo. Era como si Quinn pudiera leer en su mente, como si supiera que sufría interiormente y no pudiera expresarlo con palabras. Que añoraba que él volviera a abrazarla, que simplemente la estrechara sin hablar, sin explicaciones, sin sentirse incómoda.

Se lo quedó mirando, deseando con toda el alma compartir sus sentimientos, que la abrazara, que hicieran el amor. Lenta y tiernamente, como la primera vez.

Volvió sus labios hacia las manos de Quinn y las besó. Era lo único que podía hacer para no entregarse a sus brazos.

Tenía que pensar en esos sentimientos. Pensar en las repercusiones. ¿Podía confiar en él? ¿Confiaba él en ella?

Le dolía no tener una respuesta a esas preguntas.

—Buenas noches —murmuró, y bajó rápidamente del coche antes de que cambiara de opinión.

Oyó que la puerta de Quinn se abría y cerraba.

—Te acompañaré hasta tu cabaña —dijo.

Ella sacudió la cabeza.

—Papá me está esperando —dijo, señalando las luces de la hostería con un gesto de la cabeza.

Siguió caminando en el aire fresco de la noche y cruzó los pocos metros que la separaban de la puerta trasera. Sintió la mirada de Quinn clavada en su espalda y se

preguntó qué pasaría si se giraba y le dijera que viniera con ella. Lo deseaba. Dios mío, cuánto lo deseaba.

Y ¿qué pasaría si él se aprovechaba de su vulnerabilidad emocional? ¿Si la relevaba de la búsqueda, o del caso? Mientras lo pensaba, se dio cuenta de que Quinn la había apoyado firmemente desde su llegada. Si tenía dudas acerca de ella, se las reservaba muy bien.

Ella sí tenía dudas. Llevaba diez años convencida de que Quinn le había arrebatado todo lo compartido íntimamente con él a propósito de sus sentimientos, sus temores, su psique maltrecha, y que lo había utilizado todo en su contra para que la expulsaran de Quantico. Sin embargo, esa experiencia tenía tanto que ver con su propia inseguridad y su temor como con cualquier cosa que Quinn hubiera o no hubiera hecho.

Era preferible poner cierta distancia entre ella y Quinn. Sería mejor olvidar el pasado. Olvidar aquel beso en la cocina. Olvidar cómo él la tocaba con manos que la hacían arder de deseo y volver a sentirse mujer.

Aún sentía el contacto de su mano en la mejilla, y deseaba mucho más.

Cerró la puerta de la cabaña y él se quedó fuera. Sus emociones estaban demasiado vivas, demasiado a flor de piel. Tenía que guardar sus distancias. Porque sabía que Quinn podía volver a romperle el corazón con mucha facilidad.

Quinn marcó el número de Olivia en cuanto entró en su habitación de la hostería. Pero no conseguía sacarse a Miranda de la cabeza.

Lo estaba volviendo loco. No podía parar de pensar en ella, no quería parar. Ansiaba poder sentarse con ella y tener una larga conversación. Pero Miranda no era el tipo de mujer que se entregara a conversaciones razonables. Actuaba por instinto y reaccionaba a partir de sus emociones.

Él le había explicado con abundancia de detalles su actuación en Quantico en una carta que ella le devolvió sin abrir. Intentó hablar con ella. Ahora tenía que encontrar una manera de que le escuchara. Si encontraba las palabras adecuadas, sabía que ella le entendería y lo perdonaría. Pero tanto su propia decisión hace años, como la posterior reacción de Miranda, magnificada, habían tejido una enorme red de sentimientos complejos que él no sabría desenmarañar.

Quinn estaba muy orgulloso de todo lo que Miranda había logrado en diez años, tanto profesional como personalmente. Sin embargo, la figura del Carnicero seguía persiguiéndola, y ella no dejaba que nadie cruzara ese umbral para ayudarle.

Se pasó una mano por el pelo mientras paseaba por la amplia habitación.

Había que joderse. Vaya mujer. ¿Acaso no acababa de decirle que nunca dejaría de amarla? Y ella se había ido como si nada.

¿Acaso no le creía? Él nunca le había mentado aunque, considerando lo vivido en el pasado, quizás ella dudaba de su sinceridad. ¿Cómo podía convencerla?

Quizás había cometido un gran error diez años antes, cuando le había dejado todo el espacio que pedía. La había respetado demasiado. Debería haberla visitado en persona, explicarle sus razones con claridad y decirle cuánto la amaba. Todas las veces que fuera necesario, hasta que ella le hubiera creído. Cuando no devolvió las llamadas por teléfono, pensó que su mejor alternativa era escribirle aquella carta.

Se equivocó. La única manera de tratar con Miranda era cara a cara.

—¿Hola? Quinn, ¿eres tú? —La voz en el teléfono lo sobresaltó. Él sacudió la cabeza para despejársela.

—Lo siento, Liv, estaba soñando despierto.

—¿Despierto? Son las once de la noche.

—¿Te he despertado?

—No, ¿te puedo ayudar en algo?

Olivia era siempre una mujer seria, según dictaban las reglas. Él admiraba su inquebrantable devoción hacia su trabajo como técnico de laboratorio. No se le escapaba ningún detalle de la investigación forense.

—¿Has encontrado algo?

—Sólo llevo un día aquí. Las pruebas de laboratorio tardan su tiempo. —Lo dijo como si él debiera saberlo, y así era. Pero, joder, él quería toda la información *ahora*. ¿De qué servía poder tirar ciertos hilos si esos hilos no rendían un resultado inmediato?

—Lo siento —farfulló Quinn.

—Vale.

—¿Es un sarcasmo? —preguntó él, con tono jocoso.

—Estoy cansada. Aquí en Virginia es la una de la madrugada.

—Se me ha olvidado. Te dejo.

—Hay una cosa.

Quinn dejó de pasearse.

—¿Qué?

—Hay una muestra de tierra que parece... no sé, diferente.

—¿Tierra? ¿De dónde?

—Espera un momento. —Quinn oyó un ruido de fondo, como si Olivia revisara unos papeles—. Aquí lo tengo. Tenemos diez muestras de tierra tomadas de la barraca donde estuvo secuestrada Rebecca, cada una de un lugar diferente y de la zona inmediatamente circundante. Dos de las muestras del interior son diferentes de la muestra de tierra tomada fuera.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

—Se ve a primera vista. En primer lugar, es roja. No recuerdo haber leído que la tierra de Montana fuera roja. Y el hecho de que no coincidiera con la tierra del exterior me disparó la alarma. Pero esta no es mi especialidad. He mandado una

muestra a Quantico para que la analicen.

—¿Roja? ¿Cómo rojo de sangre? ¿De camión de bomberos?

—No, más bien como rojo ladrillo.

—¿Ladrillo?

—Pero más ligera que la tierra.

—Me he perdido, Liv.

Ella se echó a reír y Quinn sonrió. Olivia no solía reír, pero cuando reía, su calidez alcanzaba a todo el que la escuchaba.

—Del color del ladrillo, pero con una textura más parecida a la arcilla que a la tierra. La arcilla es muy fina, pero cuando se moja las partículas se unen.

—¿Como en la alfarería? —preguntó él frunciendo el ceño, intentando imaginar lo que le explicaba Olivia.

—Es el mismo principio, pero este es un tipo de arcilla muy diferente.

—¿Cuándo lo sabrás? ¿Puedes señalar con precisión de dónde pudo venir? —Estaba a punto de hacer otras diez preguntas cuando Olivia lo interrumpió.

—Lo he mandado lo más rápido posible, Quinn, pero la muestra está en manos de Federal Express y mi gente no puede hacer nada hasta que la reciban.

Lo siento. Pero da la impresión de que es la mejor pista que tenemos.

Lo sé. He estado leyendo todos los expedientes que me dejaste —dijo, y guardó silencio un momento—. ¿Cómo está Miranda?

—Está bien.

—¿Y?

—Ya conoces a Miranda. Está trabajando demasiado, no come lo suficiente. Pero es muy buena en su trabajo. Sólo quisiera que no sufriera tanto. —Se dejó caer en la cama y se quedó con la mirada clavada en los pies, pero viendo sólo cómo los ojos azul oscuro de Miranda se llenaban de todo el dolor del mundo.

—¿Quinn?

—Sí.

—Todavía la amas.

—Lo sé.

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

—¿Y?

—Le da igual. Le hice daño, Liv. No quería, pero me vi obligado a hacerlo.

—¿Se lo puedes explicar a Miranda?

—Lo he intentado —dijo Quinn. Daba la impresión de estar a la defensiva.

—Sí, recuerdo que lo intentaste entonces, cuando todo estaba en carne viva y era un asunto muy emocional. Y ahora, ¿qué?

—Nada ha cambiado, Liv. He intentado hablar con ella dos veces, pero me

rehuye. No quiere escucharme.

—Oblígala a escucharte.

—Maldita sea, lo he intentado.

—Inténtalo de nuevo.

A pesar de que Nick había trazado una meticulosa cuadrícula en su mapa, casi se pasó del desvío que llevaba a la cabaña del juez Parker.

Las ramas colgantes de unos árboles gruesos rozaron el techo de su todoterreno cuando subió por la empinada cuesta. Las luces de sus faros iluminaban justo el trozo de delante, pero el estrecho camino de grava estaba flanqueado por gruesos arbustos y enredaderas que rascaban ambos lados del coche al pasar.

Una hora antes, Nick había estado sentado a la mesa de su cocina comiendo un plato de comida preparada mientras revisaba los mapas y los documentos de propiedad que había copiado del Registro. Tenía que situar los lindes de esa cabaña en concreto en el mapa. De pronto lo vio claro. Aquella propiedad estaba situada en el centro de un círculo de unos veinticinco kilómetros y destacaba como si fuera el blanco central. La cabaña era la única construcción accesible a pie a partir de las escenas de todos los crímenes que habían descubierto. Si bien parte del terreno era peligroso y se podía tardar horas, un excursionista con experiencia podía conseguirlo.

Por su forma física, el Carnicero podía permitírselo.

Nick pisaba terreno peligroso. La cabaña era propiedad del juez Richard Parker.

Aunque su intuición fuera acertada y la cabaña fuera un punto de descanso para el Carnicero, eso no significaba que el Juez Parker estuviera enterado. Aquel hombre era dueño de una propiedad de cuatro mil hectáreas. Era imposible mantener una vigilancia que abarcara toda esa extensión.

Nick no se podía permitir que uno de los hombres más poderosos de Montana se volviera contra él o contra la Oficina del Sheriff. Era preferible investigar la cabaña en secreto, y luego informar en caso de que descubriera algo.

Tampoco pensaba encontrarse con nadie. Sólo quería confirmar que existía y echar una mirada. Si encontraba pruebas de que había intrusos o de que hubiera sido habitada recientemente, traería a un equipo de investigadores y hablaría con Parker.

El juez no declaraba la propiedad como fuente de ingresos, pero eso no significaba gran cosa. Podía alquilarla a amigos los fines de semana, o quizá la usara él. La había heredado de su padre, según los registros patrimoniales. Aquella cabaña en concreto estaba situada en el culo del mundo, como muchas casas de vacaciones en el sudoeste de Montana.

Si Nick no se hubiera pasado cinco horas en el Registro de la Propiedad examinando todas las propiedades registradas en un radio de quince kilómetros del lugar donde había aparecido cada víctima conocida, nunca se habría fijado en esa cabaña.

Llamó a Quinn cuando se acercaba al desvío de la Hostería Gallarín para saber si quería acompañarlo. Pero contestó el buzón de voz y Nick no dejó mensaje. Ir hasta Big Sky era un capricho, porque era probable que su corazonada no llevara a ninguna parte. Después de pasar los últimos días zarandeado por la prensa, prefería que su hipótesis fuera un secreto hasta tener alguna prueba.

Al final, descartó las dudas y continuó subiendo los tres kilómetros sinuosos que quedaban por el camino estrecho y lleno de arbustos.

Tras un giro brusco, desembocó directamente en el garaje de la cabaña, y aunque Nick esperaba encontrarla de un momento a otro, lo cogió por sorpresa. Frenó de golpe y apagó las luces al mismo tiempo.

Apagó el motor y bajó de la camioneta. Al sentir el aire frío se abrigó cerrándose el anorak. Desde que el sol se había puesto, la temperatura rondaba los diez grados. La previsión del tiempo calculaba unas mínimas de cinco. Se encogió de frío pensando en Ashley van Auden.

En la época en que era pareja con Miranda, Nick se dio cuenta de que a ella le pasaba algo con el calor. Se daba unas duchas con agua que habrían escaldado a cualquiera. Se abrigaba cuando hacía buen tiempo. Siempre llevaba mantas y café caliente en el coche. Durante mucho tiempo, Nick lo había visto como costumbres muy especiales. Nunca lo relacionó con la agresión del Carnicero hasta una noche, poco antes de que se separaran.

*Oye, Randy, vamos a dar un paseo por el lago Meyer.*

*Era verano y los termómetros todavía rondaban los veintisiete grados, a pesar de que se acercaba la hora de ponerse el sol. Prometía ser una noche deliciosa.*

*—No tengo ganas.*

*Nick frunció el ceño. Estaba acostumbrado a los cambios de humor de Miranda, pero ella solía ser muy espontánea. Le fascinaba esquiar, bajar los rápidos en balsa; era la única mujer que conocía que sentía pasión por la vida al aire libre. Era una de las razones por las que se había enamorado de ella.*

*El lago Meyer era uno de esos lugares donde iban las parejas a bañarse desnudas.*

*Mierda, había metido la pata.*

*—Lo siento, debería haber pensado...*

*Ella lo interrumpió.*

*—No me importa que me vean, Nick.*

*—No se me ocurrió pensar —dijo él, frunciendo el ceño.*

*Esta noche hará unos quince grados. Él no le entendió.*

*Te prometo que volveremos a casa antes de que haga tanto frío. Ella lo miró, desilusionada.*

*—No pienso ir a nadar a ningún lugar de noche.*



*Acabaron quedándose en casa de Nick mirando una película. Nick creía que Miranda no quería que la vieran desnuda, con el cuerpo lleno de cicatrices, y se sintió mal por haberlo sugerido.*

Ahora lo sabía. No era el hecho de estar desnuda, sino de estar desnuda en el agua fría.

Nick se dio cuenta de que había echado mano de la pistola de diez milímetros que llevaba. Casi volvió a enfundarla.

Pero, no. Decidió permanecer alerta.

No había luces encendidas en la cabaña. Parecía desierta. Nick se relajó.

La rodeó. Era una estructura clásica en A, con una sala o salas grandes en la primera planta, apoyada sobre pilares. Y una especie de ático en la parte superior.

Subió las enclenques escaleras que llevaban al balcón que la rodeaba. Era evidente que no había nadie. Estaba oscuro. No había vehículos. Vacía. Aun así, Nick estaba tenso, con todos los sentidos alerta.

Miró por la ventana, y la media luna le permitió ver unas cuantas sombras. Algunos muebles, un sofá, una silla, una mesa. Nada de equipaje. Nada de comida en la mesa. Ninguna pistola, ni cuchillo ni mujer atada al suelo.

Sí, había sido una pérdida de tiempo venir.

Enfundó la pistola, echó una mirada por el balcón. Había dos sillas tumbonas apoyadas contra la pared de la casa. Cruzó al otro lado del balcón y miró hacia el lago, a unos cien metros, cuya superficie quieta reflejaba la luna.

*¿Qué voy a hacer ahora?*

Nadie sabía que había ido hasta allí. Volver a casa, dormir unas cuantas horas, contarle a Quinn que había revisado los registros de propiedad con una corazonada que no dio resultado. Olvidarse de todo eso y concentrarse en la lista de cincuenta y pico hombres de la universidad.

Era lo que tendría que haber hecho ese día en lugar de andarse con corazonadas.

Al girarse se apoyó en la barandilla y vio un par de botas junto a la puerta.

Qué raro.

Fue a desenfundar su pistola.

Antes de que pudiera sacarla, cayó, víctima de un golpe que le hizo perder el conocimiento.

## CAPÍTULO 22

Miranda miró su reloj. Ya eran las siete y media de la mañana y Quinn todavía no aparecía.

Tenía el jeep en la universidad así que dependía de él para volver a la ciudad. ¿Por qué habría aceptado volver con él la noche anterior?

*Estabas agotada.* Sí, temía quedarse dormida al volante. Llevaba casi dos semanas prácticamente sin dormir y la falta de sueño empezaba a pasarle factura.

Sin embargo, le sorprendió dormir tan bien la noche anterior. Nada de pesadillas ni interrupciones. Pero al despertar por la mañana, recordó una conversación con Quinn un año antes de ser admitida en Quantico. Pensando en ello, llegó a la conclusión de que él siempre había tenido dudas, pero no a propósito de sus capacidades.

*—Me marcho mañana por la mañana —dijo Quinn, echándole a Miranda un mechón de pelo detrás de la oreja.*

*—¿Mañana? Pensaba que tenías la semana libre.*

*—Así es, pero ha pasado algo.*

*El tono de voz de Quinn le dio una clave acerca de la verdad.*

*—Un asesinato.*

*—Preferirías no saberlo.*

*—Todo lo contrario.*

*—Miranda, ¿por qué te haces esto?*

*Estaban sentados en el porche de la hostería. Era tarde por la noche y la mayoría de los clientes se habían retirado o tomaban una última copa antes de que el bar cerrara a las once.*

*—Pronto seré agente del FBI, Quinn. Puedo enterarme de los detalles. —Miranda estaba matriculada en cursos de psicología y criminología. Ya había obtenido su licenciatura compaginando sus estudios el año anterior. Habría ingresado a Quantico ese año, salvo que todavía le quedaban diez meses para cumplir los veintitrés años.*

—No paras de hablar de ello.

—Ya te he contado mis planes.

—Es verdad. Sólo que pensé que cambiarías de parecer.

—¿Por qué? —¿Acaso le había dado a Quinn la impresión de que flaqueaba? Esperaba que no.

Él la miró y en sus ojos había tal carga de emoción que ella se sintió maravillosa y completamente conquistada por él.

—Hace un año que no paras de asombrarme, Miranda. Has sido todo un estímulo para mí cuando el trabajo comenzaba a hastiarme. Cuando era incapaz de atrapar al cabrón que te hizo daño... —Tragó saliva y desvió la mirada, pero ella alcanzó a captar el brillo húmedo en sus ojos.

—No es culpa tuya. Lo perseguiremos. Y algún día lo encontraremos.

Quinn se giró lentamente hacia ella, le cogió las manos y se las apretó con fuerza. Ella se abandonó en sus brazos, contenta y segura de sí misma y de su sexualidad por primera vez desde la primavera pasada.

—Estás tan cerca. Creo... que eres lo bastante lista y estás lo bastante motivada para convertirte en una excelente agente del FBI. Sin embargo, creo que la investigación del Carnicero te motiva más que el hecho de querer ser agente. — Quinn suspiró y le acarició el pelo—. No sé si tiene sentido lo que digo.

Ya te demostraré que soy capaz. —¿Había hablado como si sintiera pánico? No, sólo quería ser enfática—. Dijiste que me darías una carta de recomendación. Pero si no quieres dármela, puedo conseguir otras.

—Te prometí una carta y la tendrás.

—Además, no ingresaré en la Academia hasta dentro de un año —dijo ella, e hizo una pausa—. No me has contado lo de tu caso.

Él la estrechó con fuerza y se quedaron mirando las sombras. Ella llevaba puestas cuatro capas de ropa y una manta alrededor de las piernas. Ahí, con Quinn a su lado, se sentía segura.

—La víctima es un menor —dijo él, con voz queda—. Son los peores casos.

—¿Miranda?

Ella tuvo un sobresalto. Quinn estaba al pie de la escalera y la miraba con expresión intrigada.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos.

Ella debería haber leído entre líneas en aquel momento. Volviendo a pensar en aquella noche, se dio cuenta de que Quinn tenía reservas desde el principio a propósito de su decisión. Le dio la carta de recomendación porque se la había prometido, pero no confiaba en que siguiera adelante. Miranda no sabía si estaba más enfadada con él por su preocupación o consigo misma por no haberse dado cuenta de

ello en su momento.

Estaba tan segura de que quería ingresar en el FBI. Hablando con Quinn de los casos en que había trabajado y de los asesinos que había puesto entre rejas, ella se sentía inspirada y llena de esperanza de que también podría enfrentarse a los maleantes y al final triunfar.

Eso sí, sólo había un maleante que de verdad quería encontrar, que de verdad necesitaba derrotar. No era la primera vez que pensaba que quizás el psiquiatra tuviera razón. Su obsesión por atrapar al Carnicero era lo que la motivaba, lo que la había llevado a presentarse al FBI. Ella no lo habría llamado obsesión, pero la verdad es que se concentraba en poca cosa más. ¿Cómo podía abandonar si él seguía cazando mujeres?

—¿Miranda? —dijo Quinn, cuando ya estaban en el coche.

—¿Qué?

—¿Pasa algo malo?

—No. —¿Tanto se le notaba? Miró a Quinn y le sonrió—. La verdad es que anoche dormí bastante bien.

—Me alegra saberlo. Lo necesitabas. —Habían salido a la carretera principal. Ella miró el reloj del salpicadero. Las 7:50. Empezó a pensar en la planificación de la búsqueda, y volvió a revisar mentalmente la cuadrícula que habían elaborado el día anterior, preguntándose si mandar a sus hombres a inspeccionar algún otro lugar. Cualquier coordenada que escogiera era como un disparo al azar.

—¿Sirve de algo? —preguntó.

—¿Perdón?

No se había dado cuenta de que pensaba en voz alta.

—Pensaba en la búsqueda. Cada vez que secuestran a una mujer, no hago caso de los límites y peinamos miles de hectáreas. Y ¿de qué sirve? Nunca hemos encontrado a nadie a tiempo. No pudimos salvar a Rebecca. ¿Por qué habré pensado que podíamos?

—Deja de criticarte así, Miranda. Es lo que hacía Nick ayer porque se sentía presionado por la prensa. Tú eres una especialista en búsqueda y rescate. He revisado tus métodos y las rutas que has seguido y yo habría hecho exactamente lo mismo con el personal y los recursos que tenías.

—¿Sí?

—Absolutamente. Y si no fuera por lo metódico de tus búsquedas, jamás habríamos encontrado algunos cuerpos.

—Pero era demasiado tarde. —Habían encontrado a las hermanas Croft cuatro semanas después de que las mataran. Con Rebecca habían tardado menos de un día. Pero habrían pasado varias semanas si el hijo del juez Parker no hubiera hallado accidentalmente el cadáver.

—Anoche hablé con Olivia.

¿Y? ¿Ha descubierto algo? No habría llamado si no tuviese noticias. ¿Qué hay de nuevo?

Fui yo quien la llamó —explicó Quinn—. Y no tiene nada definitivo. Pero ha mandado unas muestras de tierra al laboratorio del FBI en Virginia. ¿Sabes de algún lugar por aquí donde haya tierra o arcilla roja?

—¿Roja? —Miranda revisó sus conocimientos de geología—. No lo creo. En los alrededores, no. —Miranda se mordió el labio—. ¿Arcilla roja? Podría hablar con alguien del departamento de geología, quizá sepan algo.

—Trata de hacerlo discretamente, ¿vale? Te dejaré en la universidad. Iría contigo, pero tengo que encontrarme con Nick para ver lo de los expedientes de la universidad. Vamos a repartirnos el trabajo con la lista que tenemos. Acabaremos con unas tres docenas de nombres en total, pero es lo único que tenemos por ahora hasta que Olivia nos dé algún resultado definitivo.

Miranda miró a Quinn de reojo. ¿Quería que investigara aquello? No esperaba que la incluyera en sus planes, a la luz de lo ocurrido en el pasado. Saber que él confiaba en ella para encontrar respuestas, aunque fuera sólo un pequeño aspecto de la investigación, significaba mucho.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí.

—Sólo te pido que tengas cuidado —dijo él, finalmente.

La Puta iba a despellejarlo vivo.

Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer él? Ese jodido poli había venido a meter las narices. ¿Qué habría pasado si hubiera decidido saltarse todas las normas sobre inspecciones y búsquedas, si hubiera entrado en la cabaña?

Él no podía decirle nada a La Puta a propósito de eso. Ella no sabía todo lo que él guardaba. No lo habría entendido. Él *necesitaba* una conexión con las mujeres que había cuidado. Manoseaba sus fotos y lo recordaba todo a propósito de ellas. La suavidad de su pelo. La belleza de los cuellos. Y sus pechos... sobre todo amaba sus pechos. Bellos, redondos, llenos.

No, ella no lo entendería.

Pero ahora tenía que deshacerse del jodido vehículo del poli. Quizá lanzarlo por la orilla del camino. O abandonarlo donde lo encontraran fácilmente. ¿Era preferible esconderlo o dejar que lo descubrieran?

No lo sabía. Por eso la había llamado.

Ella subió por el estrecho camino a más velocidad de lo que debía, y casi acabó empotrada en la parte de atrás de la camioneta del sheriff. Bajó del coche a toda prisa, con su rubia cabellera rebotando sobre los hombros.

—¡Maldito imbécil!

—Estaba husmeando por aquí.

—Tenemos que irnos. —Ella subió la escalera a grandes zancadas y se detuvo en la puerta—. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con el cuerpo? ¿Lo has enterrado?

—Está con la chica.

Ella parpadeó y lo miró con ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Por qué habrías de arrastrar el cuerpo a kilómetros de aquí? ¿Por qué no lo has enterrado aquí?

—Creo que no está muerto.

—¿Y eso, por qué coño?

Él se encogió de hombros. No estaba en sus planes matarlo. Sólo lo había dejado fuera de combate. Había sangrado un poco, pero no creía haberlo matado. De hecho, tirado ahí en el balcón, no le urgía demasiado matarlo. ¿Qué gracia tenía matar a alguien que no sabía lo que le esperaba?

En fin. Él no tenía pensado dejar que el sheriff se largara. A la larga, moriría de hambre.

—Eres un imbécil. ¡Un gilipollas de mierda! Ahora tenemos que irnos, abandonar Montana. Me has arruinado la vida. ¡Maldito, maldito seas!

La Puta se paseaba a grandes zancadas, mesándose el pelo. Él se encogió, apoyado en la pared exterior de la casa. No había manera de saber qué era capaz de hacer en ese estado de ánimo.

La Puta siguió farfullando y lanzando imprecaciones durante diez minutos antes de dirigirse a él con el índice en alto.

—Haz el equipaje. Nos vamos. Vamos a dejar a la chica, y a Nick Thomas. Estarán muertos antes de que los encuentren. Tengo algo de dinero guardado. Conseguiremos nuevas identidades, quizá en California. Sí, California estaría bien. Los Ángeles es una ciudad grande, y nos quitaremos de en medio.

—No.

Ella dejó de pasearse de arriba abajo y se lo quedó mirando.

—¿Qué?

—No pienso irme. Theron y Aglaia han puesto huevos. No me puedo ir hasta que los polluelos rompan el cascarón.

—¿Piensas arriesgarlo todo por unos jodidos pájaros de mierda?

Él se puso tenso.

—No son unos pájaros de mierda.

—*Son pájaros.* ¿No me dijiste en una ocasión que están por todas partes, que hasta construyen sus nidos en los tejados de los edificios en Los Ángeles? Si quieres ver a esos malditos bichos, ya puedes ir pensando en mirarlos desde la calle en lugar de andar perdiendo el tiempo en medio de la porquería en el culo del mundo.

¡Maldita sea, esto va en serio! ¡Has secuestrado al sheriff! No podemos quedarnos aquí. Tenemos que irnos. Y tú vendrás conmigo.

Lo irritaba el desprecio que La Puta demostraba por Theron y Aglaia. Entretanto, ella pensaba en lo que le diría a su marido, o en cómo comprarían nuevos carnés de conducir, y cuándo se largarían.

Él no se largaría.

Ella mentía, igual que todas las demás. Ella siempre le decía que se sentía orgullosa de su trabajo, que admiraba su paciencia y su esmerado cuidado de los halcones. Pero ahora los llamaba pájaros de mierda. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo era posible que pensara eso de un animal tan elegante y veloz, tan libre y hermoso como Theron?

Sintió que se iba acumulando aquella rabia tan familiar, pero esta vez era diferente. La furia crecía por momentos, se hacía más real. Sus propias necesidades ya no eran esenciales. La rabia no paraba de aumentar, hasta que lo superó.

Si él no volvía donde Theron, ¿quién se ocuparía de él? ¿Algún funcionario del Estado que identificaba a los pájaros por su frecuencia de radio? Nunca. Theron tenía una personalidad única. Él jamás permitiría que lo convirtieran en un simple número, uno de tantos, es decir, en nada. Ahora que al halcón peregrino ya no se le consideraba un ave en peligro de extinción, a nadie le importaba tanto como a él.

Si él se marchaba, ¿qué les pasaría? ¿Quién los vigilaría? ¿Quién los seguiría o protegería?

No, él no pensaba irse. Y ella no podía obligarlo.

Además, todavía no había acabado con la rubia que tenía oculta. No podía marcharse antes de terminar con ella.

*¡Flas!*

Se llevó una mano a la mejilla, mientras el calor del golpe le iba bajando de la cabeza al resto del cuerpo. Se la quedó mirando. Casi había olvidado que ella estaba frente a él, hablándole.

—¡No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho! ¡Joder, no eres más que un pobre imbécil! Ve a buscar tus cosas. ¡Ahora!

—No.

Parecía tranquilo. En realidad, se sentía libre. Y le gustaba ese sabor de su desafío.

—¿Qué? —Ella parecía conmocionada. Bien.

—No me voy. Todavía no —dijo, y dio un paso hacia ella. Él era quince centímetros más alto que La Puta, pero nunca se había sentido tan grande como en ese momento. Se irguió cuan alto era y la miró desde su altura.

Ella empezó por desviar la mirada. Luego dio un paso atrás. ¿Era miedo lo que se le pintaba en la cara? Sí, lo era. Él conocía bien esa mirada, pero nunca pensó que

llegaría el día en que la viera en ella.

Durante años, ella lo había mimado e ignorado. Lo había amado y odiado, lo había protegido y también herido.

Ahora ya no tenía ningún poder sobre él. Los años no habían pasado en vano.

Ella miró a derecha e izquierda, pero sonrió. Una sonrisa nerviosa.

Lo había entendido.

—Cariño —dijo, con esa voz melosa suya—. Sé razonable.

—No pienso irme hasta que los polluelos rompan el cascarón.

—Pero...

Él lanzó un manotazo y le dio en toda la cara. Ella trastabilló y se fue hacia atrás.

Él no sabía quién estaba más sorprendido, si él o ella. Jamás le había levantado la mano. Jamás lo había pensado seriamente.

Pero ella nunca había atacado a sus pájaros antes.

Él se creció ante el alcance del miedo de ella. La suerte se había girado y ahora el poder estaba en sus manos.

—Tú puedes hacer lo que te dé la maldita gana —avisó—. Yo no pienso irme.



## CAPÍTULO 23

Nick recordaba su primera borrachera. No se trataba de una simple intoxicación. No, se trataba de una borrachera en toda regla, con el cerebro embotado, con náuseas que le hicieron vomitarlo todo, arrastrándose por el suelo.

Ahora cambiaría con gusto el dolor de cabeza por una resaca de tres días.

De sus labios reseco escapó un gemido, y el leve ruido empeoró su dolor de cabeza. Sentía los párpados cubiertos y cerrados por la arena y un gran peso que le impedía abrirlos. Con sólo pensar en moverlos, redoblaba el dolor.

Sin embargo, estaba vivo. Al menos de eso estaba seguro. Era evidente que si te morías, no podías sentir dolor. A menos que existiera el infierno y él hubiera hecho algo que lo hacía merecedor de una maldición eterna. Tal como se sentía ahora, quizá prefería el infierno.

El frío se le colaba en el cuerpo, más allá del dolor en la cabeza. Se estremeció y el dolor que sintió al moverse le arrancó otro gemido. Tenía los huesos helados, pero no estaba a la intemperie. Estaba tendido de lado sobre una superficie más dura que la tierra. Un suelo de madera. Olores. Moho, orina, animales muertos. El hedor penetrante de capas de tierra húmeda.

Intentó mover el brazo. Tenía las manos entumecidas, pero no del dolor. Las tenía atadas a la espalda. Respiró hondo y soportó una nueva ola de dolor al respirar. Sintió que su aliento le volvía de inmediato. Tenía la cara tocando contra una pared.

¿Qué había pasado? Él iba conduciendo... ¿A dónde? Ahora recordaba. Iba a ver aquella cabaña con tejado de doble vertiente en el límite sur de la extensa propiedad del Juez Parker.

Al no ver nada sospechoso, decidió que volvería a casa. Ir a ese lugar había sido una pérdida de tiempo, y recordó que se alegraba de no haber molestado a Quinn. Pero cuando se giró, vio un par de botas y le pareció raro que estuvieran ahí, junto a la puerta de una cabaña sin habitar.

Quiso coger la pistola pero alguien lo golpeó por detrás. Él no oyó nada, sólo sintió un dolor muy agudo... y luego, nada.

Hasta ahora.

¿Acaso su atacante lo había observado tranquilamente protegido por la oscuridad de la cabaña mientras él examinaba el perímetro? ¿Por qué? ¿Se trataba de un ladrón? ¿Alguien la ocupaba ilegalmente? ¿O eran conocidos de Parker?

¿Sería acertada su teoría de que el Carnicero la utilizaba como centro de operaciones?

Nick estaba seguro de que ahora no se encontraba en la cabaña de Parker. Esos olores pestilentes y el frío penetrante le hacían pensar en una cabaña improvisada o una pequeña barraca.

Hacía un frío que helaba el tuétano. Miranda detestaba el frío a causa de lo que el Carnicero le había hecho. Ahora, él estaba en la misma situación. Atado y tendido en un suelo de madera frío.

¿Era posible que Richard Parker fuera el Carnicero?

Nick no podía imaginar al juez que conocía desde que era adulto torturando a esas mujeres. Sin embargo, de algún modo encajaba con el perfil, ¿no? Quizá fuera un poco mayor. Por otro lado, estaba casado, y seguro que no era un solitario. Pero Parker era un hombre que estaba en buena forma física y se había criado cazando y pescando en el sudoeste de Montana. Desde luego, la prueba más flagrante era que a Nick lo habían atacado en su cabaña.

En el FBI a veces se equivocaban con los perfiles. A él le vinieron náuseas de sólo pensar que Parker pudiera ser el Carnicero. Recordó todas las veces que había acudido al juez para que le ayudara a obtener más recursos. Parker tiraba de los hilos y conseguía que el condado asignara más dinero a unas búsquedas que siempre acababan sin resultados. Quizá Parker se lo pasaba en grande mirando desde afuera mientras la policía se equivocaba en todos sus análisis. ¿Sentiría un placer enfermizo viendo a Miranda buscar a las mujeres que él tenía cautivas?

No había pruebas concretas de que Parker fuera el Carnicero. Quizás el asesino había descubierto la cabaña y, tras ver que rara vez se usaba, la había ocupado sin que pasara nada. También existía la posibilidad de que Parker la hubiera alquilado o prestado a un amigo.

Mierda. Tendría que haber dejado el maldito mensaje en el buzón de voz de Quinn. Ellos habrían vigilado a Parker, o puesto a un equipo a seguir lo que pasaba en la casa, o habrían investigado más en profundidad el pasado del juez.

Llevaba tanto tiempo dudando de sí mismo a lo largo de esa semana que no había prestado atención a su intuición. Y ahora estaba pagando el precio por ello.

Un leve ruido, el roce de algo, lo sobresaltó. ¿Roedores? ¿Un oso?

No, el ruido no venía de afuera.

No estaba solo.

Nick ignoraba cómo lo sabía, pero enseguida percibió que alguien más compartía

con él el aire de la habitación. Y luego lo oyó. Un leve susurro.

El martilleo que sintió en el cráneo era tan fuerte que tardó un momento en entender las palabras.

—¿Quién es? ¿Quién es?

Él intentó hablar, pero de su boca sólo escapó un gemido.

—¿Quién es? —Era un susurro de voz. Ronca. De mujer.

Él se humedeció los labios.

—El sheriff —dijo, y el solo esfuerzo de hablar le dolió.

—¿Quién?

Joder, apenas conseguía pensar, y mucho menos hablar. Hizo un esfuerzo por tragar saliva.

—El sheriff Thomas —dijo, pronunciando cada palabra con gran dificultad.

—¿Sheriff?

Nick se dio cuenta de que aquella persona no susurraba. Tenía la voz enronquecida, una voz que le recordó a su hermano Steve cuando en los años del instituto había padecido una laringitis.

O una garganta afónica de tanto gritar.

—¿Ash... ley? —Le dolió articular esas dos sílabas, pero tenía que superarlo. Estaba seguro de que estaba sufriendo el efecto de una conmoción. Y que tenía algún problema con las piernas. Quizá también las tenía atadas, aunque no sentía nada por debajo de la cintura. Tenía todo el cuerpo frío y entumecido.

Pero estaba vivo. Y estaba decidido a seguir vivo. Y también a mantener con vida a Ashley van Auden. Cómo hacerlo era otra historia, del todo diferente. No sabía dónde estaba, qué hora era, ni cómo diantres salir de ahí.

—Sí —dijo ella, con un hilo de voz que enseguida se quebró en un sollozo. Estaba tan cerca que si Nick no estuviera atado, casi podría tocarla—. Nos matará. Nos matará. Es él. Es el Carnicero. Nos va a matar, como ha matado a todas esas...

—Shh.

Ashley repetía su mantra una y otra vez, hasta que a Nick le taladró la cabeza. Intentó hacerla callar, pero no pudo, así que procuró ignorarla. Tampoco tuvo más suerte.

—Ashley. Ashley. —Repitió su nombre hasta que al final la chica dejó de sollozar.

—¿Qué? —preguntó, con un gemido.

—Tenemos que pensar en algo. Piensa. —¿Pensar? Joder, él apenas era capaz de sumar dos más dos.

—No quiero morir —sollozó ella.

Él tampoco quería morir.

—En algún momento te soltará.

—Y ¡después me matará! Sé lo que le hizo a Rebecca Douglas. La degolló. La ma... la mató.

—Ashley, basta. —Nick sintió que la náusea le llegaba a la garganta y, con el mareo, su mente perdía asidero. Respiró lo más hondo que pudo y espiró lentamente. Respirar. Espirar. No podía volver a perder el conocimiento. Era demasiado peligroso para los dos.

—¿Sheriff?

Por el tono de preocupación en la voz de Ashley, Nick pensó que se habría desmayado o se había quedado inconsciente por un momento.

—Estoy aquí.

—No me ha contestado.

—Lo siento —dijo él, y espiró—. ¿Sabes dónde estás?

—No. Tengo los ojos vendados. No veo nada.

—¿Viste a alguien cuando te secuestraron?

—No —dijo ella, volviendo a sollozar—. A nadie. Dios mío. Y Jo. No está aquí, no me ha contestado. Está muerta, ¿verdad? —Ashley empezó a sollozar, histérica. Nick tardó varios minutos en calmarla. No le serviría de nada a Ashley saber que su amiga estaba en coma, así que mintió.

—JoBeth se pondrá bien. Está en el hospital, pero se pondrá bien.

—Gracias a Dios, gracias a Dios.

¿Sabría el Carnicero que él conocía su identidad? Seguramente se sentía amenazado y por eso lo había atacado en la cabaña.

Si así era, no había ninguna posibilidad de que el Carnicero le diera a Nick una oportunidad de escapar. Si no encontraba una manera de salir de ahí, sus horas estaban contadas.

—Pase lo que pase, cuando salgas de aquí, tienes que correr. No hagas lo que él espera de ti. Borra tus huellas. Evita gritar o incluso respirar demasiado fuerte. Quédate entre los árboles. Si se hace de noche y no puedes seguir, entiérrate bajo la hojarasca y escóndete. Pero, sobre todo, corre todo lo que puedas. —Nick trató de componer en su mente un mapa de los lugares donde el Carnicero cazaba a las mujeres. El territorio quedaba al sur de la interestatal y al oeste de la autopista de Gallatin—. Dirígete al noreste todo lo que puedas. Al final, en un día o dos, llegarás al camino principal.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco sus territorios de caza.

—Y ¿qué pasará con usted?

—Me quedaré contigo, si puedo.

Ella no dijo nada. Quizá supiera lo maltrecho que estaba. O quizá pensó que a él no lo soltaría.

Pasó un buen rato, y Nick pensó que Ashley se había quedado dormida.

—Me ha hecho daño —dijo la chica. Su voz era débil. Suplicante, casi infantil.

—Lo sé, pequeña. Lo siento mucho. —Y cómo lo sentía. El secuestro de Ashley se debía, en parte, a su fracaso. No había sido capaz de proteger a las mujeres de su ciudad del desequilibrado que las perseguía.

Eso le provocaba un dolor casi peor que su cabeza.

Tendido ahí, sobre el suelo duro y frío, Nick sabía que su situación era grave. El Carnicero volvería antes de que los encontraran. No importaba la cantidad de gente que los buscara, nunca conseguirían cubrir todo el territorio.

Tenía que pensar, idear un plan para salvar a Ashley y salvarse a sí mismo.

Pero temía que ya fuera demasiado tarde.

## CAPÍTULO 24

Miranda llamó a la puerta del despacho del profesor Austin en el sótano de las instalaciones de Traphagen Hall, en la Universidad de Montana. Nada había cambiado en quince años, desde la época en que ella estaba matriculada en su asignatura. Las rocas eran los objetos de decoración más importantes en aquel despacho atiborrado de objetos. Unos mapas topográficos del oeste de Estados Unidos tapizaban las paredes, junto con gráficos desteñidos con comparaciones de piedras y tipos de tierra. Toda la sala olía a suciedad y papeles.

El profesor Austin ya era un hombre mayor cuando Miranda iba a sus clases, y no había cambiado. Tenía el mismo pelo canoso y en punta, y necesitaba recortarse un poco la barba. Sin embargo, en sus ojos de color esmeralda apareció un brillo de reconocimiento cuando ella carraspeó para llamar su atención.

—Pero ¡si es Miranda Moore! —Se quedó parado, sin darse cuenta, o sin importarle que un montón de papeles cayera al suelo y que algunos se deslizaran bajo la mesa. No era nada de raro que hubiera perdido los trabajos de mitad de curso en los tiempos en que ella era alumna, quince años antes.

—Hola, profesor —dijo Miranda, mientras él la saludaba con una fuerte palmada en la espalda y una amable sonrisa.

—¿Tanto tiempo ha pasado que no te acuerdas de llamarme Glen?

—Lo siento. —Desde el primer día de clase, el profesor Austin insistía en que todos lo llamaran por su nombre de pila. El problema era que realmente su aspecto era el de un profesor, y Miranda siempre se sintió incómoda llamándolo de manera tan informal. Quizá si su nombre fuera Archibald...

—¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—El asesinato de Rebecca Douglas.

—Pobre chica —dijo el profesor, con el semblante ensombrecido.

—En la investigación han descubierto algo raro, y pensé que quizá pudiera ayudarnos.

—¿Yo? —El profesor se sentó a su mesa y más papeles cayeron al suelo. Con un

gesto, invitó a Miranda a sentarse en una silla.

Ella quitó una caja grande de libros de la silla antes de hacerlo.

—Han enviado una muestra de tierra al laboratorio del FBI en Quantico para que la examinen. Es roja. Como el ladrillo. La técnico del laboratorio cree que se trata de arcilla. A mí no se me ha ocurrido ningún lugar en esta zona donde haya tierra o arcilla roja. Pensé que quizás usted conociera algún lugar.

—Hmmm. —El profesor Austin miró más allá del hombro de Miranda, hacia la pared, perdido en sus reflexiones—. Hay un lugar en Three Forks a lo largo del Missouri, aunque yo no diría que es de color ladrillo. Tierra roja. Hmm. —Volvió a pensar y, de pronto, dio un salto que hizo sobresaltarse a Miranda.

Se dirigió a la estantería repleta de libros, sacó un tomo grueso y volvió a su mesa. Asintiendo y murmurando para sí, hojeó el libro y se detuvo.

—La tierra roja, especialmente la arcilla, es un producto de la erosión muy común en las formaciones de piedra arenisca del paleozoico medio.

Miranda volvió a sentirse como una alumna universitaria.

—¿Qué son las formaciones del paleozoico medio?

—Tú aprobaste mi asignatura, ¿no? —preguntó, mirándola con el ceño fruncido.

—Sí, señor. —Pero su cabeza ya no almacenaba esa información.

Él sacudió la cabeza y suspiró.

—Las formaciones del paleozoico fueron creadas por los mares poco profundos que cubrían la mayor parte del oeste de Estados Unidos, hace entre quinientos y doscientos cincuenta millones de años, sobre todo en los estados de las Cuatro Esquinas, es decir, Colorado, Utah, Arizona y Nuevo México, así como una buena parte de Nevada.

—Y ¿qué hay del sudoeste de Montana?

—Y bien, como he dicho, hay arcillas y tierras finas a lo largo de todo el río Missouri. Los colores y texturas varían, pero nada que pudiera considerarse rojo. Aun así —dijo, y frunció el ceño—. Si veo la muestra, quizá pueda decirnos algo más.

—Gracias, profesor. Glen. —Miranda se incorporó de su asiento—. Veré si le puedo enviar a alguien con una muestra, pero se trata de una prueba, y no sé cuánto habrán conservado en el laboratorio.

—Espero que tú y el sheriff Thomas cojáis a ese tipo. Hace demasiado tiempo que tiene aterrorizadas a las mujeres de Bozeman.

—Gracias. —Miranda salió con el corazón acelerado. Sacó el móvil y llamó a Quinn.

—Peterson.

—Quinn, soy Miranda. Acabo de hablar con el profesor Austin sobre la muestra de tierra. Me ha dicho que hay una pequeña región en el oeste de Montana donde podría haber algo parecido. También se encuentra en Utah, Colorado, Arizona y

Nuevo México. Quiere saber si puede echarle una mirada a la muestra. Puede que nos dé más información.

—Llamaré a Olivia y preguntaré si alguien puede llevarle una muestra a la universidad.

—Gracias.

—¿Nick está contigo?

—¿Conmigo? No. No lo he visto esta mañana.

—Habíamos quedado aquí hace media hora, en su despacho, y no está. Lo he llamado a su casa y también a su móvil, pero no contesta.

—Nick no suele hacer eso —dijo Miranda, frunciendo el ceño.

—Espera un momento. —Miranda oyó la voz apagada de Quinn que, al cabo de un momento, volvió a ponerse—. El agente Booker ha intentado encontrarlo, pero nadie ha sabido de él desde ayer por la tarde, cuando llamó para consultar sus mensajes.

—Pasaré por su casa. Quizás esté enfermo —dijo Miranda. Sintió un malestar en el vientre. Algo había pasado.

—Ten cuidado —dijo Quinn—. Booker y yo llamaremos a unos cuantos sitios y averiguaremos quién habló con él ayer por la noche. Llámame en cuanto lo localices, ¿vale?

—Eso haré. —Miranda apagó el móvil y cruzó el campus para llegar a su jeep.

Quince minutos más tarde se detuvo frente a una casa de estilo Victoriano en una calle tranquila del centro de Bozeman. Su todoterreno no estaba en la entrada.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. La casa se veía vacía.

Bajó del jeep y se acercó cautelosamente. No sabía por qué sentía tanta aprehensión. Al fin y al cabo, era media mañana en pleno centro de Bozeman. Calle abajo, un anciano regaba el césped. En la esquina, oyó a un grupo de chavales jugando a pilla-pilla; sus chillidos y risas llenaban el aire.

Pero Miranda había advertido la preocupación en la voz de Quinn. Nick no se había presentado en el despacho por la mañana.

Subió por las anchas escaleras que conducían a la puerta principal y se detuvo en el porche. Se quedó mirando el banco donde ella y Nick solían sentarse a conversar durante esos años de amistad. Le recordó lo que había perdido después de la separación. Antes de que fueran pareja, Miranda nunca se lo pensaba dos veces y paraba en su casa a comer una pizza y a tomar una cerveza, o simplemente para charlar un rato. Pero cuando dejaron de verse como pareja, nunca volvió a sentirse cómoda con la idea de visitarlo.

Siempre había pensado en Nick como su mejor amigo. Sin embargo, durante el último año su relación era sobre todo de trabajo. La entristecía pensar en eso.

Tocó el timbre y después llamó a la puerta.



—¡Nick! Soy Miranda. Silencio.

Volvió a llamar y miró por la estrecha ventana junto a la puerta. No observó movimiento.

Bajó del porche y siguió por el lado del garaje hasta la parte de atrás. Todo parecía estar en su lugar. Ni ventanas rotas ni puertas abiertas.

Dio una vuelta alrededor de la casa y no observó nada raro. Nick guardaba una llave en el cobertizo de la parte de atrás de la casa. Miranda la encontró y abrió la puerta trasera. El interior estaba demasiado frío, como si la noche anterior la calefacción no hubiera estado encendida.

Miranda, presa de cierto nerviosismo, desenfundó su pistola. Era una tontería, pensó, pero era preferible ser tonta que acabar muerta.

La cocina estaba impecable: sólo un vaso de plástico grande de un restaurante de comida rápida del vecindario. Estaba en el borde del mueble y ella lo cogió con cuidado. Estaba medio lleno. Nick tenía el cubo de la basura debajo del fregadero de la cocina. Miranda abrió la puerta del armario. Encima de todo había una bolsa del mismo restaurante. Lo cogió y miró el *ticket* de la compra. La hora registrada eran las 20:04 del día anterior.

Devolvió la basura a su lugar, miró a su alrededor pero no vio nada más que le pareciera fuera de lugar. Subió y se detuvo ante el cuarto de baño. Por naturaleza, Nick era una persona organizada. Cada cosa tenía su lugar. En un armario tenía una caja de píldoras con siete compartimentos, uno para cada día de la semana. Nick creía que una dosis diaria de vitaminas lo mantenía sano, y Miranda no recordaba que jamás se hubiera ausentado del trabajo por enfermedad. Siempre tomaba las grageas por la mañana, justo después de levantarse, para no olvidarse.

Miranda abrió el compartimento del *Viernes*.

Las grageas todavía estaban ahí.

Abrió los demás. Quizá Nick ya no era tan meticuloso como antes.

Los compartimentos del domingo al jueves estaban vacíos. Nick no había cambiado su costumbre.

Volvió al jeep y llamó a Quinn.

—Nick no está en casa.

—Mierda.

—Estuvo en casa anoche después de las ocho, pero creo que más tarde volvió a salir. —Miranda le explicó a Quinn lo del *ticket* del restaurante.

—¿Sabes en qué andaba ayer?

—No, pensaba que tú sí lo sabías.

—Ni idea.

—¿Dónde estás?

—En el despacho de Nick.

—Voy enseguida. Todo esto me da muy mala espina.

—A mí también. —Quinn parecía tan preocupado como la propia Miranda.

Quinn estaba revisando la mesa de Nick, intentando averiguar dónde había ido cuando Sam Harris, el ayudante del sheriff, entró sin llamar.

Harris era un hombre bajito que caminaba muy erguido en un intento de parecer más alto. Quinn había conocido a muchos hombres como Harris entre los guardianes de la ley; polis que disfrutaban del poder que les daba vestir de uniforme.

—Agente Peterson —dijo Harris, con un gesto de la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Yo diría, más bien, ¿en qué puedo ayudarle yo a usted? Al parecer, el sheriff ha desaparecido y eso me deja a mí al mando. Desde luego, me alegro de que el FBI este aquí para ayudar a nuestra pequeña oficina.

—Hay que emitir una orden de búsqueda para localizar a Nick, si es que todavía no lo han hecho. He pedido a dos agentes que le sigan el rastro para saber qué hizo ayer. Sabemos que cenó en casa entre las ocho y las nueve. Llamó y dejó unos mensajes desde el teléfono de su casa. Sin embargo, en algún momento volvió a salir y no regresó.

—Eso está hecho —dijo Harris.

—Gracias.

Quinn iba a preguntar si la camioneta de Nick tenía GPS, ya que muchos departamentos de policía habían instalado el sistema en sus vehículos, cuando Harris lo interrumpió.

—Tengo que informar a la alcaldesa sobre la investigación. No ha tenido noticias de Nick después de la conferencia de prensa de ayer, y nos pidió que le entregáramos un informe diario.

—Nick y yo decidimos que la alcaldesa, y también los medios de comunicación, deben estar informados sin que eso perjudique a la seguridad de la investigación. No hace falta recordarle que se trata de un caso muy delicado.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Harris, con un tono que daba a entender que pensaba justo lo contrario—, pero la alcaldesa no está contenta con la cobertura de los medios de comunicación. La están sometiendo a un severo escrutinio, no sólo en la prensa local sino también en las cadenas de televisión nacionales.

—Estamos todos bajo el ojo de la opinión pública —dijo Quinn—. Se debe a la naturaleza de nuestros asuntos.

—Es verdad, es verdad —dijo Harris, con una media sonrisa—. Pero usted sabe que donde las dan las toman. La alcaldesa está bajo presión, todos estamos bajo presión.

Incluso en las circunstancias más difíciles, Quinn solía manejarse bien con las cuestiones de política local. Pero este caso era personal. Primero, la experiencia de

Miranda y, ahora, la desaparición de Nick.

—Ya entiendo —dijo Quinn, como conteniéndose—. Confío en que le hará llegar la información pertinente a la alcaldesa.

Harris se lo quedó mirando.

—Permítame que le haga una pregunta, agente Peterson. Dejando de lado su amistad con el sheriff Thomas, dígame: ¿puede decir sinceramente que se ha hecho todo lo que se tenía que hacer?

—No pienso quedarme aquí emitiendo juicios sobre los procedimientos cuando tenemos a dos personas desaparecidas —dijo Quinn—. Le puedo asegurar que no he detectado fallo alguno en el quehacer de la oficina del sheriff del condado de Gallatin.

—No somos una oficina grande. No tenemos los recursos para manejar simultáneamente dos casos de desaparición. Quizás el sheriff simplemente necesitaba un poco de tiempo. Ha estado sometido a mucha presión. —Harris intentaba parecer comprensivo, pero era palpable la antipatía latente en su tono de voz.

Quinn iba a responder cuando Harris lo interrumpió.

—Quizás ha llegado el momento de que intervengan más hombres —dijo, con las manos detrás de la espalda—. Ya que el sheriff no está en condiciones de solicitar la ayuda en este momento, yo lo haría con mucho gusto.

Era un comentario demasiado sutil para estar seguro, pero el tono de Harris le hizo entender a Quinn claramente la insinuación de que Nick debería haber solicitado más ayuda al FBI.

Respiró hondo antes de contestar.

—Gracias —dijo, con talante diplomático—, pero ya tenemos un par de agentes que están en camino para colaborar en los interrogatorios. Llegarán esta noche. De hecho, ahora mismo pensaba ponerme a ello.

Miranda entró a toda prisa en el despacho y preguntó, casi sin aliento:

—Quinn, ¿han encontrado a Nick?

Casi se dio de bruces con Sam Harris. En su rostro asomó espontáneamente una expresión de desagrado, pero supo ocultarla.

—Sam —saludó.

—Miranda —dijo él, en el mismo tono formal, y luego miró a Quinn—. Con mucho gusto hablaré de este asunto con la alcaldesa en su nombre, agente Peterson —dijo Harris, con gesto marcial.

—¿De qué iba eso? —preguntó Miranda al cerrar la puerta después de que saliera el ayudante del sheriff.

—Y yo qué sé. ¿Juegos de poder? —dijo Quinn, mesándose el pelo—. Lo último que necesitamos es que las ansias de protagonismo de algunos saboteen nuestro trabajo.

—¿No se ha sabido nada?

—Nada.

—Y Sam, ¿qué? ¿Estaba haciendo su numerito de gilipollas de siempre? —preguntó, entornando los ojos.

—Más o menos. Harris tiene razón en una cosa.

—¿En qué?

—No tenemos recursos suficientes para lidiar con dos casos de desaparición.

—No digas eso. Podemos manejarlos simultáneamente.

—Haremos lo que podamos, mientras podamos. Pero la prioridad en este momento es Ashley van Auden. —El teléfono en la mesa de Nick emitió un zumbido. Quinn lo cogió y, al cabo de un momento, colgó.

—Era Jeanne Price, del Registro de la Propiedad. Por lo visto, Nick estuvo ahí cinco horas ayer por la tarde copiando mapas y registros de la propiedad.

—¿A qué esperamos? Vamos.

Tres horas más tarde, Quinn y Miranda se encontraban en el Registro de la Propiedad mirando los montones de mapas y registros que había consultado Nick.

Pero ninguno de los dos conseguía darle un sentido a las miles de páginas de información. Cuando Miranda le preguntó a Jeanne Price por las copias concretas que solicitó Nick, se enteró de que él mismo las había hecho.

—¿Crees que tenía una pista y la estaba siguiendo? Y, ¿que luego tuvo un accidente o se metió en algún lío? —Miranda no podía disimular su inquietud.

—Nick es demasiado listo como para salir sin apoyo —dijo Quinn, frunciendo el ceño.

—¿Qué? —preguntó Miranda.

—Ayer se sentía agobiado. Entre la prensa y la falta de pruebas, y con los medios de comunicación nacionales amenazando con desembarcar en la ciudad... no lo sé. No me lo imagino haciendo nada por cuenta propia, pero quizás iba siguiendo una pista difícil.

—Una pista difícil. ¡Debería haberle dicho a alguien adónde iba! —Ella siempre estaba preparada para salir corriendo hacia donde fuera, y Nick le insistía que cada vez que lo hiciera lo notificara. Al final, se había convertido en una costumbre. ¿Por qué entonces no había seguido sus propias normas?

Suspiró y se mesó el pelo.

—Ni siquiera sé por dónde comenzar. —Se quedó mirando el documento que consultaba—. Los registros de propiedad de algunas tierras se remontan a veinte años... mapas de todo el condado... seguro que se le habrá ocurrido algo, pero no consigo ver la conexión.

—No lo sé —dijo Quinn, cuando su móvil empezó a sonar—. Peterson. —Escuchó durante varios minutos y luego añadió—: Perfecto. Te veremos ahí en una

hora.

—¿Quién era? —preguntó Miranda, cuando él guardó el móvil.

Olivia. Viene hacia aquí con el director del laboratorio estatal para hablar con tu profesor. Han recibido los resultados preliminares sobre la arcilla roja. Tu profesor tenía razón. El origen se encuentra en los estados de las Cuatro Esquinas y el analista se inclina por Utah. Olivia espera que pueda echar una mirada a la muestra y los datos técnicos para definir el origen con más precisión. De Quantico han llamado a un especialista del Departamento de Estudios Geológicos, si bien eso tardará todavía un día más.

—Y ¿qué hay de estos mapas y registros? —inquirió Miranda, mirando el enorme montón de documentos. Quinn parecía frustrado e irritado.

—No sé en qué diablos estaría pensando Nick. Podríamos pasarnos todo el día aquí buscando y no encontrar nada. Y, francamente, sin algo concreto que nos permita continuar, no podemos seguir aquí perdiendo el tiempo. —Se incorporó—. Son las tres de la tarde y no has parado para correr.

—Tú tampoco —replicó Miranda. No necesitaba que nadie cuidara de ella como si fuera su niñera, pero en el fondo agradecía que Quinn se diera cuenta.

—No me gruñe el estómago tan fuerte como a ti.

—A mí el estómago no me gruñe.

—¿Cuánto te juegas?

—Compremos algo de camino al campus —dijo ella, que estaba a punto de echarse a reír.

—¿Comida rápida? —dijo él, arrugando la nariz—. Si no hay más remedio.

—No hay más remedio —confirmó ella, provocadora. Era tan agradable y se sentía tan a gusto estando ahí de nuevo, charlando con Quinn. Aunque la presión en torno a la investigación del Carnicero, sumada a la reciente desaparición de Nick, bastaba para mantenerlos en un estado de tensión, Miranda se dio cuenta de que estaban cultivando una agradable camaradería. Como en el pasado.

Ahora no quería que llegara a su fin.

## CAPÍTULO 25

—¡Liv! —exclamó Miranda, en medio del patio de Traphagen Hall.

Miranda abrazó con fuerza a su amiga, Olivia St. Martin, aunque no fue un abrazo largo. A Olivia no le agradaban los abrazos ni el contacto físico amistoso, algo que Miranda nunca había entendido pero que respetaba. Olivia siempre había sido una mujer muy particular.

—Tienes buen aspecto —dijo Olivia, y se recogió un mechón de su pelo corto detrás de la oreja—. Teniendo en cuenta que no has dormido demasiado —añadió, preocupada.

Miranda lanzó una mirada a Quinn y frunció el ceño.

—No creas todo lo que te digan.

—Quinn no me ha dicho nada. Yo te conozco —dijo, y le tocó suavemente el brazo—. ¿Te encuentras bien? Sé que estás pasando por un mal momento.

Miranda respiró hondo y asintió.

—Estoy bien. De verdad. —Volvió a mirar discretamente a Quinn, pero Olivia se dio cuenta.

—¿Tú y Quinn habéis arreglado vuestros asuntos?

—En realidad, no —dijo Miranda, encogiéndose de hombros—. Pero las cosas van un poco mejor. Quinn ha sido un gran apoyo. —Quinn era siempre sólido como una roca. Ahora se sentía confundida al caer en la cuenta de que comenzaba nuevamente a contar con él. No era que él se hubiera convertido en su muleta, pero Miranda notaba que se encontraba más a gusto que irritada en su presencia.

¿Cuándo había ocurrido eso?

—¿Cómo te va a ti? —preguntó Miranda, a su vez.

—Estoy bien.

—¿Cuándo se celebra la próxima vista sobre la libertad condicional?

Fue como si una nube cruzara por la mirada de Olivia.

—Dentro de tres semanas.

—¿Tan pronto? Han pasado menos de tres años desde la última sesión.

Olivia había declarado en varias ocasiones en contra de la libertad condicional para el asesino de su hermana. Afortunadamente, el jurado había actuado con la sensatez suficiente para no dejar en libertad a ese malnacido. Sin embargo, cada vez que regresaba a California para enfrentarse a ese maldito cabrón y contar su historia, se quedaba como vacía. Miranda la admiraba por su perseverancia y tenía a su amiga como modelo.

Si Olivia era capaz de estar sentada en la misma habitación con el hombre que había violado y matado a su hermana, sin duda Miranda podía enfrentarse al Carnicero cuando lo detuviera la policía. Sin embargo, la idea de ver a su agresor en persona, aunque fuera entre rejas, la aterrorizaba.

Quinn estaba conversando con el director del laboratorio estatal y ahora se acercó con él.

—Miranda, te presento al doctor Eric Fields, del laboratorio estatal.

—Mucho gusto, señorita Moore. He oído hablar mucho de usted. —El doctor Fields era un hombre pequeño y fibroso y llevaba gafas de marco plateado. Apenas parecía tener edad suficiente para afeitarse.

Miranda dio medio paso atrás y bajó la mirada. No le agradaba ser una celebridad, y menos aún por las razones que la habían hecho famosa a ella.

Olivia rompió el incómodo silencio.

—El doctor Fields ha sido muy amable al facilitarme pleno acceso y, desde luego, tiene un laboratorio que funciona a la perfección. Todavía estamos analizando las pruebas. Aún no conocemos su posible validez ante un tribunal, pero estamos trabajando en una posible huella dactilar.

—Tenemos huellas parciales encontradas en un medallón de una de las anteriores víctimas —dijo Quinn.

—Sí, también tengo que revisar ese informe —dijo Olivia—. Me puedo quedar todo el tiempo que sea necesario. Pero creo que esta tierra os dará la mejor pista.

—Hablemos con el profesor —sugirió Miranda, y se dirigieron a su despacho.

Después de las presentaciones, el profesor Austin examinó la tierra y leyó las conclusiones del informe. Miranda esperaba conteniendo la respiración. Seguro que llegaban a algo. Él les diría exactamente de dónde provenía esa tierra o arcilla.

—Está claro que no es de Montana —dijo el profesor, con total seguridad—. Tampoco es de Nuevo México ni de Arizona. Me atrevería a decir, por mi experiencia, que es de Utah. O, posiblemente, del oeste de Colorado.

Miranda hervía de emoción.

—Estupendo. Ahora sólo tenemos que comprobar si uno de los hombres de la lista ha viajado recientemente a Utah o a Colorado. Vamos.

Miranda se sentía a la vez entusiasmada y aprensiva. ¡Había llegado el momento! Ahora contaban con una pista de verdad. Algo tangible de su búsqueda en la barraca

del bosque donde había estado Rebecca. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

—Antes de que te vayas —dijo Olivia—, el doctor Fields y yo hemos analizado las muestras de las pruebas del asesinato de las hermanas Croft. Se encontró la misma arcilla roja en el colchón. Una pequeña cantidad, aunque las pruebas arrojan una coincidencia del ochenta y siete por ciento. La he enviado a Quantico para que vuelvan a analizarla, pero al menos es algo concreto que se puede relacionar con el homicidio de Rebecca Douglas.

—¿De modo que buscamos a alguien que ha estado en Utah o en Colorado recientemente y también hace tres años? —inquirió Miranda.

—Exactamente —dijo Quinn—. Tenemos que volver al despacho. Si conseguimos definir mejor la lista de nombres, podremos empezar hoy mismo con los interrogatorios.

El profesor Austin buscó entre los papeles de su mesa y sacó un mapa de Estados Unidos. Miranda se quedó asombrada ante la cantidad de documentos que tenía al alcance de la mano y que no perdiera ni uno en medio de tanto desorden.

—Permítame que delimite la región. —Con un bolígrafo rojo, marcó un territorio que incluía la mayor parte de Utah y la región del noroeste de Colorado.

—Gracias, profesor —dijo Quinn, cogiendo el mapa.

—Glen. Me llamo Glen.

—Gracias, Glen. Esto nos ayudará enormemente. —Plegó el mapa y se lo guardó en el bolsillo, justo cuando sonaba su móvil.

—Perdón —dijo, y se apartó unos metros.

Miranda escuchaba a medias a Olivia y al doctor Fields mientras observaba que la expresión de Quinn se endurecía. Este apagó el móvil con un gesto seco y cruzó una mirada con ella.

—Han encontrado la camioneta de Nick —dijo, intentando contener la emoción.

—Y ¿Nick? —preguntó Miranda, que ya conocía la respuesta.

—A él todavía no.



## CAPÍTULO 26

El doctor Eric Fields se ofreció para colaborar con la recogida de pruebas en la escena del crimen, así que él y Olivia siguieron a Quinn y a Miranda hasta la carretera donde habían encontrado el vehículo de Nick. Cuando llegaron, ya había una docena de coches de la oficina del sheriff aparcados al borde del camino. Dos agentes dirigían el escaso tráfico y alrededor de la camioneta de Nick habían desplegado la cinta policial.

Quinn dudaba que Nick estuviera todavía con vida, pero no se lo dijo a Miranda.

Se preguntaba qué andaría buscando. ¿Acaso investigaba una corazonada? ¿Por qué había salido sin apoyo o sin dejar que al menos alguien supiera dónde iba? ¿O es que quizá se había encontrado en el lugar equivocado en el momento equivocado?

Sam Harris ladraba órdenes a sus subordinados cuando vio que Quinn y Miranda bajaban del jeep.

—Lo tengo todo bajo control —dijo el ayudante del sheriff al verlos llegar.

—Estoy seguro que así es —dijo Quinn.

El doctor Fields se acercó.

—Sam, me alegro de volver a verte —dijo, y le tendió la mano.

—Doctor Fields. No sabía que había venido. —Harris parecía algo nervioso e impresionado por la presencia del director del laboratorio.

—He acompañado a la doctora St. Martin por otro caso cuando nos hemos enterado de la desaparición del sheriff Thomas he venido para ver si puedo ayudar en algo. Volveremos a Helena en cuanto terminemos aquí y me encargaré de acelerar el análisis de las pruebas. ¿Crees que esto tiene algo que ver con la investigación del Carnicero?

A Quinn no le agradaban demasiado las concesiones que Fields hacía a la vanidad de Harris, pero entonces cruzó una mirada con Fields. El doctor lo miró con una leve sonrisa y Quinn tuvo que reconocer sus dotes de diplomático. En seguida dedujo que Fields era mayor, y más sabio, de lo que aparentaba.

—En este momento, no queremos precipitarnos en las conclusiones, doctor Fields

—dijo Harris—. Puede que el sheriff Thomas estuviese investigando alguna pista del caso van Auden. Todavía estamos reconstruyendo su itinerario durante el día de ayer.

—¿Puedo echarle un vistazo a su vehículo?

—Por supuesto que sí. Ahora mismo tengo a los técnicos del laboratorio trabajando en ello. Estoy seguro de que estarán agradecidos de que usted pueda supervisarlos. —Harris acompañó a Fields hasta la camioneta de Nick.

Quinn no pudo evitar una sonrisa.

—No pensé que Fields pudiera manipular a Harris de esa manera. Parece tan... Doogie Hauser.

Olivia rio.

—Eric tiene un currículum impresionante y, entre otras cosas, ha dirigido el laboratorio de criminología de Oklahoma City. Trabajó en estrecha colaboración con nuestra gente después del atentado de mil novecientos noventa y cinco y se siente muy afortunado de contar con nuestra ayuda en su laboratorio. No es habitual que nos acojan con tanta amabilidad.

—Harris es como una piedra en el zapato —dijo Quinn.

—Cuando Nick lo nombró primer ayudante, le dije que tendría problemas —añadió Miranda—. Harris fue su rival en las elecciones.

—Eso lo explica todo.

Los ojos de Miranda se llenaron de lágrimas que no llegó a derramar cuando miró por el camino hacia la camioneta de Nick.

—Quinn, Nick está muerto, ¿no?

—Eso no lo sabemos —dijo Quinn. Lo embargaba la tristeza al verla en ese estado. Le tocó el brazo—. Todavía no sabemos gran cosa. Piensa en positivo.

Ella lo miró, mordiéndose el labio.

—¡Me siento tan impotente!

—Pues no tienes porqué. Tenemos a dos agentes revisando los archivos en este mismo momento, basándonos en la información que nos ha dado el profesor Austin. Una lista que quedará reducida a unos cuantos nombres. Y dos agentes más que llegan esta noche. Más temprano que tarde, tendremos noticias. Nos estamos acercando, Miranda. Vamos a atrapar a este tío. Lo presiento.

—¿Antes de que mate a Ashley?

—Dios mío, eso espero.

Veinte minutos más tarde, el doctor Fields llamó a Quinn. Se acercaron al coche de Fields.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Quinn.

El director del laboratorio dio un golpecito a la bolsa que llevaba.

—Voy a encargarme de las pruebas. Han limpiado el interior a fondo.

—¿No hay huellas dactilares?

—En el volante no hay huellas de Nick ni de nadie más. Ni en el salpicadero ni en las puertas. Harris ha dicho que tenía un testigo, un camionero, el hombre que informó sobre el vehículo abandonado.

—¿Testigo? —Quinn estaba que echaba humo. Harris estaba reteniendo información valiosa. Si se obcecaba en esa actitud, Quinn estaba preparado para asumir la autoridad y detener a ese imbécil por obstrucción a la justicia.

—El testigo no vio a nadie dentro ni alrededor del coche. Venía por este camino a la una y media de esta tarde, siguió en dirección sur por la ciento noventa y uno y se detuvo a comer y echar gasolina, a unos cinco kilómetros de aquí. Lo tiene todo registrado en su libro de viaje. Salió del restaurante a las tres y el todoterreno del sheriff estaba aquí. Dice que casi chocó con él después de tornar la curva. Llamó enseguida para avisar.

—Eso nos da una referencia en el tiempo. Bien. —Quinn intentaba darle un sentido a esa información—. Alguien dejó aquí el coche de Nick. ¿Por qué? Porque quería que lo encontraran. Lo podrían haber dejado en un millón de lugares para que nadie lo viera en días, o quién sabe cuándo. Lo han hecho para distraer —dijo, respondiendo a su propia pregunta.

—A mí me parece razonable —dijo Fields—. Una cosa más. A pesar de que limpiaron el coche, he podido recoger unas muestras de tierra del acanalado del pedal de freno. A primera vista, parece el mismo tipo de arcilla que encontramos en el asesinato de Douglas. Es una muestra pequeña, menos de un gramo. No puedo decir con seguridad si son idénticas hasta hacer unas pruebas, pero creo que por cautela deberíamos suponer que proviene del mismo lugar.

—Lo cual significa que el Carnicero tiene a Nick.

Olivia y el doctor Fields dejaron la escena junto al camino para volver a Helena. Quinn y Miranda volvieron al despacho del sheriff y, cuando llegaron, el agente Booker les pidió que fueran a verlo.

—Tenemos cuatro posibles sospechosos —dijo; sus ojos claros saltaban de un lado a otro, emocionado—. No puedo creer que de todos esos nombres hayamos llegado a esto tan rápido.

—Hay que seguir el rastro de las pruebas —dijo Quinn—. Todos los detalles sirven. —Cogió la lista de manos de Booker, sabiendo que Miranda miraba por encima de su hombro.

—El primer tío —dijo Booker— todavía trabaja en el campus. Mitch Groggins. Es cocinero en la cafetería. Lleva diecisiete años ahí. Tiene cuarenta años. Su madre vive en Green River, Utah.

Quinn asintió, con todo el cuerpo vibrando de expectación. Esa era la lista. El asesino era uno de esos nombres. Lo intuía.

—¿Habéis hablado con su madre? ¿O averiguado si estuvo de visita

recientemente?

Booker negó con la cabeza.

—Hemos estado ocupados reduciendo la lista. No hemos tenido tiempo. Lo siento...

Quinn alzó una mano.

—Habéis hecho lo correcto —dijo, y anotó algo en su libreta.

—El próximo en la lista se licenció un año después de que desapareció Penny Thompson. Sólo hacía una asignatura con ella, de biología avanzada, y no vivía en una de las residencias universitarias. Se llama David Larsen. Abandonó la ciudad después de licenciarse y aprobó un máster en biología de la fauna salvaje en la Universidad de Denver. He mirado su expediente y está en nómina en la universidad.

Denver... aquello estaba en el centro de Colorado. Quinn consultó el mapa que les había dejado el profesor Austin. Denver quedaba fuera de la región. Aun así, era probable que un biólogo especializado en fauna salvaje realizara parte de su trabajo al aire libre. Se justificaba un seguimiento para averiguar si hacía trabajo de campo.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Quinn, buscando las hojas de datos en la carpeta elaborada por Booker.

—Treinta y siete.

—Vale. ¿El siguiente?

—Bryce Younger. Treinta y cinco años. Estaba en el primer curso cuando desapareció Penny. Vivían en el mismo edificio del campus, en North Hedges. La Universidad de Montana tenía dormitorios mixtos; ya sabes, los chicos en una planta, las chicas en otra.

—Lo sé —dijo Quinn.

—Así que él estaba una planta por debajo de Penny. Se conocían. Seguían una asignatura juntos. Y luego, mira esto, es originario de Utah. Volvió allí después de licenciarse y trabaja en la construcción. No está casado, no tiene hijos.

En la construcción. Significaba que estaría en buena forma, capaz de neutralizar físicamente a una mujer.

—¿Hay algo que indique que haya venido a Montana recientemente?

—Su empresa de construcción es muy grande, tienen proyectos por todo el oeste de Estados Unidos, entre ellos la construcción del nuevo edificio de ciencias, en Missoula.

La Universidad de Montana en Missoula quedaba a unas dos horas al noroeste de Bozeman.

—El último tipo de la lista tiene cuarenta y cinco años; es un poco mayor que los demás. Brad Palmer. Trabajaba como auxiliar en una de las asignaturas de Penny y se marchó poco después de que ella desapareciera. Habían salido juntos. Tiene pinta de jugador de rugby. Por lo visto, consiguió una beca deportiva para jugar en Stanford,

pero se lesionó la rodilla. Se graduó, trabajó de entrenador en el equipo de un instituto. Vino aquí para hacer una licenciatura en ingeniería mecánica. Según el expediente, lo interrogaron varias veces, pero no pudieron acusarlo de nada.

—Pero, mira esto —añadió Booker—. Vive en Grand Junction, Colorado.

Quinn miró su mapa. Ahí estaba, Grand Junction, justo en la línea dibujada por el profesor Austin.

• • •

Miranda escuchaba cómo Quinn tomaba el mando. Tenía que reconocer que sabía hacerlo.

Miró las fotos de los cuatro hombres. Cualquiera de ellos podía ser el Carnicero. Sintió que se le ponía la carne de gallina.

Se quedó sentada en un rincón, absorbiendo las órdenes de Quinn en lugar de escucharlas. Llamó a los dos agentes que esperaban esa noche y los desvió hacia Colorado. Primero a Grand Junction, para comprobar lo del ex novio, y luego a Denver, a investigar al biólogo.

Quinn también llamó a la policía de St. George; les informó de la investigación en curso y les pidió que averiguaran algo sobre Bryce Younger. Mandó a Booker y Zachary a Missouri a investigar al propietario de la empresa de construcción y para saber si Younger había viajado a Montana en las últimas tres semanas. Quinn no dejaba el teléfono, mientras despachaba a los agentes y se preocupaba de mimar la vanidad de Sam Harris, todo a la vez.

Miranda percibía todo aquello desde la periferia. Se concentró en las fotos de la universidad de los cuatro hombres. Se los imaginó, uno tras otro, disparándole a Sharon por la espalda. No podía quitarse de la cabeza la imagen de cada uno de ellos atándola, violándola. Y luego alimentándola con pan y agua, como si fuera un pájaro herido.

No había querido volver a ese recuerdo pero, en realidad, ya estaba en él. Intentó sustraerse al dolor pero, una vez rotas las barreras, este la arrasaba con toda su fuerza.

En el fondo, quería volver a casa y dejar a Quinn hacer su trabajo. ¿Qué haría ella en medio de todo aquello? Trabajaba para la oficina del sheriff, pero no era poli. Buscaba a personas perdidas. A veces las encontraba. Pero nunca olvidaría a todas las mujeres que no había encontrado, o a las que había descubierto demasiado tarde.

Ahora, aunque corriera a ocultarse en la comodidad de sus mantas, el Carnicero seguiría rondando. Ashley van Auden seguiría atada al suelo, padeciendo frío y adolorida, segura de que iba a morir y de que no le importaba a nadie, después de llegar a la conclusión de que nadie la salvaría. Nick seguiría desaparecido. ¿Estaría muerto? *Por favor, no.*

Pero ¿cómo podía estar vivo? ¿Para qué lo mantendría con vida el Carnicero? No

lo haría. Lo mataría y abandonaría su cuerpo. Puede que no lo encontraran hasta mucho después de desenmascarar a ese asesino.

Siempre se había preguntado si sería capaz de enfrentarse al hombre que la había atacado. Después de todos esos años, de las pesadillas y los sacrificios, quizá finalmente estaban a punto de echarle el guante.

—Vamos —le dijo Quinn a Miranda.

Ella alzó la mirada. No se había dado cuenta de que la sala se había vaciado, ni de que Quinn estaba ante ella en actitud de espera.

—¿A dónde?

—A la universidad. A hablar con Mitch Groggins. —Quinn miró su reloj—. Acabo de hablar con el encargado de la cafetería. Groggins está de turno hasta las nueve de la noche. Deberíamos poder hablar con él.

—¿Yo? —preguntó ella, parpadeando. ¿Acaso le estaba pidiendo que lo acompañara? ¿Qué se acercara a sólo unos metros del hombre que podía ser el Carnicero?

Quinn se la quedó mirando. Su rostro era inexpresivo, pero sus ojos le preguntaban: «¿No has prestado atención en los últimos diez minutos?».

—Supongo que estaba distraída. No sé de qué te serviría.

Miranda quería ir, quería desesperadamente enfrentarse a los cuatro hombres y oírlos hablar. Cerrar los ojos y escuchar la cadencia de sus voces. Sabría quién era el Carnicero porque oía su voz en sus pesadillas.

Quizás había llegado el momento. Si Mitch Groggins era el Carnicero, lo tendrían entre rejas hoy mismo. ¿Por qué vacilaba?

Quinn se sentó a su lado y le cogió las manos. Estaban solos. Todos los demás se habían marchado a cumplir con las tareas asignadas. Miranda no quería sentirse tan inútil, tan asustada, pero no podía evitarlo.

—Estás temblando —dijo Quinn, con voz queda.

—¿Qué pasará si es Groggins? Yo... —dijo, y guardó silencio—. Quizá tú tenías razón.

—¿Perdón?

—Acerca de mí. No estoy hecha para trabajar en el FBI. No sé cómo podré enfrentarme a él sin ponerme a gritar o sin intentar arrancarle los ojos. Siempre había pensado que cuando me enterara de quién era el Carnicero, cuando estuviera entre rejas, podría ponerme delante y escupirle a la cara, decirle que le iban a inyectar veneno y que moriría y se iría al infierno. Y que, de alguna manera, eso me haría sentirme entera de nuevo.

—Miranda, yo...

—Pero —interrumpió ella, porque no quería oír disculpas ni mentiras piadosas que la aliviaran—, ahora que de verdad estamos cerca, ahora que creo por primera

vez en doce años que lo vamos a detener, no sé si podré mirarlo a los ojos después de lo que me hizo. —La voz se le quebró y se apartó de Quinn—. Hiciste bien en no dejar que me aceptaran en la Academia.

Quinn le cogió el mentón, la obligó a mirarlo. Ella intentó contener las lágrimas, esperando ver en él una mirada de *ya te lo había dicho yo*. Pero, por el contrario, lo que tenía era la mandíbula apretada y su mirada era de rabia.

—Eres capaz de hacer cualquier cosa que te propongas, Miranda. Nunca he dudado de tu fuerza ni de tu habilidad. Habrías sido una excelente agente del FBI. Sólo que en ese momento pensé que querías serlo por motivos equivocados. Que nunca te habrías contentado con que te destinaran a Florida ni a trabajar en la investigación de atracos de bancos o en los casos de corrupción política en Washington D. C. Pensaba que sólo te sentirías satisfecha si fueras una agente permanente aquí, en Montana, trabajando en esta investigación.

»Quería que te tomaras un año para que pensaras seriamente en lo que necesitabas en tu carrera. Estabas tan convencida de que podrías dar con el Carnicero en cuanto tuvieras la placa, que todas tus decisiones partían de él, no de ti. Yo estaba muy orgulloso de lo que habías conseguido en la Academia. Y tú también deberías estar orgullosa. No sólo fuiste una alumna excepcional allí, sino que has sido un pilar fundamental de la oficina del sheriff aquí.

—Todo lo que he hecho, todo aquello en que me he convertido, ha sido a causa de él. No sé quién soy. —Miranda intentó girarse, pero Quinn no la dejó.

*Nunca he dejado de amarte.*

Ella no merecía estar con Quinn. Llevaba más de diez años culpándolo a él de lo sucedido en la Academia, cuando lo único que tenía que hacer era mirarse en un espejo para ver a la verdadera culpable.

Los ojos de Quinn se llenaron de emoción.

—Sé muy bien quién eres. Y nunca he admirado a nadie tanto como a ti.

—Yo no...

—Tenemos que irnos. Tú puedes hacerlo. Yo estaré ahí contigo. No dejaré que *jamás* vuelva a hacerte daño.

Miranda se dio cuenta de que asentía. No sabía si podía creer en él, pero él tenía fe en ella.

Se prometió a sí misma que no lo decepcionaría. Ni tampoco a sí misma.

• • •

Mitch Groggins no era el Carnicero.

Si bien era de una estatura aproximada a su agresor, que Miranda había calculado vagamente entre un metro ochenta y un metro ochenta y ocho, dato que era común a

la mitad de los hombres mayores de dieciocho años, Groggins era un hombre delgado. Y no tenía la misma constitución física.

Sin embargo, habían pasado doce años desde que ella viera su silueta.

En cuanto escuchó su voz, un tono agudo y nasal, supo más allá de toda sospecha que no era el Carnicero. No supo si sentir alivio o miedo.

Por otro lado, lo había conseguido. Se había enfrentado a un sospechoso y no le había gritado ni arrancado los ojos. Estaba aterrorizada, pero se plantó ante él y se sintió más fuerte por ello, aunque Groggins fuera inocente.

Quinn estaba preocupado por Miranda mientras conducía su *jeep* de vuelta a la hostería. No hacía falta que le dijera que estaba cansada, física y emocionalmente. Después de haberse preparado para enfrentar a Groggins como si fuera el Carnicero, y luego descubrir que no lo era, Miranda se sentía vacía. Quinn deseaba ayudarla a recomponerse, estrecharla en sus brazos, ayudarle a encontrar su entereza.

Él sabía que la valentía no la había abandonado. Tenía la esperanza de que ella también se diera cuenta. Conocer a Groggins era el primer paso.

La policía de St. George, Utah, llamó a Quinn a su celular cuando estaban a medio camino de la hostería. Younger, el dueño de la empresa de construcción, se había mostrado beligerante. Sin embargo, el hecho de que estuviera en Utah en ese momento lo situaba al final de la lista, si es que no lo descartaba del todo. Declaró que estaba en su despacho todo el día y la policía local se encargaría de comprobar su coartada.

La única manera de que Younger pudiera volver a Utah desde Montana después de que encontraran la camioneta de Nick era volando. Quinn llamó al FBI y encargó a alguien que buscara en los vuelos con destino o salida desde Las Vegas, el aeropuerto más cercano, a St. George, y que hiciera lo mismo en los pequeños aeropuertos locales.

Volvió a llamar a Colleen Thorne, su compañera de trabajo ocasional, que ya estaba en Grand Junction para ir a ver a Palmer, el novio de Penny Thompson en el momento de su desaparición.

—Ahora Palmer encabeza la lista —dijo, cuando Colleen respondió a la llamada. Le contó lo de Groggins y Younger—. Procura actuar con cautela.

—Eso haré, pero ¿no crees que si es el Carnicero no estará en casa?

—Grand Junction no queda demasiado lejos de Bozeman. Unas diez horas, quizá. Habrá vuelto para no levantar sospechas. Pero si no está, pondremos una orden de búsqueda para interrogarlo.

—Te contaré qué pasa. Estamos a punto de llegar a su casa. También he podido con el rector de la Universidad de Denver —dijo.

—¿Y?

—Está muy dispuesto a echar una mano. Se pondrá en contacto con el director del



departamento de biología de la fauna salvaje para averiguar en qué proyectos trabaja Larsen. Seguramente hablaremos con el director y con Larsen mañana por la mañana. Era tarde, así que nos ha costado un poco dar con ellos. Pero tengo la dirección de Larsen, que tiene un pequeño piso cerca de la universidad, y una foto actualizada de su carné de empleado. ¿Quieres que te la mande?

—¿Ahora?

—Lo tengo en mi *Blackberry*.

Quinn sonrió y sacudió la cabeza.

—Vaya, tecnología punta. Claro, mándamelo a mí correo. Me lo bajaré en cuanto llegue a la hostería.

Colgó y dobló por el camino de la entrada de la hostería. Al mirar de reojo, le pareció que Miranda estaba dormida, aunque sabía que no del todo.

Lo que había dicho en la oficina del sheriff iba en serio, pero sabía que ella no le creía. En realidad, no podía culparla. Miranda llevaba diez años elucubrando las peores fantasías sobre por qué Quinn había hecho lo que hizo. Él intentó explicárselo entonces pero debería haber perseverado. La amaba, y no debería haber renunciado a ella ni pensado que entraría en razón por sí sola.

Ella tuvo miedo, y estaba preocupada y enfadada. Aunque hubiese visto la verdad en aquel momento, era demasiado testaruda como para reconocerlo.

Sin embargo, parte de su fuerza residía en esa tenacidad. Su inquebrantable determinación le ayudaba a sobrevivir. Era la base de su carácter, la motivación necesaria para seguir adelante cuando lo tenía casi todo en contra.

A él le fascinaba ese rasgo de ella.

Al mismo tiempo, Miranda era una mujer insegura en lo que se refería a sus propios puntos fuertes y sus temores, y también, en cuanto a que el miedo le ganara la partida. ¿Cómo convencerla de que sabría perseverar? ¿Cómo explicarle que ser un agente del FBI no anularía su miedo?

Quinn se detuvo en la entrada y quitó la llave del contacto.

—¿Miranda?

—¿Sí? —preguntó con voz cansina.

—¿Has oído mi conversación con Colleen?

—Sí.

—¿Quieres que hablemos de ello? ¿Tienes alguna pregunta?

—Ninguna pregunta. —Miranda calló y abrió los ojos—. Espero que sea uno de ellos, Quinn. Si no, habremos vuelto al comienzo.

—Es uno de ellos.

—¿Es la voz de la experiencia la que habla? —preguntó ella, con un amago de sonrisa.

—No, es mi intuición. Escucha la tuya.

—De acuerdo —dijo ella, y fue a abrir la puerta.  
—Deja que te acompañe hasta tu cabaña —dijo él.  
Ella asintió y lo besó suavemente en la mejilla.  
—Gracias.

• • •

Santo Dios, ¿cuándo acabaría aquello?

Mucho rato después de que el sol se llevara el poco calor que proyectaba sobre esa barraca oscura y húmeda y se hubiera retirado por la noche. Mucho después de que el primer aullido de un coyote cortara la profunda quietud. Mucho después de que Ashley dejara de llorar en su sueño, Nick permanecía despierto, esperando.

El Carnicero volvería. Y él nada podía hacer para proteger a Ashley.

Nunca habría imaginado que la noche pudiera ser tan insoportable.

Cada vez que intentaba aflojar las cuerdas de las manos, estas se tensaban más y tiraban de los pies, a los que estaban atadas. Nick estaba aplastado contra la pared, y Ashley seguía en el centro de la pequeña habitación. Por fin dormía, por fin tenía un poco de paz después de un día de angustias que no cesaban.

Cuando se le despejó un poco la cabeza, Nick le pidió a Ashley que se arrastrara hasta él e intentara deshacerle los nudos. Pero ella estaba encadenada al suelo y no podía moverse. Y cada vez que él intentaba acercarse, las ataduras se apretaban.

Nick intentaba asegurarle que encontrarían una manera de salir. Quería convencerla de que sus hombres y el FBI estaban a punto de descubrir la identidad del asesino.

Pero ¿cómo sabrían dónde mirar? Nick no sabía quién era el Carnicero, sólo que merodeaba por la propiedad de los Parker. Podía ser un amigo, un inquilino o un empleado de Richard Parker. O, quizás, un intruso. O el propio Richard Parker.

¿Seguiría Quinn sus huellas? ¿Vería lo que él había visto? No era demasiado probable. Mientras subía hacia las tierras de Parker, él mismo creía que se había lanzado tras una pista falsa. El hecho de haber nacido y crecido en el sudoeste de Montana le permitía entender algunas cosas sobre las tierras y los registros de propiedad, pero más gracias a la perspectiva de la historia y de la experiencia que al seguimiento de pruebas sólidas.

Saber que tenía buena intuición no lo hacía sentirse mejor. Iba a morir. Y Ashley tendría que soportar las horribles vejaciones, y luego sería cazada y degollada.

Tenía que encontrar una manera de salir de ahí.

Las criaturas de la noche de repente se callaron, como si de pronto se percataran de la presencia de un depredador más grande y peligroso. Nick aguzó los oídos. Alguien se acercaba a la barraca.

Al cabo de un momento, se giró la cadena de la puerta y resonaron los eslabones. Nick sintió que Ashley se despertaba de golpe.

—No —gimió—. Otra vez, no.

—Tranquila —dijo él, con voz ronca.

—No, ¡tranquila, no! ¡No puedo estar tranquila!

En la barraca hacía un frío penetrante, pero cuando la puerta se abrió y el viento de la noche llegó hasta él como un manto gélido, se estremeció. Por primera vez, se dio cuenta de lo helada que debía estar Ashley.

La puerta se cerró. El Carnicero no dijo palabra.

Nick oyó el claqueo de algo metálico, y Ashley lanzó un grito de dolor.

—¡Basta! ¡No le hagas daño!

Nick le hablaba al violador mientras intentaba zafarse de sus cuerdas. Ashley no paraba de gritar, y luego comenzó a sollozar, hasta que un grito horrible rasgó el silencio de la noche.

El violador hablaba, tal como había dicho Miranda. Alguna palabra suelta... *mía, para siempre...*, con gruñidos y el ruido de un gran esfuerzo.

A Nick se le saltaron las lágrimas. De puro odio. Rabia. Impotencia. Oyó el entrecocar de las carnes desnudas mientras el Carnicero violaba a Ashley y usaba algo metálico para pincharla. Sus pechos.

Él había visto las cicatrices de Miranda. Ahora sabía cómo le había infligido las heridas.

¿Cómo había sobrevivido Miranda a una tortura tan brutal? ¿Para luego convertirse en la mujer fuerte y valiente que era? La venda que no lo dejaba ver había caído. Entendió que Miranda era más que una víctima, más que una superviviente.

Era la vencedora.

Ashley volvió a gritar y a sollozar. El silencio casi absoluto del Carnicero era más desconcertante que si lo hubiera oído gritar obscenidades. Como si al guardar silencio se quisiera demostrar algo a sí mismo.

Nick no supo cuánto tiempo el Carnicero siguió torturando a Ashley. Era como si no se percatara de la presencia de él. Ignoró todas sus súplicas, maldiciones y acusaciones. Al final, salió. Y cerró la puerta con la cadena. Ashley permanecía en silencio.

¿La habría matado?

No, no haría eso. La necesitaba para la caza. Quizá se hubiera desmayado. Escuchó aguantando el aliento hasta que tuvo la seguridad de que respiraba.

Nick quería consolar a la chica, pero no sabía qué decir. ¿Qué podía decir él para borrar el dolor y la humillación de lo que Ashley acababa de vivir?

Decidió prepararse mentalmente para la huida. Quizás el Carnicero viera como un desafío cazar al sheriff. Nick tenía que idear algún tipo de manipulación psicológica

para convencerlo de que lo soltara.

*Disparas a mujeres jóvenes por la espalda. ¿No eres lo bastante bueno para cazar a un hombre?*

*Las mujeres son fáciles. Lloran y tropiezan y te suplican misericordia. ¿Qué hay de deportivo en eso? Si me sueltas, no podrás alcanzarme. Así veremos si das la talla.*

Si podía provocar al Carnicero para que se decidiera a cazarlo, quizá le diera a Ashley una verdadera oportunidad para escapar. Tenía que convencerla para que corriera en la dirección contraria.

Y que no mirara atrás.

• • •

La Puta le advirtió que no usara más la cabaña en caso de que el poli le hubiera contado a alguien a dónde se dirigía. La Puta creía que seguía mandando.

A él no le importaba dormir al aire libre. Tenía un saco de dormir para bajas temperaturas, una manta térmica y café caliente que había comprado en una gasolinera después de dejar a su chica.

Era difícil concentrarse en ella con ese maldito poli al lado que no callaba. Pensó en matarlo y acabar de una vez... Igual, al final lo mataría. Aunque la idea de cazar a un poli lo entusiasmaba. Sería una presa difícil. Incluso puede que tratara de atacarlo.

Pero el poli perdería, desde luego.

*Estoy en la mejor forma posible.*

Se puso a cavilar sobre cómo atar algunos cabos sueltos. La Puta le dijo que no podía tener a Miranda Moore. Eso cambiaría. La Puta ya no mandaba.

Mataría a la que consiguió escapar. Qué duro había sido. Lo perseguía hasta en sus sueños. Ahí donde veía su foto, había una pesadilla en ciernes. Él no recordaba toda la pesadilla, sólo que se despertaba empapado en sudor, todavía viva la imagen de ella cortándole el corazón de un tajo para luego devorarlo, mientras él miraba.

Y entonces se transformaba en su madre.

Se dio cuenta de que luchaba contra su saco de dormir. Se obligó a relajarse. No pienses en *ella*. Ella estaba muerta, acabada. Eso estaba bien. ¿Por qué habría de pensar en su madre?

Era Miranda. Ella era la culpable de que volvieran los malos recuerdos. La que se había escapado.

La Puta no dejaría que la matara, pero a él ya no le importaba. Si insistía, también le cortaría el cuello.

Quizá lo hiciera de todas maneras.

## CAPÍTULO 27

Se quedaron sentados meciéndose en el sillón del porche, tomando una copa de vino, mirando las sombras y escuchando los ruidos de la noche. Era casi como antes. Antes de que ella se marchara a Quantico y renunciara a su sueño.

¿Había sido realmente su sueño? ¿O es que huía de algo?

Miranda estaba convencida de que convertirse en agente activa y trabajar en labores policiales (concretamente, se trataba de convertirse en agente del FBI), le daría la fuerza que necesitaba para vencer sus demonios. Creía que si tenía la placa, tendría el valor. Y que sus pesadillas se desvanecerían.

Semanas después del secuestro, temía que el Carnicero viniera a por ella. Que la matara mientras dormía. Que volviera a llevársela a ese lugar perdido y a perseguirla para cazarla como a una bestia. Solía despertarse con un grito ahogado en la garganta y dando patadas como si corriera.

Esa pesadilla se desvaneció, pero otras la reemplazaron. Llamaba a mujeres que habían desaparecido. Gritaba hasta que no le quedaba voz y sentía los pies cansados. Caía en una tumba sin fondo. Caía y caía... hasta que se despertaba bañada en un sudor frío.

No era su seguridad física lo que le preocupaba, sino su estado mental. Mientras el Carnicero siguiera acosando a las mujeres, se adueñaría de sus sueños.

—¿Qué pasará si el Carnicero no es Palmer ni Larsen? —le preguntó a Quinn.

—Tendremos que ampliar la búsqueda. Camioneros, viajantes de comercio, o quizás hemos pasado por alto a alguien de la lista de la universidad. Revisaremos cada interrogatorio, cada nota, volveremos a interrogar a las personas. Olivia está trabajando muy a fondo con esas pruebas, lo han fijado como prioridad. Si hay restos de ADN en una piedra, ella los encontrará.

—Pero necesitamos el ADN de un sospechoso para compararlo.

—Comprendo lo duro que será todo esto para ti.

—Siento que ahora mismo debería estar allá, en el bosque. Buscando a Ashley. Y a Nick.

A Miranda le ardían los ojos y le dolía la cabeza de tanto mirar mapas y registros de propiedad, intentando desentrañar qué había descubierto Nick y dónde había ido.

—Escucha, no quiero que te hagas ilusiones con la suerte de Nick —dijo Quinn, con voz temblorosa. Estaba tan preocupado por la desaparición de Nick como ella.

—No puedo dejar de pensar que está vivo. ¿Si no, por qué el Carnicero dejaría abandonado el coche? Si Nick hubiera muerto, ¿por qué no dejar también el cuerpo?

—No lo sé. Quizá temiera que recogiéramos pruebas tras un análisis del cadáver. Si hubo lucha, quizá quedaran en Nick restos de la piel o la sangre del agresor. En ese caso, sería preferible abandonar el cuerpo donde nadie pudiera encontrarlo.

—Y entonces, ¿por qué dejar el vehículo abandonado junto al camino?

—Para distraernos. Nos obliga a dividir nuestros recursos. Si nos centramos en buscar a Nick, ya no estamos buscando a Ashley. Y si encontramos a Ashley, llegaremos al Carnicero —dijo, y se pasó una mano por el pelo—. Pero son sólo especulaciones. Aunque el Carnicero nunca ha pretendido burlarse de la policía, quizá sea su manera de decirnos que es más listo que nosotros. «Fijaos. Puedo matar al sheriff y no sois capaces de cogerme».

Sonó el móvil de Quinn y Miranda se puso tensa. Las noticias a esa hora de la noche nunca eran buenas.

Él le apretó la mano y no la soltó. Ella hizo lo mismo.

—Peterson.

Miranda estaba lo bastante cerca para oír la voz de una mujer.

—Soy Colleen. Toby y yo acabamos de visitar a Palmer. Diría que las probabilidades de que sea nuestro hombre son prácticamente nulas. El tipo tiene que comer papilla. Se queda sin aliento con sólo caminar del sillón hasta la nevera.

—Mierda.

—Tengo los datos del contacto en su empleo. Palmer dice que lleva varias semanas sin ausentarse ni un día. Está bastante amargado por lo que le sucedió a su novia y no le gusta la policía, pero creo que es inofensivo.

—Me fío de tu intuición. ¿Dónde estás ahora?

—Estamos de camino a Denver. Nos quedan unas dos horas. Por la mañana hablaremos con la jefa de departamento de Larsen. Me llamó ella directamente. Dice que Larsen ha salido a hacer trabajo de campo, pero que puede mandar a alguien a buscarlo.

—¿Trabajo de campo? ¿Qué tipo de trabajo?

—El tipo es un especialista en... —dijo, como buscando entre sus notas— ...eh, en halcones, creo. Les sigue la pista, hace seguimientos de la reproducción, cosas así. Las instalaciones de investigación están en Craig, pero Larsen trabaja cerca del Monumento Nacional Dinosaur.

—¿Dónde está eso?

—Yo sé dónde está —dijo Miranda.

—Espera un momento, Colleen. —Quinn se volvió hacia Miranda.

—Está en el noroeste de Colorado. A menos de ocho horas en coche de Bozeman. Y cae de lleno en el mapa del profesor Austin.

Miranda no podía dormir. Llevaba horas dándose vueltas y vueltas.

—Esto es ridículo —farfulló, para sí. Echó a un lado el edredón y se calzó las botas.

Quinn había salido a medianoche después de recibir una llamada de Olivia avisándole que la tierra encontrada en la camioneta de Nick coincidía con la tierra de la barraca donde estuvo Rebecca. Además, tenían una huella de pie entera, talla cuarenta y tres, del suelo del vehículo. Nick calzaba un cuarenta y cuatro.

Quinn le había dicho que durmiera un poco. Le hacía falta, y lo deseaba, pero tenía la cabeza hecha un torbellino. Cada vez que cerraba los ojos, le venía el recuerdo de la pequeña foto de Larsen en su expediente universitario.

La sensación era de irrealidad. Ponerle rostro al Carnicero. ¿Sería Larsen? No lo sabía. Ahora le había visto la cara, pero no podía decir con certeza que era él.

Casi le había pedido a Quinn que se quedara a pasar la noche. Se preguntó si acaso él esperaba que ella se lo propusiera. Ahora deseaba haberlo hecho.

La rabia que cultivó durante tanto tiempo parecía haberse disipado en los últimos días. Al ver a Quinn la primera vez, se sintió muy irritada, asombrada y preocupada de que él viera qué ocultaba ella detrás de su fachada de mujer dura. Temía que fuera a cuestionar cada una de sus decisiones, o a censurar todo lo que dijera o hiciera.

Sin embargo, al despertarse esa mañana, no temía lo que él pudiera decir al verla debatirse bajo la tensión de la investigación. Al contrario, tenía ganas de verlo.

Se puso el anorak grueso, enfundó la pistola y abandonó el calor de su cabaña. Se detuvo en el porche, respirando el aire frío. A pesar de estar bien abrigada, se echó a temblar. Esa noche haría unos siete grados. No bastaba para que la pobre Ashley se congelara, pero seguro que desearía estar muerta.

Miranda lo había deseado.

Llegó a medio trote hasta la entrada de los empleados de la hostería. No se permitió a sí misma dudar de su decisión. Subió directamente por las escaleras hasta su habitación y llamó a la puerta.

Quinn abrió. Llevaba unos pantalones de chándal grises y nada más. Miranda se quedó sin aliento al ver su pecho desnudo. Creía haber olvidado lo guapo que era, pero no. Recordaba cada uno de los músculos bien definidos de su cuerpo. Ni un gramo de grasa.

Era tan perfecto ahora como lo había sido a los treinta años.

—No podía dormir —dijo, con la respiración un poco acelerada. El corazón le martilleaba, expectante. Al venir, ella sabía lo que pasaría. Lo que esperaba que

sucediera.

Lo necesitaba. Quinn espantaría sus demonios y la haría sentirse protegida. Deseable. Más como mujer y menos como víctima.

—Miranda...

Ella entró y cerró la puerta. Quinn le cogió la mano y tiró de ella.

—No me había dado cuenta de lo mucho que te añoraba —dijo Miranda, con una voz ronca que no parecía la suya.

—Dios mío, cómo te he echado de menos, Miranda —dijo él. Y la besó.

Esta vez, no había nada de timidez en el beso. Quinn le cogió la cara y se entregó a ella. Ella se sintió como si hubiera vuelto a casa.

Nunca había dejado de amarlo. Quinn había tenido una paciencia ejemplar con ella, y le había prestado un apoyo increíble. Le ayudó en todo, incluyendo la recomendación para la Academia aun cuando pensara que no estaba preparada.

Los sentimientos de traición y miedo que experimentaba Miranda fueron barridos por ese cálido beso. Estalló el calor. Ella no quedaría satisfecha con un solo beso. Quería más. Lo quería todo.

Quería que él volviera.

Quinn se apartó, la miró y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Qué pasa? Nada.

—¿Y esto? —dijo, y le secó las lágrimas de la mejilla. Ella no se había dado cuenta. Quinn se besó los dedos húmedos, y luego la besó en la mejilla.

—Miranda, llevo tanto tiempo deseando que vuelvas a mí.

Ella le cogió la mano, le besó la palma y la guardó cerca de su boca.

—Me he dado cuenta de una cosa estos últimos días. Tú tenías razón. Yo quería ingresar en el FBI por motivos equivocados. Creía que la placa me daría el valor necesario. Que sería un escudo contra el miedo con que vivía cada día.

—Miranda, eres la persona más valiente que he conocido. Nunca has necesitado una placa para confirmarlo.

—Eso lo entiendo ahora. Pero no sé si mañana tendré el valor si tú no estás. Si Larsen es de verdad el Carnicero, no sé cómo voy a enfrentarme a él.

—No tienes que hacerlo.

Ella asintió.

—Sí que tengo que hacerlo. Iba a decir que no sé cómo voy a enfrentarme a él, pero lo haré. Me demostraré a mí misma que puedo hacerlo. Pero será más fácil si te tengo a mi lado.

Quinn la atrajo lo más cerca posible, envuelta como estaba en sus capas de ropa.

—Miranda, estaré ahí en todo momento.

—¿Me puedo quitar el anorak?



Quinn sonrió y la besó en la frente al tiempo que le ayudaba a quitarse la chaqueta. Y el jersey. Y la blusa, hasta que se quedó en camiseta y vaqueros. Era evidente que Quinn quería comérsela. Ella se sintió arder bajo su mirada.

Se apoyó en la punta de los pies y lo besó.

Él le sostuvo la cara con las manos y la besó una y otra vez, como queriendo compensar todos los besos que se habían perdido a lo largo de los años. ¿Cómo era posible que ella hubiera renunciado a todo ese afecto? Con cada beso, volvía a sentir esa cálida intimidad que habían compartido, además de la paciencia de Quinn, su apoyo. Y la primera vez que hicieron el amor.

De sus labios escapó un gemido y él la llevó suavemente hasta la cama.

—Eres muy bella, Randy —murmuró, y sus labios le dejaron un reguero de besos en el cuello, hacia abajo y luego hacia arriba. Ella se estremeció, como sacudida por ligeras descargas eléctricas que le recorrían la columna.

Miranda lo atrajo, tirando de él, para besarlo con todas sus ganas, pero él se demoró con ligeras caricias, paseando los dedos lentamente por sus brazos, por encima de sus pechos, y luego de vuelta. Una sensación tan seductora que a ella le entraron ganas de quitarle el pantalón del chándal.

Pero estaba disfrutando de cada delicioso instante. Había pasado mucho tiempo, demasiado tiempo.

Ella se estiró y le acarició la espalda. Él la miró con sus ojos oscuros, y le tembló la mandíbula, tal era su deseo contenido.

—Miranda, ¿estás segura?

Ella asintió, se irguió a medias y lo besó.

Quinn quería hacerle el amor. Ahora.

Habían pasado más de diez años desde la primera vez y, en aquella ocasión, él sabía que ella no lo había disfrutado. Miranda quería acabar lo más rápido posible, como si quisiera demostrarse algo a sí misma. Que ella le confiara su cuerpo y alma convirtió aquello en una experiencia vibrante, y él nunca la presionó. Pero a medida que evolucionaba la relación y Miranda se encontraba más cómoda con él en la cama, sus sesiones de amor se volvieron apasionadas y calientes.

Ahora, el contacto de sus dedos despertaba en él el mismo fogoso deseo. Y, a juzgar por cómo ella se acoplaba a él, la estaba tocando justo donde más le gustaba.

Quinn le quitó los vaqueros y la delgada camiseta.

La primera vez que vio las cicatrices que el Carnicero le había dejado en los pechos, no pudo disimular una rabia animal. Miranda lo interpretó como una señal de rechazo, y él tardó días en hacerle entender que no era eso.

Miranda era bella, con sus cicatrices y todo. Él la había convencido de su sinceridad y su amor, pero cada vez que dejaba ver sus pechos, se ponía tensa.

Él los besó. Suavemente. Amorosamente. No se detuvo demasiado en su torso,

sabiendo que ella no se sentía del todo cómoda. Lo recordaba todo de Miranda. Estaba más delgada y se le notaban las costillas. Ojalá hubiera estado a su lado para asegurar que comiera lo debido y se mantuviera sana. Sin embargo, sus músculos eran duros y fibrosos. Tenía mejor forma física ahora que cuando quiso ingresar en la Academia, pero eso no lo sorprendió.

Quinn estaba orgulloso de ella. De que hubiera trabajado tanto para llegar donde estaba. Y ¿ella creía que le faltaba valor? Miranda era la encarnación misma del valor.

Miranda aguantó la respiración mientras Quinn le pasaba la lengua, demorándose en el vientre, y sintió las ondas maravillosas que le recorrían el cuerpo, calentándola desde el interior. Quinn le mordió las braguitas con los dientes y tiró de ellas hacia abajo, de modo que su lengua podía jugar con ella y provocarla, acercándose cada vez más, sin tocarla, a aquel rincón donde ella anhelaba sentirlo explorar. Con manos firmes, Quinn la desnudó, acariciándola con la mirada.

—Eres muy bella —repitió, y volvió a inclinarse para besarle el muslo.

—Hazme el amor —dijo ella, con tono apremiante. Lo quería *ahora*.

Más que oírlo, sintió un chasquido de su boca en el interior del muslo, y la boca de Quinn bajó hasta su rodilla, su gemelo, dejando una huella de besos y calor.

Le besó los pies y ella tembló. Sintió lenguas de fuego que comenzaban a arder en su centro. En más de un sentido, la paciencia de Quinn era admirable, pero en ese momento ella lo quería dentro. Haciéndole el amor.

—¡Quinn! —dijo, en un susurro ahogado.

Él siguió besándole las piernas, dejando hilos de fuego. Miranda jamás tenía frío en los brazos de Quinn. Estaba caliente, se convertía en material combustible.

Alargó una mano hacia abajo, intentando atraerlo hasta su boca, donde pudiera hundirse en él, convertirse en un todo con él. Pero Quinn le separó las piernas y con los pulgares dibujó pequeños círculos por todas partes, excepto *ahí*, en el lugar preciso donde ella lo anhelaba.

—Quinn, estoy preparada —dijo, gimiendo y arqueando la espalda.

—Lo sé —murmuró él, pero no hizo nada para acelerar sus primeras caricias.

Era como si quisiera volver a reconocerla por entero. Había pasado tanto tiempo en el pasado tocando, acariciando y besando cada centímetro de su piel. Ella echaba en falta esa atención, su tierno afecto y su fogosa pasión. Mientras Quinn exploraba su cuerpo, le volvió un alud de recuerdos de todo lo bueno que habían compartido. Él aceptó su cuerpo maltrecho y la ayudó a volver a quererse. La hacía sentirse cómoda consigo misma.

Quinn se acercaba, más... y más... hasta que ella se arqueó, expectante. Él no la decepcionó. En cuanto acercó la boca a su entrepierna, ella se dejó ir en un orgasmo. Una purga caliente y rápida que la dejó jadeando como si le faltara el aire. Él le

acarició los muslos, la espalda, haciéndola subir, luego bajar.

Le besó el interior de los muslos, el ombligo, el vientre, los pechos, hasta llegar al cuello.

Ella se deslizó por encima de él hasta quedar a horcajadas.

—¿Qué? —preguntó él. Su sonrisa maliciosa quedó iluminada por el fulgor de la lámpara en la mesa. Sin embargo, su actitud relajada contradecía la de su cuerpo, rígido, temblando bajo ella. Quinn la deseaba a ella tanto como ella a él.

*Lo necesito.*

Miranda dejó de lado sus necesidades. No sabía qué pasaría después de esa noche. No quería pensar en el amanecer y en la dura realidad que traería consigo. No quería pensar en Quinn volviendo a marcharse, ni en ella volviendo a quedarse sola. Lejos de él.

Había que aprovechar el tiempo que tenían ahora. Volver a descubrir una pequeña fracción de lo compartido en el pasado. Fingir que nada había sucedido en los últimos diez años que pudiera separarlos.

Miranda lo besó, y sus manos lo acariciaron como él la había tocado a ella. Quinn la estrechó con fuerza, hasta que los cuerpos se acoplaron el uno al otro. Ella se apartó un momento y le quitó los pantalones. *Esto* era lo que ella quería. Una unión completa.

La paciencia de Quinn empezaba a agotarse. Deseaba desesperadamente hacerle el amor. Ahí donde el sexo y el amor se funden en un todo. La miró bajo la luz tenue de la lámpara, con su pelo largo y oscuro cayéndole por la cara. Parecía una mujer salvaje de ojos grandes y luminosos. Su satisfacción después de darle placer se convirtió rápidamente en urgencia, y ahora gimió cuando ella le acarició la entrepierna y apretó con suavidad.

—Espera —dijo él. No quería perder el control enseguida. Quería hacerle el amor, sostenerla. Tomárselo con parsimonia. Pero si ella lo cogía así, no sería capaz de controlarse.

—Creo que no —dijo ella, con una sonrisa levemente provocadora.

Él cometió el error de mirar y la vio inclinándose entre sus piernas para cogerlo en su boca en toda su plenitud. Sus labios carnosos lo rodearon y la combinación de verla y sentir su boca caliente y su lengua húmeda chupándolo le hizo temblar la polla y lo excitó hasta el punto de no retorno.

—*Miranda.*

La levantó lentamente hasta que pudo besarla en la boca.

—Quiero hacer el amor contigo —susurró.

—Si —respondió ella, respirando junto a su oreja.

Quinn llevaba diez años soñando con esto. Estrechar a Miranda en sus brazos, hacerle el amor. Casi parecía un sueño. Jamás había pensado que podrían recuperar lo

perdido.

No quería dejarla nunca. No quería seguir perdiendo el tiempo.

Dejó que ella llevara el ritmo. Igual que la primera vez, dejó que ella decidiera cuándo y hasta dónde y con qué cadencia.

Ya tendrían tiempo para más en el futuro.

Qué increíblemente sexy era Miranda cuando abrió las piernas y lenta, casi dolorosamente, lo dejó hundirse en ella. Tenía el pelo convertido en una melena de rizos salvajes, los párpados semi caídos y la boca entreabierta. Era una maravilla. Quinn resistió las ganas de aumentar el ritmo al que se movían y acabar al instante, aunque también quería seguir para siempre.

Miranda respiraba entre jadeos, dejando que Quinn la penetrara hasta el fondo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hiciera el amor, pero su primer orgasmo ya había allanado el camino.

—¿Estás bien? —murmuró.

Ella lo miró desde arriba, deleitándose con el afecto profundo que veía en su expresión. Él estiró la mano y le acarició los brazos.

—Sí —dijo ella—. Llevo mucho tiempo esperándote.

Sin prisas, ella se movió encima de él. Arriba y abajo, disfrutando de cada sensación, ascendiendo juntos hacia el orgasmo final. Ella lo sintió tensarse por debajo, mientras seguían moviéndose, cada vez más excitados. El puro goce de fundirse nuevamente con Quinn la llevó al clímax.

—Dios mío, cómo te amo —dijo Quinn, con la voz ronca, teñida por la emoción y la lujuria—. Córrete conmigo.

Aquellas dos palabras la excitaron tanto y le provocaron un orgasmo tan intenso como el contacto de sus cuerpos. A él se le endurecieron los músculos, tiró de ella hacia abajo y se convirtieron en uno solo, unidos en un vínculo que el tiempo había vuelto tan frágil. Sin embargo, al igual que una goma elástica, recuperaron su elasticidad en cuanto volvieron a encontrarse.

Ella no quería que Quinn se marchara de nuevo.

Se dejó caer contra su pecho, sintiéndose más relajada que después de una hora de baño caliente. Sus extremidades se habían vuelto líquidas, y se acurrucó en el hueco de su hombro. Él la envolvió en sus brazos, la acarició y ella se abandonó a su calidez y su fuerza.

—Te amo, Miranda.

Plegada contra él, apoyando la cabeza sobre su hombro, Miranda suspiró. Ella también lo amaba. Tenía ganas de decírselo. Quería recuperar todo lo que tenían antes de Quantico. Ojalá no hubiera viajado nunca a la Academia. Si se hubiera quedado en Montana, las cosas habrían sido muy diferentes. Miranda habría vivido los últimos diez años sintiéndose amada y protegida, como se sentía en ese momento.

Quizá fuera un sinsentido pensar así. Pero a lo mejor podrían reconstruir lo suyo. Cuando atraparan y condenaran a David Larsen, tal vez pudiera volver a compartir algo con Quinn.

Deseaba intentarlo. Pero ahora... estaba tan cansada... Se le escapó un bostezo.

Quinn se dio cuenta de que Miranda se había quedado dormida al sentir que todo su cuerpo se fundía enteramente con él.

Tiró del edredón para abrigarse y se la quedó mirando mientras dormía. Parecía estar en paz, y él se alegró de poder darle una noche de sueños serenos.

Apenas le tocó el pelo, le acarició la mejilla. Ay, cómo amaba a esa mujer.



## CAPÍTULO 28

Cuando sonó el móvil este se sentó de golpe y, por la calidad de la luz, enseguida se dio cuenta de que se había quedado dormido. Una rápida mirada al reloj despertador lo confirmó: 07:45.

A su lado, Miranda se despertó. Con el pelo derramándose sobre la almohada y su largo cuello incitándole a besarla, Quinn no quería otra cosa que volver a hacer el amor con ella.

El móvil volvió a emitir su gorjeo. La llamada del deber.

—Peterson —contestó.

—Soy Colleen. Tengo un mal presentimiento acerca de Larsen.

—¿Qué ha pasado?

—La directora del departamento de biología de la fauna salvaje, Sarah Tyne, ha llamado al laboratorio de la universidad en Craig. Eso queda en el noroeste de Colorado. Quería informarse sobre los horarios de Larsen. La última vez que se presentó fue el lunes.

—El día después de que encontramos el cuerpo de Rebecca.

—Así es. Dijo que pensaba volver para el seguimiento de unos halcones peregrinos. Es su especialidad. Así que uno del equipo de investigación salió hacia allí esta mañana.

—Y no estaba en su puesto —aventuró Quinn, sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—No. Además de su piso en Denver, que está vacío, tiene una caravana perdida en alguna parte. Encontraron sus provisiones para el trabajo de campo, pero nada de Larsen. Intentaron llamarlo por radio, porque se supone que los investigadores tienen que tenerla encendida en todo momento cuando salen fuera. No hubo respuesta.

—¿Habéis averiguado qué tipo de coche o camioneta conducía? ¿Lo habéis encontrado? —Quinn sacó su libreta y anotó un par de datos.

—Conduce una camioneta pero no tenemos los detalles. No lleva la caravana.

—Comprobaré con los registros vehiculares. Acércate al lugar y veamos qué

encuentras. Si aparece, detenedlo. Lanzaré una orden de busca y captura. Sólo para interrogarlo. No quiero que se asuste. Y hacedlo discretamente. No quiero que le entre el pánico y mate a Ashley van Auden. Sólo la ha tenido dos días. Es probable que todavía esté viva.

—Vale.

—Si lo encuentras, Colleen, déjame a mí —dijo Quinn, y cerró el móvil.

—David Larsen —dijo Miranda, con voz apagada—. Parece un nombre tan normal.

Él se inclinó y, tras apartarle un mechón de pelo, la besó en la frente. Quería aliviarla del dolor, robarle sus recuerdos para que jamás volviera a pensar en David Larsen o en las mujeres que había matado. Quinn tendría que hablarle a Miranda de montones de buenos recuerdos para reemplazar a los malos. Ya se habían puesto a ello la noche anterior, pero era sólo el comienzo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estaré bien.

No sonaba como la Miranda de siempre, pero él no insistió. Lo haría más tarde. Volvió a besarla y se levantó de la cama.

—Voy a la oficina del sheriff. ¿Quieres que te deje en la universidad?

—Sí, tengo que ver cómo le va a mi gente.

—No vayas a ninguna parte sola. *A ninguna parte.*

—No lo haré —dijo. Sonaba distante.

—Miranda, lo encontraremos. No te pondrá la mano encima. Y, por primera vez, creo que podremos atraparlo. Antes de que muera Ashley.

—Pienso como tú —dijo ella—. Y no hay nada que quiera más, excepto... —dijo, y calló—. Nick. Puede que Ashley esté viva, pero ¿qué sabemos de Nick? —Calló porque no podía seguir. Se levantó de la cama y se vistió—. Me voy a duchar y me reuniré contigo en el coche, dentro de veinte minutos.

Quinn la detuvo antes de que saliera.

—Pagará por haber matado a Nick.

—Lo sé. Pero es como si con eso no bastara.

• • •

En la oficina del sheriff, lo primero que hizo Quinn fue hablar con Lance Booker.

—Booker, te tengo que pedir un favor.

—Lo que usted diga.

Buen muchacho. A Quinn no le extrañaba que a Nick le cayera bien.

—¿Podrías acompañar a Miranda a la universidad? A cualquier lado adonde vaya, quiero que estés cerca y le sirvas de escolta.

—¿Ha ocurrido algo?

—Tenemos un sospechoso. David Larsen.

—¿El biólogo?

—No está en su puesto, ha tenido una oportunidad para estar en la escena del crimen y hemos descartado a los otros tres sospechosos de la lista. Mi gente está llevando a cabo una comprobación de su historial en este momento. Te llamaré en cuanto tenga más información. Pero si se siente presionado de alguna manera, puede que haga algo impredecible. Y no quiero que Miranda esté a su alcance.

—No me moveré de su lado.

*Tampoco te acerques tanto*, pensó Quinn.

—Booker, no divulgues esta información. Miranda lo sabe, pero no quiero que la prensa se entere todavía. Hasta que tengamos más información.

—De acuerdo —dijo Booker, y salió.

Quinn entró en el despacho de Nick y no se sorprendió demasiado al ver que Sam Harris se había adueñado de la mesa. Estaba hablando por teléfono y leía un fax. Quinn reconoció el logo.

Buró Federal de Investigaciones. Seattle. Era su oficina.

Arrancó el papel de manos del ayudante del sheriff. Era la información solicitada sobre David Larsen.

*Camioneta... modelo reciente, todoterreno. Potente. Licenciado por la Universidad de Montana... doctorado en Colorado... biólogo especializado en fauna salvaje...* Muy pocos detalles. Cosas que él ya sabía.

*Padres... fallecidos. Hermanos... una hermana.* ¿Una hermana? ¿Qué decía de su nombre, residencia, estado civil?

Harris colgó el teléfono de golpe.

—Este fax está dirigido a mí.

—Ha llegado a mi despacho.

—Estaba dirigido a mí —repitió Quinn, que empezaba a perder la paciencia.

Harris se incorporó y rodeó la mesa.

—Agente Peterson, no me había dicho que tenía un sospechoso. ¿Qué clase de respeto tiene usted por mi oficina?

Quinn se pasó la mano por el pelo.

—Usted sabía que estábamos trabajando en la lista. Acabo de recibir esta llamada sobre David Larsen, apenas hace una hora.

—Si el sheriff estuviera aquí, lo primero que habría hecho es llamarlo a él.

Era verdad. Quinn ni siquiera pensó en llamar a Sam Harris. Estaba demasiado ocupado intentando contactar con sus superiores para que le concedieran acceso inmediato a recursos e información.

—De acuerdo. Discúlpeme.

A Harris le temblaba la mandíbula. Se puso rojo.



—Vosotros, los federales, creéis saberlo todo. De acuerdo. Resuelva el caso sin mí. Pero lo lamentaré.

Quinn creyó que le había oído mal.

—¿Qué significa eso?

—Nada —dijo Harris rotundo, y salió.

Mierda, sólo faltaba que se le mosqueara el poli.

—Y se supone que tú eres el diplomático —dijo para sí.

Quinn se acercó a la mesa de Nick y buscó entre todos los papeles para ver si Harris se había quedado con algún otro documento enviado por fax. No encontró nada. Llamó al pequeño despacho de Helena y pidió un par de agentes para los dos días siguientes. Necesitaba ayuda y no tenía reparos en pedirla.

Sobre todo si estaba en juego la vida de una chica.

Su mirada se posó sobre una pequeña foto medio oculta bajo el secante y la sacó. De hecho, era una serie de cuatro fotos. Miranda y Nick en un fotomatón. Miranda sonreía en todas las fotos, un poco pendiente de su aspecto, aunque era probable que nadie más que ella y Nick vieran jamás esas fotos.

Por su parte, Nick estaba más animado. Primero con una ancha sonrisa, luego con una expresión jocosa y, en la tercera, poniéndole orejas de burro a Miranda.

En la última foto, él la miraba a ella. Por la intensidad de esa mirada, Quinn supo que Nick la había amado.

Todos los celos que en su momento sintió por la relación amorosa y la amistad de Nick con Miranda se desvanecieron. Lo embargó una emoción que le dejó un nudo en la garganta al pensar que su amigo tal vez habría muerto.

Un solo error y Nick había pagado con su vida. No era justo, y Quinn se juró que haría pagar a Larsen, no sólo por las mujeres que había matado y lo que le había hecho a Miranda sino también por Nick.

Se guardó las fotos en la cartera, para entregárselas a Miranda, y entonces salió a hablar con los agentes y asignar las tareas.

Había mucho terreno que cubrir y poco tiempo.

• • •

Miranda tenía seis agentes asignados a la Unidad de Búsqueda y Rescate, y mandó a uno de ellos con dos voluntarios a la zona al sur de la autopista de Gallatin. Quinn ya estaba ahí y había informado a todos a propósito de David Larsen, recalcando que debían proceder con cautela. *No hay que perseguirlo*. Su misión consistía en encontrar con vida a Ashley y rescatarla, no en detener a un sospechoso.

También insistió en que buscaban a Larsen para interrogarlo aunque todos sabían lo que eso significaba.

Era el primer sospechoso que tenían en doce años.

Miranda no tenía grandes esperanzas de que su equipo encontrara a Ashley, pero cumplir con lo requerido le ayudaba a olvidar que conocía la identidad del Carnicero. Cuando todos salieron y se encontró sola, se dejó caer en una silla y cerró los ojos.

Y vio su imagen.

Sólo había visto esa foto de Larsen, pero le resultaba fácil trasladarla al hombre sin cara que la había torturado. Al hombre que le había disparado a Sharon por la espalda.

*Corred. ¡Corred!*

Nunca había visto a David Larsen. Recordaría su cara. Pero conocía su voz, ese tono hueco, cruel en su ausencia absoluta de emoción. Sus palabras y sus actos no se correspondían con ese tono distante, casi aburrido.

Estaba segura de que nunca lo había visto porque un corazón despreciable como el suyo no pasaría desapercibido. Tenía la cara marcada por el odio hacia las mujeres.

Sin embargo, en la foto, David Larsen no parecía un individuo perverso ni consumido por el odio. Tenía la cara de un hombre normal y corriente. Superficialmente agradable. *Normal.*

El Carnicero era cualquier cosa menos normal.

Recordó una lección bíblica de su padre. Que el mal podía ocultarse en la belleza, que los corazones negros a veces se revestían de compasión. El mal no anunciaba con tarjetas su visita inminente. El mal iba y venía con una sonrisa, sonriendo a las vidas destruidas que dejaba en su estela. La serpiente que había seducido a Eva para que probara del fruto prohibido no podía haber sido una criatura repulsiva porque ella habría huido aterrorizada. No, la serpiente tenía que haber sido un ser hermoso, algo que se ganaba fácilmente la confianza de todos. No te fíes de las apariencias.

El mal se esconde bajo la superficie.

—¿Miranda?

Miranda pegó un salto y se llevó la mano al arma, todo al mismo tiempo.

Era el agente Booker.

—Mierda, Lance.

—No era mi intención asustarla.

—No me has asustado. —La había aterrorizado. Sentada ahí sola, pensando en el Carnicero. Y en David Larsen y en Sharon...— ¿En qué puedo ayudarte?

—El agente Peterson me ha pedido que hoy me quede con usted. Ya sabe, como no han encontrado a Larsen, ni nada.

La semana anterior, la habría enfurecido la protección de Quinn. Ella no sólo era capaz de defenderse sola del Carnicero, sino de defenderlos a todos, del Carnicero y de cualquier otro mal que se atreviera a poner un pie en sus tierras de Montana.

Pero aunque supiera defensa personal, y entrenara a un grupo de mujeres en la universidad, se mantuviera en buena forma física y pudiera orientarse en cualquier

punto del condado, la sola idea de enfrentarse a David Larsen en persona la paralizaba.

—Gracias, Lance —dijo.

Cruzó hasta el mapa en la pared y se quedó mirando, haciendo acopio de valor para superar las horas que quedaban del día. Si encontraban a Larsen, ¿los llevaría hasta Ashley? ¿Les diría dónde estaba Nick? ¿Si estaba vivo o muerto?

¿Qué buscaba Nick en la oficina del Registro de la Propiedad? Había consultado los títulos de propiedad de todas las tierras de la región. Incluyendo la de su padre, según observó cuando ella y Quinn los revisaban. Nada le llamó la atención. ¿Qué le habría llamado tanto la atención como para que arriesgara la vida en su investigación? Tiene que haber pensado que no era peligroso, o no habría acudido solo.

Añoraba a Nick. Ojalá le hubiera dicho que lamentaba que las cosas no hubieran funcionado entre ellos. Ella nunca deseó hacerle daño. Él se portó muy bien con ella. Le dio todo el espacio que necesitaba, la dejó seguir con su trabajo y la apoyó en todo lo que hacía. El problema era que ella no lo había amado como él a ella.

Como ella amaba a Quinn.

Sintió una especie de calorillo al recordar cómo la tocaba. Con ternura. Lentamente. No había olvidado dónde le gustaba que la tocara. Tampoco había olvidado lo sensible que era ella con las cicatrices de sus pechos, cómo le gustaba ponerse encima, todos esos pequeños detalles que se habían ido forjando desde el terror que le infundiera aquel desequilibrado. Un terror que había durado una semana.

Con Quinn se relajaba y se entregaba tal cual era, de buena gana y con alegría. Cuando hacían el amor, eran compañeros.

Había estado a punto de decirle que lo amaba. Tenía toda la intención. Pero no le salían las palabras. Una parte de ella se resistía y Miranda no sabía por qué.

Quinn decía que la conocía. ¿Cómo era posible que la conociera tan bien si ella todavía luchaba por conocerse a sí misma? Así que se mordió la lengua y guardó silencio, aunque sus palabras fueran sinceras y aunque quisiera pedirle a Quinn que nunca volviera a marcharse.

Quizás, al final, ese fuera su mayor temor, que él volviera a dejarla. No era nada fácil convivir con ella, eso lo sabía, y a veces se mostraba deliberadamente conflictiva para que la gente no se le acercara demasiado. Era más fácil mantener a las personas a cierta distancia que mostrar la propia vulnerabilidad.

La gente parecía de muertes violentas. La lucha de su madre contra el cáncer. El asesinato de Sharon. Y, ahora, la probable desaparición de Nick. Todos muertos.

¿Qué haría ella si algo le pasaba a Quinn?

Quinn llamó a su despacho en Seattle para hablar con Bonnie Blair, una especialista en investigación de antecedentes. Si había algo que descubrir sobre

David Larsen, Bonnie lo encontraría.

—Hola, Bonnie. He recibido tu informe. No hay gran cosa. ¿Qué te parece si echas mano de tus procedimientos mágicos para encontrar alguna otra cosa?

Siguió un largo silencio.

—¿Qué más quieres? —Bonnie sonaba un poco irritada.

—Bueno, para empezar quisiera saber el nombre de los padres, su hermana, dónde nació...

Bonnie lo interrumpió.

—Todo eso estaba en mi informe. Te he mandado dieciséis páginas.

—¿Dieciséis? Yo recibí una. —Sam Harris. Tenía que haberlas cogido él. Pero ¿por qué?

¿Habría algo en esas páginas de fax que Harris quisiera ocultar? ¿O quería proteger a alguien?

—Lo siento, Bonnie. ¿Te importaría mandármelo de nuevo? Me quedaré aquí, esperando junto al fax.

—Lo haré por ti. Pero que sepas que aquí estaré, esperando una caja de bombones en mi mesa cuando vuelvas.

—Vale.

Abrió la puerta y le hizo señas al sargento de guardia para que viniera al despacho de Nick.

—Sargento, por favor, localice a Sam Harris y dígame que vuelva a la comisaría, *inmediatamente*.

El sargento frunció el ceño pero no dijo nada. Fue hasta la mesa principal y cogió el teléfono.

Quinn ya estaba de vuelta en el despacho de Nick cuando empezó a llegar la primera página del fax. Era la página que él ya tenía.

Siguieron otras quince. A medida que fueron saliendo del fax, Quinn vio cómo se configuraba ante él la vida de un asesino en serie.

Nacido y crecido en Portland, Oregon. El padre, Kyle Larsen, abandonó a la familia cuando David tenía tres años y, al parecer, dejó de tener contacto con ellos. Murió nueve años más tarde en una trifulca por drogas que acabó mal.

Madre maltratadora... Los Servicios de Protección del Menor tuvieron que sacar a David de su casa en dos ocasiones, pero las dos veces lo habían devuelto. Bonnie señalaba que tendrían que pedir los expedientes a los tribunales.

Dos delitos cometidos en la adolescencia. De eso también tendrían que pedir los expedientes.

Una detención por violación a los dieciocho años. Interesante, David cursaba primer año en la universidad Lewis and Clark, en Oregon. Lo detuvieron por violación, pero la víctima se retractó. Él se aferró a la coartada de que había pasado la

noche en casa de su hermana, dato que su hermana confirmó. ¿Acaso la víctima quedó tan traumatizada que renunció a llevar el juicio adelante?

Un detalle le llamó la atención a Nick. Los pechos de la víctima quedaron marcados de por vida con un cuchillo.

Todo encajaba. Un hogar sin padre, una madre maltratadora, que probablemente abusaba sexualmente de él. Tendría que ver los archivos de los Servicios de Protección del Menor. Crece en un ambiente dominado por mujeres. La madre lo acosa. Los pechos son a la vez un objeto sexual y un objeto maternal. David se ensañaba con los pechos de sus víctimas como hubiera querido hacer con su madre.

Su hermana mayor se convirtió en su tutora después de la muerte de su madre. Se definió oficialmente la causa de la muerte como «accidental». Su hermana le sirvió de coartada ante la acusación de violación. O la hermana lo protegía o David la tenía aterrorizada. O ambas cosas a la vez.

La hermana... hermana. Quinn siguió hojeando el expediente.

*Delilah Larsen.*

Delilah. ¿Dónde había oído ese nombre recientemente? Richard Parker. Su mujer se llamaba Delilah. El nombre era tan poco común que tenía que ser ella. Desde luego, Delilah Parker no parecía una víctima, aunque Quinn sabía que las apariencias podían engañar. Sólo la había visto esa única vez, y la habría definido como meticulosa, organizada e inteligente.

Sin embargo, hasta las mujeres más distinguidas podían ser víctimas de abusos y manipulaciones por parte de una persona a la que amaban o temían. Quinn tendría que proceder con cuidado con los Parker.

Si Delilah Parker no sospechaba que su hermano era peligroso, quizás era porque no quería reconocerlo, y puede que intentara advertirle de la investigación. Quinn conocía varios casos en que un pariente cercano, un amigo o amante no creían que alguien en quien ellos confiaban podía ser un asesino.

Por otro lado, si estaba al corriente de lo que David Larsen hacía con esas mujeres, estaban ante una dinámica del todo diferente. Era evidente que no había acudido a la policía a denunciar sus sospechas. Quizás él abusara de ella y la manipulara, y luego quizás la convenciera para que lo protegiera. O quizás fuera cómplice de sus actividades.

Había que vigilar de cerca a Delilah Parker.

Quinn leyó el resto del informe y encontró la confirmación que necesitaba.

Después de que se retirara la acusación de violación, David Larsen ingresó en la Universidad de Montana y se fue a vivir con su hermana, que cogió un empleo como secretaria en el despacho de la Junta de Supervisores.

Richard Parker era supervisor durante la época en que ella estaba ahí.

Sam Harris se había llevado el informe para prevenir a Parker a propósito de su

cuñado. Parker era un juez influyente, pero ¿en qué estaría pensando Harris? ¿Poner en peligro toda la investigación sólo por salvar el prestigio político de alguien?

A menos que su intención fuera averiguar el paradero de David Larsen gracias a su hermana, creyendo que él solo sería capaz de atraparlo.

¡El muy imbécil!

Quinn dio un salto. Llamó al sargento de guardia.

—¿Ha encontrado a Harris?

—No, señor.

—Siga intentándolo. ¿Quién está libre ahora para acompañarme en una salida?

—Estamos muy escasos de personal, señor —dijo el sargento, mirando su hoja—. Puedo llamar a Jorgensen. Hoy está en tráfico.

—Llámelo.

Ryan Parker estaba jugando con un videojuego en el salón después de comer cuando llegó un coche de la oficina del sheriff y estacionó en la entrada. Al cabo de un rato, entró su madre.

—Ryan, por favor, recoge y vete a tu habitación. Tenemos visita. Ryan apagó el videojuego, aunque estaba a punto de derrotar a Darth Maul.

—Sólo es Sam —dijo su padre, desde su mesa frente a los grandes ventanales.

—Richard —fue lo único que dijo su madre, pero le lanzó *la mirada*. Esa mirada que decía *no discutas conmigo* y que Ryan conocía muy bien.

Ryan guardó el videojuego, cerró los armarios y subió. Abrió y cerró la puerta de su habitación, para que su madre pensara que la había obedecido. Pero en lugar de quedarse en su habitación, volvió de puntillas hasta lo alto de la escalera donde podía oír sin que lo vieran.

El chico se enteraba de muchas cosas con ese sistema.

—Me gustaría haber venido en circunstancias más agradables —dijo Sam Harris.

—¿Algo relacionado con la chica que fue asesinada? —preguntó su padre.

—No es nada fácil decir esto, y por eso le he pedido a mi agente que se quede en el coche. Creo que conviene que puedan pensar en cómo están las cosas, sin nadie por en medio que quiera usar la información para perjudicarlo en su carrera, juez.

—¿Qué intenta decirme?

Ryan reconoció ese tono de irritación. A su padre no le gustaban los «lameculos», como él los llamaba. Se refería a esa gente que intentaba ser su amigo por lo que él hacía, no por lo que era. Como su padre era juez, una posición importante, decía que mucha gente intentaba lamerle el culo, y él los despreciaba por eso.

—Iré directamente al grano —dijo Sam—. El FBI viene hacia aquí para interrogar a su cuñado, David Larsen. Es el principal sospechoso en la investigación del Carnicero.

—¿Davy? No me lo puedo creer —dijo su padre.

¿El tío Davy? ¿*El Carnicero*? Ryan se dejó caer contra la pared. Eso significaba que había matado a esa chica universitaria que él encontró la semana anterior, la chica que no lo dejaba tranquilo en sus sueños, mirándolo fijo con su cara de ciervo muerto.

El tío Davy, no. Le llevaba a pescar todos los veranos. Mamá los acompañaba a la cabaña del lago Big Sky, aunque a ella no le gustaba pescar. El tío Davy lo sabía todo sobre los pájaros, los árboles y los animales. Le había enseñado a distinguir entre las bayas comestibles y las que podían matarlo.

El tío Davy lo escuchaba, y lo escuchaba de verdad. Ryan no podía hablar con nadie acerca de sus padres, sobre todo de su madre. Ryan pensaba que ella no lo quería de verdad. Bueno, seguro que lo quería (todas las madres quieren a sus hijos), pero todo lo que ella hacía por él, desde las galletas al horno hasta lavarle la ropa o reunirse con su profesor, eran cosas que hacía por obligación. Como si tuviera una lista de «Cómo ser una buena mamá».

Su tío lo entendía todo.

—*A Delilah no le cae bien nadie* —le confesó a Ryan en una ocasión. Y cuando se lo dijo, él supo que era verdad.

Ryan se perdió una parte de la conversación en la planta baja, y aguzó el oído. Su madre decía algo, pero en voz tan baja que él no consiguió entender.

Lo lamento de verdad, señora Parker. Sé que se habrá llevado una sorpresa desagradable, y por eso quería que lo supiera antes de que se entere la prensa. Intento mantenerlo en secreto todo lo que puedo, pero usted ya sabe cómo son los federales. No son más que una jauría de lobos a la caza de la fama mediática, y sólo quieren salir en la foto. Y si para eso tienen que perjudicar a personas respetables como usted, les importa un comino.

Estaré en contacto con mi abogado. Davy tendrá una buena defensa con mis abogados, Sam.

—Ya entiendo.

El agente salió y, al principio, Ryan sólo oyó voces apagadas.

—¿Tú lo sabías? —Su padre levantó la voz. Su padre nunca le hablaba a su madre en ese tono.

—No —dijo su madre—. Davy no tiene nada que ver con lo que ocurrió con esas chicas.

—Mierda, Delilah, esto es un problema gordo.

—Ya sabes cómo es el FBI. Siempre intentando colgarle el sambenito a alguien.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Davy no tiene nada que ver con esto.

—Me gustaría creerte. Tengo que ponerme en contacto con mis abogados.

Ryan bajó por las escaleras de atrás y salió por la puerta de la cocina, cuidando de

cerrar suavemente. Echó a correr hacia el establo y no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que las lágrimas le nublaron la vista.

¿Por qué habría de pensar la policía que el tío Davy había matado a esas personas si no era verdad?

Él había visto al tío Davy la noche anterior, acampando en el prado trasero de la finca. Aquello no le extrañó, porque sabía que a su tío le gustaba dormir al aire libre. Solía venir a menudo, y acampaba o se quedaba en la cabaña. Pero Davy solía enterarse de antemano cuando el tío Davy los visitaba.

Su madre no había avisado la noche anterior que venía. Quizá no lo supiera.

Ryan ensilló a Ranger en silencio y salió con él del establo caminando hasta alejarse de casa, y sólo entonces lo montó.

No sabía qué hacer. Quería prevenir al tío Davy y decirle que la policía se equivocaba.

Y ¿si no se equivocaba?

El campamento quedaba a un kilómetro y medio de la casa. El tío Davy ya había acampado ahí en otras ocasiones, así que Ryan sabía exactamente dónde estaba. Pero al acercarse no vio a nadie.

Vio que tenía material guardado, disimulado cuidadosamente en el interior de un tronco podrido de un pino ponderosa. Ryan frunció el ceño. ¿Por qué su tío no había venido a casa a desayunar como solía hacer cuando acampaba? ¿Dónde estaba ahora?

Vio las huellas de unas botas que se dirigían hacia abajo, donde la quebrada conformaba el límite occidental de la finca de los Parker. A Ryan le tenían prohibido ir allá abajo, pero lo había hecho muchas veces. Había una tartera muy guapa. Él, Sean y Timmy solían ir cuando creían que no se enterarían sus madres. Sin embargo, las laderas empinadas y las abruptas depresiones del terreno lo convertían en un lugar peligroso, sobre todo para Ranger.

Aun así, él sabía dónde pisaba. Tendría cuidado.

Estaba a punto de desmontar cuando el ruido de un movimiento lo detuvo. Alguien subía por la escarpada ladera.

—¿Tío Davy?

Su tío apareció al mismo tiempo que cogía el rifle que llevaba en bandolera.

Fue entonces cuando Ryan se fijó en la hebilla del cinturón de su tío. ¿Por qué le parecía tan rara?

Entonces comprendió. El tío Davy siempre llevaba la hebilla con el pájaro. Igual a la que había encontrado en el bosque cerca de la chica muerta. Sólo que ahora la hebilla del cinturón había desaparecido.





Quinn llamó a Miranda mientras conducía de Bozeman al rancho de Parker. Tamborileaba sobre el volante, ansioso de llegar cuanto antes, con la inquietante sensación de que el camino se le estaba haciendo eterno. Había mucho terreno que cubrir bajo el «Big Sky». Le informó sobre las conexiones familiares de David Larsen. Ella no dijo palabra durante un rato largo.

—¿Estás seguro? —preguntó finalmente.

—Sí.

—Y ¿ellos no lo sabían? —inquirió ella, con voz temblorosa.

—Él no vive con ellos. Es muy probable que no sepan nada de sus andanzas.

Pero... —¿Cuánto más debía contarle?

—Pero ¿qué?

Tenía que confiar en ella y contarle la verdad. Tarde o temprano, todo se acabaría sabiendo.

—Larsen fue detenido por violación a los dieciocho años. Se levantaron los cargos en su contra porque la víctima se negó a declarar. La hermana de Larsen, Delilah, fue su coartada.

—Y ¿tú crees que era culpable?

Él respondió con un suspiro largo.

—Sí, lo creo. —Le dijo por qué—. La chica tenía los pechos cortados.

—Y ¿su hermana mintió por él?

—No sabemos qué ocurrió en ese momento. Puede que él la haya amenazado, o manipulado. Quizá su hermana mintió porque lo creía inocente y él no tenía una buena coartada. No podremos saberlo hasta que haya hablado con ella. Y es lo que voy a hacer ahora mismo.

—No puedo creer que una mujer acceda a proteger a un violador. Tendría que estar enferma, igual que él.

—¿Todavía estás en la universidad?

—No. Booker me ha traído a la hostería hace una hora. Me estaba volviendo loca

de impaciencia. Hemos salido a investigar una zona que queda al sur de aquí. Tengo que hacer algo.

—Puedes comunicarte con todos los equipos de rescate, ¿no?

—Tenemos una frecuencia para nosotros.

—Vale. Si logro averiguar algo con los Parker acerca del lugar dónde Larsen podría tener oculta a Ashley, cambiaremos de dirección y reuniremos a todo el mundo. Quédate en la hostería un rato más, ¿vale?

Ella guardó silencio.

—¿No quieres que salga?

—No es porque crea que no puedes hacer el trabajo, Miranda, sino porque tengo que ponerme en contacto contigo.

—Tienes razón. Lo siento.

—No digas nada sobre la conexión con los Parker todavía. Es probable que Sam Harris ya lo haya contado todo, pero lo intentaré de todas formas.

—¡Harris! ¿Qué ha hecho?

Quinn le contó lo del fax.

—No contesta a las llamadas del buzón de voz y he dado órdenes de detenerlo a todos los policías o perderán la placa. Harris está obstruyendo la justicia y no lo dejaré salirse con la suya.

A Miranda no le extrañaba que Harris intentara actuar en solitario. Siempre había sido una bala perdida. Ojalá Nick tuviera un ayudante mejor.

Puso a Booker al corriente de los detalles mientras caminaban del restaurante de la hostería a su cabaña. Estaba demasiado nerviosa para quedarse quieta, y esperaba que Quinn la llamara pronto.

Oyó el galope de un caballo en el camino que venía recto hacia ella. Se giró y vio a un chico en una montura exhausta.

Ryan Parker.

—¡Anda! —dijo Booker.

Ryan se detuvo y desmontó. Jadeaba casi tanto como el pobre animal.

—¿Qué pasa? —preguntó Miranda. La enorme propiedad de los Parker casi rodeaba la totalidad de las tierras de los Moore, pero el rancho mismo quedaba a varios kilómetros hacia el sur—. ¿Has venido hasta aquí desde tu casa?

—Mi... mi tío.

El tío de Ryan era David Larsen.

—¿Qué pasa con tu tío? —Miranda se sorprendió al ver que su voz sonaba normal.

—Lo supe..., lo supe —repetía Ryan—, en cuanto vi la hebilla de su cinturón.

—Espera un momento. —Miranda hurgó en su mochila y sacó una botella de agua, que le tendió al muchacho—. Echa un trago de agua.

Él obedeció, tosió y bebió otro poco. Se sentó en una pequeña roca al lado del camino y se vació el resto de la botella sobre la cabeza. Miranda se sentó a su lado.

—¿Qué ha pasado, Ryan?

—Lo he oído todo. Sam Harris les ha contado a mis padres que el tío Davy es el Carnicero. Pero yo no le creía. Quiero decir, él es mi amigo.

Miranda se compadeció del pobre chico. El mundo se le venía abajo, como le había sucedido a ella.

—Anoche vi al tío Davy. Está acampando en el prado del sur. A veces hace eso. O usa la cabaña.

—¿La cabaña?

—Tenemos una cabaña, justo al lado del lago Big Sky. Salimos a pescar y cosas así. El tío Davy se aloja allí.

—¿Sabes dónde queda?

—Claro —dijo él, y les dio las coordenadas del lugar.

—Quizás esté ahí —le dijo Miranda a Booker—. Tenemos que llamar a Quinn.

Ryan negó enérgicamente con un gesto de la cabeza.

—No, no está ahí. Yo lo he visto. Y la hebilla.

—¿Qué hebilla?

—Me pareció que la había visto antes. El pájaro. Pero no recordaba dónde. Y entonces lo vi a él, que venía de la quebrada y, no sé cómo, pero enseguida lo supe. Le miré el cinturón y ya no la tenía. Llevaba un caballo o algo así, no el pájaro de siempre. —Ryan sacó una hebilla de cinturón rota de su bolsillo—. Como este.

Miranda estaba confundida.

—¿Tú le has cogido esto a tu tío? ¿Por qué?

Ryan se miró las manos e hizo girar el trozo de metal una y otra vez.

—No se lo cogí. Lo encontré cerca del cadáver de esa chica que mataron. Al día siguiente volví y estuve mirando como buscabais.

Su voz se volvía más ronca con las lágrimas, que ahora se secó con el dorso de la mano.

—Lo siento. No lo sabía. Yo no quería cogerla. Pero me la encontré. Quería contárselo a mi padre, pero pensé que se enfadaría conmigo si le decía que había vuelto a ese lugar. Así que la escondí en mi habitación. Pero hoy vi a mi tío y ahora sé que la hebilla era suya. Fui a casa a buscarla —dijo, y sorbió sus lágrimas—. Estaba muy raro. No estaba contento de verme. Llevaba su rifle. Y su cuchillo. Creo que él la mató.

Miranda sintió que el vientre se le apretaba.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—No lo sé. Le dije que pasaba por ahí y que vi su equipo de camping y que tenía que volver a casa. Mi madre y mi padre estaban peleando, así que he venido hasta

aquí, que era lo más cerca.

—Has hecho bien, Ryan —dijo ella, y se incorporó—. ¿Puedes llevarnos hasta donde viste a tu tío?

Ryan asintió con un gesto.

—Se puede conducir casi hasta arriba del todo.

—Bien. —Miranda sacó su móvil y marcó el número de Quinn.

Quinn contestó pero la comunicación se cortó.

—¡Maldita sea! —Volvió a intentarlo, y esta vez le contestó el buzón de voz—. Quinn, llámame. Estoy con Ryan Parker, y sabe dónde está Larsen. —Le lanzó una mirada a Ryan—. ¿Dónde?

—En el prado del sur, a un kilómetro y medio, por la parte de atrás de la casa. Hay un sendero.

—El prado del sur, detrás de la casa de los Parker. Yo voy hacia allá ahora. Encuéntrate conmigo allí, Quinn —dijo, y cerró el móvil—. Ryan, sé dónde queda eso. No quiero que vengas. Es demasiado peligroso.

—Pero...

—No. Quédate aquí. Te llevaré adonde está Gray y podrás ocuparte de tu caballo. —Miranda lo observó detenidamente—. ¿Hay algo más que quieras decirme?

El chico asintió con un gesto.

—El tío Davy venía de la quebrada, desde el otro lado del prado. Al final, hay muchas piedras y un arroyo.

—He estado ahí.

—No sé por qué iría allá abajo —dijo el chico.

Miranda sí lo sabía.

Sentado en el salón de los Parker, Quinn Peterson le explicaba al juez Parker su teoría sobre David Larsen.

—Pero ¿por qué tenéis que hablar con Delilah? Vemos a Davy durante las vacaciones y, a veces, cuando salimos a pescar, pero Delilah nunca habla de su hermano. Tuvieron una infancia difícil y no tienen una relación muy estrecha.

—¿Delilah le ha contado alguna vez que su hermano fue detenido por violación?

Richard lo miró como si acabaran de darle un mazazo.

—No.

—Hace dieciséis años, en Oregon. Se retiró la acusación porque la víctima se negó a declarar y Larsen tenía una coartada. Su hermana.

—Entonces seguro que Davy no habrá tenido nada que ver.

—A la mujer le cortaron los pechos.

Quinn se dio cuenta de que Parker comenzaba a entender.

—Pero... ¿Delilah? ¿Lo protegió? Es que... no lo entiendo. Mi mujer no es una persona muy afectuosa, señor Peterson. Cuesta acercarse a ella. No me la imagino

mintiendo por alguien, ni siquiera por su hermano.

—Y ¿si trata de protegerse a sí misma?

—¿Perdón? —El tono de Parker era una mezcla de irritación y confusión.

Mientras se dirigía al rancho de Parker, Quinn había hablado con Hans Vigo, el especialista en perfiles del FBI. Vigo tenía la corazonada de que Delilah no sólo había protegido a su hermano cuando lo acusaron de violación en Oregon, sino que también estaba al corriente de sus crímenes en Montana.

—Él viene a cazar al pueblo de su hermana, aunque viva a horas de Bozeman — le dijo Quinn a Parker, repitiendo lo que le había dicho Vigo—. O lo hace para atormentarla, como amenaza para que no hable, o porque esta es su casa. Si su mujer no está al corriente, es evidente que habrá sospechado algo desde el principio.

Parker ocultó la cara entre las manos.

—Mi hijo... Dejé que mi hijo fuera a pescar con ese cabrón. ¡Lo he dejado comer en mi mesa y dormir en mi casa! Le presté una cabaña donde pudiera quedarse, pagué su educación, cuidé de él como de un hermano. —Dio un puñetazo en la mesa del café con tanta fuerza que hizo saltar los objetos que había encima.

Quinn se centró en un detalle importante.

—Juez, ¿dice que le facilitó una cabaña?

—A treinta minutos de aquí, hacia el sur. Casi al llegar a Yellowstone.

—Tengo que verla. ¿Me puede llevar?

—Desde luego. Cualquier cosa con tal de ayudar.

En ese momento, sonó el móvil de Quinn.

—Peterson.

—Él... anda.

—¿Miranda? Hay mala cobertura —alcanzó a decir, y la comunicación se cortó.

—Es la casa —dijo Parker—. Afuera tendrá cobertura.

—¿Dónde está su mujer ahora?

—Salió después de que se fuera Sam Harris. Estaba muy turbada con este asunto de Davy.

—¿Sam Harris ha venido a verlo?

Y Quinn se enteró de lo que Sam Harris le había contado a Parker.

—Lo siento, juez, pero tengo que detenerla. O tiene información que necesitamos acerca del paradero de su hermano, o tenemos que protegerla. No puedo dejar que ande sola por ahí. Hasta que detengamos a su hermano.

Quinn salió de la casa y llamó al despacho para ordenar la busca y captura de Delilah Parker, y para preguntar si Sam Harris se había presentado. No se había presentado. Maldita sea. Pidió al agente al teléfono que informara a todos los policías relacionados con el caso que Harris estaba oficialmente destituido de la investigación y que se le buscaba por obstrucción a la justicia. Quinn no podía permitir que Harris

siguiera perjudicando la búsqueda de Larsen.

El juez Parker salió con él.

—¿Vamos? —le preguntó Quinn al juez.

—Venga, lo llevaré. —Subieron al todoterreno de la policía. El agente Jorgensen iba al volante. Parker le dio las instrucciones para llegar.

—Dígame exactamente dónde. Voy a llamar a un equipo para que se reúna con nosotros. —Quinn necesitaba a todos los hombres disponibles.

Diez minutos más tarde, acabó todas las llamadas, incluyendo una a su jefe para informarle de lo ocurrido. Cuando cerró el móvil de un golpe, sonó su buzón de voz. Llamó y escuchó.

—Demos media vuelta —le dijo a Parker, con la voz tensa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Volvemos a su casa. Acelera, Jorgensen —ordenó Quinn, y se volvió hacia Parker—. Su hijo ha visto a David Larsen ahí, hace menos de una hora.



Davy Larsen observaba desde una ventana de la planta superior mientras Miranda Moore y un poli rodeaban la casa. Al cabo de un rato, se fueron.

Pero no volvieron a la entrada. Al contrario, bajaron en dirección al prado.

Ryan, uno de su propia sangre, lo había delatado.

¿Cómo podía hacerle eso? ¿Acaso no lo había amado como un hermano mayor? La vida de Ryan era perfecta, la vida que él nunca había tenido. Pero no importaba. No era que estuviera celoso ni nada por el estilo. No.

¿Por qué iba a verla a *ella*, a Miranda Moore? ¿Para decirle dónde encontrarlo?

Eso no estaba nada bien. No permitiría que le quitaran a esa chica. Ashley le pertenecía, y todavía no había acabado con ella.

La Puta se marchaba. Al cuerno. No la necesitaba.

Ella nunca había entendido. Se quedaba ahí mirando, se excitaba y se agitaba, y nunca lo molestaba cuando él era dueño de la escena. Pero disfrutaba y hacía comentarios en clave.

—¿Te sientes mejor ahora, Davy? —preguntaba después, como si le hablara a un niño.

Él habría querido borrarle de la cara esa expresión de engreída, esa sonrisa de suficiencia. Como si supiera algo que él ignoraba. Le había llegado a robar incluso eso, sus mujeres. Cuando ella miraba, reclamaba una parte de ellas, como si ella fuera la coreógrafa y él una simple marioneta.

Y bien, él había decidido cortar los hilos del titiritero. Finalmente había quedado en reunirse con ella en Missoula esa noche, y de ahí se irían a cualquier parte. Él tuvo que decir que sí. Si le hubiera contado lo que iba a hacer, ella no se habría separado de su lado.

No, esa noche sería la caza. Esa noche sería libre. Reclamaría su premio y seguiría su camino. Mientras durara el verano, podría vivir durante meses de la tierra. Era capaz de caminar incluso hasta California si hacía falta.

Ella nunca lo encontraría. Por fin sería libre.

Y sus cacerías y sus mujeres por fin serían suyas, sólo suyas.

Salió de la casa tomando todas las precauciones y se dirigió al prado por el camino más largo. Sabía cómo llegar hasta la chica por un desvío.

Lo primero era lo primero. Seguiría a Miranda Moore. El placer de cortarle el cuello sería sublime. Quiso matarla justo después de que ella escapara, pero La Puta le dijo que no. Como si se alegrara de que una de sus presas hubiera escapado. Se había mofado de él, lo había provocado, y él soñaba con cogerla por el cuello con las dos manos, rompérselo como quien le rompe el pescuezo a un pollo. *Crac*. Dejarla a la orilla del camino y que los pumas dieran cuenta de ella, mientras los bichos se paseaban por su boca. Se lo tenía bien merecido.

Pero, claro, no hizo nada. En ese momento, no. Siempre había creído que sin ella él no sería nada. Sin ella, él habría muerto hace años. Ella lo había salvado más veces de las que podía contar. Y él le estaba agradecido. Él la amaba.

Ahora la odiaba. Y aquel odio aniquilaba cualquier sentimiento de amor que hubiera albergado por ella.

Se quedó mirando por la cuesta, hacia el barranco más abajo, pensando en el momento de la ejecución. Primero, Miranda Moore y los polis. Después, su chica.

Y luego, su puta hermana.

Desde más abajo en la quebrada llegó el ruido de dos disparos. *Su chica*. Le estaban robando la chica.

¡La muy puta lo pagaría caro!

Bajó la ladera de la montaña a grandes zancadas. La caza había comenzado.

• • •

—No podemos esperar a Quinn —le dijo Miranda a Booker.

Habían ido directamente al campo del sur con su jeep. Cuando Miranda no vio a Quinn, siguieron hasta la casa.

Nadie abrió.

Intentó nuevamente ponerse en contacto con Quinn, y volvió a salir el buzón de voz. Maldito sea, ¿acaso no tenía llamada en espera?

Miranda respiró hondo. En la montaña la cobertura de la telefonía móvil era un desastre. Ella tenía llamada en espera y la mitad de las llamadas iban directamente al buzón de voz porque las torres de repetición recibían señales confusas. Tampoco ayudaba en nada el hecho de que el tiempo estuviera empeorando. La mañana clara y luminosa se había convertido en una palidez grisácea que cubría toda la faz de la montaña. Esperaban una tormenta fuerte, pero el mal tiempo no debía empezar hasta la noche. Miranda confiaba que así fuera.

Quinn no tardaría en llegar. Ella sabía que vendría. Pero ¿era una buena idea esperar? Entre el tiempo que empeoraba y el hecho de ignorar el paradero de David



Larsen, estaba en juego la suerte de Ashley.

Miranda intuía que estaba cerca. Tenía que intentarlo. Si Ashley moría ese día en la parte de la quebrada llamada Barranco de la Roca, sin que ella echara una mirada, nunca se lo perdonaría.

Además, Lance Booker estaba con ella. Era un buen poli y, además, un hombre fuerte. Eran dos contra uno. Y Larsen no sabía que la policía le venía pisando los talones. El elemento sorpresa era una ventaja añadida.

—Ashley está allá abajo. Lo sé —dijo Miranda—. Pero si él siente la presión de la policía, podría matarla y huir. Ahora mismo.

—Tenemos que llegar a ella antes de que eso suceda. No podemos esperar a Quinn ni a mi unidad. —Miranda había llamado para que todos los efectivos suspendieran la búsqueda en su zona y acudieran a ese punto, no sin antes advertirles que debían tener cuidado.

—Tienes razón —concedió Booker.

Ella respiró lentamente. No estaba segura de lo que habría hecho si Booker no hubiera querido acompañarla en su descenso del Barranco de la Roca. Pero querían seguirle los pasos a Larsen, tenían que hacerlo mientras aún tuvieran luz de día.

Sacó su mapa topográfico y lo plegó hasta tener el Barranco de la Roca y el área circundante a la vista. Se lo metió en el bolsillo y miró por la pendiente del monte. Vio las hojas revueltas y la tierra por donde Larsen había subido y saludado a Ryan.

—Aquí —le señaló a Booker; el corazón le latía con tanta fuerza que temía que el agente oyera su miedo.

¿Era capaz de hacerlo? ¿Sabiendo que podía encontrarse cara a cara con su agresor?

¿Cómo no iba a ser capaz? Si esperaba aunque no fueran más que diez minutos, Larsen podría llegar antes donde estaba Ashley y asesinarla.

Y ¿si Ashley ya había muerto? Pero no, Miranda intuía que seguía viva. Era demasiado temprano para salir a cazarla. Larsen era un engreído. Le gustaba tenerlas el tiempo suficiente para quebrarlas. Para debilitarlas, de manera que no tuvieran ni una posibilidad de sobrevivir a la caza.

A Miranda no la había quebrado. No la había matado. Ella había escapado, y ahora iba a robarle su presa. Ashley.

Llamó a Charlie, el jefe de su unidad.

—Booker y yo vamos a rescatar a Ashley.

Siguió las huellas de Larsen. Este había subido en zigzag para no correr el riesgo de caer. Algunas partes eran peligrosas. Si comenzaba a resbalar, no podría parar hasta chocar contra un árbol.

El Barranco de la Roca era una quebrada estrecha de unas ochocientas hectáreas que cortaba la montaña con un arroyo estacional. Las formaciones rocosas eran un

fenómeno geológico increíble. Miranda lo había visto en sus visitas con la clase del profesor Austin. El descenso era peligroso, aunque ellos esa vez escogieron una zona más fácil para bajar, en la cara este más distante de la quebrada. Pero para llegar allí, tendrían que dar un rodeo de casi una hora en coche.

Bajar por ese lado era la manera más rápida de llegar al fondo de la quebrada.

Llevaban unos quince minutos bajando la ladera sin ayuda de cuerdas. Ni ella ni Booker cruzaron palabra porque no podían. Miranda ya había llegado a la conclusión de que, en su estado actual, a Ashley le sería imposible escalar esa ladera. Eso las obligaría a salir por el camino más largo, lo cual significaba varios kilómetros por el lecho del río durante muchas horas.

Quizá corriendo.

Ahora veía el fondo de la quebrada.

—Booker —dijo, y señaló hacia abajo—. Tenemos que encontrar otra manera de bajar.

—Él ha pasado por aquí —dijo Booker.

—Pero él venía subiendo. Podía usar su impulso para subir, asiéndose de los árboles. Son casi cien metros hasta abajo. Y los últimos quince metros son todo roca. Es demasiado peligroso. —A lo largo de los años Miranda había visto a varios miembros de su equipo lesionarse intentando subir y bajar superficies planas.

A Booker no se le veía muy contento.

—Puede que tengamos que alejarnos mucho para encontrar un lugar mejor.

—Parece más fácil por allá. Luego volveremos hacia atrás al llegar abajo. Pero tenemos que darnos prisa. No sabemos cuándo va a volver.

Miranda se giró y comenzó a caminar en paralelo a la quebrada. La tierra mojada debajo de la gruesa capa de pinaza hacía difícil avanzar. Más abajo, el aire estaba más frío, y no ayudaba en nada que ahora se hubiera nublado. Casi como si esperara esa señal, una gota gorda de lluvia le cayó en la cara.

—Vigila —le dijo a Booker—. La pinaza se vuelve resbaladiza con la lluvia.

—Miranda, he vivido aquí toda mi vida. Conozco la montaña.

—Perdón —farfulló ella.

Booker la miró sonriendo.

—Bajemos por aquí —dijo, señalando una pared que no parecía mucho más fácil que el trozo que acababan de dejar atrás. Mucha pinaza, unos pocos árboles caídos, rocas que sobresalían aquí y allá. Y una bajada abrupta.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, mirando hacia donde se dirigían. No se veía ningún lugar mejor.

—Totalmente. ¿Ves cómo al final la pendiente es más suave? Sólo hay quince o veinte metros difíciles.

—De acuerdo. —Miranda no estaba tan segura, pero entonces le cayó otra gota en

la cara. Se les estaba acabando el tiempo.

Booker bajó primero. Ella ponía el pie donde él pisaba, con el cuerpo casi pegado contra la pared para no perder el equilibrio.

De pronto, Booker empezó a resbalar al ceder el terreno bajo sus pies. Capas y capas de tierra suelta incapaz de soportar su peso. La semana seca después de las lluvias había dejado el suelo húmedo, pero suelto.

—¡Lance! —exclamó. Booker intentó controlar la caída pero cada vez resbalaba más rápido, hasta que empezó a rodar.

Y cayó al fondo de la quebrada. Medio cubierto de ramas y polvo, se quedó inmóvil.

Miranda bajó el monte arrastrándose lo más rápido posible. Era más fácil ahora que ya no quedaba tierra suelta.

—Lance, ¿te encuentras bien?

Vio que se giraba, pero cuando llegó al fondo del barranco, jadeando, era evidente que estaba mal.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que me he fracturado una costilla. Podría estar rota.

Miranda sintió los latidos del corazón con tal fuerza que pensó que le estallaría el pecho. Estaban en el fondo del barranco. Solos. Y el Carnicero volvería a alguna hora de esa noche.

Tenía que sacar a Booker de ahí, pero no había manera de subir la ladera. Y quedaban unos ocho kilómetros por la quebrada hasta el otro lado. Quizá lo conseguirían, si paraban de vez en cuando.

Y ¿qué pasaría con Ashley? ¿Cómo podía abandonarla estando tan cerca? El Carnicero iba a volver.

—Ve a buscarla —dijo Booker, como si le leyera el pensamiento—. Yo estaré bien.

—No voy a dejarte solo. Es una de mis reglas... Cuando tu compañero cae, te quedas hasta que llega la ayuda.

—Estas son circunstancias especiales. —Booker se sentó, haciendo una mueca de dolor—. Iré contigo hasta que encuentre un lugar donde esconderme.

Miranda lo ayudó a incorporarse, imitando sin darse cuenta su mueca de dolor.

—Te pondrás bien, Lance. Pero si te cuesta respirar, no te muevas. Puede que tengas una costilla rota, y un movimiento repentino te podría perforar el pulmón.

—Ahora me duele un poco menos.

Empezaron a retroceder siguiendo el lecho rocoso del río hasta que volvieron a encontrar las huellas de Larsen. Sin embargo, con las rocas era difícil ver de dónde había venido antes de empezar a subir la ladera.

—Mira a tu alrededor, Lance. ¿Ves algo que indique por dónde pasó? —Las gotas

de lluvia eran ahora una llovizna nebulosa. Era agradable, pero pronto empeoraría la visibilidad.

—Allá —dijo Booker, señalando hacia el otro lado del arroyo, donde esa parte de la quebrada estaba flanqueada por espesos matorrales.

En efecto, vieron un arbolillo quebrado.

Podría haber sido un oso o un puma. Pero era el único rastro que tenían, y lo siguieron. Por las huellas de las pisadas que vieron al adentrarse en el bosque, era evidente que por ahí había pasado un depredador bípedo.

—¿Vas bien?

—Por ahora, sí.

Aun así, avanzaban más lentamente de lo que Miranda hubiera querido. Sacó su radio y llamó a Charlie para comunicarle su situación. Charlie llevaba diez años trabajando en la unidad de búsqueda y tenía más experiencia que Miranda. Aunque distorsionada por la estática, era agradable oír su voz. El equipo de Charlie estaba a diez minutos del rancho de los Parker.

Eso significaba que tardarían al menos una hora en llegar al fondo de la quebrada.

—Charlie, cambio y fuera.

—Entendido, toma...

—Espera.

La había visto. La barraca.

—¿Miranda?

—Está aquí. Creo que he encontrado a Ashley. Voy a comprobarlo.

—Hazlo con precaución.

—Eso haré —dijo ella, y tragó saliva—. Fuera.

La destartada construcción de madera estaba como combada por el paso del tiempo y por los inviernos fríos y húmedos de Montana. El techo de zinc tenía trozos oxidados pero, a diferencia de la barraca de Rebecca, esta tenía al menos una ventana.

Miranda gritaba en silencio por todos los poros de su cuerpo.

—¡Ten cuidado! —Podría estar ahí. David Larsen, el Carnicero.

—Miranda —susurró Booker. Estaba justo detrás de ella. Había palidecido y sudaba copiosamente.

—Tienes que sentarte —dijo ella, en voz baja.

—No puedo. ¿Qué hacemos si está adentro?

—Me servirás de apoyo.

Desfundaron sus armas. A Miranda no le temblaban las manos, y eso la sorprendió, aunque tenía erizados todos los pelos de la nuca.

Sosteniendo el arma con ambas manos, se acercó con cautela a la barraca. Booker le hizo una señal para que fuera por un lado mientras él iba por el otro. Ella señaló la ventana. Él asintió con un gesto de la cabeza y ella se situó por debajo, intentando

controlar su respiración. Estaba casi jadeando, sintiendo un miedo desbocado y a flor de piel.

Ahora no. Por favor, ahora no. La vida de Ashley dependía de ella. Si fallaba...

No. No podía fallar. Y no fallaría.

Lentamente, se asomó para mirar dentro del cuartucho. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del interior, vio a una mujer desnuda atada sobre un colchón inmundo en medio del suelo. Su pelo rubio parecía negro de suciedad y sangre.

*Sharon.*

El dolor, la rabia y la humillación volvieron como una ola que la sacudió y la hizo caer de rodillas. Oh, Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué has creado a este monstruo?

Pero aquella chica no era Sharon. Era Ashley. Y Ashley la necesitaba.

Y ¿si ya estaba muerta?

Miranda respiró hondo y se incorporó. Volvió a mirar por la ventana. Mientras escudriñaba la oscuridad, vio que el pecho de la mujer subía y bajaba. Estaba viva. Quizás había un Dios, después de todo.

Y entonces Miranda vio que Ashley no estaba sola.

Estaba a punto de disparar al hombre a través de la ventana. Se encontraba tendido junto a Ashley, como disfrutando de la violación recién consumada. Le dispararía, le cortaría los huevos y se los metería hasta la garganta. Dominada por el odio y la rabia, levantó la pistola.

Se detuvo cuando vio brillar algo metálico. Intentó verle la cara, pero era imposible. Estaba inmovilizado, atado con cuerdas, con las manos y los pies detrás de la espalda.

Era un cuerpo familiar. Pelo oscuro, camisa beige.

¡Era Nick!

Y ¡estaba vivo!



Miranda se apresuró a rodear la barraca. Maldita sea, la puerta estaba cerrada con una cadena.

Empezó a dar golpes en la puerta.

—¡Nick! ¡Nick, soy Miranda! Voy a dispararle al candado y a sacarlos de aquí.

Le respondió una voz apagada, pero Miranda no entendió lo que decía. Ashley lanzó un grito, entre adolorido y jubiloso.

—¡Booker! ¿Dónde estás? —Miranda miró a ambos lados, pero no lo vio.

—Aquí. —La voz venía del otro lado de la barraca, y se notaba débil. Miranda temió que su herida fuera más grave de lo que daba a entender.

—Nick está dentro de la barraca con Ashley. Voy a sacarlos. No veo a Larsen por ninguna parte, pero mantén los ojos bien abiertos.

Silencio.

—¿Lance? ¿Estás bien?

—Estaré bien. Sólo necesito un minuto.

Joder. Ahora tenía a dos polis gravemente heridos y a una chica. Lo primero era lo primero, tenía que liberar a Ashley, y luego pensaría en una manera de sacarlos a todos de ahí.

Miranda apuntó al candado. Necesitó dos balas para abrirlo, y luego dio una patada a la puerta.

El hedor a sangre, a sexo violento y a desechos humanos le dio de lleno, asqueroso y familiar. Tuvo un amago de arcada y giró la cabeza. Ella y Sharon habían vivido en una suciedad igual a esa.

Se quedó paralizada. Quería entrar y comprobar que Nick se encontraba bien. Pero sentía los pies cargados de plomo, como si los tuviera calzados en cemento. Cuanto más intentaba moverlos, más pesados se volvían.

Comenzó a temblar. Con sólo pensar en cruzar el umbral de aquel espacio que ya empezaba a encogerse, sintió que se le entumecía todo el cuerpo. Su visión periférica comenzó a reducirse lentamente.

*No. Ahora, no. Por favor.*

*Cayó de rodillas. Puedo hacerlo. Puedo entrar. Salvarlos.*

*No, no puedo. Soy débil. Me ha vencido. Volverá y acabará lo que empezó. Mató a Sharon y yo escapé. No pude salvarla. Ahora ni siquiera puedo salvarme a mí misma.*

—¿Miranda?

Era la voz de Nick. Ronca y pastosa.

—¡Miranda! —Seguía siendo pastosa, pero en son de orden.

—Nick, yo... —Respiró hondo. Si no se tranquilizaba, acabaría sufriendo un ataque de nervios.

—Te necesito. Ashley te necesita. Entra de una vez. Ese tipo está a punto de volver.

Después de tantos años, el Carnicero conseguiría vencerla. Él la había convertido en una claustrofóbica. Él le había inoculado el miedo.

—Yo... no puedo.

—Sí que puedes, Miranda. Yo sé que puedes. Confío en ti. Respira hondo. —Nick balbuceó algo y tosió, esforzándose para pronunciar cada palabra—. Tú puedes —dijo, finalmente, con aliento entrecortado.

Ella podía, ¿no? Podía vencer su miedo. Tenía que vencerlo. Por Nick. Por todo lo que él había hecho por ella, por su apoyo y su valor y su amistad. No había llegado hasta allí para fallarle.

Y, además, amaba a Nick. Ahora veía con gran claridad la diferencia entre Nick y Quinn. Los amaba a los dos. Nunca se había dado cuenta de eso. Pero podía amar a dos hombres. A uno como amante, al otro como hermano.

*Respira. Espira. Respira. Espira.*

Volvió a respirar hondo y se obligó a entrar en la habitación que no paraba de encogerse. Las paredes empezaron a combarse hacia dentro, y a cada paso que daba se estrechaban más. Sintió el pecho totalmente apretado. No le quedaba aire.

*Ahora no, no.*

Temblando, cogió la cuerda que ataba a Nick. Sus dedos intentaron deshacer los elaborados nudos. Las paredes se le acercaron, como queriendo cogerla.

—Miranda —dijo Nick, con voz ronca.

—Te sacaré de aquí. —Su voz sonaba débil y temblaba de pies a cabeza. Se concentró en los nudos. Si se ocupaba en desatarlos, se olvidaría de las paredes que se estrechaban, de la fetidez, de los recuerdos de la violencia. Tenía que olvidarlo. Por Nick. Por Ashley.

Por sí misma.

—Olvídate de mí. Saca a Ashley de aquí. Luego envías a alguien a buscarme.

—No puedo, Nick. El Carnicero es David Larsen, el hermano de Delilah Parker.

La policía no puede encontrarlo, pero lo han visto cerca de aquí. No te puedo dejar. Vendrá por la noche. —O incluso antes.

—No creo que pueda salir de aquí —dijo Nick, con un hilo de voz.

—No te abandonaré. —Miranda tuvo que tragarse el miedo y la vergüenza ante la posibilidad de fallar, y siguió concentrada en los nudos para no pensar en lo pequeña que se había vuelto la choza desde que había entrado—. Pensábamos que habías muerto.

—Cometí un error.

—Ya me lo contarás —dijo ella.

¡Maldita sea, los nudos eran complicados y estaban demasiado apretados! Su cuchillo. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? No las tenía todas consigo. La habitación la estaba ahogando y ahora sudaba, como saturada por su propio pánico.

Si no se adueñaba de la situación, Ashley y Nick morirían. Y si no encontraba una manera de salir de ahí, ella y Lance Booker acabarían haciéndoles compañía.

Sin embargo, los números daban cierta seguridad. Cuatro contra uno, aunque tres estuvieran en condiciones menos que aceptables.

Sacó su cuchillo y cortó con cuidado las cuerdas para no hacerle daño a Nick. Tardó un minuto y lo consiguió. Luego se puso a desatar a Ashley.

—Nos va a matar —sollozaba la chica.

—No, no lo dejaré —dijo Miranda, y le quitó la apretada venda de los ojos. La chica intentó abrirlos, pero no pudo—. No te esfuerces. Espera un minuto.

—¡No! ¡Vendrá! ¡Y me cogerá!

—Yo escapé de sus manos una vez. Volveremos a hacerlo, tú y yo. —Miranda deseaba estar tan segura como sonaba—. Y luego pagará por lo que te ha hecho.

Y por lo que me ha hecho a mí también, añadió para sí. Ashley era tan menuda que Miranda pudo levantarla.

—¡No! ¡No! —gritó.

—Tengo que sacarte de aquí, Ashley. Tienes que moverte. Miranda la llevó hasta la puerta y la dejó en el lado de afuera. La chica, que no paraba de sollozar, estaba toda cubierta de sangre reseca y heridas. Era como mirar en un espejo de hacía doce años. Miranda tragó con dificultad y en sus ojos brotaron lágrimas. La chica se cubrió los pechos con el brazo, pero Miranda no tenía para qué ver el daño que había sufrido. Bajó la mirada y se dio cuenta de que ella también se cubría los pechos. Dejó caer las manos como si estos la quemaran.

Quería decirle a Ashley que estuviera callada, que él las oiría. Pero la verdad es que ignoraba cuán lejos o cuán cerca de la choza se encontraba David Larsen. Si iba a acudir esa noche... o en ese mismo momento.

Se desprendió de la mochila, la abrió y sacó el jersey que llevaba dentro. Se lo puso a la chica. Después, le pasó una botella de agua.



—Bebe, despacio —dijo.

Ashley la cogió, sin dejar de sollozar, acurrucada dentro del jersey demasiado grande.

Miranda cogió dos pares de calcetines gruesos y se arrodilló junto a Ashley.

—Tienes que cubrirte los pies para recuperar el calor.

—¡No me toques!

—Vale —dijo, y le dio los calcetines. Como un animal espantado, Ashley los cogió con un gesto rápido y se los llevó al pecho—. Póntelos. Los dos pares.

Buscó a Booker con la mirada y no lo vio.

—¡Lance! —llamó, con voz tensa.

—Aquí estoy —oyó una respuesta apagada. La voz venía de un lado de la barraca. No se había movido desde que Miranda había entrado. Miranda llevó a Ashley hasta donde estaba Booker apoyado contra la pared de la barraca. Dejó a la chica en el suelo y se giró hacia él.

—¿Por qué no me has dicho que estabas tan mal? —preguntó, y le levantó la camisa. Vio que tenía el pecho herido e hinchado. Le tocó apenas las costillas y él se mordió los labios para no gritar, con el rostro contorsionado por el dolor.

—Tienes al menos una costilla rota.

A Lance le costaba respirar, y a Miranda le preocupaba que tuviera un pulmón perforado.

—Nick, no podemos dejarlo aquí.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Booker.

Miranda miró por encima del hombro y frunció el ceño. Pensaba que Nick había salido detrás de ella.

—No lo sé. —Se giró hacia Lance—. Llama por radio, transmite las coordenadas y pregunta a qué hora aproximadamente llegarán los refuerzos. Diles que necesitamos trasladar a heridos totalmente inmovilizados. Voy a sacar a Nick —dijo, y volvió a la entrada.

Nick seguía tirado en el suelo. Miranda no se había dado cuenta de lo malherido que estaba. Respiró hondo, vaciló un momento y volvió al interior de aquel espacio asfixiante. Se arrodilló junto a él.

—Nick, levántate.

—No puedo. La cabeza. No veo nada.

—Te sacaré de aquí, pero tendrás que echarme una mano. ¿Puedes caminar?

—Supongo que algo.

Tardaron varios minutos, un tiempo precioso, en salir con Nick de la barraca. Miranda lo dejó sentado junto a Booker.

Nick tenía la cabeza cubierta de sangre reseca. Estaba caliente al tacto. Demasiado caliente. Tenía la mirada desenfocada. Le habían dado un fuerte golpe en

la cabeza. Era probable que fueran los síntomas de una infección.

No había manera de que pudiera salir de la quebrada por su propio pie.

Necesitaba urgentemente ayuda médica.

—Miranda, vete. Coge a Ashley y vete de aquí antes de que vuelva.

—No puedo irme y dejarte aquí solo. Te matará. —Pero no veía otra solución.

—Te estoy dando una orden, Miranda.

—¡No me vengas con tus órdenes! —exclamó ella. Apoyó la cabeza en las manos y respiró hondo—. Joder, Nick, pensé que habías muerto, estaba destrozada. No me hagas esto. Ni se te ocurra hacer alguna tontería.

Él cerró los ojos y suspiró.

—No podré salir de aquí caminando, Miranda.

Ella le tocó la cabeza ahí donde tenía una herida reseca, profunda y ensangrentada.

—Nick, tienes fiebre. Necesitas un médico.

—Pues llama a uno cuando vuelvas a la ciudad.

—Lance, ¿con quién has hablado? ¿A qué hora llegarán?

—He hablado con Charlie. Tardarán entre cuarenta y cuarenta y cinco minutos.

¿Qué podía hacer ella? ¿Cargar con dos hombres a lo largo de unos cuantos kilómetros de terreno rocoso y abierto? Y ¿Ashley?

Quizá David Larsen estuviera a punto de llegar. No podían quedarse ahí sentados esperando un equipo de rescate. Él los cogería uno a uno. Y ella no estaba dispuesta a dejar a nadie atrás. Cuando volviera con ayuda, sería demasiado tarde.

Lanzó una mirada a la chica, que seguía acurrucada, cogiéndose las rodillas, meciéndose sin parar. El jersey verde oscuro que Miranda le había pasado para abrigarse y taparse la cubría entera.

Tenía la cara llena de moretones, el pelo inmundo y enredado. Olía a su propia mierda. Los cortes y heridas en todo el cuerpo quedaban ocultos, pero Miranda los había visto y sabía que Ashley estaba emocional y físicamente destrozada. Miranda conocía ese infierno donde ella había estado. Sin embargo, con el tiempo, sus heridas se habían desvanecido, todas y cada una de ellas.

Ashley le dio fuerzas. Aquella chica la necesitaba. No podían quedarse sentadas esperando que llegara alguien a ayudarles. Sobre todo si no sabían dónde estaba Larsen.

Se mordió el labio y miró a su alrededor. La barraca estaba en el extremo cerrado de la quebrada. A unos veinticinco metros de donde se encontraban, se estrechaba, y no sería fácil salir. Hacia el otro lado, se encontraban se ensanchaba hasta cientos de metros, en algunas partes, y se estrechaba a menos de diez metros en otras. Sin embargo, ella sabía perfectamente dónde desembocaba. Ahí mismo, había pocos lugares donde ocultarse. Desde luego, no había lugar para cuatro personas adultas.

Miranda no podía dejar ahí a los hombres heridos y a Ashley mientras buscaba un buen escondrijo hasta que llegaran refuerzos. Nick y Lance no llegarían muy lejos.

Se volvió hacia Nick.

—Toma —dijo, y le paso su segunda pistola.

—No quiero quedarme con tu arma.

—Tengo otra, Nick, y no me iré si no la coges. —Le cogió la mano y lo obligó a empuñarla. Él la mantuvo así.

Miranda metió su mapa en un sobre de plástico para impedir que la lluvia lo empapara y le indicó a Booker la ruta que seguiría.

—Voy hacia el este siguiendo la quebrada. Aquí dobla hacia el sur. Son muchos kilómetros, hasta llegar cerca de Big Sky, pero yo conozco un atajo en el recodo que nos llevará hasta... —señaló—... aquí. —Miró de Lance a Nick—. Seguiré el curso del lecho rocoso todo lo posible, pero para ocultar nuestro paso quizá tengamos que subir por alguna ladera. Llevo la radio, pero la fijaré en sesenta y cuatro. ¿Vale? ¿Eso significa silencio? Nada de hablar. Lo mejor que podéis hacer es seguir con vida.

Miranda miró a su alrededor y señaló a unos quince metros monte arriba.

—Lance, ¿ves esas rocas de más arriba? Él siguió la dirección de su dedo.

—Sí.

—¿Puedes llevar a Nick hasta allá arriba?

—Creo que sí.

—Tienes que hacerlo. Aquí los dos sois un blanco perfecto. Subid hasta allá y esconderos. Llama a Charlie y le cuentas el plan. Si veis a Larsen, llamad a mi frecuencia y decidme cuánto tiempo tengo. —Se ajustó la radio—. Si os ve... disparad a matar.

No era el mejor plan, pero se les acababa el tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó a Nick, apretándole la mano.

—Bien.

Miranda miró su reloj, y se secó la llovizna de la cara. Las 16:35. Hacía sólo quince minutos que había divisado la cabaña. Parecía una eternidad.

Tenían casi cinco kilómetros que recorrer antes de que se pusiera el sol. No llegarían antes de esa hora, aunque corrieran todo el camino.

—Ashley, tenemos que irnos.

—No puedo. Déjame quedarme con ellos.

—Él te buscará. —Además, apenas había sitio suficiente en esas rocas para esconder a dos hombres.

Miranda pudo enfrentarse a su miedo en la barraca y vencer. Si ella podía con su claustrofobia, era evidente que podía liberar a Ashley. Pero sólo si la chica colaboraba.

—Vamos —dijo.

—No puedo —dijo Ashley, sin parar de llorar, con las lágrimas bañándole las mejillas.

—Sí que puedes. No dejes que él gane.

—Eres más fuerte de lo que crees, Ashley —dijo Nick.

Algo en su tono de voz hizo que Miranda se volviera. Nick tenía los ojos cerrados, pero ella vio por su expresión que estaba preocupado. Y más que preocupado. Era como un mudo entendimiento. Él sabía. Había estado ahí tendido, había sido testigo de la violación de Ashley. Miranda aborrecía que hubiera tenido que pasar por eso.

Sin embargo, por primera vez en su vida, no se detuvo a pensar en ese pasado tan lejano. Había escapado del Carnicero entonces, y ahora volvería a burlarlo.

—Tenemos que irnos —repitió—. Lance, no te olvides de llamar a Charlie en cuanto os hayáis escondido en la ladera.

—Descuida.

Ashley gemía y se sacudía con cada sollozo. Pero parecía resignada a irse con Miranda cuando se incorporó penosamente, con los brazos todavía cruzados sobre el pecho.

Miranda se giró por última vez para mirar a Nick y ponerse la mochila.

—Espero encontrarte vivo cuando llegue al final de esta quebrada.

## CAPÍTULO 32

Quinn inspeccionó la residencia de los Parker con el agente Jorgensen, mientras otros dos polis buscaban en los alrededores.

—Despejado —avisó.

Richard Parker tenía un aspecto fantasmal, con la cara demacrada, cuando Quinn volvió a salir al porche.

—Podría haber matado a Ryan. Podría haber matado a Delilah.

—Ryan está a salvo —le recordó Quinn—. He enviado un agente a casa de Bill Moore para cuidar de él. Todos los demás han salido a buscar a Delilah y a David.

—Ella no sabía. No puede haber sabido.

Parker no paraba de repetir aquella cantinela en el coche hasta que a Quinn le dieron ganas de darle un puñetazo.

—¡Agente Peterson!

—Uno de los agentes de Nick se acercó corriendo. —Estábamos investigando en el campo del sur como usted dijo y hemos escuchado disparos a lo lejos en la quebrada.

—¿Dónde?

—Resulta difícil saberlo por el eco, pero lo más seguro es que sea allá abajo, en el fondo. Se ve que varias personas han bajado por la ladera; se nota en la tierra removida y en la vegetación. —El agente se secó la frente. La llovizna aumentaba sin parar, aunque todavía no era una lluvia en toda regla.

Se acercaron unos cuantos todoterrenos por el camino de entrada. Quinn reconoció al conductor del primero. Era Charlie. No esperó a que bajara, y fue a reunirse con él junto al establo.

—Acabo de hablar con Lance Booker —dijo Charlie—. Han encontrado a la chica. Y, ¿qué te parece? Nick está con ella.

Quinn dio un puñetazo sobre el capó de la camioneta de Charlie. ¿Cómo se le había ocurrido a Miranda bajar sola a esa quebrada? Le daba igual que un agente la acompañara. Miranda no era ni poli ni agente federal. ¿Por qué había bajado?

Y, de pronto, entendió. Quería salvar a Ashley. Él habría hecho lo mismo.

—Vamos al campo. Yo iré contigo. Necesitaremos el cuatro por cuatro si la lluvia empeora.

—Empeorará —avisó Charlie.

El trayecto fue breve pero accidentado. En cuanto se detuvieron, sonó la radio de Charlie.

—UBR, UBR, ¿hay alguien ahí? —UBR eran las siglas de Unidad de Búsqueda y Rescate, la unidad de Miranda.

Charlie contestó.

—Recibido. Aquí, Charlie Daniels.

—Charlie, soy Lance Booker. Te llamo para darte coordenadas. ¿Puedes anotarlas?

—Adelante —dijo Charlie, con lápiz y una libreta en la mano. Booker transmitió las coordenadas. Cuando acabó, Quinn cogió la radio.

—Booker, soy el agente Peterson. Ponme con Miranda.

—No puedo, señor.

—¿Por qué diablos?

—No había suficiente lugar para escondernos todos aquí y se ha llevado a Ashley quebrada abajo.

—Explícate.

Quinn cerró los ojos cuando acabó de hablar por radio con Lance Booker. Maldita sea. Miranda no tenía otra alternativa. Tampoco había dónde elegir. Pero huir con una mujer herida y asustada...

—Vamos. Booker dice que tardaremos unos cuarenta y cinco minutos en llegar a la quebrada.

—Acortaremos ese tiempo por la mitad. ¿Alguna vez has hecho rappel?

Davy se quedó mirando la puerta abierta. Una furia roja explotó en su pecho, llenando hasta el último vaso sanguíneo de un odio poderoso.

Esa puta le había robado a su chica.

¿Dónde habían ido?

Era una puta lista. No subiría por la quebrada. El terreno ahí se volvía más escarpado y estrecho. Era una trampa. No había caído en sus trampas antes. Siguiendo por el Barranco de la Roca hacia abajo llegarían cerca de Big Sky. Era difícil caminar por las rocas, y tendrían que cruzar varios arroyos. Con las lluvias de la semana anterior, estos bajaban cargados. Por lo menos les llegaría a la cintura. Eso las haría perder tiempo.

Ella no podría cargar con la chica montaña arriba. Era demasiado escarpado. Él había escogido ese lugar porque cualquiera que fuera hacia el oeste se vería atrapado. Quería acorralar a esa chica. Mirarla a los ojos cuando viera que no había escapatoria.

¿Correría hacia él? ¿O se encogería de miedo ante la montaña que nunca podría escalar?

Al contrario, la puta tenía que haberla llevado barranco abajo, lo cual le quitaba su atractivo deportivo. ¿Qué mérito tenía dispararles a campo abierto? Ya lo había hecho antes.

Ahora quería algo nuevo.

Aquella puta pagaría por lo que había hecho. Debería haber matado a Miranda Moore hacía doce años.

La obligaría a suplicar misericordia antes de que le arrancara el corazón.

Miranda hizo una mueca al escuchar la radio. Le había bajado el volumen, pero se oyó igual.

—Aquí, Moore —dijo, esperando que el aparato no emitiera eco. La lluvia caía con fuerza y ayudaba a amortiguar el ruido, aunque si el Carnicero le seguía los pasos tendría que tomar todas las precauciones. Avanzaban pegadas a la ladera derecha para no mostrarse en terreno abierto, pero la lluvia convertía la tierra en un lodazal. Miranda llevaba botas de escalar y, aun así, cayó una vez. Tuvo que recoger a Ashley más veces de las que podía contar. En su opinión, no avanzaban lo bastante rápido.

—Soy Booker. El Carnicero ha venido y se ha ido, hace unos noventa segundos, a paso rápido. No se le veía contento.

La voz de Booker llegaba distorsionada.

—Recibido.

—Iba a dispararle, pero no encontré el ángulo.

—Es preferible mantenerse escondido. Si hubieras errado el primer disparo, habría sabido dónde estabais. ¿Cómo está Nick?

—Pasa ratos consciente y luego se desmaya. Estaba hablando con él para mantenerlo despierto, hasta que vi a Larsen y tuve que guardar silencio. Después se ha desmayado.

Joder. Nick necesitaba atención médica, ya.

—He hablado con Peterson —siguió Booker—. Ahora están bajando.

Bien. Al menos tenía refuerzos.

—Voy a apagar mi radio —dijo ella—. No quiero ruidos. Cambio y fuera.

Miró a Ashley. Aquella chica no sabía el significado de la palabra silencio. Cada vez que tropezaba, se ponía a gritar y luego empezaba a llorar como si se fuera a morir.

Miranda no podía culparla. Ashley estaba muerta de miedo. Sabía qué suerte habían corrido las demás víctimas del Carnicero. Ella misma había sufrido sus perversiones en carne propia los dos últimos días.

Sin embargo, tenía que explicarle las cosas de la vida —y la muerte— a Ashley van Auden.

Apagó la radio y se la metió en el bolsillo. Ashley se paró sobre una roca cortante y cayó de rodillas.

—¡Auch! —exclamó, sollozando con la cara apoyada en el suelo.

Miranda levantó a Ashley, con todos los músculos tensados al máximo. Aunque Ashley era varios centímetros más pequeña y unos cuatro kilos más ligera que ella, estaba empapada. Con el peso de la mochila y el agua, Miranda se sentía torpe y lenta.

La lluvia había lavado el cuerpo de Ashley, eliminando así la sangre y el olor corporal, dejando sólo el olor del jersey de lana mojado y del miedo. Porque el miedo que despedía era palpable.

¿O acaso era su propio terror?

Miranda llevó a la chica hasta un grueso pino ponderosa y la afirmó contra el tronco.

—Escúchame, Ashley —dijo, con su voz más severa.

—Nos matará —la interrumpió Ashley—. Tú lo sabes. Sabes que nos perseguirá. Lo he oído. Lo he oído en tu radio. Lo dijo ese poli. Viene a matarnos. Vamos a morir.

Miranda cogió a Ashley por los brazos y la sacudió con firmeza.

—Cállate. —No quería perder la paciencia, pero el corazón le latía desbocado. No tenían tiempo. Larsen estaría cubriendo el terreno que los separaba tres o cuatro veces más rápido que ellas. Aunque contaran con esa ventaja inicial de veinte minutos, ya no les quedarían más de diez. Y sólo si seguían avanzando.

Si corrían.

No. Nada de seguir corriendo. Acabaría aquí y ahora.

La lluvia arreciaba. Miranda echó una mirada a su alrededor. Podían aprovecharse del terreno.

Se encontraban en una parte ancha de la quebrada. Las rocas estaban como amontonadas en el centro, y un arroyo escuálido corría por el lado norte y sur de las rocas. Aunque la ladera sur era más escarpada, había más árboles caídos. Mejores sitios donde esconderse.

¡Ashley!

—¿Por qué me tratas tan mal? No me entiendes —dijo la joven. En sus labios malheridos se dibujó un puchero y las lágrimas le rodaron por las mejillas—. Tú no sabes nada. ¡Suéltame!

Miranda no la soltó.

—¿Sabes quién soy?

—Miranda —dijo Ashley, con voz temblorosa.

—Soy *Miranda Moore*. En una ocasión, escapé de ese cabrón. No dejaré que me mate. Ni a mí ni a ti.



Miranda quedó sorprendida de lo contundente que sonaba. Interiormente, estaba hecha un lío. No tenía idea de qué pasaría cuando viera a Larsen. No sabía si se quedaría paralizada, si le entraría el pánico o si chillaría enfurecida.

Pero sí sabía una cosa: que no podían ir más rápido que él. Y que, esta vez, ella tenía un arma y estaba físicamente en forma y, lo más importante, que tenía el factor sorpresa a su favor.

No volvería a ser la víctima.

Ashley parpadeó, insensible a los hilillos de lluvia que le corrían por la cara. Temblaba de frío pero, al parecer, no se daba cuenta.

—¿Lo prometes? —preguntó, con una vocecilla infantil.

—Que Dios me ayude, pero tendrá que matarme a mí antes de que lo deje tocarte. Pero tienes que hacer exactamente lo que te digo. *Exactamente.*

Ashley asintió con la cabeza, lentamente.

—Vale.

Diez minutos. Tenía diez minutos para ver si su plan funcionaba.

O Quinn la encontraría muerta.



Quinn ayudó a Charlie a sacar los equipos de montañismo de las camionetas en lo alto de la montaña. Bajarían directamente haciendo rappel, con lo cual se ahorrarían mucho tiempo en llegar al fondo. Sólo tenían dos cuerdas lo bastante largas, así que Quinn y Charlie bajarían primero, seguidos por otros agentes.

—Diez minutos, como máximo —dijo Charlie.

Estaban a punto de empezar a bajar cuando sonó la radio de Charlie.

—Aquí Charlie.

—Soy el agente Booker. Larsen acaba de pasar por la barraca y ha seguido en la misma dirección que Miranda. Ya le he avisado. Ahora tiene la radio apagada.

Mierda. Quinn quería hablar con ella, saber exactamente dónde se encontraba. Enterarse de cómo estaba aguantando. Decirle que se cubriera las espaldas. Comunicarle confianza en su fuerza y perseverancia.

Sobre todo quería oír su voz.

—El sheriff Thomas está mal —dijo Booker—. Necesita un médico.

—Mandaremos al paramédico enseguida después de nosotros —dijo Charlie—. Veinte minutos.

—Recibido.

Charlie se volvió a Quinn.

—Vamos.

Quinn estaba en buena forma física, pero bajar por una pared haciendo rappel requería el uso de unos músculos que él ignoraba tener preparados. Cuando llegaron abajo, estaba sin aliento.

Pero no podían detenerse. Echó un vistazo al paisaje de la quebrada. ¿Dónde estaba Miranda?

¿Dónde estaba Larsen?

Charlie llamó a Booker, y supo que él y Nick se encontraban a unos trescientos metros hacia el oeste.

—Vale, Booker. Aguanta. El equipo médico está a punto de llegar.

Charlie se giró hacia Quinn y señaló el suelo.

—Mira.

La lluvia caía cada vez con más fuerza, y Quinn apenas podía ver sus pies. Y entonces vio lo mismo que Charlie.

Unas huellas profundas entre las hojas que se dirigían al lecho rocoso.

—Por aquí —dijo Quinn.

Miranda intuyó la presencia del cazador antes de verlo.

No sabía exactamente *cómo* se había dado cuenta de que no estaban solas en esa parte del bosque, pero de pronto el aire húmedo se volvió eléctrico, la cortina gris de la lluvia se hizo más tupida y sus oídos captaron todos los ruidos. El de la lluvia que golpeteaba sobre las rocas en el arroyo más abajo, cuyo caudal seguía creciendo; y los gemidos suaves de los árboles meciéndose en la tormenta.

Su propio aliento entrecortado.

Había intentado cubrir sus huellas, pero era casi imposible con el limitado tiempo del que disponía para llevar su plan a la práctica. Esperaba que Ashley guardara silencio. Era lo único que tenía que hacer. Esconderse y estarse callada.

Doce años antes, Miranda se había enfadado con Sharon mientras huían del Carnicero. Cada vez que Sharon gritaba, ella se encogía de terror, temiendo que su amiga atraería al Carnicero directo hacia ellas. Que él las alcanzaría y las mataría.

Era lo que Sharon había hecho.

Los tiempos habían cambiado. A pesar de que Miranda hacía una mueca cada vez que Ashley gemía, ahora lo entendía. ¿Cómo podía juzgarla con tanta dureza por su miedo?

Era el mismo miedo que se apoderaba de ella, que le reptaba por la espalda, paso a paso, minando su determinación.

Tendría que haber seguido. A la larga, Larsen las habría alcanzado. Pero quizá no. Ella tendría que haberse quedado con Nick. Si hubiera mirado más detenidamente, quizás habría encontrado un lugar mejor donde ocultarse. O se habría quedado en la barraca, esperando a que él entrara.

Tenía que dejar de dudar de sí misma. Su miedo aumentaba porque *él* se acercaba. Maldita sea, ¿dónde estaba? Ya tendría que haber aparecido.

Seguro que no cometería el error de pasearse por el centro de la quebrada. No, seguiría sus huellas, se mantendría cerca de los árboles para contar siempre con el elemento sorpresa. Miranda había sembrado de huellas falsas en el lado norte de la quebrada, en la ribera opuesta a donde se escondía ahora.

Suponía que, gracias a su camuflaje, Larsen se confundiría con la vegetación. Con todos los músculos endurecidos por la tensión, esperó, sin dejar de escudriñar.

Allí.

Un movimiento a su izquierda. Leve. Justo frente al escondrijo de Ashley. Miró y

no vio nada. Quizás era la lluvia la que distorsionaba su visión periférica.

La luz estaba a punto de desvanecerse del todo bajo los cielos grises. La visibilidad era mínima. La trampa era una mala idea. No lograría distinguirlo.

Pero quizá funcionaría. Él pasaría de largo, y ella y Ashley se quedarían quietas hasta que llegara Quinn.

Sí. Eso sería lo mejor.

Lejos, a su izquierda, percibió un movimiento. Joder. ¡Ashley! Baja la cabeza. Quédate quieta. ¿Acaso no había escuchado sus instrucciones? *No te muevas. Quédate agachada. Ni siquiera mires.*

Justo delante de ella, a unos doce metros, lo vio. Estaba totalmente quieto. Ella había dejado una huella que seguía unos sesenta metros más allá de su escondrijo, antes de volver atrás. ¿Por qué se había detenido ahí? ¿Había oído algo? ¿Oído algo?

¿Había visto a Ashley en el interior del árbol podrido **donde** Miranda la había escondido?

Mierda. ¿Qué lo había alertado?

Empezó a entrarle el pánico. Era imposible que supiera dónde estaban escondidas. Ni ella ni Ashley.

*Por favor, Ashley, no te levantes. No hagas ruido, por favor.* Larsen escuchaba. Estaba tan quieto que si Miranda no hubiera sabido que se encontraba ahí, se habría preguntado si no se lo había imaginado. Pero lo había visto por un instante y, si enfocaba, distinguía su silueta.

*¡Corred! ¡Corred!*

No, esta vez no echaría a correr. Se quedaría ahí mismo, detrás de las rocas más bajas. Estaba tendida sobre el vientre, mirando desde arriba. Observando, con la mira puesta en el Carnicero. Estaba demasiado lejos para tenerlo como blanco seguro. Y no podía permitirse errar. Un solo disparo perdido y él daría media vuelta y vendría a por ellas. Sabiendo dónde estaban.

*Sigue adelante, Larsen. Sigue.*

Su plan era volver sobre sus pasos una vez que Larsen pasara. En los diez minutos que había tenido para planearlo, decidió que la mejor trampa consistía en no dejarse atrapar. Que él pasara y entonces ellas volverían lo más rápido posible adonde estaba Nick. En algún momento, antes de llegar a él, se encontrarían con Quinn y los demás.

Su primera responsabilidad era proteger a Ashley, no capturar al Carnicero. Sin embargo, a pesar de ese miedo, quería detenerlo. Ahora. No darle ninguna oportunidad más de hacerle daño a una mujer.

Pero su trabajo le exigía que sacara a Ashley del monte y la pusiera a salvo, y ella se lo tomaba muy en serio.

*Sigue adelante. ¡Venga, venga! ¡A qué esperas!*

Él se quedó quieto, sin mover ni un músculo. ¿Por qué?

Aunque no veía a Ashley, Miranda percibía su pánico.

Todo ocurrió como a cámara lenta. Ashley asomó la cabeza fuera del tronco. Y volvió a ocultarse.

Larsen se giró completamente y se quedó mirando el tronco. Levantó el rifle.

Ashley gritó y salió arrastrándose del árbol muerto. Miranda apuntó con su pistola a Larsen. Este puso una rodilla en tierra y giró su rifle hacia Ashley.

Miranda disparó una, dos, tres veces.

Larsen cayó al suelo. ¿Le había dado?

Ashley volvió a gritar y Larsen se arrastró por el suelo apoyándose en los antebrazos. Hizo girar el rifle y le disparó a Ashley.

—¡Ashley, agáchate! —gritó Miranda, al tiempo que disparaba tres veces más contra Larsen. Pero él ya se había echado a rodar, lejos de su alcance y desapareció detrás de una roca.

¡Mierda! ¿Dónde se había metido?

Ashley llegó dando tropezones al punto donde se escondía Miranda.

—Lo siento, lo siento. Creí que me había visto. Y que tenía que correr. Lo siento.

—Shh. Calla.

—Lo siento.

—Cállate —ordenó Miranda. Tenía que pensar. Se quedó mirando la roca, a unos doce metros. La visibilidad era tan escasa que no podía ver más allá. ¿Se había parapetado al otro lado? ¿Intentaría cogerlas por la derecha? ¿Por la izquierda? ¿Por atrás?

Él tenía que saber dónde estaban. Pero Miranda no se atrevía a moverse.

Lo esperaría. No tenía otra alternativa.



Pasó un minuto.

Miranda no se movió. Apenas se atrevía a respirar. El único ruido que oía aparte del golpeteo constante de la lluvia eran los temblores de Ashley.

Barrió el bosque con la mirada. Alerta a cualquier movimiento. A algo que le dijera dónde se había metido.

Nada.

Pasó otro minuto.

Sintió el miedo en la boca, un sabor repugnante que le dio ganas de escupir. Pero no se atrevió a abrirla. El pecho se le iba encogiendo mientras sus ojos iban de un lado a otro, sin parar.

Se sentía como un animal paralizado por un terror atávico. Incapaz de moverse, incapaz de salvarse. Finalmente moriría ahí, como un cordero esperando al matarife. Impotente.

*No. No morirás sin pelear.*

—Ashley —murmuró al oído de la chica—, bajaré arrastrándome hasta el arroyo.

—¡No!

—Shh. —¡Maldita sea! ¿Qué le pasaba a esa chica? ¿Acaso no entendía que la presa debía guardar silencio? Sobre todo, silencio.

Miranda empezaba a perder la sangre fría. *Contrólate.*

—Voy a...

Oyó la descarga seca de un rifle al mismo tiempo que un trozo de la roca donde se escondía se hizo añicos junto a su cara. Ella pudo ahogar un grito, pero Ashley no.

—¡No! —chilló Miranda cuando Ashley se incorporó de un salto y comenzó a correr ladera abajo.

*¡Chas, chas!*

Ashley tropezó y rodó por el suelo.

*¡La ha matado! ¡Dios mío, no!*

Miranda comenzó a arrastrarse cerro abajo sobre el vientre, reduciendo el tamaño

del blanco, y vio que Ashley se movía. No estaba muerta. La caída le había salvado la vida. Por el rabillo del ojo, percibió un movimiento. Se giró y apuntó hacia abajo. Él estaba en parte cubierto por las rocas, así que también estaba tendido.

Ahora levantó el rifle.

Ashley se incorporó y echó a correr.

Miranda disparó una vez para distraer a Larsen. **La bala** rebotó justo a sus pies, pero él ni se inmutó.

Iba a disparar a Ashley por la espalda. **Tal como había hecho** con Sharon.

Se incorporó de un salto.

—¡David Larsen! —gritó, a todo pulmón.

Aquello sí lo distrajo. Giró el rifle hacia ella **al tiempo que** se separaba de la roca que lo escudaba.

Los dos dispararon al mismo tiempo.

Miranda se volvió hacia la izquierda y la bala le pasó tan cerca que sintió el calor del roce contra su mejilla.

Larsen dejó escapar un gruñido. ¿Le había dado? ¿Dónde? No se atrevió a mirar. Miranda se escabulló y, al abrigo de un pino, encontró una relativa seguridad.

Pero no podía verlo.

Pasó otro largo minuto. Miranda expulsó el cargador vacío de su pistola, lo reemplazó por uno lleno y metió una bala en la recámara. Ya no podía ver a Ashley, lo cual significaba que él tampoco la veía. A menos que hubiera salido en su busca.

Tenía que distraerlo.

—¡Sé quién eres! —gritó—. Todos saben quién eres, David.

Oyó el sonido característico del mecanismo de un rifle al ser cargado. Mucho más cerca de lo que se había esperado. Larsen guardaba silencio.

Nunca había sido hombre de muchas palabras.

—El FBI está por todas partes. He hablado con ellos por radio. Saben exactamente dónde estás. Nunca saldrás de esta quebrada.

Sintió su aliento en el cuello. Una descarga helada le recorrió la columna desde la nuca hasta la cintura. Ni siquiera lo había oído acercarse.

Él soltó una risilla apagada.

—Corre.

Ella se giró rápidamente a la izquierda y lanzó la pierna derecha con fuerza hacia arriba. El golpe lo hizo soltar el rifle.

Larsen emitió un gruñido e intentó cogerlo por la culata. Ella le dio una patada en la entrepierna y, aprovechando el impulso, lo hizo caer, al tiempo que rodaba para apartarse. Pero dio con la muñeca en una roca y el golpe le hizo soltar la pistola.

Él la agarró por la pierna cuando ella intentó coger la pistola, que quedó justo un palmo más allá de su alcance.

Larsen tiró de ella, intentando montarse encima. No para violarla sino para matarla. Dejó escapar un gruñido al cogerla por la cintura y quedar encima de ella.

*¡No! Otra vez, no. Nunca, nunca más.*

Miranda aprovechó la pendiente y la gravedad para rodar hacia la izquierda, desprendiéndose de su peso. Él le asestó un golpe en el riñón derecho y ella gritó de dolor.

Pero tocó el cañón de su rifle con la punta de los dedos.

Miranda se giró con el rifle en la mano y, con la culata le propinó un golpe en la cabeza justo cuando se abalanzaba sobre ella. Larsen cayó al suelo, atontado. Ella se incorporó y lo apuntó con el rifle.

—¿Qué te parece ahora? Tú eres el cazado.

Miranda respiraba entrecortadamente, casi asfixiada por el torrente de adrenalina. Un solo disparo en la cabeza y todo habría acabado. Apuntó. Y apretó el gatillo.

*Clic.*

Miranda se quedó mirando el rifle. No había bala en la recámara.

Él no vaciló ni un instante y cogió el rifle por el cañón. Ella intentó resistirse pero él se lo arrancó de las manos de un tirón. Y entonces resbaló, y dejó ir el rifle que rodó cuesta abajo.

Miranda vio el brillo de un puñal en su cintura. Había llegado el momento. No sería capaz de vencerlo en un combate cuerpo a cuerpo. Larsen era delgado, pero alto y mucho más fuerte de lo que parecía.

Con sus ojos azul claro, el Carnicero le lanzó una mirada llena de odio. Y luego sonrió con un gesto grotesco.

—Hoy vas a morir.

Y de un salto se abalanzó sobre ella.

Quinn oyó disparos. Estaban muy cerca, pero ¿qué pasaría si fuera demasiado tarde?

Corrió a todo meter, tropezando entre las rocas y salpicando agua al cruzar el arroyo.

Oyó un grito de sorpresa. Miranda. No podía verla, pero no estaba demasiado lejos. Corrió más rápido, desesperado por llamarla, pero consciente de que alertaría a Larsen.

Llegó a un claro y se detuvo a tiempo para evitar caer por una roca. Justo un poco más abajo, Larsen tenía clavada en el suelo a Miranda. Y en la mano tenía un cuchillo.

Quinn desenfundó su pistola.

Miranda sentía el corazón saliéndosele del pecho y las venas saturadas de adrenalina. Era como si su visión se hubiera agudizado, y su oído afinado.

Larsen la tenía clavada con todo su peso, y con el brazo izquierdo le presionó con



fuerza la garganta. El cuchillo en su mano derecha lanzó un destello, mientras el agua caía de la hoja hacia su cara.

Su mayor temor era quedarse paralizada. Que no fuera capaz de defenderse cuando su vida estuviera en juego. Que los años de clases de defensa personal, como alumna y como profesora, más el ejercicio, la determinación y todo eso no le sirvieran de nada.

Porque, al final, vencería él.

*Ha llegado el día. El día de mi muerte.*

*No. ¡NO!*

Estiró la mano izquierda y le hundió los dedos en los ojos hasta donde pudo. Él lanzó un rugido de dolor y se apartó de ella. Alzó el brazo derecho por encima de la cabeza, y Miranda vio la hoja afilada por ambos lados del puñal de caza que ahora caía...

Miranda arqueó la espalda y se sirvió del precario equilibrio de Larsen para quitárselo de encima.

No esperó a ver cómo caía. Se incorporó de un salto, pero él la cogió por el pie y volvió a tirar de ella. Quedó tendida sobre el vientre, la peor posición posible. Sintió una quemadura en la pierna cuando él asestó la primera puñalada. El calor escapó de su cuerpo y la tela del pantalón, empapada de sangre, se le pegó a la pierna.

La había apuñalado.

Miranda oyó que alguien gritaba. El Carnicero se quedó quieto, y disminuyó la presión de su peso.

Justo lo suficiente.

Miranda se levantó apoyándose en los brazos y le lanzó una patada con la pierna herida. La descarga de dolor le recorrió todo el cuerpo y se tambaleó, presa del vértigo, pero no perdió el control.

Larsen tropezó y, al caer, dejó ir el puñal. Los dos se lanzaron a por él al mismo tiempo.

Miranda sintió que su mano se cerraba sobre el metal cálido y pegajoso, con su propia sangre.

De pronto, lo miró, y sus ojos quedaron fijos.

Los ojos sin alma de Larsen le dijeron a Miranda todo lo que tenía que saber acerca de él.

Mataba porque podía. El objeto de su pasión era la caza.

La cacería había llegado a su fin.

Larsen se abalanzó hacia el puñal que ella sostenía. Sin vacilar, y con un movimiento certero, Miranda se lo clavó en el pecho. Su sangre le manchó las manos y Larsen quiso cogerla. Ella se encogió, pero no soltó el puñal.

Él abrió la boca, pero jadeando sin respirar. Intentaba decir algo.

Sonaba como *Theron*.

Miranda no entendió la referencia a la diosa griega, si es que se trataba de eso.

Lo vio morir, mirándolo directamente a la cara por primera vez.

No tenía aspecto de hombre malvado.

Aquel tipo la había violado. Le había dejado heridas por todo el cuerpo y cicatrices en los pechos. Aquel hombre había matado a sangre fría a su mejor amiga y al menos a otras seis mujeres. Había aterrorizado a las mujeres del sudoeste de Montana durante doce años, hasta el punto que ya no se atrevían a ir solas por la calle. Ni a conducir solas. Ni siquiera se sentían seguras acompañadas.

Aunque ahora estuviera muriendo, nadie olvidaría jamás su reinado de terror.

Sin embargo, no tenía aspecto de monstruo. Parecía más bien un chico asustado. De su boca brotó sangre y sus ojos miraron al cielo.

—The-ron.

Miranda soltó el cuchillo y se echó hacia atrás, trastabillando. Larsen se derrumbó sobre ella, cogiendo con las dos manos el puñal que seguía clavado en su pecho.

Miranda se dejó caer al suelo, con la pierna dolorida y el corazón disparado. Tenía la cabeza hecha una nebulosa.

Acababa de matar a alguien. No a un hombre cualquiera, sino al Carnicero.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y respiró como si hubiera estado horas sin tragar oxígeno. Se quedó mirando a David Larsen, mientras la sangre se derramaba sobre la tierra. Los ojos vidriosos y muertos.

Lo vio agonizar hasta morir.

—Dios mío, Miranda.

—Quinn. —Su voz sonaba rara, distante. No conseguía enfocar la vista. Ahora que la adrenalina disminuía, empezó a caer en un estado de *shock*.

Unos brazos la cogieron. Unos brazos fuertes que la estrecharon.

—Miranda, pensé que... —Quinn no acabó la frase.

Ella se giró en su pecho cálido y respiró de su olor reconfortante, deseando que jamás la dejara. Se aferró a él como si se estuviera hundiendo, sepultando sus sollozos en sus brazos. Y él la sostuvo. No hizo más que sostenerla.

Su serenidad, profunda y tranquila, la apaciguó.

—Todo ha acabado, cariño. Por fin ha acabado.



## CAPÍTULO 35

Cuando Quinn volvió con Miranda a la hostería ya era pasada la medianoche. Miranda estaba inusualmente callada, y Quinn la entendía. Acababa de volver a vivir una experiencia traumática en el bosque.

Los paramédicos habían tardado casi dos horas en transportar a Nick, Lance Booker y Ashley desde la quebrada hasta el rancho de los Parker, donde esperaban las ambulancias. Un médico le vendó la pierna a Miranda mientras esperaba en un refugio provisional. Le fijaron un entablillado y la subieron lentamente por la montaña después de los otros.

Miranda había querido volver enseguida a casa, pero Quinn la llevó al hospital para que le suturaran la herida. No estaba dispuesto a perderla de vista, y no le soltó la mano durante toda la visita.

Aunque David Larsen había muerto, lo único en que Quinn atinaba a pensar era que había estado a punto de volver a perder a Miranda.

Bill y Gray esperaban en el bar. Bill se apresuró a ir hacia su hija en cuanto esta entró cojeando con la ayuda de Quinn.

—Randy —dijo, con la voz ahogada por la emoción.

—Estoy bien.

Estaba mejor que bien. Miranda era una superviviente nata. Era algo que Quinn ya daba por sabida, y ella había demostrado su valor enfrentándose cara a cara con el mal.

Esperaba que ahora creyera en sí misma. Nada de dudas sobre su persona, nada de «qué pasaría si». Se había convertido en una mujer que, Quinn lo sabía, volvía a ser dueña de sí misma.

—Sentaos —dijo Bill, y arrimó un par de sillas.

Se hundieron en sus asientos mientras él les preparaba un whisky doble de su mejor botella.

—Espera un momento, si tomas analgésicos, no puedes beber —dijo, reteniendo el vaso de Miranda.

—Dámelo, papá —dijo ella, estirando la mano—. No me he tomado las píldoras. Sabes que detesto los fármacos.

Él le pasó el vaso y se sentó a su lado.

—Todo ha acabado. Estás a salvo.

Quinn apenas podía hablar. Todavía estaba anonadado por el corte que Larsen le había infligido a Miranda.

La mayoría de las personas jamás vivían la experiencia traumática de enfrentarse a un asesino en serie. Y menos aún dos veces.

Quinn le contó a Bill la versión abreviada de lo sucedido.

—No puedo creer que el hermano de Delilah Parker... Y el pobre de Ryan, enterarse de esa manera —dijo Bill, sacudiendo la cabeza.

Miranda habló por primera vez.

—Ryan es valiente. No sé por qué Larsen no lo mató. Tiene que haber intuido que Ryan lo sabía.

—Por lo que sé de los asesinos en serie —dijo Quinn—, tienen sus propios sistemas de valores.

—¡Valores! —dijo Bill, indignado.

—Quizá «reglas» sea una palabra más adecuada —explicó Quinn—. Por ejemplo, algunos asesinos no hacen daño a los animales. Larsen era biólogo especializado en la fauna salvaje y, según todos los que hablaron con mi compañera en Denver, amaba a las aves que cuidaba. Incluso les ponía nombres.

—Theron —murmuró Miranda.

Quinn se giró para mirarla. De pronto, se sintió nuevamente desbordado por vivas emociones al pensar en lo cerca que Miranda había estado de la muerte.

—Perdón, ¿has dicho Theron?

Ella asintió con un gesto de la cabeza.

—Al morir, dijo «Theron». No entendí lo que significaba.

—Podría ser uno de sus pájaros. —Quinn se volvió hacia Bill y le apretó la mano a Miranda—. Puede que Larsen sintiera ese vínculo de sangre con su sobrino. Iban a pescar juntos. Ryan pensaba que su tío era una persona que sabía escuchar. Puede que a Larsen ni se le hubiera pasado por la cabeza hacerle daño, pero quizá tampoco creyera que Ryan lo delataría.

—Pero ¿por qué no se marchó, sencillamente? ¿Por qué no desapareció?

—Tenía que acabar lo que había comenzado.

—Le he dejado a Richard un par de habitaciones —dijo Bill—. Él y Ryan se quedarán unos días. Richard está preocupado por Delilah. Cree que Larsen la ha matado.

—Es posible —dijo Quinn, aunque no lograba entender en qué momento había sucedido eso. Richard y Delilah estaban juntos cuando Sam Harris los visitó. Richard

dijo que ella salió poco después, y que parecía muy turbada. Ryan se encontró con Larsen más o menos a la misma hora en que Delilah salió del rancho.

Había una hora en las andanzas de Larsen todavía por explicar, el tiempo que Ryan había tardado en llegar a la hostería a caballo.

Por las pruebas halladas en el rancho de Parker, Larsen había entrado en la casa en algún momento, pero Quinn no sabía a qué hora.

¿Había vuelto Delilah Parker durante el breve rato que Quinn y el juez Parker habían salido? ¿Acaso había tenido un altercado con Parker? No había signos de violencia en la casa. No habían llevado a cabo una búsqueda por toda la propiedad debido a la operación de rescate en la quebrada. Al día siguiente acudiría un equipo completo para inspeccionarla, y lo mismo harían en la cabaña de Parker en Big Sky, donde Nick había tropezado con el escondrijo de Larsen.

O quizá Delilah temía que su hermano fuera a por ella y se había escondido. Entonces volvería al día siguiente, cuando se enterara de su muerte.

O puede que huyera porque se sentía culpable. Porque conocía las andanzas de su hermano y no había hecho nada para impedirlo.

Quinn no lo sabía con certeza, pero no le gustaban esos cabos sueltos, y el papel de Delilah Parker en la vida de su hermano era bastante oscuro.

Nick seguía inconsciente. Tenía una herida grave en la cabeza y una infección que deberían tratar. Quinn rogaba a Dios para que sobreviviera.

Por lo visto, JoBeth Anderson se recuperaría. Y los padres de Ashley se habían trasladado desde San Diego. A la joven le darían el alta hospitalaria en un par de días, y ya había decidido volver a California.

—¿Qué pasó con Sam Harris? —preguntó Miranda, disimulando un bostezo.

Quinn se puso tenso.

—Acabó volviendo a la oficina del sheriff y el telefonista le comunicó que lo habían relevado de sus funciones. Salió de la comisaría, al parecer, bastante furioso. Mañana me encargaré de él.

En realidad, no sabía qué haría con Harris. Había puesto en peligro toda la investigación y nada le gustaría más a Quinn que aplicarle una sanción ejemplar. Aun así, pensó que debería dejar la situación en manos de Nick una vez que se recuperara del todo. Le escribiría un informe formal al sheriff en cuanto hubiesen atado los cabos sueltos de la investigación.

Por ejemplo, ¿dónde estaba Delilah Parker? ¿Estaba viva o muerta?

Miranda bostezó, y Bill le dijo a Quinn que la llevara de vuelta a su cabaña.

—Cuida de ella, Peterson —dijo el viejo. Quinn no dejó de captar el doble sentido.

Bill abrazó a su hija.

—Te quiero, Randy —murmuró en su oído, con la voz enronquecida por las

lágrimas.

—Yo también te quiero, papá.

• • •

A Miranda no le agradaba que se ocuparan demasiado de ella, y Quinn se estaba pasando de la raya. No paraba de asegurarse de que estuviera cómoda en la cama, con la pierna elevada, de preparar sus analgésicos y una botella de agua en su mesita de noche, aunque ella insistía en que no se tomaría las grageas. Quinn encendió un fuego en la cocina de leña para combatir el frío que dominaba al ponerse el sol, y le ofreció algo de comer, otra copa, agua. Le dijo que era tarde y que tenía que dormir.

A pesar de todo, eso sí, era muy tierno.

—Quinn, siéntate —dijo ella, dando unos golpecitos en la cama.

—No quiero hacerte daño en la pierna.

—No me harás daño. Por favor —pidió, y le tendió la mano. Él la cogió.

Quinn se sentó y Miranda adivinó el cansancio en sus vivos ojos color chocolate. Cansancio, preocupación y alivio.

Y amor.

En sus ojos asomaron unas lágrimas, pero no de dolor ni de tristeza.

Por primera vez desde que el Carnicero había cambiado el curso de su vida, se sentía verdadera y maravillosamente viva.

Quería compartirlo todo con Quinn.

Él se inclinó y le acarició la mejilla. Ella apoyó toda la cara en su mano, suspiró y cerró los ojos.

—Te quiero Miranda.

Ella abrió los ojos. Lo vio a él buscando su respuesta. Había sido incapaz de decirlo antes. No porque no sintiera algo profundo por él sino porque tenía miedo. No soportaba la idea de volver a perderlo, y no sabía qué haría para vencer su resentimiento y su sensación de traición.

Sin embargo, junto con la confusión, había desaparecido el miedo. El pasado era precisamente eso, pasado.

—Yo también te quiero —dijo con voz temblorosa—. Quinn, he sido una tonta. Me sentí tan herida hace años que nunca entendí qué hiciste y por qué lo hiciste. No sé si tenías razón, pero ya no tiene importancia. Se impusieron mi orgullo y mi testarudez. Creí que tú dudabas de mí, y eso me dolió más que cualquier otra cosa.

—Lamento haberte hecho daño —dijo él, y unas lágrimas brillaron en sus ojos—. Pero nunca dudé de ti. Espero que me creas.

—Te creo. Yo también te herí. Dije cosas crueles de las que me arrepiento —dijo Miranda, y guardó silencio. Le costaba tanto abrir su corazón, incluso a Quinn, en cuyo rostro resplandecía el amor que sentía por ella.

Miranda respiró hondo y pidió lo que quería, lo que necesitaba. A él.

—¿Podemos recuperar lo que teníamos?

Él se inclinó hacia delante y la besó ligeramente.

—Randy, no podemos volver atrás. No somos los mismos. Pero... —dijo, y volvió a besarla—, podemos seguir adelante.

Una esperanza renació en el corazón de Miranda. Pero tenía que oírlo. Con toda exactitud.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué deseas tú?

—Te necesito a ti. Te quiero a ti. Mi vida ha estado vacía sin ti. Jamás me he enamorado de nadie más que de ti, y te he llevado siempre en mi corazón. Debería haber vuelto antes, pero me perdió mi propia testarudez. —Quinn sacudió la cabeza y le recogió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estaba seguro de que, después de un tiempo, llamarías —dijo—. Que quizá me gritarías pero que, al final, dirías que me querías y preguntarías cuándo iría a verte.

—Y bien, creo que si algo queda claro es que somos dos personas muy testarudas.

Él le apretó suavemente la mano y la sostuvo contra su pecho.

—Randy, eres increíble. Has sido capaz de vencer a tus demonios mediante la pura voluntad. Cada vez que te observaba, pensaba que no encontrarías la fuerza interior, que te dejarías vencer por tus dudas. No podía estar siempre repitiéndote que eras valiente y aguerrida. Tenías que demostrártelo a ti misma.

Dicho eso, la besó. Suave, cálida y dulcemente.

—Y te lo has demostrado.

—Temía que nunca sería capaz de enfrentarme a ese monstruo que me había quitado tantas cosas.

Se llevó las manos a los pechos. Unas lágrimas asomaron en sus ojos. Siempre estaría marcada, siempre llevaría en su cuerpo las huellas de un asesino.

—Cariño, yo no veo las cicatrices. Te veo a ti. Sé que están ahí, igual que tú, pero es algo exterior. Las cicatrices interiores han sanado. Y haré todo lo que esté en mi poder para que nunca vuelvan a abrirse.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas y él se las secó. La besó, apretando los labios contra su boca. Ella se inclinó hacia adelante, queriendo algo más que una leve caricia. Lo deseaba a él, entero y para siempre.

Él se retiró, como si temiera hacerle daño.

—No —dijo ella, y volvió a tirar de él.

Los labios estaban separados sólo por unos centímetros, y Quinn tenía sus ojos clavados en ella, las miradas entrelazadas en un abrazo invisible. Ella aguantó la respiración.

—Cásate conmigo, Miranda. Te amo. Y esta vez no te dejaré marchar.

Ella asintió, con el corazón latiéndole a cien.

—Oh, sí. Si consigues aguantarme. —Intentó reír pero fue casi un sollozo—. A veces soy un poco... bueno, bastante obsesiva con ciertas cosas. —Intentaba que su comentario fuera ligero, pero era verdad. Cuando le importaba algo, se concentraba en ello. Intensamente.

—Sólo con las cosas que importan —dijo Quinn—. Y nosotros importamos.

—Sí, nosotros importamos.





Quinn se reunió con la agente especial Colleen Thorne y su compañero de trabajo, Toby Wilkes, temprano por la mañana, en la cabaña de pesca de Richard Parker, cerca de Big Sky. La pequeña casa en forma de A tenía un balcón que la rodeaba y una vista del lago más abajo.

Aunque había dejado de llover en algún momento durante la noche, el aire estaba pesado y húmedo y, a ras de suelo, flotaba una niebla grisácea.

Dos agentes habían pasado la noche custodiando la cabaña, apostados afuera, y otros dos habían llegado un poco antes que Quinn. Se hicieron las presentaciones y sonó el móvil de Quinn. Era el agente Zachary, notificando que iba a relevar a los polis apostados al exterior de la cabaña de Miranda. Colgó y Colleen lo miró frunciendo el ceño.

—¿Tienes a un poli vigilando la hostería? ¿Por qué?

—En realidad, tengo a más de un poli. Tengo un coche afuera, un agente en la hostería y otro afuera de la cabaña de Miranda.

—Me dijiste que Larsen había muerto.

Quinn se removió, intranquilo. Colleen era una agente que creía en los hechos y la lógica, y era endemoniadamente buena. Al contrario, la inquietud de él tenía que ver con los sentimientos.

—Es Delilah Parker. Puede que sea inofensiva, pero... —No acabó la frase. ¿Cómo podía explicar esa sensación extraña de que Delilah Parker siempre había sabido qué tramaba su hermano?— Fue su coartada por la violación en Oregon. Hasta que averigüe por qué, pienso tratarla como si fuera una amenaza.

—Es probable que, en este caso, se justifique la cautela. ¿Preparado? —preguntó, asintiendo con la cabeza hacia la puerta.

Quinn rompió la cerradura de la puerta mientras Wilkes echaba un vistazo al terreno.

—¿Cómo está Miranda? —preguntó Colleen.

—Es una mujer sumamente resistente.

—¿Os habéis reconciliado?

Él sonrió.

—La única pregunta es cuánto tardaremos en llegar al altar.

—Me alegro —dijo Colleen, sonriendo.

En la cabaña se percibía algo oscuro, frío y vacío. La puerta principal daba a una sala grande, con el salón a la izquierda, la cocina y el comedor a la derecha. La puerta de la cocina daba al balcón trasero, y otras dos puertas daban al cuarto de baño y a una alacena llena de latas de comida y aparejos de pesca.

La planta baja era un espacio vacío y funcional. Sólidos sillones de pino con cojines oscuros. Una mesa redonda y grande con seis sillas y, en un rincón, una estufa que calentaría fácilmente aquel pequeño espacio.

No encontraron objetos personales en la planta baja, nada que indicara que alguien habitaba el lugar, excepto una solitaria taza en el fregadero. Quinn tomó nota y la guardó como prueba.

Una escalera de caracol llevaba a un *loft*. Aunque los agentes ya habían asegurado la casa, Quinn subió con cautela.

A primera vista, la habitación parecía deshabitada. La cama estaba hecha, y en la cómoda no había objetos personales. No había ropa en el suelo y el cesto del rincón estaba vacío.

Desde una ventana se veía un pequeño prado y la ladera de un monte de pinos. Podría haber sido un sitio romántico como refugio de una pareja de amantes.

Bajo la ventana había una mesa. Sencilla, con un solo cajón largo y estrecho. Una silla de madera estaba arrimada a ella para escribir.

Con manos enguantadas, Quinn abrió el cajón. Teniendo en cuenta que la casa estaba vacía, no esperaba encontrar nada.

En el interior había bolígrafos, papel suelto, clips y otros chismes. Entre todos aquellos objetos había una caja, de aquellas que sirven para guardar sobres y hojas.

Quinn sintió que algo en el pecho se le tensaba y se puso instintivamente en alerta. Sacó la caja con cuidado y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Colleen, mirando por encima del hombro de Quinn.

En lugar de contestar, él levantó la tapa.

Era una especie de diario. El forro de piel estaba desgastado y bruñido de tanto manoseo. Lo sacó con cuidado de la caja.

Sobre la mesa cayeron varias tarjetas de visita. No, no eran tarjetas de visita...

Eran carnés de conducir.

Con el corazón en la mano, recogió una, la giró y vio la foto del carné de conducir de Penny Thompson.

Sintió que tragaba bilis mientras contó los veintidós carnés de conducir. Veintidós víctimas en quince años. Sharon Lewis. Elaine Croft. Rebecca Douglas. Le tembló la

mano cuando llegó al carné de una joven Miranda Moore.

Abrió el diario.

*Ella me mintió. Me dijo que no salía con ese tío. Pero yo los vi. Sus labios que no se separaban. Yo sabía lo que él quería hacerle a Penny. Quería follársela. Quería sus pechos...*

Con un sentimiento de horror parecido al vértigo, Quinn pasó las páginas.

*La Puta la dejó ir. No me quedaba otra alternativa que matar a Penny. ¿Acaso Dee no entendía que Penny se habría quedado si yo le hubiera dedicado más tiempo? ¿Más tiempo para convencerla de cuánto la amo? ¿De qué yo podía cuidar de ella?*

*¿Dee? ¿Delilah?*

Quinn pasó por encima del secuestro de Miranda y Sharon y la crónica de las violaciones. No podía leerlo en ese momento. Debería haberlo puesto todo en manos de Colleen. Estaba demasiado involucrado personalmente.

Pero no lo hizo. Larsen había muerto.

*Dee **no** me dejó matarla.*

*Me dijo que la puta Moore era demasiado fuerte para mí. Que ella había ganado y que yo debía aceptar mi derrota.*

*Odio a Dee. Finge amarme pero me odia. Igual que mamá. Siempre como mamá. Babea su amabilidad de la boca para afuera, mientras sus manos y sus pechos me atormentan.*

Quinn sintió que se le erizaban los pelos de la nuca al leer unas páginas más allá.

*Casi he matado a la puta Moore. Iba sola. Caminando. A ese campo donde siempre va, cerca de su casa. La tenía en la mira. Podría haber recuperado lo que me habían robado.*

*Pero ella ganó con todas las de la ley. Dee dijo que no podría cobrar ese trofeo.*

*Las odio. La odio a ella. ¡La odio, la odio, la odio, la odio!*

*Pero Dee tiene razón. Esta vez no me merezco mi presa. No fui lo bastante rápido. Fallé. No fallaré la próxima vez.*

*Ya he encontrado a la próxima. Es muy bella. También mentirá. Todas*

*mienten...*

*La odio. La odio, la odio, la odio.*

•••

La letra se deterioraba a lo largo de la página porque el boli se hincaba en el papel hasta rasgarlo en dos trozos. Quinn no sabía si Larsen odiaba a Delilah o a Miranda, o a las dos. Volvió la página y encontró una nueva entrada, fechada una semana más tarde. Podía ser una ironía del destino, pero era la misma semana que Miranda había viajado a Quantico. La letra volvía a ser pulida y ordenada.

*Tengo a una en la vieja barraca de Carson. No creí que se sostuviera en pie, pero Dee dice que está bien para nuestro juego.*

Quinn cerró el libro de un golpe y se lo pasó a Colleen antes de que hiciera una estupidez, como, por ejemplo, romperlo en pedazos.

—Lanzad una orden de busca y captura de Delilah Parker. Se la debe considerar peligrosa.

Todo era culpa de Miranda Moore.

Delilah lloraba por Davy. Su hermano pequeño estaba muerto. Ella lloró al oír las noticias mientras se escondía en la casa de vacaciones de la familia Vought. Sabía que no vendrían de California hasta que sus hijos hubieran acabado el colegio el mes siguiente.

Se podría quedar hasta el viernes, cuando viniera el cuidador a abrir la casa y limpiarla, aunque también temía que la policía decidiera investigar todas las residencias secundarias en la zona.

Delilah suponía que la policía lo sabía todo. Ella no iría a prisión. Encerrada como una bestia. No, ella no era un animal. Había hecho todo lo posible. ¿Acaso nadie lo entendía? ¡Había hecho todo lo posible!

Las noticias de la televisión eran vagas, sólo decían que el Carnicero de Bozeman había sido identificado como David Larsen y que había ingresado cadáver en el hospital de Deaconess.

Sintió que las entrañas se le revolvían. Se suponía que ella tenía que proteger a Davy, asegurarse de que nunca le hicieran daño, de que nunca lo capturaran.

Lo odiaba.

El dolor le martilleaba la cabeza. No odiaba a su hermano. No, él la necesitaba. Ella sólo odiaba la atención que él recibía cuando los dos eran pequeños.

Al crecer, Davy se volvió tímido y callado. Hasta que fueron a la universidad,

Davy era delgado como un chaval desnutrido y ni siquiera era más alto que ella. Sin embargo, cuando su madre se mató en un accidente de coche, fue como si floreciera. Creció quince centímetros y comenzó a hacer ejercicio y a convertirse en un hombre.

A Delilah eso no le gustó. No le gustó nada. Davy le pertenecía a *ella*. Ella lo controlaba. Ella lo manipulaba. Ella le decía qué hacer y qué no hacer. Él siempre le hacía caso. Y siempre había hecho lo que ella decía. Y ella lo protegía lo mejor que podía. Bueno, puede que no lo *mejor*. Por ejemplo, ¿qué podía hacer para que su madre dejara de meterle mano?

En una ocasión, cuando tenía catorce años, se escondió en el armario. Miró a través de la celosía y vio cómo su madre le tocaba las partes a Davy. Y a él parecía gustarle. Su pene se ponía duro y chorreaba esperma sobre los pechos de su madre.

Ella sabía que eso que su madre le obligaba a hacer a Davy estaba mal. Pero ¿a quién se lo diría? ¿Quién le creería? Y, en cualquier caso, Delilah tenía sus propios problemas. Por ejemplo, cómo meter una serpiente en la taquilla de Mary Sue Mitchell sin que la pillaran.

Una serpiente venenosa. Al fin y al cabo, Mary Sue le había tomado la mano a Matt Drake en la asamblea escolar de la semana anterior. ¿Acaso la muy puta creía que ella no se daría cuenta?

Davy siempre gozaba de todas las atenciones de mamá. Delilah era la hija no deseada. A veces prefería la libertad de no ser deseada. El resto del tiempo alternaba entre odiar a Davy y a su madre.

Sin embargo, intervenía a menudo para detener los duros golpes de su madre, y estaba dispuesta a ganarse una paliza con tal de evitar que golpeará a Davy. Si no amara a su hermano, ¿acaso habría aguantado esas palizas por él?

Pero él no era normal. Ella se dio cuenta a una edad muy temprana. ¿Cómo podía ser normal si su propia madre lo violaba?

*Tú también lo violabas.*

*No, yo lo quería. Él me quería a mí. Siempre volvía, ¿no? Siempre decía que me necesitaba.*

*Tú le hiciste daño.*

*¡No! Nada de lo que yo le hice lo marcó. Él entendía... dolor y placer. Era ella. Miranda Moore. Ella lo mató. Lo apuñaló. Tenía las manos manchadas con la sangre de Davy.*

*Mátala.*

Después de dieciséis años de matrimonio, Delilah estaba sorprendida de no sentir nada más que irritación hacia su marido. Él no la amaba. Ella lo había dado todo por él; había cuidado de su casa y de su mocoso, cocinado y limpiado y asistido a sus estúpidos actos. Había sido la mujer perfecta.

Y él la miraba como si fuera una extraña.

La única otra cosa que la molestaba, y la molestaba mucho, era Ryan. ¡Cómo si ella fuera capaz de hacerle daño a su propio hijo! Ella no era su madre. Evitaba deliberadamente tocar a Ryan para no caer en la tentación. Tampoco se podía decir que sintiera la tentación.

*Ella no era su madre.*

Ella no había querido descendencia, desde luego, un hijo, no. Pero cuando supo que estaba embarazada (¿de qué servían los anticonceptivos si no funcionaban?) *estaba segura* de que el bebé sería una niña.

Tener una niña para educarla como se debe educar a una hija. Para colmarla de atenciones, vestirla con ropa bonita, llevarla a restaurantes elegantes, organizarle una gran fiesta para su puesta de largo.

Soltó una risa amarga.

Había tenido un niño. Otro Davy.

Sin embargo, era una buena madre, ¡maldita sea! Lo hacía todo por él. Le horneaba las jodidas galletas, le limpiaba su jodida habitación. Asistía a todas las jodidas reuniones de padres y obras de teatro y partidos de fútbol.

¿Qué más quería? ¿Su sangre? ¿Con eso quedaría satisfecho? ¿Acaso quedaría alguien satisfecho?

Respiró hondo para relajarse. No servía de nada perder el control. Su sangre fría la había salvado de muchas imprudencias.

Como la noche en que casi había ahogado a Rory en su cuna. En el último momento, le quitó la almohada de la cara. Richard se habría enterado, y a ella la habrían metido en la cárcel.

O la vez que amenazó con contarle a la policía lo de la chica en Portland. Estuvo a punto de no servirle de coartada a Davy. ¡El estúpido, imbécil! Quería dejarlo todo por una zorra rica de la hermandad de mujeres del Delta de los cojones.

Sin embargo, al final, le procuró la coartada y fue muy convincente. Porque, sin Davy, su vida se habría venido abajo. Ella lo necesitaba a él tanto como él a ella.

Juntos eran más fuertes.

Ahora él estaba muerto.

Todo era culpa de Miranda Moore. La muy puta lo pagaría caro.



## CAPÍTULO 37

Miranda se despertó tarde. La luz bañaba los tragaluces. Más abajo, en el valle, se había acumulado una niebla gris, pero no tardaría en despejarse.

Prometía ser un día espléndido.

Se dio media vuelta, esperando encontrar a Quinn a su lado. En su lugar, encontró una nota.

*Miranda,*

*No quería molestarte. Me reuniré con Colleen en Big Sky para llevar a cabo un registro rápido de la cabaña. Debería estar de vuelta hacia mediodía, o llamaré si me retraso.*

*He llamado al hospital. Nick sigue igual, lo cual es más o menos una buena noticia. JoBeth Anderson está despierta y consciente. Ashley ha pedido hablar contigo. Se pondrá bien, gracias a ti.*

*Quédate en la hostería. Tengo a cuatro agentes vigilando el lugar. Hasta que no sepa qué pasa con Delilah Parker, preferiría tomármelo con cautela.*

*Te quiero.*

Q.

*P. S. No camines con la pierna mala. Si tienes que ducharte, que sea rápido.*

Miranda sonrió. La semana anterior, sin ir más lejos, habría pensado que la protección policial era una exageración. Pero ese día estaba dispuesta a permitirle a Quinn su paranoia.

Su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido. No podía ni imaginarse lo que estaba viviendo Delilah Parker en ese momento, después de enterarse de que su propio

hermano era el Carnicero, un violador. Miranda estaba segura de que los temores de Quinn no tenían fundamento. ¿Cómo podía participar una mujer, aunque sólo fuera callando, en la violación y tortura de otra mujer?

Era una perversión. Una perversión casi tan indigna como la de David Larsen.

Salió trabajosamente de la cama y se puso de pie. Tenía la pierna herida rígida y le dolía, pero podía caminar sin muletas si iba lentamente. Moverse era el mejor remedio. En realidad, la pierna no le dolía más que la terrible magulladura en el hombro, que se hizo al chocar contra la roca.

Necesitaba una ducha. Se había duchado en el hospital, pero el agua era tibia.

Abrió el grifo y esperó a que el agua se calentara. Deseaba que Quinn estuviera ahí. Se quitó el pijama y se miró en el espejo.

Tenía diecinueve cortes en los pechos, todos de unos tres centímetros de largo. Los había contado. Una y otra vez. Había perdido gran parte de la sensibilidad de los pezones, puesto que los nervios habían sido dañados para siempre. Cerró los ojos. Sintió, como siempre, una profunda indignación ante el reflejo de su escarificación. Las cicatrices que conservaba en tobillos y muñecas por haber estado encadenada, o el corte grande que tenía en el interior del muslo, no le incomodaban ni la mitad que sus pechos heridos.

Se obligó a mirar de nuevo, hasta que la condensación en el espejo ya no le dejó ver su reflejo.

Ahora las cicatrices eran parte de ella. Tenía que dejar de compadecerse de sí misma. Quinn nunca había sentido el rechazo que ella misma sentía. Rabia, sí. Miranda había visto el destello de rabia en sus ojos.

La rabia no le molestaba. La compasión, sí.

¡Se habían acabado los «qué pasaría si»! Ella se sentía cada día más cómoda consigo misma. El Carnicero había muerto. Miranda tenía que enterrar su autocompasión y su rabia. Tenía toda una vida por delante, con Quinn.

Y él la amaba tal como ella era.

Se metió en la ducha caliente y pensó en cómo sería la vida casada con Quinn. Divertida. Un desafío. Emocionante. Frustrante. Ella era una testaruda, y él también. Sin embargo, reconciliarse era parte de la diversión de pelearse, ¿no?

Habían tardado años en volver a encontrarse, y Miranda no quería perder ni un minuto. La boda sería lo más pronto posible. Cuando Quinn volviera a Seattle, ella volvería con él. Seguro que encontraría un empleo en una Unidad de Búsqueda y Rescate en el estado de Washington. En Seattle había ríos y cursos de agua, y las Montañas Cascade. Ella tenía experiencia en todo tipo de terrenos.

Y, por primera vez en más de diez años, pensó en tener un hijo.

Con Quinn.

Cerró el grifo y buscó la toalla que colgaba del gancho fuera de la ducha. No la



encontró. Qué raro. Estaba segura de haberla dejado ahí. Habría caído al suelo. Abrió la puerta del todo y salió.

Y se encontró frente a frente con el cañón de una nueve milímetros semiautomática.

Miró a los ojos fríos y desquiciados de Delilah Parker, que no se parecía en nada a la elegante dama de sociedad que había conocido en el pasado.

—¿Qué hacías? ¿Lavarte las manos de la sangre de mi hermano?

Cuando en la cabaña de Miranda no contestaron, Quinn utilizó la radio para hablar con los agentes que custodiaban la hostería.

—He emitido una orden de busca y captura de Delilah Parker —dijo—. Seguro que va armada y es peligrosa. Hay serias pruebas de que ha ayudado a su hermano, David Larsen, a secuestrar a las víctimas.

—Dios mío —dijo uno de los agentes.

—Pasemos revista. Decid nombre y ubicación. —Jorgensen, entrada principal y comprobación del perímetro cada veinte minutos.

—Zachary, entrada principal e interior, aquí.

—Ressler, senderos, granero, aparcamiento, todo despejado.

Silencio. Hasta que habló Jorgensen.

—Walters, reporta tu posición.

Silencio.

Quinn sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—¡Ressler, tú y Jorgensen, iros a la cabaña de Miranda, ya! Llamad a todos los huéspedes y empleados al comedor y mantenedlos ahí hasta que os den aviso. Traeré refuerzos. Llegaré en unos diez minutos.

Dio un golpe a la radio.

—¡Maldita sea! —¿Por qué la había dejado sola? Creyó que estaría a salvo. Cuatro polis protegiendo la hostería. Eran pocos los criminales que se atrevían a cargarse a un poli sin más. Más bien, esperaban una oportunidad para colarse sin ser vistos.

Sin embargo, se había cargado a Walters. Delilah Parker había llegado hasta Miranda.

Quinn aceleró la camioneta, tomando las peligrosas curvas a toda velocidad.

Él y Miranda por fin se habían reencontrado. Esta vez no estaba dispuesto a perderla.



—Si te atreves aunque no sea más que a abrir la boca, te mataré. Lentamente. Y luego mataré a tu amante.

Miranda se creyó la amenaza de Delilah. No quería morir. No ahora, que había puesto sus demonios a buen recaudo. No soportaba la idea de que Quinn la encontrara muerta.

Delilah Parker era una mujer enferma.

Con las manos atadas detrás de la espalda, Miranda sintió la carne de gallina en la piel todavía húmeda. Llevaba puesta una delgada bata de algodón y nada más.

Temblando y descalza, Miranda avanzó a trompicones por el sendero, sintiendo la pierna adolorida. No tenía ni idea de a dónde la llevaba Delilah, pero todavía no estaba muerta. Ya encontraría una oportunidad para escapar.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Miranda.

—Porque quiero —dijo Delilah, como una niña mimada—. Venga, sigue caminando.

Tenía que seguir hablándole. Miranda lo recordaba de sus clases de psicología criminal.

—¿Por qué ayudabas a tu hermano a secuestrar mujeres? Eres una mujer. Supongo que sentirías alguna simpatía por ellas.

Delilah se encogió de hombros.

—Era interesante.

*¿Interesante? ¡Delilah pensaba que violar y disparar a mujeres por la espalda era interesante!*

—¿Nos entregabas a nosotras, las mujeres, y luego te marchabas sin más? ¿Sabiendo lo que él iba a hacer?

—Habla más bajo —advirtió Delilah, con un silbido de voz.

Miranda no podía creer lo que estaba oyendo. Siguió caminando, aunque hablando en un murmullo, consciente de la pistola que le apuntaba por detrás.

—¿Cómo podías hacer eso? ¿Simplemente darles la espalda?

—No les daba la espalda. No soy una cobarde. No soy como David.

Miranda tropezó al oír esas palabras. Delilah la encañonó para que se levantara.

—Venga, sigue caminando.

—Mi pierna.

—Y ¿a quién le importa una mierda tu pierna? Davy ha muerto.

Miranda se mordió la lengua y unas lágrimas asomaron en sus ojos.

—¿Tú lo sabías? ¿Tú mirabas?

Quería mirar. Quería ver qué hacía falta para quebrar a alguien. Davy insistía en que si encontraba a la chica adecuada, ella querría quedarse con él para siempre. Yo le decía que era una tontería. Y tenía razón.

¿Cómo podía ignorar esos gritos que no paraban? ¿Ella miraba mientras su hermano violaba y torturaba a las mujeres y lo encontraba *interesante*? ¿Para ver cómo se quebraba a un ser humano? Miranda sintió que se le revolvía el estómago y la bilis le llegó a la boca de la garganta. Se obligó a tragar, y la sensación de quemazón le arrancó una mueca.

¡Delilah era una criatura tan retorcida como su hermano!

—Sabrás que no es culpa mía —siguió Delilah—. Davy cogió a esa primera chica sin decírmelo. ¿Te lo puedes creer? Fue, la secuestró y la violó. Creía que si la chica se enteraba de cuánto la *quería* —dijo Delilah, entornando los ojos—, se quedaría junto a él.

—Penny —dijo Miranda, como si hablara sola.

—Se suponía que no debía tocar a otras mujeres sin mi permiso. Pero yo sabía, como una mujer sabe que su marido la engaña, yo sabía que él tenía otra mujer. Lo seguí. Y ahí estaba, atada en el suelo inmundo de alguna cabaña abandonada. Vi a Davy a través de la ventana. Rogándole que le dijera que lo amaba, bla, bla, bla.

—Davy salió una hora más tarde y yo la solté. Le dije cómo tenía que bajar desde la montaña. Me rogó que la llevara conmigo. Como si yo quisiera ayudarla. La acompañé hasta la entrada de la quebrada y alcancé a Davy antes de que subiera a su todoterreno. —Delilah rio, un gesto sorprendentemente ligero teniendo en cuenta su escalofriante relato.

—Le dije que tenía que matarla. Si no la mataba, ella lo entregaría a la policía —dijo, y sacudió la cabeza—. Lo esperé. No tardó demasiado.

Delilah empujó a Miranda para que avanzara. Miranda tropezó sobre una raíz y cayó de rodillas. Los puntos de sutura se tensaron y un hilillo de sangre le corrió por la pierna. Delilah le propinó una patada.

—¡Levántate!

Miranda se incorporó apoyándose en las pantorrillas y con las piernas hacia fuera para mantener el equilibrio, mientras sentía la rabia acumulándose en ella. Le aterraba pensar en lo que era capaz de hacer Delilah. Aquella mujer demostraba una

total y absoluta indiferencia al dolor y el sufrimiento ajenos.

—Estás enferma, Delilah. Te parecía emocionante ver cómo tu hermano violaba a las mujeres.

Miranda se preparó para un golpe que no llegó. Delilah guardó silencio, y Miranda entendió en ese momento hacia dónde se dirigían. A su campo. A aquel prado especial donde ella iba a pensar, a relajarse y a celebrar las cosas buenas de la vida.

¿Acaso Delilah la había mirado mientras ella reflexionaba sentada en ese amplio espacio abierto? ¿Acaso la seguía? ¿La acechaba? Y ¿el enfermo de su hermano? ¿Había hecho lo mismo?

En los lindes del claro, Delilah obligó a Miranda a sentarse de un empujón. Esta tropezó, y no pudo evitar golpearse la cara contra el suelo. De sus ojos brotaron lágrimas, más por la indignación y el miedo que de dolor.

Delilah parecía una mujer delicada, pero era fuerte. Empujó a Miranda contra un árbol y la obligó a sentarse. Miranda sintió las piedras y las afiladas agujas de pino hincándosele en las nalgas y las piernas, pero se resistió al impulso de gritar. No le daría a esa perra la satisfacción de verla llorar. Delilah le quitó las ataduras de las manos.

Era su oportunidad.

Miranda intentó darle con ambos brazos. Anticipándose a su movimiento, Delilah le asestó un golpe en la sien con la culata de su pistola. Miranda se derrumbó, jadeando de dolor. Apretó con fuerza los dientes para soportar el dolor y las náuseas, y Delilah volvió a empujarla para que se sentara contra el árbol. Le ató las manos por detrás y alrededor del tronco. Delilah tiró con fuerza de ambos brazos y Miranda lanzó un grito.

—¿Qué haces? —consiguió preguntar.

—Esperando.

—¿A qué?

—A que aparezca tu amante.

—No lograrás salirte con la tuya. —¡Era una estupidez decir eso! Además, Miranda temía que Delilah estuviera lo bastante desesperada para hacer cualquier cosa.

Miranda imaginó diversos escenarios. Podía gritar, pero Delilah sencillamente la dejaría inconsciente de un golpe. Podía lanzar una patada para hacerle soltar la pistola pero, atada al árbol, Miranda no tenía ninguna posibilidad de hacerse con ella. La mejor oportunidad que tendría sería avisar a Quinn cuando estuviera lo bastante cerca. Advertirle que se trataba de una trampa. Sólo podía esperar que él se percatara antes de que fuera demasiado tarde.

—Te vi a ti y a ese poli —siguió Delilah—. La otra noche, que estabais follando.

¿Ella estaba ahí? ¿Había estado tan cerca y ellos sin saberlo? Miranda se sentía como manchada al enterarse de que el momento más íntimo de su reunión con Quinn hubiera sido observado por aquella mujer retorcida y enferma.

—Cuando era pequeña, nunca entendía qué había de tan extraordinario en el sexo. Parecía tan complicado. Los cuerpos sudando y todo eso. Solía mirar a mi madre, después de que mi padre nos dejó. Miraba lo que hacía con los hombres. Lo que hacía con Davy.

Miranda aguzó el oído. ¿Su madre había abusado de su propio hijo? Toda la familia estaba enferma. Una leve chispa de compasión asomó en el alma de Miranda, pero algo en ella la reprimió. *Todos tenemos la capacidad de elección. Ellos eligieron ser perversos.*

Delilah guardó silencio un momento largo. Y luego volvió a hablar.

—Yo odiaba a Davy. Mamá lo quería más. Lo abrazaba. Lo besaba. Yo era la hija no deseada. Papá me quería, pero nos dejó y nunca volvió. Nunca, ni siquiera una vez. Simplemente se fue. —Respiró hondo y su tono de voz dejó de ser infantil—. Pero mamá quería más a Davy, y lo metía en su cama. Hacía todo por él. Y yo lo odiaba. Claro que cuando supe que se lo estaba follando, el pobre chaval me dio un poco de pena. Él se quedaba ahí tendido y lloraba. Era patético. ¿Por qué no se resistía? ¿Por qué no se iba? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. No dejé que te matara —dijo, al final.

Miranda prefirió tragarse su respuesta. No era el momento de contradecir a Delilah.

—Después de que te escapaste, quería matarte, pero tú luchaste. Yo admiraba eso. Y mira cómo me has pagado. ¡Te di la vida y ahora has matado a mi hermano! —exclamó, y le dio a Miranda en toda la cara, aplastándole la cabeza contra el árbol. Miranda literalmente vio estrellas y lanzó un grito de dolor.

—¡Eres una perra enferma!

—Nada de palabrotas —dijo Delilah. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo metió a Miranda en la boca. Luego, le ató un trozo de cuerda para mantener la mordaza en su lugar.

Ahora no podría advertir a Quinn. Miranda sintió que el estómago se le revolvía. Por favor, por favor, no vengas.

*No soportaría verte morir.*

El agente Dick Walters estaba muerto. De un disparo en la cabeza. Y Miranda había desaparecido.

Quinn dejó el cuerpo del poli en el pequeño porche de Miranda y dio órdenes a la media docena de agentes del sheriff que ya habían llegado. Los demás venían en camino, junto con otros agentes del FBI, pero el tiempo apremiaba. Quinn no podía esperar a que llegara más ayuda.

Delilah incluso no había intentado disimular sus huellas. Esperaba que la siguieran. Quería que la siguieran.

¿Qué pretendía? Tenía a Miranda, supuestamente viva, ya que no habían encontrado sangre en el interior de la cabaña. Pero ¿por qué mantenerla con vida?

Delilah quería a alguien o algo, y un rehén le daría algo con qué negociar.

Quinn odiaba las negociaciones con rehenes. La enorme tensión de ser responsable de las vidas de personas inocentes había destruido a algunos de los mejores agentes con que había trabajado. Pero era peor cuando el rehén era alguien que uno conocía.

O alguien a quien uno amaba.

—Hay que ir con cuidado —le dijo a los agentes, y envió a dos por la derecha y a otros dos por la izquierda, además de los dos que lo seguían por el camino que había tomado Delilah.

Se dieron prisa, manteniéndose pegados a los árboles, por si fuera una trampa. No caminaron, ni siquiera doscientos metros, antes de que el sendero desembocara en un prado, oculto por una densa cortina de árboles.

Quinn no podía equivocarse. La bata blanca de Miranda casi brillaba en el fondo verde y marrón de los árboles en el límite del prado, como un faro que anunciaba su presencia. Estaba sentada al pie de un árbol. Quinn sacó sus prismáticos y miró.

Estaba atada al árbol y amordazada. Llevaba el pelo mojado y aquella sencilla bata. Sin embargo, el frío era un problema menor para ella en ese momento.

Quinn no veía a Delilah por ningún lado. Algo le decía que aquello era una trampa.

Le dieron ganas de correr hasta donde estaba Miranda, pero dio un paso atrás. No les serviría a ninguno de los dos si a él lo mataban.

Habló por radio, en voz baja.

—Parece una trampa. No entréis, repito, no entréis en el claro.

Se giró hacia Jorgensen.

—El megáfono —pidió, y este se lo pasó.

Quinn respiró hondo. Era el momento clave.

—Delilah Parker —dijo, con el megáfono en alto, la voz a todo volumen y con un retintín metálico—. Delilah, soy el Agente Especial Quincy Peterson, del FBI. Puede que te acuerdes de mí. Tuviste la amabilidad de ofrecerme limonada con pastel de plátano el día que llegué a la ciudad.

Quinn dijo lo primero que se le vino a la cabeza, pero parecía lo correcto. Hizo un gesto a los hombres para que se abrieran por ambos lados y no se dejaran ver. Miró a Jorgensen, le hizo una señal y este dio media vuelta y se dirigió a la hostería. El plan B era un último recurso.

Quinn temía que fuera su única opción.

Delilah Parker tenía una obsesión por el control y la imagen. Quinn recordó lo que Nick le había dicho acerca de su necesidad de ser una buena anfitriona, y que nunca había que rechazar una copa o una comida de la señora Parker.

Tenía que apelar a esa parte suya.

No a la parte que miraba mientras el hermano violaba a casi dos docenas de mujeres.

—¿Delilah? ¿Puedes asomarte para que hablemos?

—¡No! ¡Lo está haciendo mal!

Delilah estaba enfadada, y Miranda la miró a ella y luego a Quinn, a casi cien metros de distancia. Delilah se había escondido detrás de un árbol podrido y hueco. Su intención era matar a Quinn cuando viniera a rescatar a Miranda. Para que esta lo viera morir.

Pero Quinn no estaba jugando su juego, y eso la enfurecía. Dio una patada en el suelo e hizo un puchero.

—Delilah, ahora esto es entre tú y yo —dijo Quinn por el megáfono—. Nadie más. Tú me dices lo que quieres y yo veré cómo te lo conseguimos. ¿De acuerdo?

—¡No! —De un brinco, Delilah salió de su escondite y se acercó a Miranda a grandes zancadas. Le apoyó el cañón del arma en la cabeza. Miranda no podía parar de temblar. Había visto el cuerpo de Dick Walters. A ella también la mataría.

Y mataría a Quinn si tenía la oportunidad.

—Baja el arma para que podamos hablar —dijo Quinn. Empezó a caminar por el lado más angosto del prado. Daba la impresión de que se alejaba, pero Miranda sabía qué estaba haciendo. Intentaba acercarse. Intentaba distraer a Miranda de todo lo que estaba pasando. Miranda solo veía un poli entre los árboles. Seguro que había más.

—¡No, no, no! —Delilah dio patadas en el suelo—. ¿Es que no lo ves? —gritó—. Ella tiene que morir. Pero eso no tiene ninguna gracia si antes no te ve morir a ti. Ella mató a Davy. Ahora tiene que sufrir por habérselo cargado. ¿No lo entiendes?

—Delilah, comprendo lo que debes estar viviendo —dijo Quinn—. El dolor es una emoción poderosa.

—Tú no sabes nada del dolor.

—Ponme a prueba.

—No. Sólo quieres ganar tiempo. ¿Qué vas a hacer? Traer a una unidad de las SWAT para que vengan y me disparen. Pues, te diré una cosa, y es que tu amiguita también morirá.

A Delilah no le temblaba la mano, pero sudaba copiosamente. No dejaba de mirar a uno y otro lado, con ojos de roedor asustado. Miranda esperaba una oportunidad para hacer algo, pero no tenía ni idea de qué podía ser. Miraba a Quinn en busca de una señal, pero él no reparaba en ella. Tenía la mirada fija en Delilah.

Siguió acercándose.

—Delilah, tú no quieres hacer eso. Has tomado algunas decisiones equivocadas, pero tú no mataste a esas chicas, ¿no?

—¿A quién le importa? A nadie le importó cuando les conté lo que mi madre hacía con Davy. No me creyeron.

—Yo te creo, Delilah.

—No soy tonta, Agente Especial Peterson —gritó—. Sé lo que intentas hacer. Quieres que me rinda por remordimiento, que diga que lo siento. Pues, no lo siento. Lo único que lamento es no haber dejado que Davy matara a esta puta —dijo, y le dio a Miranda una patada en el costado—, cuando escapó.

Miranda empezó a cerrar los ojos, esperando la descarga y el dolor del impacto de la bala, cuando vio que Quinn le hacía una señal con la mano. Lenguaje de signos. Era una de las cosas que tenían que aprender en la Academia.

*Agáchate.*

Desde el otro lado del campo, se oyó una voz.

—¡Mamá! ¡No!

Miranda se giró y la pistola dejó de apuntar a la cabeza de Miranda. Esta se agachó todo lo que pudo.

—¿Ryan? ¿Tú también piensas traicionarme? —Delilah giró la pistola hacia su hijo.

Y se sucedieron las descargas.

¡Bang! ¡Bang, bang, bang, bang, bang!

Con el impacto de los disparos, Delilah trastabilló hacia atrás contra el árbol. Cayó sobre el regazo de Miranda, y sus ojos quedaron clavados en ella.

—Paz —dijo, en un último borboteo.

Delilah se sacudió y espiró su último aliento. Miranda se quedó mirando el cuerpo inerte sobre sus rodillas.

Quinn se arrodilló a su lado, echó el cuerpo de Delilah a un lado y le quitó la mordaza. Mientras la desataba, le entraron ganas de abrazarla.

Le quitó las ataduras de las manos. Ella le echó los brazos al cuello, apretándolo con fuerza, mientras unas lágrimas silenciosas le corrían por la cara. Él la levantó y la llevó hacia los árboles, lejos de la muerte.

La besó y la estrechó en sus brazos.

—Siento haber tenido que traer a Ryan, pero sólo lo hice como último recurso.

—Lo sé.

—Ahora, Miranda, todo ha acabado de verdad.





El primer día de junio amaneció con cielos azules y despejados y una temperatura agradable poco habitual en esa época del año. El vestido de Miranda era un sencillo crepe, con un gran escote por detrás y unos finos tirantes, un canesú con vuelos, y una falda ligeramente acampanada hasta los pies. Elegante y clásica, sin parecer fuera de lugar para aquel asunto informal. Se alegraba de haberse cogido la masa de rizos y, por una vez, haberse maquillado con algo más que un poco de rímel. La mirada de orgullo y agradecimiento de Quinn era evidente. Ella se sentía como una adolescente nerviosa y radiante con su primer amor.

Quinn era su primer amor. El primero y el último.

Se miró al espejo y sonrió. Una sonrisa verdadera, auténtica. Tenía la impresión de que en lugar de caminar, flotaba, un cambio radical en ella. Pero cuando de pronto el mundo se abre y el corazón se desprende del peso del miedo, la sensación es de una gran ligereza.

Alguien llamó a la puerta de su cabaña y su momento de soledad llegó a su fin. Quinn había salido antes de que ella se vistiera (Miranda conocía la tradición de que el novio y la novia no debían verse, pero aquello era una regla absurda que estaba dispuesta a romper alegremente).

—Adelante —dijo, desde su habitación—. ¿No has podido ausentarte más de diez minutos?

—Imagina lo que son diez años.

Miranda dejó caer el pincel del maquillaje y salió corriendo de la habitación.

—¡Rowan! —exclamó, y abrazó con fuerza a su amiga—. ¡No puedo creer que hayas venido!

Con Olivia, Rowan había sido su compañera de habitación en la Academia diez años antes, pero había dejado el FBI después de escribir su primera novela policíaca. Acababa de sobrevivir a su propia pesadilla, con un asesino despiadado y obsesionado con la recreación de sus asesinatos ficticios, un hombre que se dedicaba a mandarle horribles recuerdos de sus crímenes.

Ahora que todo eso había quedado atrás, Rowan parecía tan feliz como Miranda.

—Quinn me llamó —dijo Rowan, con mirada risueña—. ¿Crees que me perdería veros en este ritual final a ti y al gran testarudo ese?

—Yo sabía que así sería —dijo Olivia, que acababa de entrar. Miranda la cogió de la mano y le dio un apretón.

—Creí que habías vuelto a Virginia.

—Eso había hecho. He llegado a Montana anoche —dijo sonriendo—. Se te ve muy contenta.

—Lo estoy —dijo Miranda, echando un vistazo alrededor—. Rowan, ¿has venido con tu amigo? Quinn me habló de él ¿Se llama John, no?

—Está charlando con Quinn y tu padre en la hostería. Nos han pedido que vengamos a buscarte. —Rowan parecía tranquila, como si se hubiera sacado de encima una enorme carga. Miranda sabía exactamente cómo se sentía. Sin embargo, Rowan caminaba como si todavía le doliera. Cuando se sentó para aliviarse, estaba pálida.

—¿Qué tienes? Quinn me dijo que estabas bien.

—Es que ha sido un día largo y ya no soy tan fuerte como antes. Cuando ese atracador de bancos me disparó hace ocho años, sólo tardé dos semanas en recuperarme —dijo, y rio—. Me estoy haciendo vieja.

—Oye, eso a mí no me gusta nada —dijo Liv, cruzándose de brazos—. Soy cinco años mayor que tú.

—Y pareces cinco años menor —dijo Rowan.

Miranda vio las dos bolsas de una tienda de ropa de Bozeman y arrugó la nariz. Adoraba su sencillo vestido blanco de novia, pero no tenía intención de ponerse otra cosa que unos vaqueros después de la ceremonia.

—¿Qué tenéis aquí?

—Somos tus damas de honor —explicó Liv, con una gran sonrisa.

—No me lo puedo creer.

Rowan se encogió de hombros.

—No sabía que Quinn tuviese una vena romántica, pero todo ha sido idea suya —dijo Rowan, encogiéndose de hombros. Se levantó trabajosamente de la silla—. Será mejor que nos cambiemos, Liv —dijo.

Miranda estaba a punto de seguir las hacia la habitación cuando se abrió la puerta de su cabaña y el amor de su vida apareció en el umbral.

—¿No se supone que hay una regla de que no puedes ver a la novia antes de la boda? —preguntó, sonriendo.

Quinn cruzó la sala y la estrechó en sus brazos.

—Estás preciosa. Creo que nunca te había visto con un vestido.

—No te acostumbres.

Miranda lo besó, y sintió las manos de Quinn bajando por su cuello hasta sus hombros, y la expectación la hizo estremecerse.

—Te amo, Miranda.

—Lo sé —dijo ella, con sonrisa provocadora, y entonces se dio cuenta de que él no sonreía.

—¿Qué te pasa?

—Casi te he perdido. No es algo que vaya a olvidar muy fácilmente.

—Estoy bien.

—¿Sí? ¿De verdad? Porque yo no —dijo, y se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Estoy bien, en serio. Por primera vez desde el secuestro, me siento libre. Me enfrenté a David Larsen y no me entró el pánico, ni salí huyendo. Hice lo mejor que pude con lo que tenía.

—Seguro que sí. Pero también pienso en lo que sucedió hace diez años.

—Te lo he dicho, el pasado es el pasado. —¿Por qué volvía ahora al mismo tema? ¿Qué pretendía conseguir con ello?

—Lo que sucedió entonces nos alejó el uno del otro.

—Fue más culpa mía que tuya. —Miranda lo creía de verdad—. Podría haber vuelto. Y, quizás, en circunstancias diferentes, habría vuelto. —Hizo una pausa, intentando encontrar una manera de explicar sus sentimientos, ideas que habían empezado a cobrar cuerpo en las últimas dos semanas, después de la muerte de David Larsen y Delilah Parker.

—Nunca entenderé el destino. Por qué murió Sharon. Pero creo que hay un motivo por el que no volví a Quantico. En aquel momento, era fácil echarle la culpa a ti, al psiquiatra y a mis propios temores. Pero cuando pienso retrospectivamente en esa decisión, me doy cuenta de que hice bien. Quizá no lo pensé así entonces, pero ahora se puede decir que si no hubiese estado aquí, quizás habrían tardado demasiado en encontrar a Ashley y a Nick.

—No puedo minimizar mi contribución en esta investigación, pero también sé que si no hubieras vuelto para ayudar, quizá las cosas hubieran acabado de manera muy distinta. Así que creo que todo sucedió como sucedió porque así tenía que ser. Y no me lamentaré de mis decisiones, aunque las haya tomado por razones equivocadas.

Quinn la cogió por la cintura y la besó. Un beso largo, lento y cálido. Aquel era precisamente el lugar donde ella tenía que estar.

—Y ¿te parece bien tener que aplazar la luna de miel?

—Ay, por favor. —Por algún motivo, Quinn lamentaba no poder disfrutar de la luna de miel hasta septiembre. Había pedido las últimas dos semanas para ocuparse de los preparativos de la boda—. Hemos disfrutado de la luna de miel antes de la boda —dijo Miranda, y rio.

—Ya lo creo que sí —dijo él, sonriendo.

—Te amo, Quincy Peterson. Y ahora te has quedado conmigo, con todas mis imperfecciones.

—¿Qué imperfecciones? —Quinn sonrió y le besó la oreja, demorándose en el lóbulo.

Para o llegaremos tarde a nuestra boda.

¿Y? —murmuró él—. No pueden celebrar una boda sin la novia y el novio.

Miranda rio. Había reído más en las últimas dos semanas que en los últimos diez años. Pensando en el futuro, le esperaban años de risas con el hombre que amaba.

Fue una ceremonia discreta y reservada sólo a los amigos más cercanos de la hostería. Los padres de Quinn habían tomado un vuelo y llegado por la mañana y luego se habían unido al grupo de invitados compuesto por el padre de Miranda, Gray, Nick, un par de agentes de policía y a la Unidad de Búsqueda y Rescate de Miranda.

—Buenas tardes, señora Peterson.

Quinn sonrió y la besó ligeramente.

Ella arqueó las cejas.

—¿Señora Peterson? Creí que conservaría mi apellido.

—Como usted quiera, señorita Moore.

Ella rio y le echó los brazos al cuello.

—Creo que señora Peterson suena perfecto.

Él la hizo girar y ella volvió a reír. ¿Cuándo era la última vez que se había sentido tan libre?

Por el rabillo del ojo, vio acercarse a Nick. Le apretó el hombro a Quinn, y este la soltó.

—Nick, me alegro tanto de que hayas venido. ¿Cómo estás?

Él asintió, con expresión neutra. A Miranda se le encogió el corazón con sólo ver a su amigo. Nick no había recuperado del todo la vista y las gafas no corregían el problema completamente. La infección había seguido su curso, dejándolo delgado y vacío. Aunque no hablara de ello, Miranda sabía que la decisión de haber acudido solo a la cabaña de Richard Parker lo perseguía como una pesadilla.

Le dio un fuerte abrazo. Nick había sido un gran amigo cuando ella lo había necesitado.

—Ha acabado, por fin, Nick. Lo cogimos.

—Fue parte de mi vida durante años. —Nick la miró directamente—. De la tuya también. —Miró a Quinn—. Me alegro de que lo hayáis superado. Lo digo de todo corazón.

—Cuando quieras hablar de lo que sea, llámame. Sabes que haría lo que fuera por ti.

—Lo sé. Pero os vais a vivir a Seattle.

—Ya sabes que en Seattle tienen teléfonos.

—Es verdad —dijo Nick, con una sonrisa desganada—. Estaré bien.

Miranda asintió, aunque Nick seguía preocupándole. No se había recuperado con la rapidez que ella esperaba, y había comenzado a decir que no se presentaría a la reelección como sheriff. Miranda esperaba que cambiara de parecer, sobre todo después de haber decidido no relevar a Harris como primer ayudante.

—Cuida de ella —le dijo a Quinn con una mirada muy seria.

—Eso haré. —Quinn abrazó a Miranda por el hombro y le dio un suave apretón, al tiempo que le tendía la mano a Nick. Se saludaron y se marchó.

—Me preocupa —dijo Miranda, dejando de mirar a Nick que se iba y deteniéndose en los ojos profundos color chocolate de Quinn.

—Lo sé. Se pondrá bien. Sólo necesita bucear un poco en su propia alma. —Quinn besó a su mujer—. Sabes que te amo.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Yo también te amo.

—¿Crees que podremos escaparnos a tu cabaña? —murmuró él en su oreja. Ella se estremeció cuando Quinn le rozó el cuello con un beso.

—Hmmm. No me tientes.

—¿Por qué no? —Quinn le besó la oreja.

—Tu madre está mirando.

—¿Y qué?

—¡Quinn!

Él rio y la estrechó en sus brazos.

—Una hora, como máximo. Después te llevaré a la cama.

—No sé si podré esperar una hora. —Nada deseaba más **que** llevarse a Quinn a la cama. Ya.

Él sonrió.

—Creo que podremos escabullirnos en unos diez minutos.

—Te tomaré la palabra.

Y eso hizo.



ALLISON BRENNAN, nació y creció en San Carlos, California (en la península de San Francisco). Acudió a escuelas públicas hasta que ganó una beca para asistir a la Menlo School, un instituto de preparación para la universidad en Atherton. Tras eso estudió en la Universidad de Santa Cruz por la belleza del campus y su cercanía a la playa.

Allison inició sus estudios en la facultad en la especialidad de Literatura porque quería ser profesora de inglés, y ocasionalmente escribir libros. Después de llegar a ser la editora en jefe de uno de los periódicos independientes del campus, cambió su especialidad por la de Ciencias económicas y políticas. Dos años después dejó la facultad para trabajar en una campaña política en Sacramento.

Mientras se labraba una carrera en política, Allison trabajó en toda una gama de trabajos, desde barman hasta a recepcionista en un club de campo, o asistente administrativo para una compañía de software mucho antes del boom de las puntocom. En una ocasión mantuvo tres trabajos, lo que le sirvió como preparación para su probable carrera como madre/consultora legislativa/escritora.

A principios de los '90, cruzó todo el país para mudarse al área de Washington D. C. para trabajar con un equipo público de especialistas en política, pero la nostalgia pudo con ella y acabó conduciendo de vuelta a California cuatro meses después.

Afortunadamente, le costó poco tiempo encontrar trabajo, sin embargo tuvo que mudarse al sur de California. Trabajó para un funcionario electo en Glendale y acabó conociendo a su futuro marido, Dan Brennan, quien en ese momento era contable en

una compañía médica. Se casaron un año después y se mudaron a Chatsworth en el valle de San Fernando, y aguantaron el terremoto de Northridge cinco días después del nacimiento de su primera hija.

Un año después, Allison y Dan decidieron mudarse a Sacramento para conseguir sus objetivos dentro de la carrera política. Viven allí desde entonces, añadiendo cuatro niños, un perro y dos gatos a su familia.

En enero de 2005, Allison dejó su carrera de treinta años en la asamblea legislativa del estado de California y se centró en dedicarse por completo a su familia y a la escritura.

Allison forma parte de las asociaciones *Romance Writers of America*, *Mystery Writers of America*, e *International Thriller Writers*. Su trilogía de debut en el suspense romántico, *THE PREY* (La presa), *THE HUNT* (La caza) y *THE KILL*, han sido editados a principios de 2006 por Ballantine.